

A photograph of Pope Francis wearing white papal vestments, including a zucchetto and a pectoral cross. He is smiling slightly and looking towards the camera. The background is dark and out of focus, showing other people in dark clothing.

FRANCISCO
Misas matutinas
año 2013

PAPA FRANCISCO
MISAS MATUTINAS EN LA
CAPILLA DE LA *DOMUS*
SANCTAE MARTAE
Año 2013.



Introducción.

Abril 2013.

Mayo 2013.

Junio 2013.

Julio 2013.

Septiembre 2013.

Octubre 2013.

Noviembre 2013.

Diciembre 2013

—

Introducción.

A diario la santa misa con el Pontífice en la Domus Sanctae Marthae.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 13, viernes 29 de marzo de 2013

Una celebración sencilla cada día en la capilla de la *Domus Sanctae Marthae* desde el **viernes 22 de marzo**, donde grupos de invitados del Papa Francisco participan en la misa que preside a las 7 de la mañana.

Sus homilías son breves, también sencillas, casi desmenuzando el Evangelio, reflexionando sobre las lecturas. Recordando que cuando nuestro corazón es de piedra, tomamos en mano piedras de verdad y lapidamos a Jesucristo en las personas de nuestros hermanos, especialmente los más débiles. En otra homilía recalcó que Jesús murió por cada hombre singularmente. Cada cristiano debe decir: «Cristo murió por mí», y de la conciencia de este amor debería nacer un

agradecimiento tan profundo y apasionado que podría transformarse en lágrimas de alegría en el rostro de cada fiel. Otro día el Papa se centró en la paciencia de Dios como el padre del hijo pródigo que todos los días esperaba su regreso. Protagonista de la siguiente homilía fue la belleza del perdón, cuya dulzura invitó a saborear abriendo el corazón; la misma dulzura que expresó la mirada de Cristo dirigida a Pedro, quien le había negado. Y la víspera del Triduo pascual no dudó en afirmar que «hablar

mal de alguien equivale a venderlo», como hizo Judas. Los primeros invitados a la misa cotidiana fueron los encargados del servicio de jardinería y limpieza urbana de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano y tres comunidades religiosas femeninas que desempeñan su misión en la Ciudad del Vaticano: las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, del dispensario pediátrico de Santa Marta; las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María – Instituto Ravasco, de la

Casa de San Benito para los nuncios retirados; y las Hermanas de la Presentación de María en el Templo (de Cracovia), del almacén privado del Santo Padre. En días sucesivos participaron en la Eucaristía, entre otros, algunos empleados del invernadero, religiosas Pías Discípulas del Divino Maestro que prestan servicio en la central telefónica de la Ciudad del Vaticano, las religiosas de la *Domus*, el secretario de la Comisión pontificia para América Latina, Guzmán Carriquiry, el servicio

fotográfico de nuestro periódico con el director general don Sergio Pellini y el de nuestro periódico. En cambio el Martes Santo el Papa Francisco concelebró con los sacerdotes que residen habitualmente en la *Domus* —que la víspera habían regresado a sus habitaciones después de las semanas que las cedieron a los cardenales llegados a Roma para el cónclave—: unos cuarenta, entre oficiales de la Secretaría de Estado y otros organismos y dicasterios; con ellos también los arzobispos

Acerbi, Prabhu y Travaglino, nuncios apostólicos. Una familia sacerdotal —en cuya casa sigue residiendo— de la que el Papa dijo sentirse parte. Entre los fieles se contaron algunas hermanas del Instituto Secular de Schoenstatt residentes en Roma. Y en la celebración eucarística previa al Triduo Pascual acompañó al Santo Padre un grupo de la Limosnería apostólica y otro del Servicio de teléfonos vaticanos, acompañados respectivamente por el limosnero de Su Santidad, el arzobispo Pozzo, y

por el director de las Telecomunicaciones, el padre Vérguez, quienes concelebraron. En diversas ocasiones han concelebrado también con el Papa el cardenal Raúl Eduardo Vela Chiriboga, arzobispo emérito de Quito (Ecuador), el arzobispo Lorenzo Baldisseri, secretario del Colegio cardenalicio y de la Congregación para los obispos, y los monseñores Xuereb, de la secretaría particular, y Ricca, director de la Casa de Santa Marta.

A diario, en la capilla de la

Domus, al final de la santa misa, el Papa Francisco se recoge en oración entre los fieles, en los últimos bancos. Y a cada uno saluda antes del trabajo cotidiano.

Abril 2013.

Del 2 abril al 11 de abril de 2013. **Mujeres y hombres de esperanza.**

Del 12 de abril al 18 de abril de 2013. **Tiempo de testimonio.**

Del 19 de abril al 25 de abril de 2013. **En una historia de amor.**

Del 26 de abril al 1 de mayo de 2013. **La fe, camino de belleza y verdad.**

*Del 2 abril al 11 de abril de 2013. **Mujeres y hombres de esperanza.***

Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 15, viernes 12 de abril de 2013

Es una gracia especial que el Papa Francisco invita a pedir: la gracia de las lágrimas.

Porque «son precisamente las lágrimas las que nos preparan para ver a Jesús». Son palabras tuyas del **2 de abril** durante la misa celebrada en la capilla de

la Domus Sanctae Marthae — donde reside, en el Vaticano—. Cada día, a las 7 de la mañana, ya es costumbre que en esta Eucaristía participe un grupo de empleados del Vaticano y un pequeño número de invitados, y concelebren algunos sacerdotes, obispos o cardenales. Al término de la celebración, el Pontífice se detiene a saludar y conocer a cada uno.

Comentando el episodio del Evangelio del martes de la Octava de Pascua, cuando san Juan refiere la frase de María

de Magdala: «¡He visto al Señor!» después de haberle lavado los pies con sus lágrimas y secado con sus cabellos (*Jn* 20, 11-18), el Papa Francisco recordó que Jesús perdonó los pecados de esta mujer, porque ella «amó mucho». De este modo, volvió a proponer el testimonio de quien era «despreciada por aquellos que se consideraban justos»; sin embargo «no dice "he fracasado"». «Sencillamente llora». «Hay un momento en nuestra vida —explicó el Papa— en el que sólo las lágrimas nos

preparan para ver a Jesús.
¿Cuál es el mensaje de esta mujer? «He visto al Señor».
Sobre otra cuestión quiso poner en guardia el Papa Francisco el **3 de abril**: los lamentos hacen daño al corazón. No sólo aquellos contra los demás, «sino también aquellos contra nosotros mismos, cuando todo se nos presenta amargo».
Centrándose en el episodio de los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35), habló del desfallecimiento de estos por la muerte del Maestro. En su corazón pensaban: «Nosotros

habíamos tenido tanta esperanza, pero todo fracasó»; «pienso muchas veces — reflexionó el Santo Padre— que igualmente nosotros, cuando suceden cosas difíciles, también cuando nos visita la Cruz, corremos este peligro de encerrarnos en los lamentos». Sin embargo, en ese momento el Señor «está cerca de nosotros, pero no le reconocemos. Camina con nosotros, pero no le reconocemos. Incluso nos habla, pero no le oímos». E invitó: «Estemos seguros de

que el Señor nunca nos abandona: siempre está con nosotros, también en el momento difícil. Y no busquemos refugio en los lamentos: nos hacen daño al corazón».

Al día siguiente, **4 de abril**, exhortó a pedir un don de Dios: la paz. El Papa partió del «estupor» de los discípulos de Emaús ante los milagros de Jesús (*Lc 24, 35-48*). Se trata de un estupor fruto de la alegría del encuentro con Jesucristo. La paz es como «el último peldaño de esta

consolación espiritual, que comienza con el estupor de alegría», sintetizó.

Y es que sólo en el nombre de Jesús está nuestra salvación, insistió el Pontífice en su reflexión del **5 de abril**. En la lectura de los *Hechos de los Apóstoles* (4, 1-12), se recordó a Pedro y Juan que, arrestados por predicar al pueblo la Resurrección del Cristo, fueron llevados ante el Sanedrín. Al preguntarles por qué curaron al hombre tullido junto a la puerta del Templo, Pedro responde: «Ha sido el Nombre

de Jesucristo Nazareno». En el nombre de Jesús —repitió el Papa—: «Él es el Salvador; cuando uno dice Jesús es precisamente Él, es decir, el que hace milagros. Y este nombre nos acompaña en el corazón». «No es recurriendo a magos o al tarot como se encuentra la salvación: la salvación está «en el nombre de Jesús. Y debemos dar testimonio de esto. Él es el único Salvador».

Precisamente de la valentía del testimonio de la fe —que no se negocia ni se vende al mejor

postor— habló el Papa Francisco en su homilía del **sábado 6**, constatando que «para encontrar mártires no es necesario ir a las catacumbas o al Coliseo: los mártires están vivos ahora, en muchos países. Los cristianos son perseguidos por la fe. En algunos países no pueden llevar la cruz: son castigados si lo hacen. Hoy, en el siglo XXI, nuestra Iglesia es una Iglesia de mártires». Ante la orden de los sumos sacerdotes y fariseos de no hablar de Jesús (*Hch 4, 13-21*) —retomó el Santo Padre—,

Pedro y Juan «permanecieron firmes en esta fe» diciendo: «Nosotros no podemos callar lo que hemos visto y oído». De hecho, «cuando comenzamos a rebajar la fe, a negociar la fe, un poco vendiéndola al mejor postor, comenzamos el camino de la apostasía, de la no fidelidad al Señor», alertó. «El ejemplo de Pedro y de Juan nos ayuda y da la fuerza». Y ésta es la oración cotidiana que propuso: «Señor, muchas gracias por la fe. Protege mi fe, hazla crecer. Que mi fe sea fuerte, valerosa. Ayúdame en

los momentos en que, como Pedro y Juan, debo hacerla pública. Dame valor».

Toda la historia de la fe está hecha de humildad y nos «habla a todos nosotros de humildad», recordó el Pontífice el **8 de abril**. De hecho, la humildad es «la regla de oro»: para el cristiano «progresar» quiere decir «abajarse». Y así es también el hecho histórico del nacimiento de Jesús. Cada acontecimiento «parece que Dios hubiera querido que se realizara escondidamente, que no fuera hecho público», que

estuviera como «cubierto por la sombra del Espíritu Santo». He aquí por qué —añadió— «todo se hace por el camino de la humildad. Dios, humilde, se abaja: viene a nosotros y se abaja. Y seguirá abajándose hasta la cruz». En el momento de la anunciación —meditó el Papa Francisco— también «María se abaja: no comprende bien, pero es libre: entiende sólo lo esencial. Y dice "sí". Es humilde» y «entrega su alma a la voluntad de Dios».

En el itinerario de sus homilías, el **9 de abril** el Pontífice trató

el camino de la mansedumbre evangélica para dar al Espíritu la posibilidad de regenerarnos a una «vida nueva», hecha de unidad y de amor. «En la primera lectura —dijo el Papa Francisco comentando el pasaje de los *Hechos de los Apóstoles* (4, 31-37) de la liturgia del día — tenemos como un anticipo, un anticipo de aquello que será la “vida nueva”». La multitud de los que se habían convertido en creyentes tenía un solo corazón y una sola alma», «esa unidad, esa unanimidad, esa armonía de los sentimientos en

el amor, el amor mutuo». «Pidamos la gracia» —propuso— de «no juzgar a nadie», tratando de «ser caritativos unos con otros», «respetuosos», dejando con mansedumbre «el lugar al otro».

Al comentar la oración colecta de la misa del **día 10**, el Pontífice puso de relieve lo que se dice al Señor: «Tú en la Pascua has hecho dos cosas: has restablecido al hombre en su dignidad perdida». Y, en consecuencia, le «has dado esperanza». Esta —explicó—

«es la salvación. El Señor nos da la dignidad que hemos perdido. Aquella dignidad de hijos restablece la dignidad, y también nos da la esperanza. Una dignidad que sigue adelante, hasta el encuentro definitivo con Él». «Somos dignos, somos mujeres y hombres de esperanza», reafirmó. Hay ocasiones en que nos hacemos la ilusión de «salvarnos con la vanidad, con el orgullo», creyéndonos «poderosos», enmascarando «nuestra pobreza, nuestros pecados con la vanidad, el

orgullo»: todas estas cosas se acaban, mientras que la salvación verdadera tiene relación con la dignidad y la esperanza recibidas gracias al amor de Dios —añadió, refiriéndose al Evangelio de *Juan* (3, 16-21)— que envió a su Hijo para salvarnos. Y es fundamental ser conscientes de que Dios no puede ser objeto de negociaciones, advirtió el Papa Francisco el **11 de abril**; la fe no prevé la posibilidad de ser «tibios», buscando, con «una doble vida», llegar a una

componenda con el mundo.
Pedro dice ante el Sanedrín:
«Hay que obedecer a Dios
antes que a los hombres» (*Hch*
5, 27-33). ¿Qué significa
«obedecer a Dios? —se
preguntó el Pontífice—.
¿Significa que nosotros
debemos ser como esclavos,
todos atados? No, porque
precisamente quien obedece a
Dios es libre, no es esclavo. Y
no es una contradicción». En
efecto, «obedecer viene del
latín, y significa escuchar,
escuchar al otro. Obedecer a
Dios es escuchar a Dios, tener

el corazón abierto para ir por el camino que Dios nos indica. La obediencia a Dios es escuchar a Dios. Y esto nos hace libres».

«En este momento, lo he dicho, tenemos tantas hermanas y tantos hermanos que por obedecer, oír, escuchar lo que Jesús les pide son perseguidos —señaló el Santo Padre—.

Recordemos siempre que estos hermanos y hermanas han puesto la carne en el asador y nos dicen con su vida: “Yo quiero obedecer, ir por el camino que Jesús me dice”».

«¿Dónde tenemos la ayuda

para ir por el camino de la escucha de Jesús? —se preguntó—. En el Espíritu Santo» «que Dios ha dado a quienes le obedecen».

*Del 12 de abril al 18 de abril de 2013. **Tiempo de testimonio.***

Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 16, viernes 19 de abril de 2013

Las «fantasías triunfalistas» son «una gran tentación en la vida cristiana». Pero Dios «no hace como un hada con la varita mágica», que puede salvar al hombre en un instante; más bien se sirve del camino de la perseverancia, porque «nos salva en el tiempo

y en la historia», en el «camino de todos los días». Esta fue la reflexión del Papa durante la misa celebrada el **12 de abril**, como cada mañana a las 7, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae, donde reside.

Celebraciones eucarísticas cotidianas en las que participan empleados del Vaticano y otros invitados y que concelebran sacerdotes, obispos y cardenales, residentes en Roma o en visita.

Partiendo del pasaje de los Hechos de los apóstoles (5, 34-42), el Papa hizo hincapié en

una realidad de la vida espiritual: «Dios nos salva en el tiempo, no en el momento. Algunas veces hace milagros, pero en la vida común nos salva en el tiempo».

Ciertamente el Señor viene a nuestra vida y nos cambia. «Esas son las conversiones. Pero este camino debe hacer historia». El Señor, por lo tanto, «nos salva en la historia: en nuestra historia personal». Él «da la gracia y dice, como decía a todos aquellos a quienes Él curaba: "Anda, camina". Lo dice también a

nosotros: “Camina en tu vida, da testimonio de todo aquello que el Señor hace con nosotros”».

Es necesario huir entonces de «una gran tentación en la vida cristiana, la tentación del triunfalismo», «creer que en un momento se puede hacer todo. No, en un momento comienza: existe una gracia grande, pero debemos ir por el camino de la vida». «El triunfalismo — explicó el Papa— no es del Señor. El Señor entró humildemente en la tierra. Hizo su vida durante treinta años,

creció como un niño normal, pasó por la prueba del trabajo, incluso por la prueba de la cruz. Y luego, al final, resucitó. El Señor nos enseña que en la vida no todo es mágico, que el triunfalismo no es cristiano». Y así, en el camino personal, para resolver los problemas de la vida es necesario mirar a la realidad de frente, preparados, como el portero de un equipo de fútbol, para detener el balón desde donde llegue. Sin ceder al miedo o a la tentación de los lamentos, porque Jesús está siempre junto a cada hombre,

sobre todo en los momentos más difíciles. En su homilía el **13 de abril** el Santo Padre se detuvo en el pasaje de los Hechos de los apóstoles (6, 1-7) en el que «hay una parte de la historia de los primeros días de la Iglesia, que crecía, aumentaba el número de los discípulos», pero «en este momento comienzan los problemas». En efecto, «los de lengua griega murmuraban contra los de lengua hebrea» porque en la asistencia cotidiana se desatendían a las viudas. «La vida —prosiguió—

no es siempre tranquila y bella» y «la primera cosa que hacen es murmurar, criticar uno contra el otro».

En cambio «los apóstoles, con la asistencia del Espíritu, reaccionaron bien. Convocaron al grupo de los discípulos y dialogaron. Es el primer paso: cuando hay dificultades, es necesario mirarlas bien, considerarlas y hablar de ellas». Es «en cierto sentido — dijo el Papa Francisco recurriendo a una metáfora eficaz y apreciada por él— como el portero del equipo,

¿no?, que recibe el balón de donde venga. Esta es la realidad». Los apóstoles, por lo tanto, «hablaron entre ellos e hicieron una bella propuesta, una propuesta revolucionaria, porque dijeron: "Nosotros somos los apóstoles, los que eligió Jesús". Pero esto no es suficiente. Se dieron cuenta de que su primer deber era la oración y el servicio de la Palabra. "Y para la asistencia cotidiana a la viudas, debemos hacer otra cosa"». Así «decidieron crear a los diáconos». «Tomaron la

decisión y el final fue muy feliz: «Y la Palabra de Dios se difundía y el número de los discípulos en Jerusalén se multiplicaba grandemente». Es bello. Cuando hay problemas, es necesario afrontarlos y el Señor nos ayudará a resolverlos».

«No tengáis miedo, soy yo»: «Esa es la palabra de Jesús, siempre —insistió el Papa—: en las dificultades, en los momentos en que todo es oscuro y no sabemos qué tenemos que hacer, también cuando en nuestra alma hay

oscuridad. No tengamos miedo a las dificultades, no tengamos miedo cuando nuestro corazón está triste, sombrío.

Afrontemos las cosas como se presentan, con el Espíritu del Señor y la ayuda del Espíritu Santo».

Y una de las pruebas que pueden presentarse es la calumnia. Es hija del «padre de la mentira» y quiere aniquilar al hombre, alejándolo de Dios. La calumnia es tan antigua como el mundo y de ella ya se encuentra referencia en el Antiguo Testamento. Basta

pensar en episodios como el de Susana con los dos jueces. La calumnia es un pecado, pero es algo más, porque «quiere destruir al obra de Dios y nace de algo muy malo: nace del odio —advirtió el Papa Francisco en su homilía del **15 de abril**—. Y quien origina el odio es Satanás». Mentira y calumnia van a la par, porque una tiene necesidad de la otra para seguir adelante. Y no cabe duda, agregó el Pontífice, que «donde está la calumnia está Satanás». El Papa Francisco se inspiró luego en el Salmo 118

de la liturgia del día, para explicar el estado de ánimo del justo calumniado: «Aunque los nobles se sienten a murmurar de mí, tu siervo medita tus decretos; tus preceptos son mi delicia». El justo, en este caso es Esteban, el protomártir, a quien hacía referencia la primera lectura tomada de los Hechos de los Apóstoles. Esteban «mira al Señor y obedece la ley». Él es el primero de una larga serie de testigos de Cristo que han colmado la historia de la Iglesia. No sólo en el pasado,

sino también en nuestros días hay muchos mártires. «El tiempo de los mártires no se ha acabado —subrayó el Papa—: también hoy podemos decir, en verdad, que la Iglesia tiene más mártires que en los primeros siglos», «muchos hombres y mujeres que son calumniados, perseguidos, asesinados por odio a Jesús, por odio a la fe».

En nuestra época caracterizada por «tantas turbulencias espirituales» el Papa invitó a reflexionar sobre un icono medieval de la Virgen. La

Virgen que «cubre con su manto al pueblo de Dios». También la primera antífona latina de la Virgen María es *Sub tuum presidium*. «Nosotros pedimos a la Virgen que nos proteja —afirmó—, y en tiempos de turbulencia espiritual el sitio más seguro se encuentra bajo el manto de la Virgen». Es, en efecto, la Madre que cuida a la Iglesia. Y en este tiempo de mártires, ella es, en cierto sentido, la protagonista de la protección: es la mamá».

El **martes 16 de abril** el Papa

Francisco hizo una petición al iniciar la liturgia: «Hoy es el cumpleaños de Benedicto XVI. Ofrecemos la misa por él, para que el Señor le acompañe, le conforte y le dé abundante consolación». Un primer pensamiento, por lo tanto, a su predecesor en el día de su octogésimo sexto cumpleaños, mientras que la homilía fue ocasión de lanzar un llamamiento a cuantos se dejan seducir por la tentación de oponer resistencia al Espíritu Santo. «El Espíritu —subrayó el Santo Padre con suave firmeza

— no es domesticable». Y ejemplificó con el Concilio Vaticano II, «una hermosa obra del Espíritu Santo». «Después de cincuenta años —se preguntó—, ¿hemos hecho todo lo que nos dijo el Espíritu Santo en el Concilio», en esa «continuidad en el crecimiento de la Iglesia que fue el Concilio?». «No», respondió. «Celebramos este aniversario» —explicó— casi levantando «un monumento» al Concilio, pero nos preocupamos sobre todo de «que no dé fastidio. No queremos cambiar». Es más,

«existen voces que quieren retroceder. Esto se llama «ser testarudos», esto se llama querer «domesticar al Espíritu Santo», esto se llama convertirse en «necios y lentos de corazón»». No se puede domesticar al Espíritu Santo «porque Él es Dios y Él es ese viento que va y viene, y tú no sabes de dónde. Es la fuerza de Dios; es quien nos da la consolación y la fuerza para seguir adelante».

De hecho, se es fiel al Espíritu cuando se anuncia a Jesús, tarea del bautizado. En su

homilía del **17 de abril**, comentando la primera lectura de los Hechos de los Apóstoles (8, 1-8), el Papa recordó que «después del martirio de Esteban, se desató una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén»; «la Iglesia gozaba de tranquilidad y paz, vivían la caridad entre ellos, las viudas eran atendidas. Pero luego llega la persecución. Esto es en cierto sentido el estilo de la vida de la Iglesia: entre la paz de la caridad y la persecución». Y sucede esto porque, como explicó el Santo Padre, así fue

la vida de Jesús. A causa de la persecución todos huyeron excepto los Apóstoles. Los cristianos, en cambio, «se marcharon. Solos. Sin sacerdote. Sin obispos: solos. Los obispos, los Apóstoles, estaban en Jerusalén tratando de hacer resistencia a estas persecuciones». Sin embargo, los que habían huido «se movieron de un lugar a otro, anunciando la Palabra». Suscitaban curiosidad: «Pero... ¿quiénes son estos?». Y ellos lo decían: «Hemos conocido a Jesús, hemos encontrado a

Jesús, y lo anunciamos».

«Tenían sólo la fuerza del bautismo —observó el Santo Padre—. Y el bautismo les daba la valentía apostólica, la fuerza del Espíritu».

La reflexión del Papa se centró entonces en el presente, porque con demasiada frecuencia la gracia del bautismo se deja un poco de lado. «A veces pensamos: “No, nosotros somos cristianos: hemos recibido el bautismo, la confirmación, la primera comunión... y así el documento de identidad está en orden. Y

ahora, dormimos tranquilos: somos cristianos". Pero, ¿dónde está esa fuerza del Espíritu que te lleva adelante?», se preguntó el Papa. «¿Somos fieles al Espíritu para anunciar a Jesús con nuestra vida, con nuestro testimonio y con nuestras palabras? Cuando hacemos esto, la Iglesia se convierte en una Iglesia Madre que genera hijos», hijos de la Iglesia que testimonian a Jesús. «Pero —fue la alerta del Papa— cuando no lo hacemos, la Iglesia no se convierte en madre, sino en Iglesia baby-

sitter, que cuida al niño para que duerma. Es una Iglesia amodorrada. Pensemos en nuestro bautismo, en la responsabilidad de nuestro bautismo».

Y es en el bautismo donde recibimos el don de la fe, un don que debe desarrollarse en la vida, en el corazón. Es el Señor quien «nos habla de la fe», indicó el Papa en la homilía del **18 de abril**. Nos invita a «creer en Él. Pero antes nos dice también otra cosa: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha mandado».

Ir a Jesús, encontrar a Jesús, conocer a Jesús, es un don del Padre». La fe es un don, y quien tiene esta fe tiene la vida eterna. «Pero, ¿en qué Dios crees?». «Cuántas veces oímos» simplemente: «en Dios»», «un dios difuso, un dios-spray, que está un poco por todas partes pero no se sabe qué es. Nosotros creemos en Dios que es Padre, Hijo, Espíritu Santo. Nosotros creemos en personas, y cuando hablamos con Dios hablamos con personas: o hablo con el Padre, o hablo con el Hijo, o

hablo con el Espíritu Santo —
especificó el Papa—. Esta es la
fe».

*Del 19 de abril al 25 de abril de 2013. **En una historia de amor.***

Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed sem. en lengua española, n. 17, viernes 26 de abril de 2013 «Que el Señor libre a la Iglesia de cualquier interpretación ideológica». Este ruego del Papa Francisco sintetizó su homilía del **19 de abril** en la misa que celebró, como cada mañana, en la Domus Sanctae Marthae, donde reside. Cada

día, a las 7, concelebran con él sacerdotes, obispos y cardenales, y participan en la Eucaristía empleados del Vaticano y otros invitados.

Al comentar las lecturas del día —de los Hechos de los apóstoles (9, 1-20) y del Evangelio de Juan (6, 52-59)—, el Obispo de Roma reflexionó sobre la palabra de Jesús, interpretada por algunos «con el corazón» y por otros «con la cabeza». La voz de Jesús «nos dice algo y se dirige precisamente a nuestro corazón. Pasa por nuestra

mente y va al corazón. Porque Jesús busca nuestra conversión». He aquí las respuestas a la voz del Señor narradas por las lecturas: «Pablo: "¿Quién eres, Señor?". Ananías dice: "Pero... Señor, respecto a este hombre, he oído a muchos hablar de ese individuo y de todo el mal que ha hecho a tus fieles", y con humildad advierte al Señor del *curriculum vitae* de Pablo. Los demás, los doctores, responden de otra manera: con la discusión entre ellos. Llegan a decirle: "¡Pero tú estás loco!", y

entre ellos dicen: "Pero ¿cómo un hombre puede dar a comer su carne?"».

Partiendo de estas expresiones, el Pontífice explicó la diversidad de las respuestas: «Los dos primeros, Pablo y Ananías, respondieron como los grandes de la historia de la salvación, como Jeremías, Isaías. También Moisés tuvo sus dificultades: "Pero, Señor, yo no sé hablar, ¿cómo iré a los egipcios a decirles esto?". Y también María: "Pero, Señor, ¡yo no estoy casada!". Son las respuestas de la humildad, de

quien acoge la Palabra de Dios con el corazón». En cambio, «los doctores responden sólo con la cabeza. No saben que la Palabra de Dios va al corazón —alertó—, no conocen la conversión. Son “científicos”. Son los grandes ideólogos», los que no comprenden que la palabra de Jesús se dirige al corazón «porque es palabra de amor, es palabra bella y lleva al amor, nos hace amar». Más aún: los ideólogos falsifican el Evangelio, afirmó el Papa, añadiendo: «Toda interpretación ideológica, de

cualquier parte que venga, es una falsificación del Evangelio. Y estos ideólogos, como hemos visto en la historia de la Iglesia, terminan por ser intelectuales sin talento, moralistas sin bondad. Y de la belleza no hablamos, porque no comprenden nada». En cambio, «el camino del amor, el camino del Evangelio es sencillo: es el camino que han entendido los santos! Los santos son quienes llevan a la Iglesia adelante», los que siguen «el camino de la conversión, el camino de la humildad, del amor, del

corazón, el camino de la belleza».

«Oremos hoy al Señor — concluyó el Pontífice— por la Iglesia: para que el Señor la libre de cualquier interpretación ideológica y abra el corazón de la Iglesia, de nuestra madre Iglesia, al Evangelio sencillo, a aquel Evangelio puro que nos habla de amor, que lleva al amor, y es itan bello! Y también nos hace bellos con la belleza de la santidad».

Se trata de una Iglesia formada por cristianos libres de la

tentación de murmurar contra un Jesús «demasiado exigente», pero sobre todo libres «de la tentación del escándalo»; una Iglesia que se consolida, camina y crece por el camino indicado por Jesús, como indicó el Papa Francisco el **20 de abril**, en su homilía, comentando el Evangelio de Juan (6, 60-69) y el pasaje de los Hechos de los Apóstoles (9, 31-42), que «nos relata una escena de la Iglesia que estaba en paz. Estaba en paz en toda la región de Judea, Galilea y Samaria. Un momento de paz.

Y dice esto también: “se consolidaba, caminaba y crecía”». Se trataba de una Iglesia que había padecido la persecución pero que en aquel período se fortalecía, seguía adelante y crecía. Pero —se preguntó el Pontífice— ¿cómo se consolida, camina y crece? «En el temor del Señor y con el consuelo del Espíritu Santo». «Caminar en el temor del Señor. Es un poco el sentido de la adoración, de la presencia de Dios, ¿no? —observó—. La Iglesia camina de esta manera y cuando estamos en presencia

de Dios no hacemos cosas malas ni tomamos malas decisiones. Estamos delante de Dios. También con la alegría y la felicidad. Este es el consuelo del Espíritu Santo, es decir, el don que el Señor nos ha dado. Este consuelo nos hace seguir adelante».

Pero para entrar en el Reino de Dios, en la comunidad cristiana, en la Iglesia, «la puerta — explicó el Papa el **22 de abril** profundizando en las lecturas del día (*Hch* 11, 1-18 y *Jn* 10, 1-10)—, la verdadera puerta, la única puerta es Jesús. Nosotros

debemos entrar por esa puerta. Jesús es explícito: “Quien no entra en el aprisco de las ovejas por la puerta —que Él mismo dice 'yo soy'— sino que entra por otra parte, es un ladrón o un bandido”», o «un ambicioso que piensa sólo en su beneficio», en su gloria, y roba la gloria a Dios. Pero ¿cómo entender que la puerta verdadera es Jesús? «Toma las bienaventuranzas y haz lo que dicen las bienaventuranzas», fue la respuesta del Pontífice. De este modo «eres humilde, eres pobre, eres manso, eres

justo»; y cuando alguien hace otra propuesta, «no la escuches: la puerta siempre es Jesús y quien entra por esa puerta no se equivoca».

Y entrar en la Iglesia es entrar en una historia de amor. De ella somos parte. Precisamente por esto, cuando se da demasiada importancia a la organización, cuando oficinas y burocracia asumen una dimensión preponderante, la Iglesia pierde su verdadera esencia y corre el riesgo de transformarse en una especie de ONG, de «organización no

gubernamental». La historia de amor a la que se refirió el Papa Francisco durante la misa del **24 de abril** es la de la maternidad de la Iglesia. Una maternidad, dijo, que crece y se difunde en el tiempo «y que aún no termina», impulsada no por fuerzas humanas sino «por la fuerza del Espíritu Santo». Las lecturas del día, Hechos de los Apóstoles (12, 24-13, 5) y Evangelio de Juan (12, 44-50). «El camino que Jesús quiso para su Iglesia —dijo el Pontífice— es el camino de las dificultades, el camino de la

cruz, el camino de las persecuciones». Y también esto nos hace pensar: «Pero, ¿qué es la Iglesia, esta Iglesia nuestra?, porque parece que no sea una empresa humana, sino otra cosa». La respuesta está una vez más en el Evangelio, donde Jesús «nos dice algo que tal vez puede iluminar esta pregunta: “Quien cree en mí, no cree en mí sino que cree en Aquel que me ha enviado”». También Cristo —explicó— fue «enviado, fue enviado por otro». Por lo tanto, cuando indica el programa de vida, el

modo de vivir, a los doce apóstoles, lo hace «no por sí mismo» sino «por Aquel que lo ha enviado». Es el inicio de la Iglesia, que —prosiguió el Papa— «comienza allí, en el corazón del Padre, que tuvo esta idea. No sé si tuvo una idea: el Padre sintió amor. Y comenzó esta historia de amor, tan larga en el tiempo y que aún no termina. Nosotros, mujeres y hombres de Iglesia, estamos en medio de una historia de amor. Cada uno de nosotros es un eslabón en esta cadena de amor».

Pero, ¿cómo se produce el crecimiento de la Iglesia?. Su fuerza «es el Espíritu, el Espíritu Santo, el amor. Precisamente el Padre envía al Hijo y el Hijo nos da la fuerza del Espíritu Santo para crecer, para seguir adelante», recalcó el Papa; y nosotros, con la fuerza del Espíritu, «todos juntos, somos una familia en la Iglesia que es nuestra madre. Así se puede explicar esta primera lectura: “La Palabra de Dios crecía y se difundía”». Todo ello conduce a la dimensión universal de la

misión de la Iglesia. En su homilía del **25 de abril** —sobre la la primera Carta de Pedro (5, 5-14) y el Evangelio de Marcos (16, 15-20)—, el Obispo de Roma recordó que «Jesús, antes de subir al cielo, envía a los apóstoles a evangelizar, a predicar el reino. Los envía hasta los confines del mundo. “Id por todo el mundo”». Éste es el horizonte de la Iglesia, que sigue adelante predicando «a todo el mundo. Pero — advirtió el Papa— no sigue adelante sola; va con Jesús». «El Señor trabaja con quienes

predican el Evangelio. Esta es la magnanimidad que deben tener los cristianos. Un cristiano pusilánime no se comprende», observó. Y «¿cuál es el estilo que quiere Jesús para sus discípulos en la predicación del Evangelio, en esta misionariedad?», se preguntó el Pontífice. E indicó la respuesta en el texto de Pedro, quien «nos explica un poco este estilo: "Revestíos todos de humildad en el trato mutuo, porque Dios resiste a los soberbios, mas da su gracia a los humildes". El estilo de la

predicación evangélica gira entorno a esta actitud, la humildad, el servicio, la caridad, el amor fraterno». Por eso, en esta dimensión, «la palabra "conquistar" no funciona; nosotros debemos predicar en el mundo», y por eso también el cristiano «predica, anuncia el Evangelio con su testimonio más que con las palabras», con el estilo de Jesús: humilde.

*Del 26 de abril al 1 de mayo de 2013. **La fe, camino de belleza y verdad.***

Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 18, viernes 3 de mayo de 2013
La fe no es ni una alienación ni un fraude, sino un camino concreto de belleza y de verdad, trazado por Jesús, para preparar nuestros ojos y poder contemplar «el rostro maravilloso de Dios» en el lugar definitivo que está

preparado para cada uno. Con estas palabras invita el Papa Francisco a no tener miedo y a vivir la vida como una preparación para mirar mejor, escuchar mejor y amar más. Es el sentido de su homilía en la misa celebrada el **viernes 26 de abril**, por la mañana, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae, donde reside. Un encuentro cotidiano alrededor de la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, presidido por el Papa. Esta misa cotidiana es concelebrada por cardenales, obispos y sacerdotes que viven

en Roma o visitan la Ciudad Eterna. Proceden de los más lejanos rincones de la tierra; participan en la celebración empleados del Vaticano y otros invitados.

En su reflexión, el Santo Padre parte de las lecturas de la liturgia del día. En esta ocasión, del pasaje evangélico de san Juan (14, 1-6): «No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar...». Y el

Pontífice se preguntó: «¿Cómo es esta preparación? ¿Cómo se realiza? ¿Cómo es ese lugar? ¿Qué significa preparar el lugar? ¿Alquilar una habitación en las alturas?». Preparar el lugar significa «preparar nuestra posibilidad de gozar, ver, sentir, comprender la belleza de aquello que nos espera, de la patria hacia la cual caminamos».

Por ello, «toda la vida cristiana —prosiguió— es un trabajo de Jesús, del Espíritu Santo, para prepararnos un lugar, prepararnos los ojos para ver».

E invitó a pensar con un ejemplo: «Quienes están enfermos de cataratas y tienen que operarse: ellos ven —dijo—, pero después de la operación, ¿qué dicen? “Nunca pensé que se podía ver así”. Nuestros ojos, los ojos de nuestra alma tienen necesidad de ser preparados para contemplar el rostro maravilloso de Jesús». Se trata, entonces, de «preparar principalmente el corazón para amar, amar más». Y «esto no es alienación: esta es la verdad, esto es permitir que

Jesús prepare nuestro corazón, nuestros ojos, para esa belleza tan grande. Es el camino de la belleza. También el camino del regreso a la patria».

Y así, mientras caminamos hacia la patria definitiva, no faltará la confrontación entre dos tipos de comunidades: la de los discípulos y la de quienes tienen cerrado el corazón. Para profundizar en estas dos tendencias, el **sábado 27 de abril**, el Papa se inspiró en el pasaje de los Hechos de los apóstoles (13, 44-52) que narra precisamente la

confrontación entre dos comunidades religiosas. En la comunidad de los discípulos — explicó— se cumplía el mandato de Jesús —“Id y predicad”—. Y, notó el Papa Francisco, entre la gente se había difundido un ambiente de felicidad que «parecía no terminar jamás». Cuando los judíos vieron tanta felicidad «se llenaron de celos y comenzaron a perseguir» a esta gente «que eran buenas personas, que tenían una actitud religiosa». «¿Por qué lo hicieron?», se preguntó. Lo hicieron

«sencillamente porque tenían el corazón cerrado, no estaban abiertos a la novedad del Espíritu Santo. Creían que todo estaba dicho, que todo sería como ellos pensaban que debía ser, y por ello se sentían como defensores de la fe». Así es como «comenzaron a hablar contra los apóstoles, a calumniar».

El Papa invitó a pensar en la Iglesia que sigue adelante, «en los numerosos hermanos que sufren por esta libertad del Espíritu y sufren persecuciones, ahora, en tantos lugares».

Incluso así, «estos hermanos, en el sufrimiento, están llenos de alegría y de Espíritu Santo», y forman «comunidades abiertas, misioneras, rezan a Jesús porque saben que es verdad lo que dijo y hemos escuchado ahora: “Lo que pidáis en mi nombre, lo haré”». Por el contrario, «las comunidades cerradas rezan a los poderosos de la tierra para que les ayuden. Y ese no es un buen camino. No tengamos miedo a la alegría del Espíritu. Y nunca, nunca —continuó— nos mezclamos con estas cosas

que, a la larga, nos llevan a encerrarnos en nosotros mismos. En esta cerrazón no está la fecundidad y la libertad del Espíritu».

A la confianza dedicó el Papa Francisco su homilía del **29 de abril**, cuya lectura remite a la primera Carta de san Juan (1, 5-2, 2), donde el apóstol «habla a los primeros cristianos y lo hace con sencillez: "Dios es luz y en Él no hay tiniebla alguna". Pero "si decimos que estamos en comunión con Él", amigos del Señor, "y caminamos en las tinieblas,

mentimos y no obramos la verdad". Y a Dios es necesario adorarle en espíritu y en verdad», afirmó el Santo Padre. «¿Qué significa —se preguntó— caminar en las tinieblas?». Así, no dudó en decir que «caminar en las tinieblas significa estar satisfecho de uno mismo, estar convencido de no tener necesidad de salvación. ¡Esas son las tinieblas!». Y, prosiguió, «cuando uno sigue adelante por este camino de las tinieblas, no es fácil dar un paso hacia atrás». E hizo una invitación: «Mirad vuestros

pecados, nuestros pecados: todos somos pecadores, todos. Este es el punto de partida». Jesús nos espera a cada uno, recalcó el Papa citando el Evangelio de Mateo (11, 25-30). Jesús nos espera para perdonarnos. Es lo que «sucede en el sacramento de la Reconciliación».

El Papa, por último, invitó a tener confianza en las palabras del apóstol Juan: «Si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre». Y concluyó: «Esto nos alivia. Es hermoso, ¿eh? ¿Y si sentimos

vergüenza? Bendita vergüenza, porque es una virtud. El Señor nos da esta gracia, esta valentía para ir siempre a Él con la verdad, porque la verdad es luz. Y no con las tinieblas de las medias verdades o de las mentiras ante Dios».

Vivir en la lógica del perdón, de la verdad, nos da paz, la paz verdadera, que no se compra. Es un don de Dios. Un don que Él da a su Iglesia. Para obtenerla los cristianos deben seguir confiando la Iglesia a Dios, pidiéndole que la cuide y la defienda de las insidias del

maligno, que ofrece al hombre una paz distinta, una paz mundana, no la paz verdadera. Este fue el núcleo de la reflexión propuesta por el Papa el **martes 30 de abril**, centrándose en la palabra «encomendar», que aparece dos veces en la lectura de los Hechos de los apóstoles (14, 19-28)».

En esta línea, dijo: «Se puede custodiar a la Iglesia, se puede atender a la Iglesia, ¿no?

Debemos hacerlo con nuestro trabajo. Pero lo más importante es lo que hace el Señor: es el

único que puede mirar a la cara al maligno y vencerle». Pero «nosotros, ¿rezamos por la Iglesia? ¿Por toda la Iglesia? ¿Por nuestros hermanos, a quienes no conocemos, en todas las partes del mundo?», fueron las preguntas del Pontífice. Cuando «en nuestra oración decimos al Señor: "Señor, mira a tu Iglesia"», entendemos por esta Iglesia, la Iglesia del Señor, la Iglesia que reúne «a nuestros hermanos». Esta es la oración que «debemos hacer con el corazón —repitió el Papa— y cada vez

más. Para nosotros es fácil rezar para pedir una gracia al Señor cuando necesitamos algo; y no es difícil rezar por gratitud al Señor. Pero rezar por la Iglesia, por quienes no conocemos, pero que son nuestros hermanos y hermanas, porque recibieron el mismo bautismo, y decir al Señor: "son los tuyos, son los nuestros... custódialos"», es otra cosa: significa «encomendar la Iglesia al Señor»; es «una oración que hace crecer a la Iglesia», pero es también «un acto de fe.

Nosotros no podemos nada, nosotros somos todos pobres servidores de la Iglesia: pero es Él quien puede llevarla adelante y custodiarla y hacerla crecer, santificarla, defenderla, defenderla del "príncipe de este mundo"», es decir, de aquel que «quiere que la Iglesia llegue a ser más y más mundana. Este es el peligro más grande», porque «cuando la Iglesia se convierte en mundana, cuando tiene dentro de sí el espíritu del mundo», cuando obtiene la paz que no es la paz del Señor, entonces

se convierte en una Iglesia «débil, una Iglesia que será vencida, incapaz de anunciar el Evangelio, el mensaje de la Cruz, el escándalo de la Cruz. No puede llevarlo adelante si es mundana. Por ello es tan importante y tan fuerte esta oración: encomendar la Iglesia al Señor».

Sobre el hombre que se dignifica trabajando, y fue creado a imagen de Dios, «quien trabajó para crear el mundo», reflexionó el Papa Francisco en su homilía del **miércoles 1 de mayo**. Las

lecturas del día abrieron camino: la primera del libro del Génesis (1, 26-2, 3) y la segunda del evangelio de Mateo (13, 54-58), presentando a Dios creador y la figura de san José, el carpintero «padre adoptivo de Jesús», de quien «Jesús aprendió a trabajar». En este día recordamos a san José —dijo—, «pero este recuerdo de san José obrero nos remite a Dios trabajador, a Jesús trabajador. Y el trabajo es un tema muy, muy, muy evangélico. “Señor —dice Adán

— con el trabajo ganaré para vivir”. Pero es más. Porque esta primera imagen de Dios trabajador nos dice que el trabajo es algo más que ganarse el pan: el trabajo nos da dignidad. Quien trabaja es digno, tiene una dignidad especial, una dignidad de persona: el hombre y la mujer que trabajan son dignos». El Santo Padre citó un titular de *L'Osservatore Romano* del domingo 28 de abril dedicado al derrumbe de una fábrica en Dacca, donde murieron cientos de obreros que trabajaban en

condiciones de explotación e inseguridad: «Un titular — comentó— que me llegó mucho el día de la tragedia de Bangladesh: “Cómo morir por 38 euros al mes”». Y «esto — fue la explícita denuncia del Pontífice— es “trabajo esclavo”», que explota «el don más bello que Dios dio al hombre: la capacidad de crear, trabajar, cultivar la propia dignidad».

Mayo 2013.

Del 2 de mayo al 8 de mayo de 2013. **Para ser la Iglesia del sí.**

Del 10 de mayo al 22 de mayo de 2013. **Canta y camina.**

Del 23 de mayo al 28 de mayo de 2013. **La victoria del cristiano.**

29 de mayo de 2013. **El triunfalismo de los cristianos.**

31 de mayo de 2013. **La eternidad no será aburrida.**

*Del 2 de mayo al 8 de mayo de 2013. **Para ser la Iglesia del sí.***

Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 19, viernes 10 de mayo de 2013

La Iglesia, «comunidad del sí» forjada por el Espíritu Santo, se contrapone a la «Iglesia del no», que obliga al Espíritu «a un doble trabajo». Es la imagen propuesta por el Papa Francisco

en la misa matutina celebrada el **jueves 2 de mayo** en la capilla de la Domus Sanctae Marthae. Cada día, como ya es costumbre, el Pontífice comenta las lecturas de la liturgia en una breve homilía, y concelebran con él cardenales, obispos y sacerdotes residentes en Roma o que vienen de diversos países.

Al hablar de la Iglesia, el Papa Francisco se inspiró en la comunidad del Cenáculo. Una Iglesia —destacó— impulsada siempre por el Espíritu Santo, que se extendió por todo el

mundo, llevando el anuncio entre los paganos, que «fue a las periferias de la fe, donde no creían el anuncio de Jesucristo, porque no lo conocían». Una Iglesia que «fue a predicar impulsada por el Espíritu Santo», el cual obra sustancialmente «en dos modos: primero impulsa» —dijo— creando «incluso algunos problemas»; luego construye «la armonía de la Iglesia, en su seno. El movimiento producido por el Espíritu Santo es un movimiento continuo». No faltó una exhortación: «Pidamos al

Espíritu Santo que nos asista siempre para llegar a ser una comunidad de amor, de amor a Jesús que nos ha amado tanto»; ser una comunidad «del "sí" que conduce a cumplir los mandamientos»; que tenga siempre las «puertas abiertas». Impulsados y cimentados en el amor, en la misa celebrada el **viernes 3 de mayo**, el Santo Padre invitó a vivir la audacia que se inspira en el Evangelio. Así, durante la homilía invitó a reflexionar sobre la necesidad de orar con valentía para obtener la gracia de la difusión

de la fe en el mundo. Como siempre, el Pontífice utilizó una expresión capaz de entrar y dejar una huella en el corazón y en la memoria de quien le escucha: habló de una oración valerosa, casi como desafiar a Jesús, quien dijo: «Cualquier cosa que pidáis en mi nombre, yo lo haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo». Por ello, orar significa «tener la valentía de ir a Jesús y decirle: “Pero tú has dicho esto, ¡hazlo! Haz que la fe se acreciente”». Es una audacia que se inspira en el Evangelio, cuando Jesús

dice: «Cualquier cosa que pidáis en mi nombre, yo lo haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo». Esta mañana sobresalían los colores de los uniformes, diseñados por Miguel Ángel, de los sesenta guardias suizos que asistieron a la misa —otro grupo lo hizo al día siguiente—. El Papa aprovechó la ocasión para agradecerles «el amor y la cercanía a la Iglesia, también la cercanía al Papa y el amor por el Papa. Es un bello testimonio de fidelidad a la Iglesia — prosiguió—. Que el Señor os

bendiga mucho por este servicio. La Iglesia les quiere mucho. Yo también».

De la persecución de los cristianos habló al día siguiente, el **sábado 4 de mayo**; y centró su reflexión en el odio, que es «una palabra fuerte —subrayó el Papa— utilizada por Jesús.

Precisamente el odio. Él que es maestro del amor, a quien le complacía hablar de amor, habla de odio». Pero «a Él —explicó— le gustaba llamar a las cosas por su nombre. Nos dice: “¡No os asustéis!, el

mundo os odiará. Sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros". El camino de los cristianos —explicó— es el camino de Jesús». Para seguirlo no hay otro camino. Uno de los indicados por Jesús, precisó el Santo Padre, «es consecuencia del odio del mundo y también del príncipe de este odio en el mundo». E invitó a pensar en las armas que tenemos para defendernos: «permanezcamos ovejas siempre, porque así tendremos un pastor que nos defiende».

Otra invitación caracterizó la

celebración del **lunes 6 de mayo**: «tener al Espíritu Santo como amigo». Un amigo que se convierte en «compañero de camino» para cada uno de nosotros. Así definió el Papa Francisco al Espíritu Santo, y agregó que para conocer al Espíritu, pero sobre todo para reconocer su acción en nuestra vida, «es importante —este es el consejo del Pontífice— practicar el examen de conciencia todas las noches antes de dormirse». Además, no dudó en recordar que fue Jesús mismo quien nos lo dejó

como amigo. Por ello —afirmó el Papa Francisco— es bueno conservar el hábito de preguntarnos, antes de que termine la jornada: “¿Qué ha hecho hoy en mí el Espíritu Santo? ¿Qué testimonio me ha dado? ¿Cómo me ha hablado? ¿Qué me ha sugerido?”. Es una presencia divina que nos ayuda a seguir adelante en nuestra vida de cristianos.

Esta presencia amiga nos ayuda a vivir con alegría las situaciones que exigen tener paciencia. Así, la alegría y la fuerza de la paciencia cristiana

hacen al hombre más joven y ayudan a aceptar y a vivir pacientemente las tribulaciones y dificultades de la vida. Lo recordó el Papa Francisco en la misa celebrada el **martes 7 de mayo**. Las lecturas del día ofrecieron al Papa la ocasión de reflexionar sobre el espíritu de la paciencia testimoniado por los primeros mártires cristianos. Y recordó a Pablo y Silas, quienes, en prisión, oraban y cantaban himnos a Dios, mientras los demás detenidos los escuchaban maravillados. «Pero ellos

estaban en paz. También ellos estaban alegres por haber sufrido en el nombre de Jesús». En medio de esa situación, vivían el estilo cristiano de la paciencia, que es «un proceso de madurez cristiana» —explicó el Papa—; y es un proceso que necesita tiempo. «Es como el buen vino» —continuó—, que espera pacientemente a que llegue «el momento en el que está propiamente maduro». Jesús no excluyó a nadie, y construyó puentes, no muros. Su mensaje de salvación es para todos. Así explicó el Papa

Francisco el **miércoles 8 de mayo** la actitud del buen evangelizador: abierto a todos, dispuesto a escuchar a todos, sin ninguna exclusión. El Pontífice propuso el ejemplo del apóstol Pablo en el areópago, que anuncia a Jesucristo entre los adoradores de ídolos. Es importante, según el Papa, el modo de proceder: «Él no dice: "¡idólatras! Irán al infierno..."», sino, por el contrario, «busca llegar al corazón»; no condena desde el inicio, busca el diálogo: «Pablo es un pontífice, constructor de puentes. Él no

quiere convertirse en constructor de muros». Construir puentes para anunciar el Evangelio, «esta es la actitud de Pablo en Atenas: hacer un puente en sus corazones, para luego dar un paso más y anunciar a Jesucristo». E invitó a reflexionar sobre nuestra actitud, si lo que nos detiene es el temor a equivocarnos, es necesario pensar que podemos levantarnos y continuar para seguir adelante; porque «los que no caminan para no equivocarse —concluyó el Papa

Francisco— comenten un error más grave».

*Del 10 de mayo al 22 de mayo de 2013. **Canta y camina.***

Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 21, viernes 24 de mayo de 2013

La Domus Sanctae Marthae, donde reside el Papa Francisco en el Vaticano, acogió a otro huésped de excepción del 9 al 13 de mayo: Su Santidad Tawadros II, Papa de Alejandría y Patriarca de la Sede de San

Marcos, jefe de la Iglesia ortodoxa copta de Egipto. Y en la capilla, en la misa que abre cada día, el Obispo de Roma quiso hablar de la alegría, expresando su estado de ánimo justamente por la llegada de Tawadros II «un hermano que viene a visitar a la Iglesia de Roma para hablar, para recorrer juntos un tramo de camino». De este modo la alegría centró la homilía del **10 de mayo**, inspirada en un pasaje del Evangelio de san Lucas (*Lc 24, 50-53*): trata de la Ascensión del Señor y relata

que los discípulos «regresaron a Jerusalén llenos de alegría. El don que Jesús les había dado —explicó el Papa— no era una cierta nostalgia», sino «alegría», que llena desde dentro, que es «como una unción del Espíritu», que «se encuentra en la seguridad de que Jesús está con nosotros y con el Padre». La alegría es una virtud de los grandes, «de aquellos grandes que —precisó el Santo Padre— están por encima de las mezquindades, de las pequeñeces humanas, que no se involucran en las

pequeñas cosas internas de la comunidad, de la Iglesia; miran siempre hacia el horizonte». Y la alegría es una virtud del camino. «San Agustín decía: ¡Canta y camina!», recordó el Papa. «El cristiano canta con alegría y camina, y lleva esta alegría», aunque «se encuentra también algunas veces escondida en la cruz»; «pero canta y camina», «sabe alabar a Dios como los apóstoles después de la Ascensión de Jesús».

De hecho el Papa invitó, en la Eucaristía del **11 de mayo** (*Jn*

16, 23-28), a un «éxodo», porque lo necesario es salir de nosotros mismos e ir al encuentro de los hermanos necesitados, de los enfermos, los ignorantes, los pobres, los explotados. Porque es ahí donde reconocemos las llagas de Jesús, que aún están presentes en la tierra. Más aún: la oración auténtica es un «salir de nosotros mismos hacia el Padre en nombre de Jesús — aclaró el Pontífice—, es un éxodo de nosotros mismos» que se realiza «precisamente con la intercesión de Jesús, que

ante el Padre le muestra sus llagas». Todo esto nos «da confianza, nos da la valentía de rezar», porque, como escribía el apóstol Pedro, «sus heridas nos han curado». Éste es «el nuevo modo de rezar: con la confianza», con la «valentía que nos da la certeza de que Jesús está ante el Padre» y le muestra sus llagas; pero también con la humildad para reconocer y encontrar las llagas de Jesús en sus hermanos necesitados. Ésta es nuestra oración en la caridad», reafirmó el Santo Padre.

Y aunque sea, en cierto modo, el desconocido de nuestra fe, el Espíritu Santo es quien nos recuerda todo lo que enseñó Jesús. En la misa del **13 de mayo** (*Hch 19, 1-8*), el Papa Francisco insistió en que Jesús dice a los apóstoles: «Os enviaré el Espíritu Santo: Él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho». «Pensemos en esto último: el Espíritu Santo es Dios, pero es Dios activo en nosotros —constató el Pontífice—, quien hace recordar, quien despierta la memoria.

El Espíritu Santo nos ayuda a hacer memoria».

Días de prólogo de Pentecostés, el Papa indicó, comentando las lecturas del **14 de mayo** (*Hch* 1, 15-17, 20-26; *Jn* 15, 9-17), que en este tiempo de espera del Espíritu Santo se hace presente el concepto del amor. De ahí su alerta y su exhortación: el egoísmo no conduce a ninguna parte. El amor, en cambio, libera. Por ello quien es capaz de vivir la propia vida como «un don entregado a los demás» no quedará nunca solo y no

experimentará «el drama de la conciencia aislada», presa fácil de ese «Satanás mal pagador» siempre «listo a engañar» a quien elige su camino.

Otra alerta lanzó el Santo Padre el **15 de mayo** (*Hch* 20, 28-38; *Jn* 17, 11-19) cuando habló de obispos y sacerdotes que se dejan vencer por la tentación del dinero y de la vanidad, del afán de hacer carrera; de pastores se convierten en lobos «que comen la carne de sus propias ovejas». No usó medias tintas el Papa Francisco para referirse

a este comportamiento. Para superar estas «auténticas tentaciones» obispos y sacerdotes deben rezar, pero necesitan también de la oración de los fieles. Porque como evidencia la relación entre Pablo y los fieles de Éfeso, la relación del obispo con su pueblo está «hecha de amor y de ternura».

Precisamente el Papa relanzó —el **16 de mayo** (*Hch* 22, 30; 23, 6-11)— el ejemplo del Apóstol Pablo, que pasaba «de una batalla campal a otra». Así, los creyentes no deben

refugiarse «en una vida tranquila» o en componendas: hoy en la Iglesia hay demasiados «cristianos de salón» —lamentó el Santo Padre—, «tibios», para quienes siempre está «todo bien», pero que no tienen ardor apostólico. En su homilía, por lo tanto, un fuerte llamamiento a la misión —no sólo en las tierras lejanas, sino también en las ciudades—. Y ello conscientes de que el celo apostólico «viene del conocimiento de Jesucristo». Como el encuentro que tuvo Pablo con el Señor, no con un

conocimiento intelectual, científico —que es importante porque nos ayuda—, sino con el conocimiento primero, el del corazón, el del encuentro personal». Es lo que impulsaba a Pablo a seguir adelante, a anunciar a Jesús. A pesar de las contrariedades. Así, con su testimonio de la verdad, el cristiano debe «incomodar» a «nuestras estructuras cómodas», observó el Papa. En cambio, los encuentros del Apóstol Pedro con Jesús fueron protagonistas de su homilía del **17 de mayo** (*Hch* 25, 13-21;

Jn 21, 15-19). La constatación del Pontífice: ser pecadores no es el problema; lo es no arrepentirse de haber pecado, no sentir vergüenza por lo que se ha hecho. Jesús —destacó— «entrega su rebaño a un pecador», Pedro. «Pecador, pero no corrupto», precisó inmediatamente. «El Señor nos hace madurar a través de muchos encuentros con Él —explicó—, incluso con nuestras debilidades, cuando las reconocemos; con nuestros pecados. Él es así, y la historia de este hombre [Pedro], que se

dejó modelar a través de numerosos encuentros con Jesús, nos sirve a todos nosotros, porque estamos en el mismo camino, siguiendo a Jesús para vivir el Evangelio. Pedro es un grande, pero no porque sea doctor en esto o porque sea bueno por haber hecho esto otro... No: es un grande, es noble, tiene un corazón noble, y esta nobleza le conduce al llanto, le lleva al dolor, a la vergüenza, pero también a acoger su trabajo de apacentar el rebaño». Jesús hablaba mucho con Pedro

y con todos los demás, así como los apóstoles hablaban entre ellos y con los demás; pero era «un diálogo de amor», recordó el Obispo de Roma el **18 de mayo** (*Jn 21, 20-25*). Una realidad que contrapuso a los cristianos entre quienes se da el mal hábito de «despellejarse» unos a otros con las palabras, las desinformaciones y la calumnia. «Las críticas —afirmó— son destructivas en la Iglesia». Después de los «cristianos de salón», están los «cristianos criticones», objeto

de esta nueva alerta del Papa. Que tampoco dudó en alertar de que incluso en el corazón del hombre de fe se alberga «algo de incredulidad». El relato del evangelio de Marcos (9, 14-29), el **20 de mayo**, dio pie al Papa Francisco para subrayar que los milagros siguen existiendo, pero para consentir al Señor que los realice es necesaria una oración valiente, capaz de superar esa incredulidad, con una oración que debe «poner la carne en el asador», implicar nuestra persona y

comprometer toda nuestra vida.

Al día siguiente, **21 de mayo** (*Mc 9, 30-37*), en su homilía retomó una clave que ya había expresado en otras ocasiones: el verdadero poder es el servicio. «La lucha por el poder en la Iglesia —subrayó el Pontífice— no es cuestión de estos días. Comenzó allá, precisamente con Jesús: mientras el Señor hablaba de la Pasión, los discípulos pensaban en discutir sobre quién de ellos era el más importante». Pero en la óptica del Evangelio «la

lucha por el poder en la Iglesia no debe existir. O, si queremos, que exista la lucha por el verdadero poder, es decir, el que Él, con su ejemplo, nos enseñó: el poder del servicio. Como hizo Él, que vino no para ser servido, sino para servir. Y su servicio fue precisamente un servicio de cruz: Él se abajó, hasta la muerte, con muerte de cruz, por nosotros; para servirnos, para salvarnos». Y el Señor redimió a todos con la sangre de Cristo, a «todos, no sólo a los católicos», insistió el Obispo de Roma el **22 de**

mayo (*Mc 9, 38-40*). «Es esta sangre que nos hace hijos de Dios», a cuya imagen fuimos creados. Y si «Él hace el bien, todos nosotros tenemos en el corazón este mandamiento: Haz el bien y no hagas el mal. Todos», cualquiera que sea el credo que profese. Pensar que no todos pueden hacer el bien es una cerrazón, «un muro — advirtió el Santo Padre— que nos conduce a la guerra» y «a lo que algunos pensaron en la historia: matar en nombre de Dios». Y esto «es una blasfemia». En cambio, cada

hombre no sólo puede, sino que debe hacer el bien, porque lleva en su interior este mandato. Es también «un hermoso camino hacia la paz». Si cada uno hace su parte de bien, y lo hace hacia los demás, «nos encontramos haciendo el bien». Y así, construimos la «cultura del encuentro; y tenemos gran necesidad de ello».

*Del 23 de mayo al 28 de mayo de 2013. **La victoria del cristiano.***

Misas matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 22, viernes 31 de mayo de 2013

El cristiano, según la metáfora evangélica, está llamado a ser la sal de la tierra. Pero si no transmite el sabor que el Señor le ha dado, se transforma en «sal insípida» y se convierte en

«un cristiano de museo». De ello habló el Papa Francisco en la misa celebrada el **23 de mayo** en la capilla de la Domus Sanctae Marthae, donde reside, en el Vaticano.

¿Cómo hacer para que la sal no se vuelva insípida? Es la cuestión que planteó el Santo Padre, como suele hacer en las homilías de la misa diaria. El sabor de la sal cristiana, explicó, nace de la certeza de la fe, de la esperanza y de la caridad que brota de la consciencia de «que Jesús resucitó por nosotros» y nos ha

salvado. Pero esta certeza no se nos dio simplemente para conservarla. La sal que hemos recibido es para darla; es para dar sabor, para ofrecerla. De otro modo «se vuelve insípida y no sirve». Pero la sal tiene también otra particularidad: cuando «se usa bien — puntualizó el Papa Francisco— no se percibe el sabor de la sal» misma ni altera el sabor de las cosas. «Esta es la originalidad cristiana: cuando nosotros anunciamos la fe, con esta sal», «cada uno la recibe en su peculiaridad, como los

alimentos». Y es que la originalidad cristiana no es una uniformidad. Consiste en que cada uno sigue siendo lo que es, con los dones que el Señor le ha dado.

Y «para que la sal no se eche a perder» hay dos métodos a seguir, «que deben ir juntos». «Primero de todo darla»; «se trata de la sal de la fe, de la esperanza y de la caridad: idarla, darla, darla!». El otro método implica la trascendencia, es decir la tensión «hacia el autor de la sal, el Creador»: «con la

adoración al Señor, trasciendo de mí mismo al Señor; y con el anuncio evangélico salgo fuera de mí mismo para dar el mensaje».

Fiesta de María Auxiliadora, el **24 de mayo** el Papa Francisco inició la celebración recordando la jornada de oración: «Toda la Iglesia reza por China, por los cristianos chinos. Esta mañana ofrecemos la misa por este noble y gran pueblo chino, por los cristianos, para que la Virgen les ayude y custodie». «En la oración que está en el misal latino» «pedimos dos

gracias —leyó—: soportar con paciencia y vencer con amor las opresiones, exteriores e interiores».

«Soportar —explicó— es tomar la dificultad y llevarla sobre sí, con fuerza, para que la dificultad no nos abata. Esta es una virtud cristiana». En segundo lugar, «se puede vencer de muchos modos —precisó—, pero la gracia que nosotros pedimos hoy es la gracia de la victoria por medio del amor. No es fácil. El amor consiste en la mansedumbre que nos enseñó Jesús. Esa es la

victoria». El apóstol Juan —dijo al respecto el Papa— «nos dice en la primera carta: esta es nuestra victoria, nuestra fe. Nuestra fe es precisamente esto: creer en Jesús que nos enseñó el amor y nos enseñó a amar a todos. Y la prueba de que nosotros estamos en el amor es cuando rezamos por nuestros enemigos».

La acogida cristiana fue en cambio el tema de la homilía que el Santo Padre pronunció el **sábado 25** con una llamada de atención: los cristianos que piden nunca deben encontrar

las puertas cerradas. Las iglesias no son oficinas donde presentar documentos y papeles cuando se pide entrar en la gracia de Dios. El Pontífice recordó el pasaje evangélico con la reprensión que Jesús dirigió a sus discípulos cuando querían alejar de Él a los niños que la gente le llevaba. El Papa ejemplificó enseguida con situaciones de la vida cotidiana. Como cuando los novios que quieren casarse se presentan en la secretaría de una parroquia y, en lugar de apoyo

y felicitación, oyen enumerar los costes de la ceremonia o la pregunta de si todos sus documentos están en regla. De este modo, a veces —advirtió el Papa— «encuentran la puerta cerrada». Así, quien tendría la posibilidad «de abrir la puerta dando gracias a Dios por este nuevo matrimonio», no lo hace, es más, la cierra. Muchas veces «somos controladores de la fe en lugar de ser facilitadores de la fe de la gente», lamentó. Y es algo que «comenzó en los tiempos de Jesús, con los Apóstoles». Se trata de «una

tentación que tenemos nosotros; la de adueñarnos, apropiarnos del Señor». El Papa recurrió a otro ejemplo: cuando una madre soltera va a una iglesia, pide bautizar al niño y encuentra como respuesta «por parte de un cristiano o de una cristiana»: «no puedes, tú no estás casada». Continuó: «Mirad a esta joven que tuvo la valentía de llevar adelante el embarazo» y no abortar: «¿Qué encuentra? Una puerta cerrada. Esto le sucede a muchas. Esto no es un buen

celo pastoral. Aleja del Señor, no abre las puertas. Y así, cuando vamos por este camino, con esta actitud, no hacemos bien a la gente, al pueblo de Dios. Jesús instituyó siete sacramentos y nosotros con esta actitud instituímos el octavo, el sacramento de la aduana pastoral».

«Jesús se indigna cuando ve estas cosas. ¿Quién sufre por esto? Su pueblo fiel, la gente que Él tanto ama», subrayó el Santo Padre. «Pensemos en el santo pueblo de Dios, pueblo sencillo, que quiere acercarse a

Jesús. Y pensemos en todos los cristianos de buena voluntad que se equivocan y en lugar de abrir una puerta la cierran. Pidamos al Señor —exhortó— que todos aquellos que se acercan a la Iglesia encuentren las puertas abiertas para encontrar este amor de Jesús». De más riesgos que impiden seguir a Jesús alertó el Papa Francisco el **27 de mayo**: el encanto de lo provisional, la sensación de ser dueños del tiempo, la cultura del bienestar a toda costa. En su homilía se refirió al pasaje evangélico del

hombre rico que se acerca a Jesús para preguntarle cómo alcanzar la vida eterna.

Asegura a Jesús que cumple los mandamientos y le pregunta cómo ir más allá. Pero a la petición de Jesús, «que le ama», de vender todas sus posesiones antes de seguirle, «este hombre bueno, hombre justo —un hombre impulsado por el Espíritu Santo para ir más lejos, más cerca de Jesús— se desanima: ante estas palabras, frunció el ceño y se marchó triste. Y Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos:

qué difícil es para quienes poseen riquezas entrar en el reino de Dios», recordó el Santo Padre.

«Todos —exhortó— debemos hacer un examen de conciencia sobre cuáles son nuestras riquezas que nos impiden acercarnos a Jesús en el camino de la vida». La primera riqueza «es la cultura del bienestar, que nos hace poco valerosos, flojos y también egoístas». A veces «el bienestar nos anestesia». Incluso la elección de tener un hijo depende del bienestar.

Otra «riqueza» que «nos impide ir cerca de Jesús es el encanto de lo provisional. Estamos enamorados de lo provisional», mientras que las propuestas de Jesús son definitivas. Nos gusta lo provisional «porque tenemos miedo del tiempo de Dios», que es un tiempo definitivo. «El encanto de lo provisional» cautiva a los hombres de hoy; y les impulsa, en particular, a «convertirse en dueños del tiempo: hacemos pequeño el tiempo en el momento». En contraposición, el Pontífice

recordó a «los numerosos hombres y mujeres que dejaron su tierra y marcharon como misioneros, para toda la vida»; y a «los numerosos hombres y mujeres que dejaron su casa para formar un matrimonio, para toda la vida y llegaron hasta el final». Esto —afirmó el Pontífice— «es seguir a Jesús de cerca, es lo definitivo».

El Pontífice retomó el **28 de mayo** la reflexión sobre el diálogo de Jesús con el joven rico. Recordó que Pedro había oído las advertencias de Jesús respecto a las riquezas, que

hacen «tan difícil entrar en el reino de Dios». Tras las palabras del Señor, Pedro le pregunta: «Está bien, ¿y nosotros? Nosotros hemos dejado todo por Ti. ¿Cuál será el salario? ¿Cómo será el premio?». La respuesta de Jesús, tal vez, «es un poco irónica: pero sí, también tú y todos vosotros que habéis dejado casa, hermanos, hermanas, madre, hijo, campos, tendréis el ciento por uno de esto». Sin embargo les advierte que deberán afrontar «la persecución», descrita como

el salario o «la paga del discípulo».

«El cristiano sigue a Jesús por amor, y cuando se sigue a Jesús con amor, la envidia del diablo hace muchas cosas — alertó—. El espíritu del mundo no tolera esto, no tolera el testimonio. Pensad en la Madre Teresa, considerada como una figura positiva que hizo tantas cosas hermosas por los demás... El espíritu del mundo nunca dice que la beata Teresa todos los días, muchas horas, estaba en adoración; nunca. Reduce la actividad cristiana al

hacer un bien social. Como si la existencia cristiana fuese una pintura, un barniz de cristianismo. Pero el anuncio de Jesús no es un barniz», penetra en los huesos, va directo «al corazón; va al interior y nos cambia —constató el Papa—. Y esto, el espíritu del mundo no lo tolera; y por ello vienen las persecuciones».

De ahí la invitación a pensar en la respuesta de Jesús: «Nadie que haya dejado casa o hermanos, hermanas o madre o padre o hijos o campos por causa mía o por causa del

Evangelio, que no reciba ya ahora, en este mundo, cien veces más, en casas, hermanos... junto a las persecuciones. No lo olvidemos», insistió el Santo Padre. Seguir a Jesús con amor paso a paso: éste es el seguimiento de Cristo. Pero el espíritu del mundo seguirá sin tolerarlo y hará sufrir a los cristianos. Se trata, sin embargo, de un sufrimiento como el que soportó Jesús: «Pidamos esta gracia: seguir a Jesús por el camino que Él nos mostró, que Él nos enseñó.

Esto es hermoso: Él no nos
deja nunca solos, nunca —
afirmó—. Él está siempre con
nosotros».

*29 de mayo de 2013. **El triunfalismo de los cristianos.***

Miércoles.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 7 de junio de 2013
El triunfalismo que pertenece a los cristianos es el que pasa a través del fracaso humano, el fracaso de la cruz. Dejarse tentar por otros triunfalismos, por triunfalismos mundanos, significa ceder a la concepción de un «cristianismo sin cruz»,

un «cristianismo a medias».

Fue la precisión que quiso hacer el Papa Francisco el 29 *de mayo*, en su homilía en la misa diaria que celebra en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

El Evangelio del día (Marcos 10, 32-45) describe el camino de Jesús hacia Jerusalén, a quien seguían los discípulos.

«Iban por el camino que subía a Jerusalén —explicó el Papa— y Jesús caminaba delante, con decisión. Podemos pensar también, deprisa».

Reflexionando sobre los

sentimientos que se agitaban en ese momento en el corazón de los discípulos, «desalentados» y «asustados», el Santo Padre hizo hincapié en el comportamiento del Señor que les revela la verdad: «Nosotros subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado» a los jefes de los sacerdotes y a los escribas; le condenarán a muerte y le matarán, pero al tercer día resucitará. Jesús «dice la verdad» y les muestra el camino que culmina «al tercer día».

A pesar de las palabras de Cristo, los discípulos piensan que es mejor detenerse. Y al mismo tiempo —hizo notar el Pontífice— comenzaron a discutir entre ellos «cómo organizar la Iglesia». Es más, Santiago y Juan «fueron a Jesús a pedirle la función de jefe de gobierno». Pero también los demás «discutían y se preguntaban quién de ellos era el más importante» en esa Iglesia que querían organizar. Cristo estaba ante el cumplimiento de su misión —destacó el Papa— mientras sus

discípulos discutían sobre «otro proyecto, otro punto de vista de la Iglesia».

Hoy —subrayó el Pontífice— el peligro es ceder a la «tentación de un cristianismo sin cruz. Un cristianismo a mitad de camino». Es la tentación del triunfalismo: «Nosotros queremos el triunfo ahora —dijo— sin ir por la cruz. Un triunfo mundano, un triunfo razonable». «El triunfalismo en la Iglesia paraliza a la Iglesia —alertó—. El triunfalismo de nosotros cristianos paraliza a los cristianos. Una Iglesia

triumfalista es una Iglesia a mitad de camino». Una Iglesia que se contentara con estar «bien organizada, con todas las oficinas, todo en su lugar, todo bonito, eficiente», pero que renegara a los mártires sería «una Iglesia que sólo piensa en los triunfos, en el éxito; que no tiene el estilo de Jesús: la norma del triunfo a través del fracaso. El fracaso humano, el fracaso de la cruz. Y esta es una tentación que todos nosotros tenemos».

Al respecto, el Papa recordó un episodio de su vida: «Una vez,

me encontraba en un momento oscuro de mi vida espiritual y pedía una gracia al Señor. Fui a predicar ejercicios espirituales a unas religiosas y el último día se confesaron. Vino una hermana anciana, de más de ochenta años, con los ojos claros, realmente luminosos. Era una mujer de Dios. Al final le dije: "Hermana, como penitencia rece por mí, porque necesito una gracia, ¿eh? Si usted la pide al Señor, seguro que me la dará". Ella se detuvo un momento, como si rezara, y me dijo esto: "Seguro que el

Señor le dará la gracia, pero no se equivoque: a su modo divino". Esto me hizo mucho bien: sentir que el Señor nos da siempre lo que pedimos pero lo hace con su modo divino». Este modo —aclaró el Papa— «implica la cruz. No por masoquismo, no, no: por amor, por amor hasta el final».

31 de mayo de 2013. La eternidad no será aburrida.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 7 de junio de 2013
Son muchos los cristianos que no conocen la alegría. Si aprendieran a salir de sí mismos y a dar gracias a Dios, «comprenderían realmente esa alegría que nos hace libres». Este fue el núcleo de la homilía del Papa Francisco en la celebración eucarística del 31

de mayo, fiesta de la Visitación. «Las dos lecturas del día — apuntó el Pontífice refiriéndose a Sofonías (3, 14-18) y al Evangelio de Lucas (1, 39-56) — nos hablan de alegría, de gozo: “alégrate, grita de alegría”, dice Sofonías. Gritar de alegría. ¡Es fuerte esto! “El Señor está contigo”; no temas; “no dejes caer los brazos”. El Señor es poderoso; se alegrará por ti». Y en el relato evangélico, la alegría caracteriza la visita de María a Isabel. El Papa se fijó en ese «salto del niño en el seno de

Isabel», revelado por ésta a María: «He aquí que en cuanto oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno».

«Todo es alegría. Pero nosotros cristianos —indicó el Obispo de Roma— no estamos muy acostumbrados a hablar de alegría, de gozo. Creo que muchas veces nos gustan más los lamentos. ¿Qué es la alegría? La clave para comprender esta alegría es lo que dice el Evangelio: “Isabel fue colmada de Espíritu Santo”. Es el Espíritu Santo quien nos da la alegría».

El Papa habló de otro aspecto de la alegría que nos viene del Espíritu. «Pensemos —dijo— en ese momento en el que la Virgen y san José llevaron a Jesús al templo para cumplir la Ley». Estaban también allí dos ancianos; pero el Evangelio no dice que estos fueron allí para cumplir la Ley, sino más bien impulsados por la «fuerza del Espíritu Santo. El Espíritu les condujo al templo». De modo que, ante Jesús, «hacen una oración de alabanza: éste es el Mesías, bendito sea al Señor! Y hacen también una liturgia

espontánea de alegría». Es la fidelidad madurada durante tantos años de espera del Espíritu Santo lo que hace que «este Espíritu venga y les dé la alegría».

«Es precisamente el Espíritu quien nos guía. Él es el autor de la alegría, el creador de la alegría. Y esta alegría en el Espíritu nos da la verdadera libertad cristiana. Sin alegría, nosotros, cristianos, no podemos llegar a ser libres. Nos convertimos en esclavos de nuestras tristezas», constató; en cambio, la alegría cristiana

deriva precisamente de la alabanza a Dios. «¿Qué es este alabar a Dios?», se preguntó el Papa. «Alabarle a Él gratuitamente, como es gratuita la gracia que Él nos da» fue su respuesta. Y «la eternidad será esto: alabar a Dios. Pero esto no será aburrido, será bellísimo. Esta alegría nos hace libres». El Papa concluyó con una observación: «Es precisamente la Virgen quien trae las alegrías. La Iglesia la llama causa de nuestra alegría, *causa nostrae letitiae*. ¿Por qué?

Porque trae nuestra alegría más grande, trae a Jesús. Y trayendo a Jesús hace que "este niño salte de alegría en el seno de la madre". Ella trae a Jesús. Ella con su oración hace que el Espíritu Santo irrumpa. Irrumpe ese día de Pentecostés; estaba allí. Debemos rezar a la Virgen para que al traer a Jesús nos dé la gracia de la alegría, de la libertad; nos dé la gracia de alabar, de hacer oración de alabanza gratuita, porque Él es digno de alabanza, siempre».

Junio 2013.

1 de junio de 2013. El escándalo de la Encarnación.

3 de junio de 2013. Los grandes desmemoriados.

4 de junio de 2013.

Aprendamos el lenguaje de los niños.

5 de junio de 2013. En el subsuelo de la existencia.

6 de junio de 2013.

Desenmascarando ídolos ocultos.

7 de junio de 2013. Cercanía y ternura.

8 de junio de 2013. Entre

estupor y memoria.

10 de junio de 2013. **Puertas abiertas a la consolación.**

11 de junio de 2013. **Los signos de la gratuidad.**

12 de junio de 2013. **Ese progresismo adolescente.**

13 de junio de 2013. **Cuando la lengua mata.**

14 de junio de 2013. **La humildad concreta.**

15 de junio de 2013. **La prisa del cristiano.**

17 de junio de 2013. **La nada y el todo.**

18 de junio de 2013. **El arte de amar a los enemigos.**

19 de junio de 2013. **Esos tipos de hipócritas.**

20 de junio de 2013. **Orar a Nuestro Padre.**

21 de junio de 2013. **Un corazón en búsqueda del verdadero tesoro.**

22 de junio de 2013. **Los pilares de la salvación cristiana.**

24 de junio de 2013.

Siguiendo el ejemplo de san Juan, voz de la Palabra.

26 de junio de 2013. **La alegría de la paternidad pastoral.**

27 de junio de 2013.

Cristianos de acción y de verdad.

28 de junio de 2013. La paciencia de Dios.

1 de junio de 2013. El escándalo de la Encarnación.

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 7 de junio de 2013
El «escándalo» de un Dios que se hizo hombre y murió en la cruz fue el centro de la homilía del 1 de junio. El recuerdo del mártir Justino, en su memoria litúrgica, dio al Papa Francisco ocasión de reflexionar sobre la coherencia de vida y el núcleo

fundamental de la fe de cada cristiano: la cruz. «Nosotros podemos hacer todas las obras sociales que queremos — expresó— y dirán “¡qué bien la Iglesia! ¡Qué bien las obras sociales que hace la Iglesia! Pero si decimos que hacemos esto porque esas personas son la carne de Cristo, llega el escándalo».

Justino, por el escándalo de la cruz, se ganó la persecución del mundo. Él anunció al Dios que vino entre nosotros y se identificó con sus criaturas. El anuncio de Cristo crucificado y

resucitado desconcierta a sus oyentes, pero él continúa testimoniando esta verdad con la coherencia de vida. «La Iglesia —comentó el Pontífice—, no es una organización de cultura, de religión, tampoco social; no es eso. La Iglesia es la familia de Jesús. La Iglesia confiesa que Jesús es el Hijo de Dios que se hizo carne. Este es el escándalo, y por esto perseguían a Jesús». Sin la Encarnación del Verbo falta el fundamento de nuestra fe, como subrayó el Santo Padre. E hizo referencia al Evangelio

de Marcos (11, 27-33), leído en la liturgia: en particular a la pregunta planteada a Jesús por parte de los sacerdotes, los escribas y los ancianos de Jerusalén: «¿Con qué autoridad haces esto?». ¿Por qué Jesús constituía un problema? «No es porque hiciera milagros», respondió el Papa. Ni porque predicara y hablara de la libertad del pueblo. «El problema que escandalizaba a esta gente —dijo— era aquello que los demonios gritaban a Jesús: “Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el santo”. Esto, esto es

el centro». Lo que escandaliza de Jesús es su naturaleza de Dios encarnado. Y como a Él, también a nosotros «nos tienden trampas en la vida»; lo que escandaliza de la Iglesia es el misterio de la encarnación del Verbo. También ahora oímos decir a menudo: «Pero vosotros cristianos, sed un poco más normales, como las otras personas, sensatas, no seáis tan rígidos». Detrás, en realidad, está la petición de no anunciar que «Dios se hizo hombre», porque «la encarnación del Verbo es el

escándalo».

Cuando el sumo sacerdote le pregunta: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios?», Jesús responde que sí e inmediatamente es condenado a muerte. «Este es el centro de la persecución», subrayó el Pontífice. De hecho, «si nosotros nos convertimos en cristianos sensatos, cristianos sociales, de beneficencia solamente, ¿cuál será la consecuencia? Que no tendremos jamás mártires». Al contrario, cuando afirmamos que «el Hijo de Dios vino y se

hizo carne, cuando predicamos el escándalo de la cruz, vendrán las persecuciones, vendrá la cruz».

El Papa Francisco exhortó a los fieles a pedir al Señor «no tener vergüenza de vivir con este escándalo de la cruz». E invitó a implorar de Dios la sabiduría, la inteligencia «para no dejarse atrapar por el espíritu del mundo, que siempre hará propuestas educadas, propuestas civilizadas». Propuestas que realmente niegan «el hecho de que el Verbo se encarnó».

3 de junio de 2013. Los grandes desmemoriados.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 7 de junio de 2013

El pensamiento del Papa Francisco se dirigió, el 3 de junio, a su predecesor Juan XXIII —«un modelo de santidad», le definió— para recordar el 50º aniversario de su muerte, pero también y sobre todo para relanzar su testimonio en un tiempo en

que, incluso en la Iglesia, hay quien elige el camino de la corrupción antes que la senda del amor como respuesta al don de Dios por el hombre. Al testimonio de la santidad el Pontífice había ya hecho alusión en la oración inicial de la misa en Sanctae Marthae al recordar la fiesta de los santos Carlos Lwanga y compañeros mártires de Uganda.

En su homilía, el Santo Padre reflexionó sobre el Evangelio de Marcos (12, 1-12). «Se me ocurre pensar —comenzó— en las tres figuras de cristianos en

la Iglesia: los pecadores, los corruptos, los santos. De los pecadores no es necesario hablar demasiado, porque todos nosotros lo somos». La figura sobre la que más habló el Santo Padre fue la de los corruptos. En la parábola evangélica —explicó— Jesús habla del gran amor del propietario de una viña, símbolo del pueblo de Dios: «Él nos ha llamado con amor, nos protege. Pero luego nos da la libertad, nos da todo este amor “en alquiler”. Es como si nos dijera: Cuida y custodia tú mi

amor como yo te custodio a ti. Es el diálogo entre Dios y nosotros: custodiar el amor. Todo comienza con este amor». Luego, sin embargo, los campesinos a quienes se les confió la viña «se sintieron fuertes, se sintieron autónomos de Dios», prosiguió el Santo Padre. Y así «se adueñaron de esa viña; y perdieron la relación con el dueño de la viña. Y cuando alguien acude a retirar la parte de la cosecha que corresponde al dueño, le golpean, le insultan, le dan muerte». Esto significa perder

la relación con Dios, no percibir ya la necesidad «de ese patrono». Es lo que hacen los «corruptos, aquellos que eran pecadores como todos nosotros, pero que dieron un paso más»: se «consolidaron en el pecado y no sienten la necesidad de Dios». O al menos, se creen que no la sienten, porque —explicó el Obispo de Roma— «en el código genético existe esta tendencia hacia Dios. Y como no pueden negarlo, se hacen un dios especial: ellos mismos».

He ahí quiénes son los

corruptos. Y «esto es un peligro también para nosotros: convertirnos en corruptos. Los corruptos están en las comunidades cristianas y hacen mucho mal. Jesús habla a los doctores de la Ley, a los fariseos, que eran corruptos; les dice que son sepulcros blanqueados. En las comunidades cristianas los corruptos son así. Se dice: Ah, es buen cristiano, pertenece a tal cofradía; bueno, es uno de nosotros. Pero nada: existen para ellos mismos. Judas empezó siendo pecador avaro y

acabó en la corrupción. La senda de la autonomía es un camino peligroso. Los corruptos son grandes desmemoriados, olvidaron este amor con el que el Señor hizo la viña y los hizo a ellos. Cortaron la relación con este amor y se convirtieron en adoradores de sí mismos.

¡Cuánto mal hacen los corruptos en las comunidades cristianas! El Señor nos libre de deslizarnos por el camino de la corrupción».

Pero en la Iglesia están también los santos. «Ahora — dijo el Pontífice— me gusta

hablar de los santos; y me complace hacerlo en el 50º aniversario de la muerte del Papa Juan XXIII, modelo de santidad». En la parábola del Evangelio, los santos —explicó el Papa Francisco— «son aquellos que van a buscar el alquiler y saben lo que les espera. Pero deben hacerlo y cumplen con su deber. Los santos: aquellos que obedecen al Señor, quienes adoran al Señor, quienes no perdieron la memoria del amor con el que el Señor hizo la viña. Y así como los corruptos hacen mucho mal

a la Iglesia, los santos hacen mucho bien».

«De los corruptos, el apóstol Juan dice que son el anticristo, que están en medio de nosotros, pero no son de los nuestros. De los santos, la Palabra de Dios nos habla como de luz: aquellos que estarán ante el trono de Dios, en adoración. Pidamos al Señor la gracia de sentirnos pecadores. La gracia de no llegar a ser corruptos. Y la gracia — concluyó— de ir por el camino de la santidad».

4 de junio de 2013.

Aprendamos el lenguaje de los niños.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 7 de junio de 2013

El Papa Francisco volvió a hablar de la corrupción el 4 de junio, cuando, en su homilía, propuso una reflexión sobre el lenguaje que a menudo usan los corruptos, es decir, el lenguaje de la hipocresía: el mismo —dijo— que usó

Satanás en el desierto cuando tentó a Jesús.

El Pontífice se inspiró en el Evangelio de Marcos (12, 13-17), que relata el intento de «algunos fariseos y herodianos» de hacer caer a Jesús en una trampa. «Fueron a Jesús para sorprenderle en falta. Simulaban conocer la verdad, pero la intención era otra: hacerle caer en la trampa. Fueron y dijeron: "Maestro, sabemos que eres veraz y no te preocupa lo que digan; porque no te fijas en apariencias, sino que enseñas

el camino de Dios conforme a la verdad". Ellos, sin embargo, no creían en lo que decían. Era una adulación». Tal «es precisamente el discurso del adulador, quien va con palabras blandas, con palabras bonitas, con palabras demasiado azucaradas».

Ayer —recordó el Santo Padre — «hablamos de los corruptos. Hoy encontramos el lenguaje de los corruptos. ¿Cuál es su idioma? Este: el idioma de la hipocresía»: «no aman la verdad. Se aman sólo a sí mismos, y, de este modo,

buscan engañar, implicar al otro en su engaño, en su mentira. Tienen el corazón mentiroso; no pueden decir la verdad».

De este modo, los fariseos que son «tan amables en el lenguaje —prosiguió el Papa volviendo al relato evangélico —, son los mismos que irán el jueves por la noche a detenerle en el Huerto de los Olivos y el viernes le conducirán a Pilato. Y con Pilato usarán el mismo idioma: nosotros tenemos sólo un rey, que es César». Este lenguaje es un intento de

«persuasión diabólica». En efecto, quienes en ese momento “alababan” a Cristo, «terminan traicionándole y mandándole a la cruz. Jesús, mirándolos a la cara, les dice esto: ¡hipócritas!».

En cambio, «la mansedumbre que Jesús quiere de nosotros no tiene nada que ver con esta adulación. La mansedumbre es sencilla, como la de un niño; y un niño no es hipócrita, porque no es corrupto. Cuando Jesús nos dice: que vuestro modo de hablar sea: “sí, sí”, “no, no”, con alma de niño, nos dice lo

contrario de aquello que dicen los corruptos». «Que nuestro hablar sea evangélico», deseó el Santo Padre. Y «pidamos hoy al Señor que nuestro modo de hablar sea el de la sencillez, el de los niños, hablar como hijos de Dios: por lo tanto, hablar en la verdad del amor».

5 de junio de 2013. En el subsuelo de la existencia.

Miércoles.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 7 de junio de 2013
Por las personas que viven «en el subsuelo de la existencia», en condiciones «límite», y que perdieron la esperanza, el Papa Francisco rezó durante la misa el 5 de junio. La invitación a pensar en los muchos que experimentan situaciones de abandono y «de sufrimiento

existencial» fue la sugerencia de las lecturas de la liturgia del día. En la del libro de Tobías (3, 1-11.16-17) el Papa identificó en las experiencias de Tobit y de Sara las historias de dos personas que sufren, al límite de la desesperación, en vilo entre la vida y la muerte.

Ambos están en busca de «una vía de escape», que encuentran lamentándose. «No blasfeman, pero se lamentan» puntualizó el Santo Padre.

«Lamentarse ante Dios no es pecado», afirmó. E inmediatamente contó: «Un

sacerdote, a quien conozco, una vez le dijo a una mujer que se lamentaba ante Dios por sus calamidades: "Señora, esa es una manera de orar, continúe". El Señor oye, escucha nuestros lamentos». El Pontífice recordó también el ejemplo de Job y de Jeremías que «se lamentan incluso con una maldición: no contra el Señor, sino por tal situación». Por lo demás lamentarse «es humano», también porque «son muchas las personas en este estado de sufrimiento existencial».

Las personas que sufren — explicó— «deben entrar en mi corazón, deben causar una inquietud en mí. Mi hermano sufre, mi hermana sufre; he ahí el misterio de la comunión de los santos. Ora: “Señor mira a aquél, llora, sufre”. Orar, permitidme decirlo, con la carne»: «no con las ideas; rezar con el corazón».

Finalmente el Pontífice puso de relieve en la primera lectura una palabra «que abre la puerta a la esperanza» y que puede ayudar en la oración. Es la expresión «en aquel

instante»: cuando Tobit rezaba, «en aquel instante» Sara rezaba; y «en aquel instante» la oración de ambos fue escuchada delante de la gloria de Dios. «La oración —dijo el Santo Padre— llega siempre ante la gloria de Dios. Siempre, cuando es una oración del corazón».

6 de junio de 2013.

Desenmascarando ídolos ocultos.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 14 de junio de 2013

Descubrir «los ídolos ocultos en los numerosos dobleces que tenemos en nuestra personalidad», «expulsar los ídolos de la mundanidad, que nos convierte en enemigos de Dios»: fue la invitación del

Papa Francisco durante la misa matutina del 6 de junio, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

La exhortación a emprender «el camino del amor a Dios», a ponerse en «camino para llegar» a su Reino, fue la coronación de una reflexión centrada en el Evangelio de Marcos (12, 28-34), cuando Jesús responde al escriba que le interroga sobre cuál es el más importante de los mandamientos. La primera observación del Pontífice fue que Jesús no responde con una

explicación, sino que usa la Palabra de Dios: «¡Escucha, Israel! El Señor nuestro Dios es el único Señor».

«La confesión de Dios se realiza en la vida, en el camino de la vida; no basta decir —advirtió el Papa—: yo creo en Dios, el único»; sino que requiere preguntarse cómo se vive este mandamiento. En realidad, con frecuencia se sigue «viviendo como si Él no fuera el único Dios» y como si existieran «otras divinidades a nuestra disposición». Es lo que el Papa Francisco define como «el

peligro de la idolatría», la cual «llega a nosotros con el espíritu del mundo».

Pero ¿cómo desenmascarar estos ídolos? El Santo Padre ofreció un criterio de valoración: son los que llevan a contrariar el mandamiento «¡Escucha, Israel! El Señor nuestro Dios es el único Señor». Por ello «el camino del amor a Dios —amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma— es un camino de amor; es un camino de fidelidad». Hasta el punto de que «al Señor le complace

hacer la comparación de este camino con el amor nupcial». Y esta fidelidad nos impone «expulsar los ídolos, descubrirlos», porque existen y están bien «ocultos, en nuestra personalidad, en nuestro modo de vivir»; y nos hacen infieles en el amor.

Jesús propone «un camino de fidelidad», según una expresión que el Papa Francisco encuentra en una de las cartas del apóstol Pablo a Timoteo: «Si no eres fiel al Señor, Él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo. Él

es la fidelidad plena. Él no puede ser infiel. Tanto es el amor que tiene por nosotros». Mientras que nosotros, «con las pequeñas o no tan pequeñas idolatrías que tenemos, con el amor al espíritu del mundo», podemos llegar a ser infieles. La fidelidad es la esencia de Dios que nos ama.

7 de junio de 2013. Cercanía y ternura.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 14 de junio de 2013

La «ciencia de la caricia» manifiesta dos pilares del amor: la cercanía y la ternura. Y «Jesús conoce bien esta ciencia». Fue la afirmación del Papa Francisco al celebrar el 7 de junio la misa de la solemnidad del Sacratísimo

Corazón de Jesús.

Refiriéndose a las lecturas del día tomadas del libro del profeta Ezequiel (34, 11-16), de la carta de san Pablo a los Romanos (5, 5-11) y del Evangelio de Lucas (15, 3-7), el Pontífice definió la solemnidad del Sagrado Corazón como la «fiesta del amor»: Jesús «quiso mostrarnos su corazón como el corazón que tanto amó. Pienso en lo que nos decía san Ignacio» —apuntó—; «nos indicó dos criterios sobre el amor. Primero: el amor se

manifiesta más en las obras que en las palabras. Segundo: el amor está más en dar que en recibir».

El amor de Dios se muestra en la figura del pastor, recordó el Papa, subrayando que Jesús nos dice: «Yo conozco a mis ovejas». «Es conocer una por una, con su nombre. Así nos conoce Dios: no nos conoce en grupo, sino uno a uno. Porque el amor no es un amor abstracto, o general para todos; es un amor por cada uno. Y así nos ama Dios», afirmó. Y todo esto se traduce

en cercanía. Dios «se hace cercano por amor —añadió— y camina con su pueblo. Y este caminar llega a un punto inimaginable: jamás se podría pensar que el Señor mismo se hace uno de nosotros y camina con nosotros, y permanece con nosotros, permanece en su Iglesia, se queda en la Eucaristía, se queda en su Palabra, se queda en los pobres y se queda con nosotros caminando. Esta es la cercanía. El pastor cercano a su rebaño, a sus ovejas, a las que conoce una por una».

Reflexionando sobre la otra actitud del amor de Dios, el Pontífice recalcó que de ella habla «el profeta Ezequiel, pero también el Evangelio: Iré en busca de la oveja perdida y conduciré al ovil a la extraviada; vendaré a la herida; fortaleceré a la enferma; a la que esté fuerte y robusta la guardaré; la apacentaré con justicia. El Señor nos ama con ternura. El Señor sabe la bella ciencia de las caricias. La ternura de Dios: no nos ama de palabra; Él se aproxima y estándonos cerca

nos da su amor con toda la ternura posible». Cercanía y ternura son «las dos maneras del amor del Señor, que se hace cercano y da todo su amor también en las cosas más pequeñas con ternura». Sin embargo se trata de un «amor fuerte», «porque cercanía y ternura nos hacen ver la fuerza del amor de Dios».

Y aunque «pueda parecer una herejía, imás difícil que amar a Dios es dejarse amar por Él!», constató el Papa, explicando el «modo de restituir a Él tanto amor: abrir el corazón y

dejarse amar».

**8 de junio de 2013. Entre
estupor y memoria.**

Sábado

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
24, viernes 14 de junio de
2013

La Palabra de Dios, que al oírla
«provoca estupor», se ha de
custodiar celosamente en lo
profundo del corazón. Esta fue
la exhortación del Pontífice en
su homilía del 8 de junio.

Estupor es lo que percibieron
quienes escuchaban a Jesús —

cuando tenía doce años— en el Templo ante los doctores que le interrogaban, como relata el Evangelio de Lucas (2, 41-51), igual que quedaron asombrados José y María al encontrar a Jesús, a quien buscaban desde hacía tres días. El primer efecto de la Palabra de Dios es, por lo tanto, el de asombrar, puesto que en ella volvemos a encontrar el sentido de lo divino, señaló el Santo Padre: «Y después nos da alegría. Pero el estupor es más que la alegría. Es un momento en el cual se siembra la Palabra de

Dios en nuestro corazón». Custodiar la Palabra de Dios — explicó el Papa— «quiere decir abrir nuestro corazón» a ella, «como la tierra se abre para recibir la semilla. La Palabra de Dios es semilla y se siembra. Y Jesús nos dijo lo que sucede con la semilla. Algunas caen a lo largo del camino, vienen los pájaros y las comen». Esto sucede cuando no se custodia la Palabra. Significa que ciertos «corazones no saben recibirla». Sucede también que otras semillas caen «en una tierra con muchas piedras y la semilla

no logra echar raíces y muere», es decir, cuando no somos capaces de custodiarla porque no somos constantes; y cuando llega una tribulación nos olvidamos de ella.

«La Palabra cae también en tierra no preparada —agregó el Pontífice—, donde hay espinas, y al final muere» porque «no se la custodia». Pero, ¿qué son las espinas? Lo dice Jesús mismo: «El apego a las riquezas, los vicios, todas estas cosas».

Custodiar la Palabra de Dios es recibirla en nuestro corazón»,

insistió el Papa Francisco. Pero es necesario «preparar nuestro corazón para recibirla. Meditar siempre sobre lo que nos dice esta Palabra hoy, mirando lo que sucede en la vida». Leer «la vida con la Palabra de Dios: esto significa custodiar». Pero significa también hacer memoria. «La memoria —dijo al respecto el Pontífice— es una custodia de la Palabra de Dios, nos ayuda a custodiarla, a recordar todo lo que el Señor ha hecho en mi vida, todas las maravillas de la salvación».

10 de junio de 2013. Puertas abiertas a la consolación.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 14 de junio de 2013

¿Por qué hay personas que tienen el corazón cerrado a la salvación? Este fue el interrogante que planteó el Santo Padre en la celebración de la misa el 10 de junio. Una pregunta que encuentra respuesta y explicación en la

palabra «miedo». «Tenemos necesidad» de la salvación, pero al mismo tiempo «tenemos miedo», porque — dijo el Papa— «cuando el Señor viene para salvarnos debemos darlo todo» y en ese momento «manda Él; y de esto tenemos miedo». Los hombres, en efecto, quieren «mandar», quieren ser «los dueños» de ellos mismos. Y así «la salvación no llega, la consolación del Espíritu no llega».

En la liturgia del día el pasaje del Evangelio de Mateo (5, 1-

12) sobre las Bienaventuranzas dio ocasión al Papa para reflexionar sobre la relación entre salvación y libertad. Sólo la salvación que llega con la consolación del Espíritu — afirmó— nos hace libres: es «la libertad que nace del Espíritu Santo que nos salva, nos consuela, nos da vida». Pero para comprender plenamente las Bienaventuranzas y lo que significa «ser pobres, ser mansos, ser misericordiosos» — cosas que «no parece» que nos «conduzcan al éxito»— es necesario custodiar «el corazón

abierto» y haber «gustado bien la consolación del Espíritu Santo que es salvación».

En efecto, la consolación «es la presencia de Dios en nuestro corazón. Pero para que el Señor esté en nuestro corazón es necesario abrir la puerta», recalcó el Papa. De ahí que invocara «la gracia de abrir nuestro corazón a la consolación del Espíritu Santo, para que esta consolación, que es la salvación, nos haga comprender bien» los nuevos mandatos contenidos en el Evangelio de las

Bienaventuranzas.

11 de junio de 2013. Los signos de la gratuidad.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 14 de junio de 2013

Pobreza y alabanza de Dios: son las dos coordenadas principales de la misión de la Iglesia, los «signos» que revelan al pueblo de Dios si «un apóstol vive la gratuidad». Lo indicó el Papa Francisco el 11 de junio partiendo de las

lecturas del día —de los Hechos de los apóstoles (11, 21-26; 13, 1-3) y del Evangelio de Mateo (10, 7-13)—. «La predicación evangélica nace de la gratuidad, del estupor de la salvación que llega; y eso que he recibido gratuitamente, debo darlo gratuitamente», expresó; esto se ve cuando Jesús envía a sus apóstoles y les da las instrucciones para la misión que les espera. «Son indicaciones —evidenció el Santo Padre— muy sencillas: no os procuréis oro, ni plata, ni dinero». Esta misión de

salvación, como añade Jesús, consiste en curar a los enfermos, resucitar a los muertos, purificar a los leprosos y expulsar los demonios. Se trata de una misión —especificó el Papa Francisco— para acercar a los hombres al Reino de Dios. Y el Señor quiere para los apóstoles «sencillez» de corazón y disponibilidad para dejar espacio «al poder de la Palabra de Dios».

La frase clave de las consignas de Cristo a sus discípulos es precisamente «gratuitamente

habéis recibido, gratuitamente»: palabras en las que se comprende toda «la gratuidad de la salvación». Porque — aclaró el Pontífice— «no podemos predicar, anunciar el Reino de Dios, sin esta certeza interior de que todo es gratuito, todo es gracia». Es lo que afirmaba san Agustín: *Quaere causam et non invenies nisi gratiam*. Cuando actuamos sin dejar espacio a la gracia — afirmó el Papa— entonces «el Evangelio no tiene eficacia». Entre los muchos signos de la gratuidad, el Papa Francisco

indicó especialmente la pobreza y la alabanza a Dios. De hecho el anuncio del Evangelio debe pasar por el camino de la pobreza y su testimonio: «No tengo riquezas, mi riqueza es sólo el don que he recibido de Dios. Esta gratuidad es nuestra riqueza». Es una pobreza que «nos salva de convertirnos en organizadores, empresarios». El Papa admitió que «se deben llevar adelante obras de la Iglesia» y que «algunas son un poco complejas», pero es necesario hacerlo «con corazón de pobreza, no con corazón de

inversión o como un empresario, porque la Iglesia no es una ONG. Es algo más importante. Nace de esta gratuidad recibida y anunciada».

En cuanto a la capacidad de alabar, el Santo Padre aclaró que cuando un apóstol no vive la gratuidad, pierde también la capacidad de alabar al Señor, «porque alabar al Señor es esencialmente gratuito. Es una oración gratuita. No sólo pedimos, alabamos». En cambio —concluyó— «cuando encontramos apóstoles que

quieren hacer una Iglesia rica,
una Iglesia sin la gratuidad de
la alabanza», la Iglesia
«envejece, se convierte en una
ONG, no tiene vida».

*12 de junio de 2013. **Ese progresismo adolescente.***

Miércoles.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 14 de junio de 2013

Son dos las tentaciones que se han de afrontar en este momento de la historia de la Iglesia: retroceder por ser temerosos de la libertad que viene de la ley «realizada en el Espíritu Santo» y ceder a un «progresismo adolescente», es

decir, propenso a seguir los valores más fascinantes propuestos por la cultura dominante. El Papa Francisco habló de ello el 12 de junio en su homilía, comentando las lecturas —de la segunda carta de san Pablo a los Corintios (3, 4-11) y del Evangelio de san Mateo (5, 17-19)— al celebrar la misa en la Domus Sanctae Marthae. Se centró sobre todo en las explicaciones dadas por Jesús a quienes le acusaban de querer cambiar la ley de Moisés. Él los tranquiliza diciendo: «Yo no vengo a abolir

la ley sino a darle pleno cumplimiento».

Esta ley «es sagrada —observó el Papa— porque conducía al pueblo a Dios». Por lo tanto, «no se puede tocar». Había quien decía que Jesús «cambiaba esta ley». Él, en cambio, buscaba hacer entender que se trataba de un camino que conduciría «al crecimiento», es más, a la «plena madurez de esa ley. Y decía: Yo vengo a dar cumplimiento. Así como el brote que “despunta” y nace la flor, así es la continuidad de la

ley hacia su madurez. Y Jesús es la expresión de la madurez de la ley».

El Pontífice reafirmó luego el papel del Espíritu Santo en la transmisión de esta ley. En efecto, «Pablo dice que esta ley del Espíritu la tenemos por medio de Jesucristo, porque no somos capaces de pensar algo como procedente de nosotros; nuestra capacidad viene de Dios. Y la ley que Dios nos da es una ley madura, la ley del amor, porque hemos llegado a la última hora. El apóstol Juan dice a su comunidad:

Hermanos, hemos llegado a la última hora. A la hora del cumplimiento de la ley. Es la ley del Espíritu, la que nos hace libres».

Sin embargo, se trata de una libertad que, en cierto sentido, nos da miedo. «Porque — precisó el Pontífice— se puede confundir con cualquier otra libertad humana». Y «la ley del Espíritu nos lleva por el camino del discernimiento continuo para hacer la voluntad de Dios»: también esto nos asusta.

Pero cuando nos asalta este

miedo corremos el riesgo de sucumbir a dos tentaciones — advirtió el Santo Padre. La primera es la de «volver atrás porque no estamos seguros. Pero esto interrumpe el camino». Es «la tentación del miedo a la libertad, del miedo al Espíritu Santo: el Espíritu Santo nos da miedo». Pero «la seguridad plena está en el Espíritu Santo que te conduce hacia adelante, que te da confianza y, como dice Pablo, es más exigente: en efecto, Jesús dice que “antes pasarán el cielo y la tierra que deje de

cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley". Por lo tanto es más exigente, incluso si no nos da la seguridad humana porque no podemos controlar al Espíritu Santo».

La segunda tentación es la que el Papa definió como «progresismo adolescente». No se trata de auténtico progreso: es una cultura que avanza, de la que no logramos desprendernos y de la cual tomamos las leyes y los valores que más nos gustan, como hacen precisamente los adolescentes. Al final, el riesgo

que se corre es el de resbalar y salirse del camino. Según el Pontífice, se trata de una tentación recurrente en este momento histórico para la Iglesia. «No podemos retroceder —dijo el Papa— y deslizarnos fuera del camino». El camino a seguir es este: «La ley es plena, siempre en continuidad, sin cortes: como la semilla que acaba en la flor, en el fruto. El camino es el de la libertad en el Espíritu Santo, que nos hace libres, en el discernimiento continuo sobre la voluntad de Dios, para seguir

adelante por este camino, sin retroceder» y sin resbalar. Y concluyó: «Pidamos el Espíritu Santo que nos da vida, que lleva hacia adelante, que lleva a la plena madurez esa ley que nos hace libres».

*13 de junio de 2013. **Cuando la lengua mata.***

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 21 de junio de 2013

El enfado y el insulto al hermano pueden matar. Fue la advertencia del Papa Francisco —el 13 de junio, en la misa que celebra al empezar cada día en la capilla de la Domus Sanctae Marthae— comentando el pasaje del evangelio de Mateo

(5, 20-26), donde se narra que quien se enfada con el propio hermano será procesado. Y al aludir también a san Juan, quien, respecto a aquel que expresa resentimiento y odio hacia el hermano, en realidad, en su corazón, ya lo mata, el Papa puso de relieve la necesidad de entrar en la lógica del perfeccionamiento, es decir, «ajustar nuestra conducta». Evidentemente se refiere al tema de «desacreditar al hermano a partir de pasiones interiores nuestras. Y en concreto el insulto». El

Pontífice hizo notar irónicamente cuánto se ha extendido «en la tradición latina» recurrir al insulto con «una creatividad maravillosa, porque vamos inventando uno tras otro».

Cuando Jesús pronunció las palabras que recoge el Evangelio del día —recordó el Pontífice, hablando en esta ocasión en su español, ante la presencia de un nutrido grupo de argentinos—, inicia con una frase: «la justicia de ustedes tiene que ser superior a la justicia que están viendo

ahora, la de los escribas y fariseos». Por ello —añadió el Santo Padre— quien «entra en la vida cristiana, el que acepta seguir este camino, tiene exigencias superiores a las de los demás». Y aquí una puntualización: «No tiene ventajas superiores. ¡No! Exigencias superiores». Jesús menciona algunas de ellas, como «las exigencias de la convivencia», pero luego indica también «el tema de la relación negativa hacia los hermanos». Las palabras de Jesús — subrayó— no dejan vía de

escape: «Ustedes han oído que se dijo en el pasado: no matarás. Y el que mata debe ser llevado al tribunal. Pero yo les digo que todo aquél que se enoja contra su hermano merece ser condenado, y todo aquel que lo insulta merece ser castigado por el tribunal».

Respecto al insulto —indicó el Papa—, Jesús es aún más radical y «va mucho más allá». Porque dice que cuando ya «en tu corazón hay algo negativo» contra el hermano y se expresa «con un insulto, con una maldición o con enojo, hay algo

que no funciona, y te tenés que convertir, tenés que cambiarlo».

El Papa Francisco pidió al Señor la gracia para todos de «cuidar un poquito más la lengua con lo que decimos de los demás». Sin duda es «una pequeña penitencia, pero da buenos frutos». E insistió en la necesidad de pedir al Señor la gracia de «ajustar nuestra vida a esta nueva ley, que es ley de la mansedumbre, ley del amor, ley de la paz».

*14 de junio de 2013. **La humildad concreta.***

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 21 de junio de 2013

Sin la humildad, sin la capacidad de reconocer públicamente los propios pecados y la propia fragilidad humana, no se puede alcanzar la salvación y tampoco pretender anunciar a Cristo o ser sus testigos. Esto es válido

también para los sacerdotes. Y los cristianos siempre deben recordar que la riqueza de la gracia, don de Dios, es un tesoro que se custodia en «vasijas de barro» a fin de que sea claro el poder extraordinario de Dios, del que nadie se puede adueñar «para el curriculum personal». El Papa Francisco invitó una vez más a reflexionar sobre el tema de la humildad cristiana en la misa del 14 de junio. Las lecturas del día —la segunda carta de san Pablo a los Corintios (4, 7-15) y el

Evangelio de san Mateo (5, 27-32)— centraron la meditación del Papa, que relacionó la imagen de la «belleza de Jesús, de la fuerza de Jesús, de la salvación que nos trae Jesús», de la que habla el apóstol Pablo, con la de las «vasijas de barro» en las cuales se contiene el tesoro de la fe. Los cristianos son como vasijas de barro porque son débiles, en cuanto pecadores. A pesar de ello —subrayó el Santo Padre— entre «nosotros, pobres vasijas de barro», y «el poder de Jesucristo salvador» tiene lugar

un diálogo: el «diálogo de la salvación». Pero advirtió de que si este diálogo asume el tono de la autojustificación quiere decir que algo no funciona y no hay salvación. Cada vez que Pablo «nos habla de su curriculum de servicio» —«hice esto, hice aquello, prediqué»— nos habla también de lo referido a sus debilidades, a sus pecados. La humildad del cristiano, como señaló el Pontífice, es la que sigue el camino indicado por el apóstol. Este modelo de humildad es válido también «para nosotros

sacerdotes —advirtió—. Si nos gloriamos sólo de nuestro curriculum y nada más acabaremos equivocándonos. No podemos anunciar a Jesucristo salvador porque, en el fondo, no le escuchamos». «Debemos ser humildes — exhortó el Pontífice— pero con una humildad real»; es necesario reconocerse pecadores, concretamente. «Hermanos —exhortó el Papa —, nosotros tenemos un tesoro: Jesucristo salvador, la cruz de Jesucristo, este tesoro del cual nos enorgullecemos»,

pero no nos olvidemos «de confesar también los pecados», porque sólo así «el diálogo es cristiano y católico, concreto. Porque la salvación de Jesucristo es concreta».

15 de junio de 2013. La prisa del cristiano.

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 21 de junio de 2013

La vida cristiana debe ser siempre inquieta y nunca tranquilizadora. Ciertamente no es «una terapia terminal para dejarnos en paz hasta el cielo». Es necesario proceder como san Pablo y testimoniar «el mensaje de la auténtica

reconciliación», sin preocuparse demasiado por las estadísticas o por hacer prosélitos: es «de locos pero es bello», porque «es el escándalo de la cruz». El Papa volvió a hablar de reconciliación y de ardor apostólico en la homilía del 15 de junio.

Punto de partida del Pontífice, como es habitual, las lecturas del día, en especial la segunda carta de Pablo a los Corintios (5, 14-21). Un «pasaje un poco especial —dijo— porque parece que Pablo está acelerado, va con cierta velocidad. El amor de

Cristo nos posee, nos impulsa, nos apremia. Precisamente esta es la velocidad de Pablo: cuando ve el amor de Cristo no puede permanecer quieto». Así san Pablo es de verdad un hombre que tiene prisa, con «el afán por decirnos algo importante: habla del sí de Jesús, de la obra de reconciliación realizada por Jesús y también de la obra de reconciliación» de Cristo y del apóstol.

De hecho el Santo Padre observó que en la página paulina «se repite cinco veces

la palabra reconciliación», como un estribillo. Para decir con claridad que «Dios nos ha reconciliado con Él en Cristo». San Pablo «habla también con fuerza y con ternura cuando dice: yo soy un embajador en nombre de Cristo». Pablo, luego, al proseguir su escrito, parece casi arrodillarse para implorar: «Os suplicamos en nombre de Cristo: dejaos reconciliar con Dios».

Este es «el misterio que hacía a Pablo seguir adelante con celo apostólico, porque es algo maravilloso: el amor de Dios

que entregó a su Hijo a la muerte por mí. Cuando Pablo se encuentra ante esta verdad, dice: Él me amó, fue a la muerte por mí. Este es el misterio de la reconciliación». Se trata —propuso el Papa Francisco— de llegar «a esta verdad que nos mueve, a este amor que está en el seno de la vida cristiana: el amor del Padre que en Cristo reconcilia al mundo. Es Dios, en efecto, quien reconcilia consigo al mundo en Cristo, no imputando a los hombres sus culpas y confiándonos la palabra de

reconciliación. Cristo nos ha reconciliado. Esta es la actitud del cristiano, esta es la paz del cristiano». Y lo que el Señor quiere de nosotros —precisó— es precisamente el anuncio de la reconciliación, que es el núcleo de su mensaje.

Por eso el Papa concluyó su homilía pidiendo que el «Señor nos dé esta urgencia para anunciar a Jesús; nos dé la sabiduría cristiana, que nace precisamente de su costado traspasado por amor». Y que «nos convenza también de que la vida no es una terapia

terminal para estar en paz hasta el cielo. La vida cristiana se conduce por el camino, por la vida, con esta premura de Pablo. El amor de Cristo nos posee, nos impulsa, nos apremia. Con esta emoción que se siente cuando uno ve que Dios nos ama».

*17 de junio de 2013. **La nada y el todo.***

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 21 de junio de 2013

«La nada es semilla de guerra, siempre; porque es semilla de egoísmo. El todo, lo grande, es Jesús». Sobre la correcta comprensión de este binomio se basa la mansedumbre y la magnanimidad que caracteriza al cristiano. Así lo aclaró el

Papa Francisco el 17 de junio. Comentando las lecturas del día —de la segunda carta de san Pablo a los Corintios (6, 1-10) y del Evangelio de Mateo (5, 38-42)— el Pontífice se centró en el significado de «un clásico» de las enseñanzas evangélicas, es decir, el sentido de lo que Jesús dice respecto de la bofetada recibida en la mejilla, cosa a la que el cristiano responde ofreciendo la otra mejilla. Algo —dijo el Papa— que va contra la lógica del mundo, según la cual a una ofensa se responde con una

reacción igual y contraria. En cambio la ley de Jesús, su justicia, «es otra justicia, totalmente distinta a la del “ojo por ojo, diente por diente”». El Santo Padre se refirió luego a la frase con la que Pablo concluye la página del pasaje leído durante la liturgia. Porque —explicó— «nos dice una palabra que tal vez nos ayudará a comprender el significado de la bofetada en la mejilla y otras cosas. Acaba, en efecto, diciendo esto: “Como gente que no tiene nada, y sin embargo, lo poseemos todo”».

«Creo que es ésta —precisó— la clave de interpretación de esta palabra de Jesús, la clave para interpretar bien la justicia que Jesús nos pide, una justicia superior a la de los escribas y fariseos». ¿Cómo se resuelve la tensión entre la nada y el todo? El todo constituye la seguridad cristiana: «Nosotros estamos seguros de que lo poseemos todo, todo —insistió— con la salvación de Jesucristo. Y Pablo estaba convencido de ello hasta el punto de decir: Para mí lo que importa es Jesucristo, lo demás no interesa. En cambio

para el espíritu del mundo el todo son las cosas: las riquezas, la vanidad, la importancia», y, al contrario, «la nada es Jesús».

Ello —prosiguió el Santo Padre— se expresa en el hecho de que si a un cristiano se le pide diez, «él debe dar cien», porque «para Él el todo es Jesucristo». Este es «el secreto de la magnanimidad cristiana, que va siempre con la mansedumbre. El cristiano es una persona que ensancha su corazón con esta magnanimidad. Tiene el todo,

que es Jesucristo; las demás cosas son la nada. Son buenas, sirven, pero en el momento de la confrontación elige el todo» que es Jesús.

Seguir a Jesús —previno el Pontífice— «no es fácil, pero tampoco es difícil, porque en el camino del amor el Señor hace las cosas de modo tal que nosotros podemos seguir adelante. Y el Señor mismo nos ensancha el corazón». Cuando, en cambio, se tiende a seguir la nada, entonces «surgen los enfrentamientos en las familias, con los amigos, en la

sociedad. También los enfrentamientos que terminan en la guerra», porque «la nada es semilla de guerra, siempre; porque es semilla de egoísmo», mientras que «el todo, lo grande, es Jesús». Que el Señor «ensanche nuestro corazón y nos haga humildes, mansos y magnánimos —rogó—, porque nosotros lo tenemos todo en Él».

18 de junio de 2013. El arte de amar a los enemigos.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 21 de junio de 2013

Amar a nuestros enemigos, a quienes nos persiguen y nos hacen sufrir, es difícil; ni siquiera es un «buen negocio». Sin embargo es el camino indicado y recorrido por Jesús para nuestra salvación. En su homilía del 18 de junio el

Pontífice recordó que la liturgia propone estos días reflexionar sobre los paralelismos entre «la ley antigua y la ley nueva, la ley del monte Sinaí y la ley del monte de las Bienaventuranzas». Entrando en las lecturas —de la segunda carta de san Pablo a los Corintios (8, 1-9) y del Evangelio de Mateo (5, 43-48) —, el Santo Padre se detuvo en la dificultad del amor a los enemigos, preguntándose cómo es posible perdonar: «También nosotros, todos nosotros, tenemos enemigos, todos.

Algunos enemigos débiles, algunos fuertes. También nosotros muchas veces nos convertimos en enemigos de otros; no les queremos. Jesús nos dice que debemos amar a los enemigos».

«Jesús nos dice dos cosas — expresó el Papa afrontando la cuestión de cómo amar a los enemigos—: primero, mirar al Padre. Nuestro Padre es Dios: hace salir el sol sobre malos y buenos; hace llover sobre justos e injustos. Su amor es para todos. Y Jesús concluye con este consejo: “Sed

perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial"». Por lo tanto, la indicación de Jesús consiste en imitar al Padre en «la perfección del amor. Él perdona a sus enemigos. Hace todo por perdonarles.

Pensemos en la ternura con la que Jesús recibe a Judas en el huerto de los Olivos», cuando entre los discípulos se pensaba en la venganza.

«Jesús nos pide amar a los enemigos -insistió-. ¿Cómo se puede hacer? Jesús nos dice: rezad, rezad por vuestros enemigos». La oración hace

milagros; y esto vale no sólo cuando tenemos enemigos; sino también cuando percibimos alguna antipatía, «alguna pequeña enemistad». Es cierto: «el amor a los enemigos nos empobrece, nos hace pobres, como Jesús, quien, cuando vino, se abajó hasta hacerse pobre». Tal vez no es un «buen negocio» — agregó el Pontífice—, o al menos no lo es según la lógica del mundo. Sin embargo «es el camino que recorrió Dios, el camino que recorrió Jesús» hasta conquistarnos la gracia

que nos ha hecho ricos.

*19 de junio de 2013. **Esos tipos de hipócritas.***

Miércoles.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 21 de junio de 2013

«Intelectuales sin talento, "eticistas" sin bondad, portadores de bellezas de museo»: éstas son las categorías de «hipócritas que tanto reprende Jesús». Las indicó el Papa Francisco en la misa del 19 de junio, por la

mañana, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae, deteniéndose en la hipocresía, que existe también en la Iglesia, y en el daño que produce. El Pontífice recordó que «el Señor en el Evangelio habla numerosas veces de la hipocresía» y «contra los hipócritas».

Existen «los hipócritas de la casuística: son los intelectuales de la casuística», que «no cuentan con la inteligencia de encontrar y explicar a Dios»; permanecen sólo en la «casuística: "hasta aquí se

puede, hasta aquí no se puede"»; son «cristianos intelectuales sin talento». Otros, en cambio, son los de los preceptos, que llevan al pueblo de Dios por un camino sin salida —prosiguió—. Son «eticistas» sin bondad. No saben lo que es la bondad. Son «eticistas»: «se debe hacer esto, esto, esto...». «Llenan de preceptos», pero «sin bondad». Y se adornan con «mantos, con muchas cosas para aparentar ser majestuosos, perfectos»; sin embargo «no tienen sentido de la belleza. Llegan sólo a una

belleza de museo».

«El Señor habla de otra clase de hipócritas, quienes se mueven en ámbito sacro». Este caso es el más grave —advirtió el Santo Padre—, porque roza el pecado contra el Espíritu Santo. «El Señor habla de ayuno, oración y limosna —dijo—: los tres pilares de la piedad cristiana, de la conversión interior que la Iglesia nos propone a todos en Cuaresma. Y en este camino están los hipócritas, que presumen al hacer ayuno, al dar limosna, al rezar. Pienso que cuando la

hipocresía llega a ese punto, en la relación con Dios estamos bastante cerca del pecado contra el Espíritu Santo. Éstos no saben de belleza, no saben de amor, no saben de verdad; son pequeños, viles».

No todo está perdido. Una ayuda para emprender «el camino contrario» viene de lo que dice Pablo en su segunda carta a los Corintios (9, 6-11): «nos habla de largueza, de alegría —prosiguió el Santo Padre—. Todos hemos tenido la tentación de la hipocresía. Todos. Todos los cristianos.

Pero todos tenemos también la gracia, la gracia que viene de Jesucristo, la gracia de la alegría, la gracia de la magnanimidad, de la largueza». Pues bien: si «el hipócrita no sabe lo que es la alegría, no sabe lo que es la largueza, no sabe lo que es la magnanimidad», Pablo nos indica un camino alternativo hecho precisamente «de alegría, largueza y magnanimidad».

No dudó el Papa Francisco en referirse «a la hipocresía en la Iglesia». «¡Cuánto mal nos

hace a todos!» —exclamó—. Incluso porque «todos nosotros tenemos la posibilidad de convertirnos en hipócritas». Por ello invitó a pensar en Jesús, «que nos habla de rezar en lo secreto, perfumar la cabeza el día del ayuno y no tocar la tromba cuando hacemos una obra buena». En esto, en la oración —aseguró, citando la parábola de Jesús del Evangelio de Lucas (18, 9-14)—, «nos hará bien la imagen tan bella del publicano: “Ten piedad de mí, Señor, que soy un pecador”. Y esta es la oración

que nosotros debemos hacer todos los días, con la conciencia de que somos pecadores, con pecados concretos, no teóricos».

*20 de junio de 2013. **Orar a
Nuestro Padre.***

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
26, viernes 28 de junio de
2013

No hay necesidad de emplear
tantas palabras para rezar: el
Señor sabe lo que queremos
decirle. Lo importante es que la
primera palabra de nuestra
oración sea «Padre». Es el
consejo de Jesús a los
apóstoles. Y así lo relanzó el

Papa Francisco el 20 de junio, por la mañana, durante la misa presidida en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

El Pontífice repitió las recomendaciones de Jesús cuando enseñó el Padrenuestro a los apóstoles, según el relato del evangelista Mateo (6, 7-15). Para rezar, según dijo el Papa, no hay necesidad de hacer ruido ni creer que es mejor derrochar muchas palabras. No podemos confiarnos al ruido, al alboroto de la mundanidad, que Jesús identifica con «tocar la tromba»

o «hacerse ver el día de ayuno». Para rezar —repitió— no es necesario el ruido de la vanidad: Jesús dijo que esto es un comportamiento propio de los paganos. El Santo Padre fue más allá, afirmando que la oración no se ha de considerar como una fórmula mágica: «La oración no es algo mágico; no se hace magia con la oración»; «esto es pagano».

Entonces, ¿cómo se debe orar? Jesús nos lo enseñó: «Dice que el Padre que está en el Cielo “sabe lo que necesitáis, antes incluso de que se lo pidáis”».

Por lo tanto, la primera palabra debe ser «"Padre"». Esta es la clave de la oración. Sin decir, sin sentir, esta palabra no se puede rezar», explicó el Obispo de Roma. Y se preguntó: «¿A quién rezo? ¿Al Dios omnipotente? Está demasiado lejos. Esto yo no lo siento, Jesús tampoco lo sentía. ¿A quién rezo? ¿Al Dios cósmico? Un poco común en estos días, ¿no? Rezar al Dios cósmico. Esta modalidad politeísta llega con una cultura superficial». Es necesario, en cambio, «orar al Padre», a Aquél que nos ha

generado. Pero no sólo: es necesario rezar al Padre «nuestro», es decir, no al Padre de un «todos» genérico o demasiado anónimo, sino a Aquél «que te ha generado, que te ha dado la vida, a ti, a mí», como persona individual, explicó el Pontífice. Es el Padre «que te acompaña en tu camino», quien «conoce toda tu vida, toda».

Para profundizar en el sentido de la palabra «Padre», el Pontífice volvió a proponer la actitud confiada con la que Isaac —«este muchacho de

veintidós años no era un tonto», subrayó— se dirige a su padre cuando se da cuenta de que no estaba el cordero para sacrificar y sospecha que él mismo era la víctima sacrificial: «Debía hacer la pregunta, y la Biblia nos dice que dijo: “Padre, falta el cordero”. Pero se fijo de quien estaba a junto a él. Era su padre. Su preocupación: “¿tal vez soy la oveja?”, la arrojó en el corazón de su padre». Es lo que sucede también en la parábola del hijo que despilfarra la herencia «pero luego regresa a casa y

dice: «Padre, he pecado». Es la clave de toda oración: sentirse amados por un padre»; y nosotros tenemos «un Padre, muy cercano, que nos abraza» y a quien podemos confiarle todas nuestras preocupaciones porque «Él sabe lo que necesitamos».

Pero, ¿es «un padre solamente mío?» —se preguntó una vez más el Pontífice—. Y respondió: «No, es el Padre nuestro, porque yo no soy hijo único. Ninguno de nosotros lo es. Y si no puedo ser hermano, difícilmente puedo llegar a ser

hijo de este Padre, porque es un Padre, con certeza, mío, pero también de los demás, de mis hermanos». Por ello — observó— se deduce que «si yo no estoy en paz con mis hermanos, no puedo decirle Padre a Él. Y así se explica lo que dice inmediatamente Jesús, después de enseñarnos el Padrenuestro: “Si vosotros perdonáis las culpas a los demás, vuestro Padre que está en los cielos os perdonará también a vosotros; pero si vosotros no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre

perdonará vuestras culpas».

21 de junio de 2013. Un corazón en búsqueda del verdadero tesoro.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 26, viernes 28 de junio de 2013

El 21 de junio el Pontífice centró su reflexión partiendo, en especial, del pasaje del evangelio de Mateo (6, 19-23) e identificando un «hilo conductor» entre los términos «tesoro, corazón y luz», y

deseando que «el Señor nos cambie el corazón para buscar el verdadero tesoro y llegar a ser así personas luminosas y no de las tinieblas».

Lo primero que se debe hacer —explicó el Santo Padre— es preguntarse: «¿Cuál es mi tesoro?». Ciertamente no pueden serlo las riquezas, dado que el Señor dice: «No acumuléis para vosotros tesoros en la tierra, porque al final se pierden». La respuesta es sencilla: «Puedes llevar lo que has dado, sólo eso. Pero lo que has guardado para ti, no se

puede llevar». «Ese tesoro que hemos dado a los demás» durante la vida lo llevaremos con nosotros después de la muerte, «y ese será “nuestro mérito”»; o mejor —puntualizó—, «el mérito de Jesucristo en nosotros». Además, porque es la única cosa «que el Señor nos permite llevar».

Pero Jesús —destacó el Santo Padre— da un paso adelante y agrega: «Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón». Es necesario considerar que «el Señor nos hizo para buscarle, para encontrarle, para crecer.

Pero si nuestro tesoro no está cerca del Señor, no viene del Señor, nuestro corazón se inquieta».

La última parte de la reflexión de Jesús remite a la expresión: «la lámpara del cuerpo es el ojo», o sea «el ojo es la intención del corazón». En consecuencia, para el Pontífice, «si tu ojo es sencillo, si viene de un corazón que ama, de un corazón que busca al Señor, de un corazón humilde, todo tu cuerpo será luminoso. Pero si tu ojo es malo, todo tu cuerpo será tenebroso».

Al respecto, el Santo Padre señaló la importancia de preguntarse cómo es nuestro juicio sobre las cosas: «¿Luminoso o tenebroso? ¿Somos personas de luz o de tinieblas? Lo importante es cómo juzgamos las cosas: ¿con la luz que viene del verdadero tesoro a nuestro corazón? ¿O con las tinieblas de un corazón de piedra?». ».

22 de junio de 2013. Los pilares de la salvación cristiana.

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 26, viernes 28 de junio de 2013

Las riquezas y las preocupaciones del mundo nos hacen olvidadizos del pasado, confusos en el presente, inciertos sobre el futuro. Es decir, hacen perder de vista los tres pilares sobre los cuales se

funda la historia de la salvación cristiana: un Padre que nos eligió en el pasado, nos hizo una promesa para el futuro y a quien hemos dado una respuesta estableciendo con Él, en el presente, una alianza. Este es el sentido de la reflexión que propuso el Papa Francisco el 22 de junio. Su homilía tomó pie del relato del evangelio de Mateo (6, 24-34), que habla de las recomendaciones de Jesús a los discípulos, «cuando dice: "Nadie puede servir a dos señores. Porque despreciará a

uno y amará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero”.

Luego continúa: “No estéis agobiados por vuestra vida, por lo que vais a comer o beber”».

«Nos ayuda a comprender esto —dijo el Pontífice— el capítulo 13 de san Mateo, que relata la explicación de Jesús a los discípulos respecto a la parábola del sembrador. Dice que la semilla que cayó en tierra con espinas se ahogó.

Pero, ¿quién la ahoga? Jesús dice: “las riquezas y las preocupaciones del mundo”».

Para quien tiene estos apegos

«la riqueza es un ídolo. No tiene necesidad de un pasado, de una promesa, de una elección, de futuro, de nada. Aquello de lo que se preocupa es de lo que puede suceder». Pero ciertamente no le orienta hacia una promesa y por ello permanece confundido, solo. «Por ello Jesús nos dice: “O Dios o la riqueza, o el reino de Dios y su justicia o las preocupaciones”. Sencillamente nos invita a caminar por la senda de ese don tan grande que nos dio: ser sus elegidos. Con el bautismo somos elegidos

en el amor», afirmó el Pontífice.

24 de junio de 2013.

Siguiendo el ejemplo de san Juan, voz de la Palabra.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 26, viernes 28 de junio de 2013

Una Iglesia inspirada en la figura de Juan el Bautista: que «existe para proclamar, para ser voz de una palabra, de su esposo que es la palabra» y «para proclamar esta palabra hasta el martirio» a manos «de

los más soberbios de la tierra». Es la línea que trazó el Santo Padre en la misa del 24, fiesta litúrgica del nacimiento del santo a quien la Iglesia venera como «el hombre más grande nacido de mujer».

La reflexión del Papa se centró en el citado paralelismo, porque «la Iglesia tiene algo de Juan», si bien —alertó enseguida— es difícil delinear su figura. «Jesús dice que es el hombre más grande que haya nacido». He aquí entonces la invitación a preguntarse quién es verdaderamente Juan,

dejando la palabra al protagonista mismo. Él, en efecto, cuando «los escribas, los fariseos, van a pedirle que explique mejor quién era», responde claramente: «Yo no soy el Mesías. Yo soy una voz, una voz en el desierto». En consecuencia, lo primero que se comprende es que «el desierto» son sus interlocutores; gente con «un corazón sin nada». Mientras que él es «la voz, una voz sin palabra, porque la palabra no es él, es otro. Él es quien habla, pero no dice; es quien

predica acerca de otro que vendrá después». En todo esto —explicó el Papa— está «el misterio de Juan» que «nunca se adueña de la palabra; la palabra es otro. Y Juan es quien indica, quien enseña», utilizando los términos «detrás de mí... yo no soy quien vosotros pensáis; viene uno después de mí a quien yo no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias». Por lo tanto, «la palabra no está», está en cambio «una voz que indica a otro». Todo el sentido de su vida «está en indicar a otro».

Prosiguiendo su homilía, el Papa Francisco puso de relieve que la Iglesia elige para la fiesta de san Juan «los días más largos del año; los días que tienen más luz, porque en las tinieblas de aquel tiempo Juan era el hombre de la luz: no de una luz propia, sino de una luz reflejada. Como una luna. Y cuando Jesús comenzó a predicar», la luz de Juan empezó a disiparse, «a disminuir, a desvanecerse». Él mismo lo dice con claridad al hablar de su propia misión: «Es necesario que Él crezca y yo

mengüe».

«Voz, no palabra; luz, pero no propia, Juan parece ser nadie», sintetizó el Pontífice. He aquí desvelada «la vocación» del Bautista —afirmó—:

«Rebajarse. Cuando contemplamos la vida de este hombre tan grande, tan poderoso —todos creían que era el Mesías—, cuando contemplamos cómo esta vida se rebaja hasta la oscuridad de una cárcel, contemplamos un misterio» enorme. En efecto —prosiguió— «nosotros no sabemos cómo fueron» sus

últimos días. Se sabe sólo que fue asesinado y que su cabeza acabó «sobre una bandeja como gran regalo de una bailarina a una adúltera. Creo que no se puede descender más, rebajarse». Sin embargo, sabemos lo que sucedió antes, durante el tiempo que pasó en la cárcel: conocemos «las dudas, la angustia que tenía»; hasta el punto de llamar a sus discípulos y mandarles «a que hicieran la pregunta a la palabra: ¿eres tú o debemos esperar a otro?». Porque no se le ahorró ni siquiera «la

oscuridad, el dolor en su vida»: ¿mi vida tiene un sentido o me he equivocado?

En definitiva —dijo el Papa—, el Bautista podía presumir, sentirse importante, pero no lo hizo: él «sólo indicaba, se sentía voz y no palabra». Este es, según el Papa Francisco, «el secreto de Juan». Él «no quiso ser un ideólogo». Fue un «hombre que se negó a sí mismo, para que la palabra» creciera. He aquí entonces la actualidad de su enseñanza, subrayó el Santo Padre: «Nosotros como Iglesia

podemos pedir hoy la gracia de no llegar a ser una Iglesia ideologizada», para ser en cambio «sólo la *Dei Verbum religiose audiens et fidenter proclamans*», dijo citando el íncipit de la constitución conciliar sobre la divina revelación. Una «Iglesia que escucha religiosamente la palabra de Jesús y la proclama con valentía»; una «Iglesia sin ideologías, sin vida propia»; una «Iglesia que es *mysterium lunae*, que tiene luz procedente de su esposo» y que debe disminuir la propia luz para que

resplandezca la luz de Cristo.
«El modelo que nos ofrece hoy
Juan» —insistió el Papa
Francisco— es el de «una
Iglesia siempre al servicio de la
Palabra»; «una Iglesia-voz que
indica la palabra, hasta el
martirio».

26 de junio de 2013. La alegría de la paternidad pastoral.

Miércoles.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 26, viernes 28 de junio de 2013

La gracia de la paternidad. Fue el tema en el que se centró el Papa Francisco en su homilía del 26 de junio. Destacando que «todos nosotros, para ser maduros, debemos sentir la alegría de la paternidad». Un

tema —añadió a continuación— que es válido también en el caso del celibato sacerdotal, porque «paternidad es dar vida a los demás»: para los sacerdotes será, por lo tanto, «la paternidad pastoral, la paternidad espiritual», que es siempre y de todas formas «dar vida, convertirse en padres». El Papa Bergoglio hizo referencia a las lecturas del día, deteniéndose sobre todo en la primera, del libro del Génesis (15, 1-12.17-18), que habla de la alianza de Abrahán con el Señor. Nuestro padre en la fe

—explicó— «sentía que el Señor le quería mucho, que le había prometido muchas cosas, pero sentía la necesidad de un hijo»; percibía dentro de sí «ese grito propio de la naturaleza: yo quiero tener un hijo». Entonces —recordó el Pontífice— habló con el Señor de su «deseo de convertirse en padre». Porque «cuando un hombre no tiene este deseo» hay algo que falta en él, «algo no funciona».

La paternidad de Abrahán se ve de nuevo en otro episodio: el momento «muy bello en el que

prepara el sacrificio: toma los animales, los divide, pero llegan las aves rapaces. Y a mí me conmueve verdaderamente —reconoció el Papa— ver a este hombre de noventa años con el bastón en la mano que defiende el sacrificio, que defiende lo que es suyo». Se trata de una imagen que el Papa Francisco asocia a la de «un padre cuando defiende a la familia», de «un padre que sabe» qué significa «defender a los hijos». Y ello —prosiguió— «es una gracia que nosotros sacerdotes debemos pedir: la

gracia de la paternidad
pastoral, de la paternidad
espiritual».

27 de junio de 2013.

Cristianos de acción y de verdad.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 28, viernes 12 de julio de 2013
Hay necesidad de «cristianos de acción y de verdad» cuya vida esté «fundada sobre la roca de Jesús», y no de «cristianos de palabras», superficiales como los gnósticos o rígidos como los pelagianos. Lo dijo el Papa Francisco, en la misa celebrada

el jueves 27 de junio, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

El Papa, inspirándose en el evangelio del día (*Mt 7, 21-29*), dijo que «el Señor nos habla de nuestro fundamento, el fundamento de nuestra vida cristiana», y nos dice que este «fundamento es la roca». Esto significa que «debemos construir la casa», o sea nuestra vida, sobre la roca que es Cristo. Él es la única roca «que puede darnos seguridad». A partir de esta enseñanza, el Papa Francisco identificó «en la

historia de la Iglesia dos clases de cristianos»: los primeros, de quienes hay que tener cuidado, son los «cristianos de palabras», los que se limitan a repetir: «Señor, Señor»; los segundos, los auténticos, son «cristianos de acción, de verdad». Al respecto destacó que desde siempre existe «la tentación de vivir nuestro cristianismo fuera de la roca que es Cristo: el único que nos da la libertad para decir «Padre» a Dios; el único que nos sostiene en los momentos difíciles». E hizo una doble

exhortación a pedir «al Señor la gracia de no transformarnos en “cristianos de palabras”», para poder, en cambio, «ir adelante en la vida como cristianos firmes sobre la roca que es Jesucristo y con la libertad que nos da el Espíritu Santo». Una gracia que se ha de pedir «de modo especial a la Virgen. Ella —concluyó— sabe lo que significa estar fundados en la roca».

***28 de junio de 2013. La
paciencia de Dios.***

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
28, viernes 12 de julio de 2013

No existe «un protocolo de la
acción de Dios en nuestra
vida», pero podemos estar
seguros de que, tarde o
temprano, interviene «a su
modo». Por ello no podemos
dejarnos llevar por la
impaciencia o por el
escepticismo, porque cuando

nos desanimamos y «decidimos bajar de la cruz, lo hacemos siempre cinco minutos antes de la revelación». Saber aceptar y reconocer los tiempos de Dios fue la invitación del Papa durante la misa que celebró el viernes 28 de junio en la capilla de la Domus Sanctae Mathae.

Dios camina siempre con nosotros «y esto es seguro», dijo el Pontífice. «Desde el primer momento de la creación —explicó— el Señor se involucró con nosotros. Nos creó a su imagen y

semejanza». El Señor está cerca de su pueblo, muy cerca, Él mismo lo dice: ¿Qué nación tiene un Dios tan cercano como vosotros?».

«Esta cercanía del Señor — afirmó el Papa— es un signo de su amor. La vida es un camino que Él ha querido recorrer junto a nosotros». Pero, precisó, «cuando el Señor viene, no siempre lo hace de la misma manera. No existe un protocolo de la acción de Dios en nuestra vida. Una vez lo hace de una manera, y en otra ocasión lo hace distinto. Pero lo

hace siempre». «El Señor toma su tiempo —continuó el Pontífice—, pero también, en esta relación con nosotros, tiene mucha paciencia. Nos espera hasta el final de la vida, como al buen ladrón que al final reconoció a Dios».

«En la vida, algunas veces, las cosas llegan a ser muy oscuras —explicó el Papa—. Y sentimos ganas, si estamos en dificultad, de bajar de la cruz. Y éste es el momento preciso: la noche es más oscura cuando el alba se acerca. Siempre cuando bajamos de la cruz, lo hacemos

cinco minutos antes de que venga la revelación. Es el momento de la impaciencia más grande». Aquí nos ayuda la enseñanza de Jesús que «en la cruz sentía que lo desafiábamos: "¡baja!, ¡ven!"». Se requiere «paciencia hasta el final, porque Él tiene paciencia con nosotros».

Julio 2013.

1 de julio de 2013. Oración valiente.

2 de julio de 2013. Valientes en la debilidad.

3 de julio de 2013. Tocar las llagas de Jesús.

4 de julio de 2013. La libertad de los hijos de Dios.

5 de julio de 2013.

Misericordia, fiesta y memoria.

6 de julio de 2013.

Renovación sin temores.

*1 de julio de 2013. **Oración valiente.***

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 28, viernes 12 de julio de 2013

Si se quiere obtener algo de Dios, es necesario tener el valor de «negociar» con Él a través de una oración insistente y convencida. El Papa Francisco volvió de esta manera a hablar de la valentía que debe sostener la oración dirigida al Padre, con «toda la

familiaridad posible». Y puso como ejemplo la oración de Abrahán, su modo de hablar con Dios justo como si se encontrara negociando con otro hombre. Ésta fue la invitación del Pontífice el lunes 1 de julio, por la mañana, durante la misa celebrada en la capilla de la Domus Sanctae Marthae. El episodio al que hizo referencia se narra en el libro del Génesis (18, 16-33), es la valiente intercesión de Abrahán para evitar la muerte de los justos en la destrucción de Sodoma y Gomorra. Abrahán

se dirige a Dios como haría con cualquier hombre y sitúa el problema insistiendo: «¿Y si fueran cincuenta inocentes? ¿Si fueran cuarenta... treinta... veinte... diez?».

Abrahán se dirige al Señor para preguntarle «qué hará con esa ciudad pecadora. Abrahán siente la fuerza de hablar cara a cara con el Señor y busca defender la ciudad. Es insistente».

«Abrahán —puntualizó el Papa Francisco— es valiente y ora con valor». Se trata de «ir al Señor con valor para pedirle

cosas». Abrahán insiste y «de cincuenta logró bajar el precio a 10», y «No dice “pero pobrecitos, serán quemados... sino perdonadles”. ¿Tú quieres hacer eso? Tú que eres tan bueno, ¿quieres hacer lo mismo al culpable que al inocente? Tú no puedes hacer eso». Toma los argumentos, las motivaciones del corazón mismo de Dios. Convencer al Señor con las virtudes del Señor».

2 de julio de 2013. Valientes en la debilidad.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 28, viernes 12 de julio de 2013
La tentación, la curiosidad, el miedo y por último la gracia. Cuatro situaciones que se pueden verificar en la dificultad. De ello habló el Papa en la misa del martes 2 de julio, por la mañana, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

El Santo Padre inició su homilía destacando la singularidad de la liturgia del día, que hace pensar en ciertas situaciones «conflictivas», difíciles de afrontar. Reflexionar en ellas, precisó, «nos hará bien».

La primera actitud: la lentitud con la que Lot responde a la invitación del ángel que le pide apresurarse a dejar la ciudad antes de que sea destruida. Así, se refirió al episodio de la destrucción de Sodoma y Gomorra y de la salvación que Abrahán obtuvo para Lot y su familia.

Estaba muy decidido, pero cuando llega el momento de huir «va despacio, no se apresura». Lot «quería marcharse, pero despacio», incluso cuando el ángel le dice que huya. La actitud de Lot, según el Pontífice, representa «la incapacidad de apartarse del pecado. Queremos salir, estamos decididos; pero hay algo que nos tira hacia atrás». En efecto, «es muy difícil cortar con una situación pecaminosa». Pero «la voz de Dios nos dice: "huye"». Se trata, precisó el Pontífice, de «huir para ir

adelante en el camino de Jesús».

La segunda actitud. «El ángel —recordó el Papa— dice que no se mire atrás: “huye y no mires atrás, sigue adelante”. También esto es un consejo para superar la nostalgia del pecado». Un consejo recurrente en la Palabra de Dios. El Santo Padre mencionó la huida del pueblo de Dios en el desierto. Un pueblo que, tras huir, continuaba teniendo nostalgia «de las cebollas de Egipto», olvidando que esas cebollas las comían «en la mesa de la

esclavitud». Ante el pecado es necesario huir sin nostalgia y recordar que «la curiosidad no sirve, hace mal». Huir y no mirar atrás porque «somos débiles todos y debemos defendernos».

La tercera actitud: el miedo. La referencia es el episodio de la barca en la que estaban los apóstoles y que improvisamente es embestida por la tempestad (*Mt 8, 23-27*). «La barca estaba cubierta por las olas —recordó el Pontífice—. “¡Sálvanos Señor que perecemos!”, dicen ellos. El

miedo, también ésta, es una tentación del demonio. Tener miedo de ir adelante por el camino del Señor». «Jesús muchas veces lo dijo: “no tengáis miedo”. El miedo no nos ayuda», dijo el Papa.

La cuarta actitud: la gracia del Espíritu Santo, que se manifiesta «cuando Jesús hace volver la calma sobre el mar. Y todos quedan llenos de estupor». Por lo tanto, ante el pecado, la nostalgia y el miedo —destacó el Pontífice— es necesario «mirar al Señor, contemplar al Señor».

Concluyó exhortando: «No seamos ingenuos ni cristianos tibios: seamos audaces, valientes. Sí, somos débiles pero debemos ser valientes en nuestra debilidad».

3 de julio de 2013. Tocar las llagas de Jesús.

Miércoles.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 28, viernes 12 de julio de 2013

Es necesario salir de nosotros mismos e ir por el camino del hombre para descubrir que las llagas de Jesús son todavía hoy visibles en el cuerpo de los hermanos que tienen hambre, sed, que están desnudos, humillados, esclavizados, que se encuentran en la cárcel y en

el hospital. Tocando estas llagas, acariciándolas, es posible «adorar al Dios vivo en medio de nosotros».

La celebración de la fiesta de santo Tomás apóstol ofreció al Papa Francisco la ocasión de volver al concepto que le es de especial interés: poner las manos en la carne de Jesús. El gesto de Tomás que mete el dedo en las llagas de Jesús resucitado fue el tema central de la homilía de la misa del miércoles 3 de julio, por la mañana, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

El Santo Padre mencionó las actitudes de los discípulos «cuando Jesús, después de la resurrección, se dejó ver»: algunos estaban felices, otros dudosos. Tomás se mostró incrédulo. «El Señor —dijo el Papa— sabe cuándo y por qué hace las cosas. A cada uno da el tiempo que Él cree más oportuno». A Tomás le concedió ocho días. «¡Era un testarudo! Pero el Señor —comentó— quiso precisamente a un testarudo para hacernos entender algo más grande. Tomás, al ver al Señor, no dijo:

“Es verdad, el Señor resucitó”.
No. Fue más allá, y dijo:
“Señor mío y Dios mío”. Es el
primero de los discípulos en
confesar la divinidad de Cristo
tras la resurrección».

De esta confesión —explicó el
Obispo de Roma— se
comprende cuál era la
intención del Señor respecto a
Tomás: partiendo de su
incredulidad le llevó a afirmar
su divinidad. «Y Tomás —dijo el
Papa— adora al Hijo de Dios.
Pero para adorar, para
encontrar a Dios, al Hijo de
Dios, tuvo que meter el dedo

en las llagas, meter la mano en el costado. Este es el camino». Y se preguntó: «¿Cómo puedo hoy encontrar las llagas de Jesús? Yo no las puedo ver como las vio Tomás. Las llagas de Jesús las encuentro haciendo obras de misericordia. Esas son las llagas de Jesús hoy».

No es suficiente —añadió el Papa— constituir «una fundación para ayudar a todos», sería sólo un comportamiento filantrópico. En cambio —dijo— «debemos tocar las llagas de Jesús,

debemos acariciar las llagas de Jesús. Debemos sanar las llagas de Jesús con ternura». «Lo que Jesús nos pide hacer con nuestras obras de misericordia —concluyó el Pontífice— es lo que Tomás había pedido: entrar en las llagas».

4 de julio de 2013. La libertad de los hijos de Dios.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 28, viernes 12 de julio de 2013

Si existiera un «documento de identidad» para los cristianos, ciertamente la libertad sería un rasgo característico. La libertad de los hijos de Dios —explicó el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada el jueves 4 de julio, por la mañana, en la capilla de la Domus Sanctae

Marthae— es el fruto de la reconciliación con el Padre obrada por Jesús, quien asumió sobre sí los pecados de todos los hombres y redimió el mundo con su muerte en la cruz. Nadie —destacó el Pontífice— nos puede privar de esta identidad.

La reflexión del Santo Padre se basó en el pasaje del Evangelio de Mateo (9, 1-8) que narra el milagro de la curación del paralítico. El Papa se detuvo en los sentimientos experimentados por el hombre inválido cuando, transportado

en una camilla, escuchó a Jesús que le decía: «ánimo hijo, tus pecados te son perdonados». Los que estaban cerca de Jesús y escucharon sus palabras «dijeron: “Éste blasfemia, sólo Dios puede perdonar los pecados”. Y Jesús para hacerles comprender bien les preguntó: “¿Qué es más fácil perdonar los pecados o curar? Y lo curó». «Pero Jesús —prosiguió el Obispo de Roma— cuando curaba a un enfermo no era sólo alguien que curaba. Cuando enseñaba a la gente, pensemos en las

Bienaventuranzas, no era sólo un catequista, un predicador de moral... No, estas cosas que hacía Jesús —la curación, la enseñanza— eran sólo un signo, un signo de algo más que Jesús estaba haciendo: perdonar los pecados».

Reconciliar el mundo en Cristo en nombre del Padre: «ésta es la misión de Jesús», y todo lo demás son sólo signos del «milagro más profundo que es la re-creación del mundo». La reconciliación es, por lo tanto, la re-creación del mundo; y la misión más profunda de Jesús

es la redención de todos nosotros, pecadores. Y «Jesús —agregó el Papa— no hace esto con palabras, no lo hace con gestos... ¡No! Lo hace con su carne». Él tomó sobre sí todo el pecado. «Esta es la nueva creación», es «Jesús que desciende de la gloria y se abaja hasta la muerte y muerte de cruz. Esa es su gloria y esta es nuestra salvación».

«Este es el gran milagro de Jesús —agregó el Papa—. A nosotros, esclavos del pecado, nos hizo libres», nos curó. «Nos hará bien pensar en esto —

añadió—. Jesús nos abrió las puertas de casa, nosotros ahora estamos en casa. Ahora se comprende esta palabra de Jesús: “ánimo hijo, tus pecados están perdonados”. Esa es la raíz de nuestra valentía: soy libre, soy hijo, el Padre me ama y yo amo al Padre. Pidamos al Señor la gracia de comprender bien esta obra suya».

5 de julio de 2013.

Misericordia, fiesta y memoria.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 28, viernes 12 de julio de 2013

Dejarse mirar por la misericordia de Jesús; hacer fiesta con Él; mantener viva la «memoria» del momento en el que hemos encontrado la salvación en nuestra vida. Es ésta la triple invitación que surgió de la reflexión del Papa

Francisco durante la misa celebrada el viernes 5 de julio, por la mañana, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

En la homilía el Papa comentó el pasaje del Evangelio de Mateo (9, 9-13) donde el autor habla de la propia conversión: el recaudador de impuestos que Jesús llama a formar parte de los Doce.

El Papa recordó la imagen de Jesús que pasa entre «aquellos que recibían el dinero de los impuestos y luego lo llevaban a los romanos». Éstos — evidenció— eran considerados

hombres poco recomendables, y entre ellos estaba Mateo, «el hombre sentado al mostrador de los impuestos». Jesús lo mira y esa mirada le hace probar interiormente «algo nuevo, algo que no conocía». La «mirada de Jesús», explicó el Santo Padre, le hizo sentir «un estupor» interior; le hizo percibir «la invitación de Jesús: sígueme». Y en aquel mismo instante Mateo «se llenó de alegría», «le bastó sólo un momento» para comprender que aquella mirada le había cambiado la vida para siempre.

Es el momento de la misericordia recibida y aceptada: voy contigo». En este caso —puntualizó el Papa— no se trata de «un momento»; se trata de un «tiempo», que se prolonga «hasta el final de la vida». Y el Pontífice se preguntó: «¿de qué hay que hacer memoria?». Justamente «de aquellos hechos, de aquel encuentro con Jesús que me cambió la vida, que tuvo misericordia, que fue muy bueno conmigo —fue su respuesta— y me dijo también: invita a tus amigos pecadores,

para que hagamos fiesta». En efecto, la memoria de esa misericordia y de esa fiesta «da fuerza a Mateo y a todos» aquellos que han decidido seguir a Cristo «para seguir adelante». Esto es necesario recordarlo siempre, añadió el Papa, como cuando se sopla sobre las brasas para mantener el fuego vivo.

6 de julio de 2013.

Renovación sin temores.

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
28, viernes 12 de julio de 2013

Una invitación a dejarse
renovar por el Espíritu Santo, a
no tener miedo de lo nuevo, a
no temer la renovación en la
vida de la Iglesia, fue lo que
expresó el Papa Francisco en la
misa del sábado 6 de julio, por
la mañana, en la Domus
Sanctae Marthae, la última,

antes de la pausa estival.
Comentando el evangelio del día (*Mt* 9, 14-17) el Pontífice destacó el espíritu innovador que animaba a Jesús. «Por ejemplo —destacó—, Jesús decía: “la ley permite odiar al enemigo; pero yo te digo que recéis por el enemigo, no odiéis”». El hecho es que «la doctrina de la ley se enriquece y se renueva con Jesús». Por lo demás es «Jesús mismo quien dice: “yo hago nuevas todas las cosas”. Como si su vocación fuese la de renovar todo. Y esto es el Reino de Dios que Jesús

predica. Es una renovación, una renovación auténtica. Y esta renovación está ante todo en nuestro corazón».

A quien piensa que la vida cristiana consista sólo en una serie de cumplimientos, el Papa Francisco recordó que «ser cristiano significa dejarse renovar por Jesús en una nueva vida». Ser cristiano significa dejarse renovar por el Espíritu Santo, convertirse en vino nuevo.

En la vida cristiana, y también en la vida de la Iglesia, existen estructuras caducas. Es

necesario renovarlas. Es un trabajo «que la Iglesia siempre ha hecho, desde el primer momento». La Iglesia —agregó— siempre ha ido adelante de este modo, dejando que el Espíritu Santo sea quien renueve las estructuras. Quien lleva adelante estas novedades —prosiguió el Papa— es desde siempre el Espíritu Santo. Por ello, el Pontífice recordó el día de Pentecostés, subrayando la presencia de María junto a los apóstoles. Concluyendo la homilía el Obispo de Roma hizo una

invitación: pedir «la gracia de no tener miedo de la novedad del Evangelio, de no tener miedo de la renovación que realiza el Espíritu Santo, de no tener miedo a dejar caer las estructuras caducas que nos aprisionan. Y si tenemos miedo sabemos que con nosotros está la madre». Ella, como dice la más antigua antífona, “protege con su manto, con su protección de Madre”».

Septiembre 2013.

2 de septiembre de 2013. **La amenaza de la habladuría.**

3 de septiembre de 2013. **Una luz humilde y llena de amor.**

5 de septiembre de 2013.

Escucha, renuncia y misión.

6 de septiembre de 2013. **La gracia de la alegría.**

7 de septiembre de 2013. **No hay cristiano sin Jesús.**

9 de septiembre de 2013.

Jesús es la esperanza.

10 de septiembre de 2013.

Cristianos sin temor, vergüenza o triunfalismo.

12 de septiembre de 2013.

**Contemplar a Jesús manso y
sufriente.**

**13 de septiembre de 2013. De
las malévolas**

**murmuraciones al amor por
el prójimo.**

**14 de septiembre de 2013. El
árbol de la cruz.**

16 de septiembre de 2013.

**Oremos para que los
políticos nos gobiernen
bien.**

17 de septiembre de 2013.

**Como una mamá que
defiende a sus hijos.**

**20 de septiembre de 2013. El
poder del dinero.**

21 de septiembre de 2013.

Como un soplo sobre las brasas.

24 de septiembre de 2013.

Compañero de viaje.

25 de septiembre de 2013. **La**

oración por la paz en

Oriente Medios.

26 de septiembre de 2013.

Para conocer a Jesús.

27 de septiembre de 2013. **Por**

el camino de Jesús.

28 de septiembre de 2013. **El**

temor a la Cruz.

30 de septiembre de 2013. **El**

aire de la Iglesia.

***2 de septiembre de 2013. La
amenaza de la habladería.***

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
36, viernes 6 de septiembre de
2013

La lengua, la locuacidad, las
habladerías son armas que
cada día insidian la comunidad
humana, sembrando envidia,
celos y ansia de poder. Con
ellas se puede llegar a matar a
una persona. Por eso hablar de

paz significa también pensar en el mal que es posible hacer con la lengua. Es la reflexión que propuso el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada en la capilla de la Domus Sanctae Marthae, costumbre reanudada el lunes 2 de septiembre, por la mañana.

El Papa partió del relato del retorno de Jesús a Nazaret, como lo propone *Lucas* (4, 16-30) en uno de los pasajes del Evangelio entre los más «dramáticos», en el que —dijo el Pontífice— «se puede ver cómo es nuestra alma» y cómo

el viento puede hacer que gire de una parte a otra. En Nazaret, como explicó el Santo Padre, «todos esperaban a Jesús. Querían encontrarle. Y Él fue a encontrar a su gente. Por primera vez volvía a su lugar. Y ellos le esperaban porque habían oído todo lo que Jesús había hecho en Cafarnaún, los milagros. Y cuando inicia la ceremonia, como es costumbre, piden al huésped que lea el libro. Jesús hace esto y lee el libro del profeta Isaías, que era un poco la profecía sobre Él y por esto

concluye la lectura diciendo:
"Hoy se cumple esta Escritura
que acabáis de oír"».

La primera reacción —explicó el Pontífice— fue bellísima; todos lo apreciaron. Pero después en el ánimo de alguno empezó a insinuarse la carcoma de la envidia y comenzó a decir: «¿Pero dónde ha estudiado éste? ¿No es éste el hijo de José? Y nosotros conocemos a toda la familia. ¿Pero en qué universidad ha estudiado?». Y empezaron a pretender que Él hiciera un milagro: sólo después creerían. «Ellos —

precisó el Papa— querían el espectáculo: “Haz un milagro y todos nosotros creeremos en ti”. Pero Jesús no es un artista».

Jesús no hizo milagros en Nazaret. Es más, subrayó la poca fe de quien pedía el «espectáculo». Estos, observó el Papa Francisco, «se enfadaron mucho, y, levantándose, empujaban a Jesús hasta el monte para despeñarle y matarle». Lo que había empezado de una manera alegre corría peligro de concluir con un crimen, la

muerte de Jesús «por los celos, por la envidia». Pero no se trata solamente de un suceso de hace dos mil años, evidenció el Obispo de Roma. «Esto —dijo— sucede cada día en nuestro corazón, en nuestras comunidades» cada vez que se acoge a alguien hablando bien de él el primer día y después cada vez menos hasta llegar a la habladuría casi al punto de «despellejarlo». Quien, en una comunidad, parlotea contra un hermano acaba por «quererlo matar», subrayó el Pontífice. «El apóstol Juan —recordó—,

en la primera carta, capítulo 3, versículo 15, nos dice esto: el que odia en su corazón a su hermano es un homicida». Y el Papa añadió enseguida: «estamos habituados a la locuacidad, a las habladurías» y a menudo transformamos nuestras comunidades y también nuestra familia en un «infierno» donde se manifiesta esta forma de criminalidad que lleva a «matar al hermano y a la hermana con la lengua». Entonces, ¿cómo construir una comunidad?, se preguntó el Pontífice. Así «como es el

cielo», respondió; así como anuncia la Palabra de Dios: «Llega la voz del arcángel, el sonido de la trompa de Dios, el día de la resurrección. Y después de esto dice: y así para siempre estaremos con el Señor». Por lo tanto, «para que haya paz en una comunidad, en una familia, en un país, en el mundo, debemos empezar a estar con el Señor. Y donde está el Señor no hay envidia, no está la criminalidad, no existen celos. Hay fraternidad. Pidamos esto al Señor: jamás matar al prójimo con nuestra

lengua y estar con el Señor
como todos nosotros estaremos
en el cielo».

3 de septiembre de 2013. Una luz humilde y llena de amor.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 36, viernes 6 de septiembre de 2013

La humildad, la mansedumbre, el amor, la experiencia de la cruz, son los medios a través de los cuales el Señor derrota el mal. Y la luz que Jesús ha traído al mundo vence la ceguera del hombre, a menudo

deslumbrado por la falsa luz del mundo, más potente, pero engañosa. Nos corresponde a nosotros discernir qué luz viene de Dios. Es éste el sentido de la reflexión propuesta por el Papa Francisco durante la misa del martes 3 de septiembre.

Comentando la primera lectura, el Santo Padre se detuvo en la «hermosa palabra» que san Pablo dirige a los Tesalonicenses: «Vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas... sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas» (1

Tes 5,1- 6, 9-11).

Está claro —explicó el Papa— lo que quiere decir el apóstol: «la identidad cristiana es identidad de la luz, no de las tinieblas». Y Jesús trajo esta luz al mundo. «San Juan —precisó el Santo Padre—, en el primer capítulo de su Evangelio, nos dice que “la luz vino al mundo”, Él, Jesús». Una luz que «no ha sido bien querida por el mundo», pero que sin embargo «nos salva de las tinieblas, de las tinieblas del pecado». Hoy —continuó el Pontífice— se piensa que es posible obtener

esta luz que rasga las tinieblas a través de tantos hallazgos científicos y otras invenciones del hombre, gracias a los cuales «se puede conocer todo, se puede tener ciencia de todo». Pero «la luz de Jesús —advirtió— es otra cosa. No es una luz de ignorancia, ino, no! Es una luz de sabiduría, de prudencia; pero es otra cosa. La luz que nos ofrece el mundo es una luz artificial. Tal vez fuerte, más fuerte que la de Jesús, ¿eh? Fuerte como un fuego artificial, como un *flash* de fotografía. En cambio la luz de Jesús es una

luz mansa, es una luz
tranquila, es una luz de paz. Es
como la luz de la noche de
Navidad: sin pretensiones. Es
así: se ofrece y da paz. La luz
de Jesús no da espectáculo; es
una luz que llega al corazón. Es
verdad que el diablo, y esto lo
dice san Pablo, muchas veces
viene disfrazado de ángel de
luz. Le gusta imitar la luz de
Jesús. Se hace bueno y nos
habla así, tranquilamente,
como habló a Jesús tras el
ayuno en el desierto: "si tú
eres el hijo de Dios haz este
milagro, arrójate del templo",

ihace espectáculo! Y lo dice de manera tranquila» y por ello engañosa.

Por ello el Papa Francisco recomendó «pedir mucho al Señor la sabiduría del discernimiento para reconocer cuándo es Jesús quien nos da la luz y cuándo es precisamente el demonio disfrazado de ángel de luz. ¡Cuántos creen vivir en la luz, pero están en las tinieblas y no se dan cuenta!». ¿Pero cómo es la luz que nos ofrece Jesús? «Podemos reconocerla —explicó el Santo Padre— porque es una luz

humilde. No es una luz que se impone, es humilde. Es una luz apacible, con la fuerza de la mansedumbre; es una luz que habla al corazón y es también una luz que ofrece la cruz. Si nosotros, en nuestra luz interior, somos hombres mansos, oímos la voz de Jesús en el corazón y contemplamos sin miedo la cruz en la luz de Jesús». Pero si, al contrario, nos dejamos deslumbrar por una luz que nos hace sentir seguros, orgullosos y nos lleva a mirar a los demás desde arriba, a desdeñarles con

soberbia, ciertamente no nos hallamos en presencia de la «luz de Jesús». Es en cambio «luz del diablo disfrazado de Jesús —dijo el obispo de Roma—, de ángel de luz. Debemos distinguir siempre: donde está Jesús hay siempre humildad, mansedumbre, amor y cruz. Jamás encontraremos, en efecto, a Jesús sin humildad, sin mansedumbre, sin amor y sin cruz». Él hizo el primero este camino de luz. Debemos ir tras Él sin miedo, porque «Jesús tiene la fuerza y la autoridad para darnos esta

luz». Una fuerza descrita en el pasaje del Evangelio de la liturgia del día, en el que Lucas narra el episodio de la expulsión, en Cafarnaún, del demonio del hombre poseído (cf. *Lc* 4, 16-30). «La gente — subrayó el Papa comentando el texto— era presa del temor y, dice el Evangelio, se preguntaba: “¿qué clase de palabra es ésta? Pues da órdenes con autoridad y poder a los espíritus inmundos, y salen”. Jesús no necesita un ejército para expulsar los demonios, no necesita

soberbia, no necesita fuerza, orgullo». ¿Cuál es ésta palabra que «da órdenes con autoridad y poder a los espíritus inmundos, y salen?», se preguntó el Pontífice. «Es una palabra —respondió— humilde, mansa, con mucho amor». Es una palabra que nos acompaña en los momentos de sufrimiento, que nos acercan a la cruz de Jesús. «Pidamos al Señor —fue la exhortación conclusiva del Papa Francisco— que nos dé hoy la gracia de su luz y nos enseñe a distinguir cuándo la luz es su luz y

cuándo es una luz artificial
hecha por el enemigo para
engañarnos».

5 de septiembre de 2013.

Escucha, renuncia y misión.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
36, viernes 6 de septiembre de
2013

Cuando el Señor pasa en
nuestra vida nos dice siempre
una palabra y nos hace una
promesa. Pero nos pide
también que nos despojemos
de algo y nos confía una
misión. Lo recordó el Papa

Francisco en la misa que celebró en la mañana del jueves, 5 de septiembre, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

Comentando el episodio de la «pesca milagrosa» narrado por *Lucas* (5, 1-11) en el pasaje evangélico proclamado durante la liturgia, el Pontífice recordó a san Agustín, quien «repite una frase que siempre me ha impresionado. Dice: "Tengo miedo cuando pasa el Señor". ¿Por qué? "Porque tengo miedo de que pase y no me dé cuenta". Y el Señor pasa en

nuestra vida como ha sucedido aquí, en la vida de Pedro, de Santiago, de Juan».

En este caso el Señor ha pasado en la vida de sus discípulos con un milagro. Pero, como puntualizó el Papa, «no siempre Jesús pasa en nuestra vida con un milagro». Aunque «se hace siempre oír.

Siempre».

Estos tres aspectos del paso de Jesús en nuestra vida —nos dice «una palabra que es una promesa», nos pide «que nos despojemos de algo», nos encomienda «una misión»—

están bien representados en el pasaje de Lucas. El Santo Padre recordó en particular la reacción de Pedro al milagro de Jesús: «Simón, que era tan sanguíneo, fue a Él: "Pero Señor, aléjate de mí que soy pecador". Lo sentía verdaderamente, porque él era así. ¿Y Jesús qué le dice? "No temas"».

«Bella palabra ésta, muchas veces repetida: "No tengáis miedo, no temáis"», comentó el Pontífice, añadiendo: «Y después, y aquí está la promesa, les dice: "Te haré

pescador de hombres". Siempre el Señor, cuando llega a nuestra vida, cuando pasa en nuestro corazón, nos dice una palabra y nos hace una promesa: "Ve adelante, valor, no temas: ¡tú harás esto!"». Es «una invitación a seguirle». Y «cuando oímos esta invitación y vemos que en nuestra vida hay algo que no funciona, debemos corregirlo» y debemos estar dispuestos a dejar cualquier cosa, con generosidad. Aunque «en nuestra vida —precisó el Papa— haya algo de bueno, Jesús

nos invita a dejarla para seguirle más de cerca. Es como sucedió a los apóstoles, que dejaron todo, como dice el Evangelio: "Y sacando las barcas a tierra, dejaron todo y le siguieron"».

La vida cristiana, por lo tanto, «es siempre un seguir al Señor». Pero para seguirle primero hay que «oír qué nos dice»; y después hay que «dejar lo que en ese momento debemos dejar y seguirle».

Finalmente está la misión que Jesús nos confía. Él, en efecto, «jamás dice: "¡Sígueme!", sin

después decir la misión. Dice siempre: "Deja y sígueme para esto"». Así que, si «vamos por el camino de Jesús —observó el Santo Padre— es para hacer algo. Ésta es la misión».

Es «una secuencia que se repite también cuando vamos a orar». De hecho «nuestra oración —subrayó— debe tener siempre estos tres momentos».

Ante todo la escucha de la palabra de Jesús, una palabra a través de la cual Él nos da la paz y nos asegura su cercanía. Después el momento de nuestra renuncia: debemos

estar dispuestos a «dejar algo: "Señor, ¿qué quieres que deje para estarte más cerca?". Tal vez en aquel momento no lo dice. Pero nosotros hagamos la pregunta, generosamente». Finalmente, el momento de la misión: la oración nos ayuda siempre a entender lo que «debemos hacer».

He aquí entonces la síntesis de nuestro orar: «Oír al Señor, tener el valor de despojarnos de algo que nos impide ir deprisa para seguirle y finalmente tomar la misión».

6 de septiembre de 2013. La gracia de la alegría.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 37, viernes 13 de septiembre de 2013

Ser cristiano significa tener la alegría de pertenecer totalmente a Cristo, «único esposo de la Iglesia», e ir al encuentro de Él igual que se va a una fiesta de bodas. Así que la alegría y la conciencia de la

centralidad de Cristo son las dos actitudes que los cristianos deben cultivar en la cotidianidad. Lo recordó el Papa Francisco en la homilía de la misa que celebró el viernes 6 de septiembre, por la mañana, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

La reflexión del Santo Padre partió del episodio evangélico propuesto por la liturgia, en el que el evangelista Lucas narra la confrontación entre Jesús, los fariseos y los escribas por el hecho de que los discípulos que están con Él comen y beben

mientras los demás hacen ayuno (*Lucas 5, 33-39*). El Pontífice explicó lo que Jesús, en su respuesta a los escribas, quiere hacer entender. Él se presenta como esposo. La Iglesia es la esposa.

Con su respuesta a los escribas, como especificó el Pontífice, «el Señor dice que cuando está el esposo no se puede ayunar, no se puede estar triste. El Señor aquí hace ver la relación entre Él y la Iglesia como bodas». De aquí «el motivo más profundo por el que la Iglesia custodia tanto el sacramento del

matrimonio. Y lo llama sacramento grande porque es precisamente la imagen de la unión de Cristo con la Iglesia». Así que, cuando se habla de bodas, «se habla de fiesta, se habla de alegría; y esto indica a nosotros, cristianos, una actitud»: cuando encuentra a Jesucristo y comienza a vivir según el Evangelio, el cristiano debe hacerlo con alegría. Naturalmente, añadió el Pontífice, «hay momentos de cruz, momentos de dolor, pero está siempre ese sentido de paz profunda. ¿Por qué? La vida

cristiana se vive como fiesta, como las bodas de Jesús con la Iglesia». Y aquí el Santo Padre recordó cómo los primeros mártires cristianos afrontaban el martirio como si fueran a las bodas; también en aquel momento tenían el corazón alegre. Por lo tanto, la primera actitud del cristiano que encuentra a Jesús, repitió el Papa, es semejante a la de la Iglesia que se une como esposa a Jesús. «Y al final del mundo —continuó— será la fiesta definitiva, cuando la nueva Jerusalén se vista como una

esposa».

Para explicar la segunda actitud, el Santo Padre recordó la parábola de las bodas del hijo del rey (*Mateo 22, 1-14; Lucas 14, 16-24*). «Algunos — evocó— estaban tan ocupados en los asuntos de la vida que no podían ir a esa fiesta. Y el Señor, el rey, dijo: id a los cruces de los caminos y traed a todos, los viajeros, los pobres, los enfermos, los leprosos y también los pecadores, traed a todos. Buenos y malos. Todos están invitados a la fiesta. Y la fiesta empezó. Pero después el

rey vio a uno que no tenía vestido nupcial. Ciertamente, nos surge preguntarnos: "padre, ¿pero cómo!: ¿son traídos de los cruces de los caminos y después se pide vestido nupcial? ¿Qué significa esto?". Es sencillísimo: Dios nos pide sólo una cosa para entrar en la fiesta, la totalidad». El Papa Francisco aclaró: «El esposo es el más importante; el esposo llena todo. Y esto nos lleva a la primera lectura (*Colosenses* 1, 15-20), que nos habla fuertemente de la totalidad de Jesús. Primogénito de toda la

creación, en Él fueron creadas todas las cosas y fueron creadas por medio de Él y en vista de Él; porque Él es el centro de todas las cosas. Él es también la cabeza del cuerpo que es la Iglesia. Él es principio. Dios le ha dado la plenitud, la totalidad para que en Él sean reconciliadas todas las cosas».

Esta imagen permite entender —prosiguió el Santo Padre— que Él es «todo», es «único»: es «el único esposo». Y, por lo tanto, si la primera actitud del cristiano «es la fiesta, la

segunda actitud es reconocerle como único. Y quien no le reconoce no tiene el vestido para ir a la fiesta, para ir a las bodas». Si Jesús nos pide este reconocimiento es porque Él como esposo «es fiel, siempre fiel. Y nos pide la fidelidad». No se puede servir a dos señores: «O se sirve al Señor —recordó el Papa— o se sirve al mundo». Así pues, es tal «la segunda actitud cristiana: reconocer a Jesús como el todo, como el centro, la totalidad», aunque existirá siempre la tentación de rechazar esta «novedad del

Evangelio, este vino nuevo». Es necesario por ello acoger la novedad del Evangelio, porque «los odres viejos no pueden llevar el vino nuevo». Jesús es el esposo de la Iglesia, que ama a la Iglesia y que da su vida por la Iglesia. Él organiza una gran «fiesta de bodas. Jesús nos pide la alegría de la fiesta. La alegría de ser cristianos». Pero nos pide también ser totalmente suyos; sin embargo si mantenemos actitudes o hacemos cosas que no se corresponden con este ser totalmente suyos, «no pasa

nada: arrepintámonos, pidamos perdón y vayamos adelante» — concluyó—, sin cansarnos de «pedir la gracia de ser alegres».

7 de septiembre de 2013. No hay cristiano sin Jesús.

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 37, viernes 13 de septiembre de 2013

No hay cristiano sin Jesús. Y Jesús no está cuando el cristiano responde a mandamientos que no llevan a Cristo o no vienen de Cristo. El Papa Francisco, en la misa que celebró el 7 de septiembre,

insistió en la centralidad de Cristo. Y puso en guardia a los cristianos respecto de seguir revelaciones privadas, pues la revelación —dijo— concluyó con Cristo.

En la homilía el Santo Padre prosiguió con la reflexión que la víspera había propuesto de las lecturas en las que Jesús es presentado como el esposo de la Iglesia. En el pasaje evangélico del día, de Lucas (6, 1-5), se narra el episodio de la discusión de Jesús con los fariseos, que reprochan a los apóstoles haber violado el

descanso del sábado
arrancando y comiendo espigas
de trigo.

En este pasaje del Evangelio,
Jesús —observó el Pontífice—
se presenta como algo más
respecto a la víspera «y dice:
Yo soy el Señor, el Señor
también del sábado. En otra
parte dirá: el sábado se hizo
para el hombre, y no el hombre
para el sábado. La centralidad
de Él y también la centralidad
del cristiano respecto a muchas
cosas. Jesús es el centro, es el
Señor». Una definición que —
notó el Papa— «no entendemos

bien», porque «no es fácil de entender». Lo cierto es que Jesús «es el Señor» en cuanto que es Quien «tiene el poder, la gloria, quien tiene la victoria. Es el único Señor». Citando la carta de san Pablo a los Colosenses (1, 21-23) el Santo Padre apuntó también que es precisamente el apóstol quien recuerda que Jesús nos «ha reconciliado en el cuerpo de su carne mediante la muerte —nos ha reconciliado a todos nosotros— para presentaros santos, inmaculados e irreprochables ante Él; a fin de

que permanezcáis cimentados y firmes en la fe». Jesús — sintetizó el Papa— es el centro que nos regenera y nos funda en la fe. En cambio «los fariseos —continuó— ponían en el centro de su religiosidad muchos mandamientos. Y Jesús dice de ellos: Imponen cargas en los hombros de la gente». Si no está Jesús en el centro, «hay otras cosas», advirtió el Santo Padre. Y en el día de hoy «encontramos a muchos cristianos sin Cristo, sin Jesús. Por ejemplo, quienes tienen la enfermedad de los fariseos y

son cristianos que ponen su fe y su religiosidad, su cristiandad, en muchos mandamientos: ¡Ah! Debo hacer esto, debo hacer lo otro. Cristianos de actitudes»: o sea, que hacen cosas —explicó— porque se tienen que hacer, pero en realidad «no saben por qué lo hacen».

Pero «¿Jesús dónde está?», se preguntó el Papa Francisco. Que continuó: «Un mandamiento es válido si viene de Jesús». Cristianos sin Cristo hay muchos, como los que «buscan sólo devociones,

muchas devociones, pero Jesús no está. ¡Y entonces te falta algo, hermano! Te falta Jesús. Si tus devociones te llevan a Jesús, entonces bien. Pero si te quedas ahí, entonces algo no marcha».

Después está «otro grupo de cristianos sin Cristo: los que buscan cosas un poco raras, un poco especiales, los que van detrás de las revelaciones privadas», mientras que la Revelación se concluyó con el Nuevo Testamento. El Papa advirtió en estos cristianos el deseo de ir «al espectáculo de

la revelación, a oír cosas nuevas». Pero —es la exhortación que el Pontífice les hace— «¡toma el Evangelio!». Entre los cristianos sin Cristo mencionó también «a los que se perfuman el alma, pero no tienen virtudes porque no tienen a Jesús».

¿Cuál es entonces la regla para ser cristiano con Cristo? ¿Y cuál es el «signo» de que una persona es un cristiano con Cristo? Se trata de una «regla —aclaró el Santo Padre— muy sencilla: es válido sólo lo que te lleva a Jesús, y sólo es válido lo

que viene de Jesús. Jesús es el centro, el Señor, como Él mismo dice».

A propósito del «signo», dijo: «Es un signo sencillo el del ciego de nacimiento del que habla el Evangelio de Juan en el capítulo noveno. El Evangelio dice que se postró ante Él para adorar a Jesús. Un hombre o una mujer que adora a Jesús es un cristiano con Jesús. Pero si tú no consigues adorar a Jesús, algo te falta».

He aquí «una regla y un signo», concluyó el Pontífice: «La regla es: soy un buen

cristiano, estoy en el camino del buen cristiano, si hago lo que viene de Jesús o me lleva a Jesús porque Él es el centro. El signo es la adoración ante Jesús, la oración de adoración ante Jesús».

9 de septiembre de 2013.
Jesús es la esperanza.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
37, viernes 13 de septiembre
de 2013

Dan tristeza esos sacerdotes
que han perdido la esperanza.
Por ello el Papa Francisco, en la
misa del lunes, 9 de
septiembre, dirigió a los
sacerdotes presentes la
invitación a cultivar esta virtud

«que para los cristianos tiene el nombre de Jesús». «Veo a muchos sacerdotes hoy aquí — dijo— y me surge decir algo: es un poco triste cuando uno encuentra a un sacerdote sin esperanza, sin esa pasión que da la esperanza; y es muy bello cuando uno encuentra a un sacerdote que llega al final de su vida siempre con esa esperanza, no con el optimismo, sino con la esperanza, sembrando esperanza». Porque quiere decir —añadió— que «este sacerdote está apegado a

Jesucristo. Y el pueblo de Dios tiene necesidad de que nosotros, sacerdotes, demos esta esperanza en Jesús, que rehace todo, es capaz de rehacer todo y está rehaciendo todo: en cada Eucaristía Él rehace la creación, en cada acto de caridad Él rehace su amor en nosotros».

El Pontífice habló de la esperanza vinculando la reflexión del día con la de los precedentes, durante los cuales había propuesto a Jesús como la totalidad, el centro de la vida del cristiano, el único esposo de

la Iglesia. En esta ocasión se detuvo en el concepto expresado en la Carta de San Pablo a los Colosenses (1, 24-2, 3): Jesús «misterio, misterio escondido, Dios». Un misterio, el de Dios, que «se ha mostrado en Jesús» que es «nuestra esperanza: es el todo, es el centro y es también nuestra esperanza».

El optimismo —explicó— es una actitud humana que depende de muchas cosas; pero la esperanza es otra cosa: «es un don, es un regalo del Espíritu Santo y por esto Pablo dirá que

no decepciona jamás». Y también tiene un nombre. Y «este nombre es Jesús»: no se puede decir que se espera en la vida si no se espera en Jesús. «No se trataría de esperanza —precisó—, sino de buen humor, optimismo, como en el caso de las personas positivas, que ven siempre el vaso medio lleno y nunca medio vacío».

Una confirmación de este concepto la indicó el Papa en el pasaje del Evangelio de Lucas (6, 6-11), en la referencia al tema de la libertad. El relato de Lucas sitúa ante los ojos una

doble esclavitud: la del hombre «con la mano paralizada, esclavo de su enfermedad» y la «de los fariseos, los escribas, esclavos de sus actitudes rígidas, legalistas». Jesús «libera a ambos: hace ver a los rígidos que aquella no es la vía de la libertad; y al hombre de la mano paralizada le libera de la enfermedad». ¿Qué quiere demostrar? Que «libertad y esperanza van juntas: donde no hay esperanza, no puede haber libertad».

Con todo la verdadera enseñanza de la liturgia del día

es que Jesús «no es un sanador, es un hombre que recrea la existencia. Y esto — subrayó el Santo Padre— nos da esperanza, porque Jesús ha venido precisamente para este gran milagro, para recrear todo». Tanto que la Iglesia, en una bellísima oración, dice: «Tú, Señor, que has sido tan grande, tan maravilloso en la creación, pero más maravilloso en la redención...». Así que, como añadió el Papa, «la gran maravilla es la gran reforma de Jesús. Y esto nos da esperanza: Jesús que recrea todo». Y

cuando «nos unimos a Jesús en su pasión —concluyó— con Él rehacemos el mundo, lo hacemos nuevo».

10 de septiembre de 2013.
***Cristianos sin temor,
vergüenza o triunfalismo.***

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
37, viernes 13 de septiembre
de 2013

Hoy en el mundo hay «muchos cristianos sin resurrección». A ellos el Papa Francisco, durante la misa que celebró el martes 10 de septiembre en Santa Marta, dirigió la invitación a

reencontrar el camino para ir hacia Jesús resucitado dejándose «tocar por Él, por su fuerza», porque Cristo «no es una idea espiritual», sino que está vivo. Y con su resurrección «ha vencido el mundo».

Comentando las lecturas de la liturgia del día, el Pontífice recordó algunos pasajes de la carta a los Colosenses, en la que san Pablo habla de la figura de Jesús descrito como «la totalidad, el centro, la esperanza, porque es el esposo». En el pasaje del día (2, 6-15) el apóstol define a

Cristo como «el vencedor», quien «ha vencido sobre la muerte, sobre el pecado, sobre el diablo». El mensaje paulino contiene por ello una invitación a caminar en el Señor resucitado, bien arraigados y edificados en Él, en su victoria, firmes en la fe.

Jesús es «quien vence, es el resucitado». Y sin embargo — advirtió el Papa— a menudo «nosotros no lo oímos, no escuchamos bien», mientras que la resurrección de Jesús «es precisamente el punto clave» de nuestra fe. El

Pontífice se refirió en particular a esos «cristianos sin el Cristo resucitado», los que «acompañan a Jesús hasta la tumba, lloran, le quieren mucho», pero no son capaces de ir más allá. Y al respecto identificó tres categorías: los temerosos, los vergonzosos y los triunfalistas.

Los primeros —explicó— «son aquellos de la mañana de la resurrección, los de Emaús que se marchan porque tienen miedo»; son «los apóstoles que se encierran en el Cenáculo por temor a los judíos»; son incluso

«las buenas mujeres que lloran», como la Magdalena en lágrimas «porque se han llevado el cuerpo del Señor». Por lo demás, «los temerosos son así: temen pensar en la resurrección». Y también los apóstoles, ante Jesús que se apareció en el Cenáculo, «se asustaron, temiendo ver a un fantasma».

La segunda categoría es la de los «vergonzosos, para quienes confesar que Cristo ha resucitado da un poco de vergüenza en este mundo tan avanzado en las ciencias». Para

el Papa Francisco es a ellos en quienes piensa Pablo cuando alerta: «Cuidado con que nadie os envuelva con teorías y con vanas seducciones de tradición humana, fundadas en los elementos del mundo y no en Cristo». En la práctica, se trata de esos cristianos que distorsionan la realidad de la resurrección: para ellos «existe una resurrección espiritual, que hace bien a todo el mundo, una bendición de vida»; pero en el fondo «les da vergüenza decir que Cristo, con su carne, con sus llagas, ha resucitado».

Finalmente, el tercer grupo es el de los cristianos que, en lo íntimo, «no creen en el resucitado y quieren hacer ellos una resurrección más majestuosa» que la de Jesús. El Pontífice les definió «los triunfalistas», en cuanto que «tienen un complejo de inferioridad» y asumen «actitudes triunfalistas en su vida, en sus discursos, en su pastoral y en la liturgia». Para el Papa Francisco entonces es necesario recuperar la conciencia de que Jesús es el resucitado. Y por esto los

cristianos están llamados «sin temor, sin miedo y sin triunfalismo» a contemplar «su belleza», a meter el dedo en las llagas y la mano en el costado del resucitado, de ese «Cristo que es el todo, la totalidad; Cristo que es el centro, Cristo que es la esperanza», porque es el esposo es el vencedor. Y «un vencedor —añadió— rehace toda la creación».

Refiriéndose al pasaje del Evangelio de Lucas (6, 12-19), el Santo Padre evocó la imagen de Jesús entre la multitud de

hombres y mujeres que llegaban «a oírle y a los que curaba de sus enfermedades; los atormentados por espíritus inmundos quedaban curados». Por ello «toda la gente trataba de tocarle, porque salía de Él una fuerza que curaba». En esto el Papa Francisco ve la premisa de la victoria final de Cristo, quien «sana todo el universo», es «su resurrección». He aquí por qué, como concluyó, es necesario redescubrir la belleza de ir hacia el resucitado, dejándose tocar por Él, por su fuerza.

Al inicio de la celebración el Papa recordó al arzobispo Peter Paul Prabhu, nuncio apostólico, fallecido en la noche del 9 al 10 de septiembre en la clínica Pío XI, y que tenía su residencia precisamente en la Domus Sanctae Marthae en el Vaticano.

12 de septiembre de 2013.

***Contemplar a Jesús manso y
sufriente.***

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
37, viernes 13 de septiembre
de 2013

No es fácil para los cristianos
vivir según los principios y las
virtudes inspiradas por Jesús.
«No es fácil —dijo el Papa
Francisco en la misa celebrada
el 12 de septiembre—, pero es

posible»: basta con «contemplar a Jesús sufriente y la humanidad sufriente» y vivir «una vida escondida en Dios con Jesús».

La reflexión del Santo Padre se inspiró en la celebración de la memoria litúrgica del nombre de María. «Hoy —recordó— festejamos la onomástica de la Virgen. El santo nombre de María. Una vez esta fiesta se llamaba el dulce nombre de María y hoy en la oración hemos pedido la gracia de experimentar la fuerza y la dulzura de María. Después

cambió, pero en la oración ha permanecido esta dulzura de su nombre. Tenemos necesidad hoy de la dulzura de la Virgen para entender estas cosas que Jesús nos pide. Es un elenco no fácil de vivir: amad a los enemigos, haced el bien, prestad sin esperar nada, a quien te golpea la mejilla ofrécele también la otra, a quien te quita el manto no le rehúses la túnica. Son cosas fuertes. Pero todo esto, a su modo, lo vivió la Virgen: la gracia de la mansedumbre, la gracia de la apacibilidad».

«El apóstol Pablo —prosiguió el Papa— insiste en el mismo tema: “Hermanos, elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo”» (*Colosenses* 3, 12-17). Ciertamente —observó el Pontífice—, se nos pide mucho y por ello la primera pregunta que surge espontáneamente es: «¿Pero cómo puedo hacer

esto? ¿Cómo me preparo para hacer esto? ¿Qué debo estudiar para hacer esto?». La respuesta para el Santo Padre es clara:

«Nosotros, con nuestro esfuerzo, no podemos hacerlo. Sólo una gracia puede hacerlo en nosotros. Nuestro esfuerzo ayudará; es necesario, pero no suficiente».

«El apóstol Pablo en estos días nos ha hablado a menudo de Jesús —continuó—. Jesús como la totalidad del cristiano, Jesús como el centro del cristiano, Jesús como la esperanza del cristiano, porque es el esposo

de la Iglesia y trae esperanza para ir adelante; Jesús como vencedor sobre el pecado, sobre la muerte. Jesús vence y ha ido al cielo con su victoria».

Al respecto el apóstol nos enseña algo: «nos dice:

“Hermanos, si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios”».

Es éste «el camino para hacer

lo que el Señor nos pide: esconder nuestra vida con Cristo en Dios», repitió el Papa. Y ello debe renovarse en cada una de nuestras actitudes cotidianas, pues sólo si tenemos el corazón y la mente dirigidos al Señor, «triunfador sobre el pecado, sobre la muerte», podemos hacer lo que Él nos pide.

Apacibilidad, humildad, bondad, ternura, mansedumbre, magnanimidad son todas virtudes que se necesitan para seguir el camino indicado por Cristo. Recibir las es «una

gracia. Una gracia —especificó el Santo Padre— que viene de la contemplación de Jesús». No por casualidad nuestros padres y nuestras madres espirituales —indicó— nos han enseñado cuán importante es contemplar la pasión del Señor.

«Sólo contemplando la humanidad sufriente de Jesús —repitió— podemos hacernos mansos, humildes, tiernos como Él. No hay otro camino». Ciertamente tendremos que hacer el esfuerzo de «buscar a Jesús; pensar en su pasión, en cuánto sufrió; pensar en su

silencio manso». Este será nuestro esfuerzo, recalcó; después «de lo demás se encarga Él, y hará todo lo que falta. Pero tú debes hacer esto: esconder tu vida en Dios con Cristo».

Así que, para ser buenos cristianos, es necesario contemplar siempre la humanidad de Jesús y la humanidad sufriente. «¿Para dar testimonio? Contempla a Jesús. ¿Para perdonar? Contempla a Jesús sufriente. ¿Para no odiar al prójimo? Contempla a Jesús sufriente.

¿Para no murmurar contra el prójimo? Contempla a Jesús sufriente. No hay otro camino», insistió el Papa, recordando que estas virtudes son las mismas del Padre, «que es bueno, manso y magnánimo, que nos perdona siempre», y las mismas de la Virgen, nuestra Madre. No es fácil, pero es posible. «Encomendémonos a la Virgen. Y cuando hoy la felicitemos por su onomástica —concluyó— pidámosle que nos dé la gracia de experimentar su dulzura».

13 de septiembre de 2013. De las malévolas murmuraciones al amor por el prójimo.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 38, viernes 20 de septiembre de 2013

Las murmuraciones matan igual y más que las armas. Sobre este concepto el Papa Francisco volvió a hablar en la mañana del viernes, 13 de septiembre, en la misa que

celebró en la capilla de Santa Marta, como cada día.

Comentando las lecturas del día, de la carta a Timoteo (1, 1-2.12-14) y del Evangelio de Lucas (6, 39-42), el Pontífice puso en evidencia cómo el Señor —después de haber propuesto en los días anteriores actitudes como la mansedumbre, la humildad y la magnanimidad— «hoy nos habla de lo contrario», esto es, «de una actitud odiosa hacia el prójimo»: la que se tiene cuando se pasa a ser «juez del hermano».

El Papa Francisco recordó el episodio evangélico en el que Jesús reprocha a quien pretende quitar la mota en el ojo ajeno sin ver la viga en el propio. Este comportamiento, sentirse perfectos y por lo tanto capaces de juzgar los defectos de los demás, es contrario a la mansedumbre, a la humildad de la que habla el Señor, «a esa luz que es tan bella y que está en perdonar». Jesús — evidenció el Santo Padre— usa «una palabra fuerte: hipócrita». Y subrayó: «Los que viven juzgando al prójimo,

hablando mal del prójimo, son hipócritas. Porque no tienen la fuerza, la valentía de mirar los propios defectos. El Señor no dice sobre esto muchas palabras. Después, más adelante dirá: el que en su corazón tiene odio contra el hermano es un homicida. Lo dirá. También el apóstol Juan lo dice muy claramente en su primera carta: quien odia al hermano camina en las tinieblas. Quien juzga a su hermano es un homicida». Por lo tanto «cada vez que juzgamos a nuestros hermanos

en nuestro corazón, o peor, cuando lo hablamos con los demás, somos cristianos homicidas». Y esto «no lo digo yo, sino que lo dice el Señor», precisó el Papa, añadiendo que «sobre este punto no hay lugar a matices: si hablas mal del hermano, matas al hermano. Y cada vez que hacemos esto imitamos el gesto de Caín, el primer homicida».

Recordando cuánto se habla en estos días de las guerras que en el mundo provocan víctimas, sobre todo entre los niños, y obligan a muchos a huir en

busca de un refugio, el Papa Francisco se preguntó cómo es posible pensar en tener «el derecho a matar» hablando mal de los demás, de desencadenar «esta guerra cotidiana de las murmuraciones». En efecto — dijo—, «las maledicciones van siempre en la dirección de la criminalidad. No existen maledicciones inocentes. Y esto es Evangelio puro». Por lo tanto, «en este tiempo que pedimos tanto la paz, es necesario tal vez un gesto de conversión». Y a los «no» contra todo tipo de arma,

decimos «no también a esta arma» que es la maledicencia, porque «es mortal». Citando al apóstol Santiago, el Pontífice recordó que la lengua «es para alabar a Dios». Pero «cuando usamos la lengua —prosiguió— para hablar mal del hermano y de la hermana, la usamos para matar a Dios» porque la imagen de Dios está en nuestro hermano, en nuestra hermana; destruimos «esa imagen de Dios».

Y también hay quien intenta justificar todo esto —observó el Santo Padre— diciendo: «se lo

merece». A estas personas el Papa dirigió una invitación precisa: «ve y reza por él. Ve y haz penitencia por ella. Y después, si es necesario, habla a esa persona que puede remediar el problema. Pero no se lo digas a todos». Pablo —añadió— «fue un pecador fuerte. Y dice de sí mismo: primero era un pecador, un blasfemo, un violento. Pero se usó misericordia conmigo». «Tal vez ninguno de nosotros blasfema —dijo—. Pero si alguno de nosotros murmura, ciertamente es un perseguidor

y un violento».

El Pontífice concluyó invocando «para nosotros, para toda la Iglesia, la gracia de la conversión de la criminalidad de las maledicciones en la humildad, en la mansedumbre, en la apacibilidad, en la magnanimidad del amor por el prójimo».

*14 de septiembre de 2013. **El árbol de la cruz.***

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 38, viernes 20 de septiembre de 2013

Historia del hombre e historia de Dios se entrecruzan en la cruz. Una historia esencialmente de amor. Un misterio inmenso, que por nosotros solos no podemos comprender. ¿Cómo «probar

esa miel de áloe, esa dulzura amarga del sacrificio de Jesús»? El Papa Francisco indicó el modo el sábado, 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, durante la misa matutina. Comentando las lecturas del día, tomadas de la carta a los Filipenses (2, 6-11) y del Evangelio de Juan (3, 13-17), el Pontífice dijo que es posible comprender «un poquito» el misterio de la cruz «de rodillas, en la oración», pero también con «las lágrimas». Es más, son precisamente las lágrimas las

que «nos acercan a este misterio». En efecto, «sin llorar», sobre todo sin «llorar en el corazón, jamás entenderemos este misterio». Es el «llanto del arrepentido, el llanto del hermano y de la hermana que mira tantas miserias humanas y las mira también en Jesús, de rodillas y llorando». Y, sobre todo, evidenció el Papa, «¡jamás solos!». Para entrar en este misterio que «no es un laberinto, pero se le parece un poco», tenemos siempre «necesidad de la Madre, de la

mano de la mamá». Que María —añadió— «nos haga sentir cuán grande y cuán humilde es este misterio, cuán dulce como la miel y cuán amargo como el áloe».

Los padres de la Iglesia, como recordó el Papa, «comparaban siempre el árbol del Paraíso con el del pecado. El árbol que da el fruto de la ciencia, del bien, del mal, del conocimiento, con el árbol de la cruz». El primer árbol «había hecho mucho mal», mientras que el árbol de la cruz «nos lleva a la salvación, a la salud, perdona

aquel mal». Este es «el itinerario de la historia del hombre». Un camino que permite «encontrar a Jesucristo Redentor, que da su vida por amor». Un amor que se manifiesta en la economía de la salvación, como recordó el Santo Padre, según las palabras del evangelista Juan. Dios —dijo el Papa— «no envió al Hijo al mundo para condenar el mundo, sino para que el mundo sea salvado por medio de Él». ¿Y cómo nos salvó? «Con este árbol de la cruz». A partir del otro árbol

comenzaron «la autosuficiencia, el orgullo y la soberbia de querer conocer todo según nuestra mentalidad, según nuestros criterios, también según la presunción de ser y llegar a ser los únicos jueces del mundo». Esta — prosiguió— «es la historia del hombre». En el árbol de la cruz, en cambio, está la historia de Dios, quien «quiso asumir nuestra historia y caminar con nosotros». Es justamente en la primera lectura que el apóstol Pablo «resume en pocas palabras

toda la historia de Dios:
Jesucristo, aún siendo de la
condición de Dios, no retuvo
ávidamente el ser igual a
Dios». Sino que —explicó— «se
despojó de sí mismo,
asumiendo una condición de
siervo, hecho semejante a los
hombres». En efecto Cristo «se
humilló a sí mismo, hecho
obediente hasta la muerte, y
una muerte de cruz». Es tal «el
itinerario de la historia de
Dios». ¿Y por qué lo hace?, se
preguntó el Obispo de Roma. La
respuesta se encuentra en las
palabras de Jesús a Nicodemo:

«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna». Dios —concluyó el Papa— «realiza este itinerario por amor; no hay otra explicación».

16 de septiembre de 2013.

Oremos para que los políticos nos gobiernen bien.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 38, viernes 20 de septiembre de 2013

Un buen cristiano participa activamente en la vida política y reza para que los políticos amen a su pueblo y le sirvan con humildad. Es la reflexión

que propuso el Papa Francisco en la Eucaristía del lunes, 16 de septiembre.

Comentando el pasaje del Evangelio de Lucas (7, 1-10), donde se narra la curación, por obra de Jesús, del siervo del centurión en Cafarnaún, el Pontífice subrayó «dos actitudes del gobernante». Él debe ante todo «amar a su pueblo. Los ancianos judíos dicen a Jesús: merece lo que pide porque ama a nuestro pueblo. Un gobernante que no ama no puede gobernar. Como mucho puede poner un poco de

orden, pero no gobernar». Y para explicar el significado del amor que el gobernante debe a su pueblo, el Santo Padre recordó el ejemplo de David que desobedece a las reglas del censo sancionadas por la ley mosaica para subrayar la pertenencia de la vida de cada hombre al Señor (cf. *Éxodo* 30, 11-12). Pero David, una vez comprendido su pecado, hizo lo posible para evitar el castigo a su pueblo. Y ello porque, si bien era pecador, amaba a su pueblo.

Para el Papa Francisco el

gobernante debe ser también humilde como el centurión del Evangelio, que habría podido aprovecharse de su poder si hubiera pedido a Jesús que fuera adonde él, pero «era un hombre humilde y dijo al Señor: no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo. Y con humildad: di una palabra y mi siervo quedará sano. Estas son las dos virtudes de un gobernante, así como nos hace pensar la palabra de Dios: amor al pueblo y humildad». Así que «cada hombre y cada

mujer que asume responsabilidades de gobierno debe hacerse estas dos preguntas: ¿yo amo a mi pueblo para servirle mejor? ¿Y soy humilde para oír las opiniones de los demás a fin de elegir el mejor camino?». Si ellos —subrayó el Pontífice— «no se hacen estas preguntas, su gobierno no será bueno». Pero también los gobernantes deben tomar sus opciones para llevarlas a cabo. ¿Entonces qué hay que hacer? Tras observar que nosotros «como pueblo tenemos muchos gobernantes»,

el Papa recordó una frase de san Pablo tomada de la primera carta a Timoteo (2, 1-8):

«Ruego, pues, lo primero de todo, que se hagan súplicas, oraciones, peticiones, acciones de gracias, por toda la humanidad, por los reyes y por todos los constituidos en autoridad, para que podamos llevar una vida tranquila y sosegada, con toda piedad y respeto».

Esto significa —puntualizó el Papa Francisco— que «ninguno de nosotros puede decir: pero yo no tengo que ver, son ellos

quienes gobiernan. No; yo soy responsable de su gobierno y debo hacer lo mejor de mi parte para que ellos gobiernen bien, participando en la política como puedo. La política, dice la doctrina social de la Iglesia, es una de las formas más altas de la caridad, porque es servir al bien común. Y yo no puedo lavarme las manos: cada uno de nosotros debe hacer algo. Pero ya tenemos la costumbre de pensar que de los gobernantes se debe sólo parlotear, hablar mal de ellos y de las cosas que no van bien».

Al respecto el Santo Padre notó que en la televisión y en los periódicos se recurre sobre todo a «bastonazos» para los políticos; difícilmente se hallan observaciones como que «este gobernante en esto ha actuado bien; este gobernante tiene esta virtud; ha errado en esto, en esto y en esto, pero esto otro lo ha hecho bien». De los políticos en cambio se habla «siempre mal y siempre en su contra. Tal vez el gobernante es un pecador, como lo era David. Pero yo debo colaborar, con mi opinión, con mi palabra,

también con mi corrección: no estoy de acuerdo por esto y por esto. Debemos participar en el bien común. A veces hemos oído decir: un buen católico no se interesa en la política. Pero no es verdad: un buen católico toma parte en política ofreciendo lo mejor de sí para que el gobernante pueda gobernar».

¿Qué es entonces «lo mejor que podemos ofrecer» a los gobernantes? «Es la oración», respondió el Pontífice, explicando: «Es lo que san Pablo dice: orad por los reyes y

por todos los constituidos en autoridad». Pero «se dirá: ese es una mala persona, debe ir al infierno. No; reza por él, reza por ella, para que pueda gobernar bien, para que ame a su pueblo, para que sea humilde. Un cristiano que no reza por los gobernantes no es un buen cristiano. Hay que orar. Y esto —precisó— no lo digo yo. Lo dice san Pablo. Que los gobernantes sean humildes y amen a su pueblo. Ésta es la condición. Nosotros, los gobernados, damos lo mejor. Sobre todo la oración».

«Roguemos por los gobernantes —concluyó el Papa Francisco—, para que nos gobiernen bien. Para que lleven a nuestra patria, a nuestra nación, adelante, y también al mundo; y que exista la paz y el bien común. Que esta Palabra de Dios nos ayude a participar mejor en la vida común de un pueblo: los que gobiernan, con el servicio de la humildad y con el amor; los gobernados, con la participación y sobre todo con la oración».

17 de septiembre de 2013.

Como una mamá que defiende a sus hijos.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 38, viernes 20 de septiembre de 2013

Como una mamá que nos ama, nos defiende, nos da la fuerza para ir adelante en la lucha contra el mal. Es ésta la imagen de la Iglesia trazada por el Papa Francisco el 17 de

septiembre, durante la misa que celebró como al inicio de cada mañana en Santa Marta. Comentando el pasaje del Evangelio de Lucas que narra la resurrección del hijo de la viuda de Naín (7, 11-17), el Pontífice describió a Jesús, quien, al ver a la mujer ante el cadáver de su único hijo muerto, «se compadeció». Y definió el sentimiento de Cristo como «la capacidad de padecer con nosotros, de estar cerca de nuestros sufrimientos y hacerlos suyos». Por lo demás, Él sabía bien «qué significaba

ser una mujer viuda en aquel tiempo», cuando las madres que se quedaban solas para criar a sus hijos debían confiarse a la ayuda y a la caridad de los demás. Por eso los preceptos de entonces insisten tanto en «ayudar a los huérfanos y a las viudas, porque en ese tiempo eran los más solos, los más abandonados».

El pensamiento del obispo de Roma se dirigió a otras figuras de viudas de las que se habla en la Biblia. Hacia ellas el Señor muestra un particular

«cuidado, un especial amor», hasta el punto de que terminan por constituir «una imagen de la Iglesia, porque —explicó— también la Iglesia es en cierto sentido viuda: su esposo se ha ido y ella camina en la historia esperando reencontrarle, encontrarse con Él. Entonces ella será la esposa definitiva». Pero —advirtió— «entretanto la Iglesia está sola», y el Señor no es para ella visible: así que «tiene una cierta dimensión de viudedad».

La primera consecuencia de esta viudedad es que la Iglesia

se hace «valiente», a semejanza de una madre «que defiende a los hijos», justamente como la viuda del Evangelio «que iba al juez corrupto para defender a los hijos y al final ganó». Porque, como subrayó el Papa, «nuestra madre Iglesia tiene ese valor de una mujer que sabe que los hijos son suyos y debe defenderles y llevarles al encuentro con su esposo». De la valentía se deriva un segundo elemento: la fuerza, como testimonian otras viudas descritas en las Escrituras:

entre ellas Noemí, bisabuela de David, «que no tenía miedo de permanecer sola», o la viuda macabea con siete hijos, «que por no renegar de Dios, por no renegar de la ley de Dios, fueron martirizados por el tirano». De esta mujer un detalle impactó al Papa Francisco: el hecho de que la Biblia subraye «que hablaba en dialecto, en la primera lengua», precisamente como hace «nuestra Iglesia madre», que nos habla «en aquella lengua de la verdadera ortodoxia que todos nosotros comprendemos,

la lengua del catecismo, esa lengua fuerte, que nos hace fuertes y nos da también la fortaleza para ir adelante en la lucha contra el mal».

Sintetizando las propias reflexiones, el Pontífice subrayó «la dimensión de viudedad de la Iglesia, que camina en la historia esperando encontrar, reencontrar a su esposo». Y evidenció que «nuestra madre Iglesia es así: es una Iglesia que cuando es fiel sabe llorar, llora por sus hijos y ora». Es más, «cuando la Iglesia no llora, algo no va bien»;

mientras que la Iglesia funciona cuando «va adelante y hace crecer a sus hijos, les da fortaleza, les acompaña hasta la última despedida, para dejarles en las manos de su esposo, al que al final también ella encontrará».

Y dado que el Papa ve a «nuestra madre Iglesia en esta viuda que llora», hay que preguntarse qué dice el Señor a esta madre para consolarla. La respuesta está en las palabras mismas de Jesús, citadas por Lucas: «¡No llores!». Palabras que parecen

decir: no llores porque «yo estoy contigo, te acompaño, te espero allí, en las bodas, las últimas bodas, las del cordero»; deja de llorar, «este hijo tuyo que estaba muerto ahora vive». Y a éste último, tercera figura presente en la escena evangélica, el Señor se dirige, intimándole: «¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!».

Para el Pontífice son las mismas palabras que el Señor dirige a los hombres en el sacramento de la reconciliación, «cuando nosotros estamos muertos por el pecado y vamos a pedirle

perdón».

El relato de Lucas concluye con la descripción del joven muerto, que se levanta y empieza a hablar, y de Jesús que se lo entrega a su madre. Precisamente como hace con nosotros —observó el Papa— «cuando nos perdona, cuando nos devuelve la vida», porque «nuestra reconciliación no acaba en el diálogo» con el sacerdote que nos da el perdón, sino que se completa «cuando él nos restituye a nuestra madre». En efecto, «no hay camino de vida, no hay perdón,

no hay reconciliación fuera de la madre Iglesia», tanto que es necesario siempre «pedir al Señor la gracia de confiar en esta mamá que nos defiende, nos enseña, nos hace crecer».

*20 de septiembre de 2013. **El poder del dinero.***

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 39, viernes 27 de septiembre de 2013

Hay que cuidarse de ceder a la tentación de idolatrar el dinero. Significaría debilitar nuestra fe y correr así el riesgo de habituarse al engaño de deseos insensatos y perjudiciales, tales que lleven al hombre al punto

de ahogarse en la ruina y en la perdición. De este peligro puso en guardia el Papa Francisco durante la homilía de la misa que celebró en la mañana del viernes, 20 de septiembre, en la capilla de Santa Marta.

«Jesús —dijo el Santo Padre comentando las lecturas— nos había dicho claramente, y también definitivamente, que no se puede servir a dos señores: no se puede servir a Dios y al dinero. Hay algo entre ambos que no funciona. Hay algo en la actitud de amor hacia el dinero que nos aleja de

Dios». Y citando la primera carta de san Pablo a Timoteo (6, 2-12), el Papa dijo: «Los que quieren enriquecerse sucumben a la tentación del engaño de muchos deseos absurdos y nocivos que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición».

De hecho la avidez —prosiguió— «es la raíz de todos los males. Y algunos, arrastrados por este deseo, se han apartado de la fe y se han acarreado muchos sufrimientos. Es tanto el poder del dinero que hace que te desvíes de la

fe pura. Te quita la fe, la debilita y la pierdes». Y, siguiendo la carta paulina, observó que el apóstol afirma que «si alguno enseña otra doctrina y no se aviene a las palabras sanas de nuestro Señor Jesucristo y a la doctrina que es conforme a la piedad, es un orgulloso y un ignorante, que padece la enfermedad de plantear cuestiones y discusiones sobre palabras». Pero san Pablo va más allá y, como notó el Pontífice, escribe que es precisamente de ahí de donde «salen envidias,

polémicas, malévolas
suspicias, altercados de
hombres corrompidos en la
mente y privados de la verdad,
que piensan que la piedad es
un medio de lucro».

El Obispo de Roma se refirió
después a cuantos dicen ser
católicos porque van a misa, a
quienes entienden su ser
católicos como un estatus y que
«por debajo hacen sus
negocios». Al respecto el Papa
recuerda que Pablo usa un
término particular, que
«hallamos tan, tan
frecuentemente en los

periódicos: ¡hombres corrompidos en la mente! El dinero corrompe. No hay vía de escape. Si eliges este camino del dinero al final serás un corrupto. El dinero tiene esta seducción de llevarte, de hacerte deslizar lentamente en tu perdición. Y por esto Jesús es tan decidido: no puedes servir a Dios y al dinero, no se puede: o el uno o el otro. Y esto no es comunismo, esto es Evangelio puro. Estas cosas son palabra de Jesús».

¿Pero «entonces qué pasa con el dinero»? , se preguntó el

Papa. «El dinero —fue su respuesta— te ofrece un cierto bienestar: te va bien, te sientes un poco importante y después sobreviene la vanidad. Lo hemos leído en el Salmo [48]: te viene esta vanidad. Esta vanidad que no sirve, pero te sientes una persona importante». Vanidad, orgullo, riqueza: es de lo que presumen los hombres descritos en el salmo: los que «confían en su opulencia y se jactan de sus inmensas riquezas». ¿Entonces cuál es la verdad? La verdad —explicó el Papa— es que «nadie

puede rescatarse a sí mismo, ni pagar a Dios su propio precio. Demasiado caro sería el rescate de una vida. Nadie puede salvarse con el dinero», aunque es fuerte la tentación de perseguir «la riqueza para sentirse suficientes, la vanidad para sentirse importante y, al final, el orgullo y la soberbia». El Papa introdujo después el pecado ligado a la codicia del dinero, con todo lo que se deriva, en el primero de los diez mandamientos: se peca de «idolatría», dijo: «El dinero se convierte en ídolo y tú le das

culto. Y por esto Jesús nos dice: no puedes servir al ídolo dinero y al Dios viviente. O el uno o el otro». Los primeros Padres de la Iglesia «decían una palabra fuerte: el dinero es el estiércol del diablo. Es así, porque nos hace idólatras y enferma nuestra mente con el orgullo y nos hace maniáticos de cuestiones ociosas y te aleja de la fe. Corrompe». El apóstol Pablo nos dice en cambio que tendamos a la justicia, a la piedad, a la fe, a la caridad, a la paciencia. Contra la vanidad, contra el orgullo «se necesita

mansedumbre». Es más, «éste es el camino de Dios, no el del poder idolátrico que puede darte el dinero. Es el camino de la humildad de Cristo Jesús que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos precisamente con su pobreza. Este es el camino para servir a Dios. Y que el Señor nos ayude a todos nosotros a no caer en la trampa de la idolatría del dinero».

21 de septiembre de 2013.

Como un soplo sobre las brasas.

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
39, viernes 27 de septiembre
de 2013

«Una mirada que te lleva a
crecer, a ir adelante; que te
alienta porque te hace sentir
que Él te quiere»; que da el
valor necesario para seguirle.
Se centró en las miradas de

Jesús la meditación del Papa Francisco durante la misa en Santa Marta el 21 de septiembre. Es una fecha fundamental en la biografía de Jorge Mario Bergoglio, porque al día de la fiesta litúrgica de san Mateo de hace sesenta años —era el 21 de septiembre de 1953— él remonta su propia elección de vida. Tal vez también por esto, comentando el relato de la conversión del evangelista (*Mateo 9, 9-13*), el Pontífice subrayó el poder de las miradas de Cristo, capaces de cambiar para siempre la

vida de aquellos sobre quienes se posan.

Precisamente como ocurrió para el recaudador de impuestos que se convirtió en su discípulo: «Para mí es un poco difícil entender cómo Mateo pudo oír la voz de Jesús», que en medio de muchísima gente dice «sígueme». Es más, el Obispo de Roma no está seguro de que el llamado haya oído la voz del Nazareno, pero tiene la certeza de que «sintió en su corazón la mirada de Jesús que le contemplaba. Y aquella mirada

es también un rostro» que «le cambió la vida. Nosotros decimos: le convirtió». Después hay otra acción descrita en la escena: «En cuanto sintió en su corazón aquella mirada, él se levantó y le siguió». Por esto el Papa hizo notar que «la mirada de Jesús nos levanta siempre; nos eleva», nos alza; nunca nos «deja ahí» donde estábamos antes de encontrarle. Ni tampoco quita algo: «Nunca te abaja, nunca te humilla, te invita a alzarte», y haciendo oír su amor da el valor necesario para poderle

seguir.

He aquí entonces el interrogante del Papa: «Pero ¿cómo era esta mirada de Jesús?». La respuesta es que «no era una mirada mágica», porque Cristo «no era un especialista en hipnosis», sino algo muy distinto. Basta pensar en «cómo miraba a los enfermos y les curaba» o en «cómo miraba a la multitud que le conmovía, porque la sentía como ovejas sin pastor». Y sobre todo, según el Santo Padre, para tener una respuesta al interrogante inicial

es necesario reflexionar no sólo en «cómo miraba Jesús», sino también en «cómo se sentían mirados» los destinatarios de aquellas miradas. Porque — explicó— «Jesús miraba a cada uno» y «cada uno se sentía mirado por Él», como si llamara a cada uno por su propio nombre.

Por esto la mirada de Cristo «cambia la vida». A todos y en toda situación. También — añadió el Papa Francisco— en los momentos de dificultad y de desconfianza. Como cuando pregunta a sus discípulos:

¿también vosotros queréis irnos?
Lo hace mirándoles «a los ojos
y ellos han recibido el aliento
para decir: no, vamos contigo»;
o como cuando Pedro, tras
haber renegado de Él, encontró
de nuevo la mirada de Jesús
«que le cambió el corazón y le
llevó a llorar con tanta
amargura: una mirada que
cambiaba todo». Y finalmente
está «la última mirada de
Jesús», aquella con la que,
desde lo alto de la cruz, «miró
a su mamá, miró al discípulo»:
con aquella mirada «nos dijo
que su mamá era la nuestra: y

la Iglesia es madre». Por este motivo «nos hará bien pensar, orar sobre esta mirada de Jesús y también dejarnos mirar por Él».

El Papa Francisco volvió a la escena evangélica, que prosigue con Jesús sentado a la mesa con publicanos y pecadores. «Se corrió la voz y toda la sociedad, pero no la sociedad "limpia", se sintió invitada a aquel almuerzo», comentó el Santo Padre, porque «Jesús les había mirado y esa mirada sobre ellos fue como un soplo sobre las brasas;

sintieron que había fuego dentro»; y experimentaron también «que Jesús les hacía subir», les alzaba, «les devolvía a la dignidad», porque «la mirada de Jesús siempre nos hace dignos, nos da dignidad». Finalmente el Papa identificó una última característica en la mirada de Jesús: la generosidad. Es un maestro que come con la suciedad de la ciudad, pero que sabe también cómo «bajo aquella suciedad estaban las brasas del deseo de Dios», deseosas de que alguno las «ayudara a prenderse

fuego». Y esto es lo que hace precisamente «la mirada de Jesús»: entonces como hoy. «Creo que todos nosotros en la vida —dijo el Papa Francisco— hemos sentido esta mirada y no una, sino muchas veces. Tal vez en la persona de un sacerdote que nos enseñaba la doctrina o nos perdonaba los pecados, tal vez en la ayuda de personas amigas». Y sobre todo «todos nosotros nos encontraremos ante esa mirada, esa mirada maravillosa». Por esto vayamos «adelante en la vida, en la

certeza de que Él nos mira y nos espera para mirarnos definitivamente. Y esa última mirada de Jesús sobre nuestra vida será para siempre, será eterna». Para hacerlo se puede pedir ayuda en la oración a todos «los santos que fueron mirados por Jesús», a fin de que «nos preparen para dejarnos mirar en la vida y nos preparen también para esa última mirada de Jesús».

24 de septiembre de 2013.
Compañero de viaje.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
39, viernes 27 de septiembre
de 2013

El sacramento no es «un rito mágico», sino el instrumento que Dios ha elegido para seguir caminando junto al hombre como compañero de viaje en la vida, para hacer la historia junto al hombre, esperándole si

es necesario. Y ante esta humildad de Dios se debe tener el valor de dejarle escribir la historia, que de este modo se hace «segura». La certeza de la continua presencia divina en las vicisitudes humanas estuvo en el centro de la homilía que el Papa Francisco pronunció el 24 de septiembre.

El Pontífice repitió ante todo la invocación del salmo 121 proclamado durante la liturgia: «¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor!». Y «esto lo hemos hecho —explicó— porque la

primera lectura nos recuerda un momento de alegría del pueblo de Dios. Un momento muy bello»: aquél en el que «un rey pagano ayuda al pueblo de Dios a volver a su tierra a reconstruir el templo». La referencia es a un pasaje del libro de Esdras (6, 7-8.12.14-20)

«En la historia del pueblo de Dios —prosiguió el Papa Francisco— hay momentos bellos como éste, que dan tanta alegría, y también hay momentos malos, de dolor, de martirio, de pecado. Tanto en

los momentos malos como en los momentos bellos, una cosa siempre es la misma: el Señor está ahí. Jamás abandona a su pueblo, porque el Señor aquel día del pecado, del primer pecado, tomó una decisión, hizo una elección: hacer historia con su pueblo».

«El Dios que no tiene historia porque es eterno —añadió— quiso hacer historia, caminar cerca de su pueblo. Pero más aún: hacerse uno de nosotros y como uno de nosotros caminar con nosotros en Jesús. Y esto nos habla, nos dice de la

humildad de Dios». Quien «es tan grande» y poderoso precisamente en su humildad. Él «ha querido caminar con su pueblo. Y cuando su pueblo se alejaba de Él con el pecado, con la idolatría, muchas cosas que vemos en la Biblia, Él estaba ahí».

Una actitud de humildad que reconocemos también en Jesús, explicó el Pontífice: «Caminar con el pueblo, caminar con los pecadores, también caminar con los soberbios: cuánto hizo el Señor para ayudar a estos corazones soberbios de los

fariseos. Quería caminar.
Humildad. Dios siempre espera,
Dios está junto a nosotros. Dios
camina con nosotros. Es
humilde. Nos espera siempre.
Jesús siempre nos espera. Esta
es la humildad de Dios».

Así —continuó el Papa— «la
Iglesia canta con alegría esta
humildad de Dios que nos
acompaña como hemos hecho
con el Salmo»: «¡Qué alegría
cuando me dijeron: Vamos a la
casa del Señor!»; «iremos con
alegría, pues Él nos acompaña,
Él con nosotros».

«El Señor Jesús —subrayó

después— también en nuestra vida personal nos acompaña con los sacramentos. El sacramento no es un rito mágico, es un encuentro con Jesucristo»: en él «encontramos al Señor. Es Él junto a nosotros y nos acompaña: compañero de camino». Y «también el Espíritu Santo nos acompaña y nos enseña todo lo que nosotros no sabemos en el corazón. Nos recuerda todo lo que Jesús nos ha enseñado y nos hace sentir la belleza del buen camino. Y así Dios: Padre, Hijo y Espíritu

Santo son compañeros de camino. Se hacen historia con nosotros».

«La Iglesia —dijo también el Papa Francisco— celebra esto con mucha alegría también en la Eucaristía». Y recordó «esa bella plegaria eucarística, que hoy rezaremos, en la que se canta el amor tan grande de Dios que ha querido ser humilde, que ha querido ser compañero de camino de todos nosotros, que ha querido también Él hacerse historia con nosotros». Y si Él —concluyó— «ha entrado en nuestra

historia, entremos nosotros también un poco en su historia o al menos pidámosle la gracia de dejarnos escribir la historia por Él. Que Él nos escriba nuestra historia. Es segura».

25 de septiembre de 2013. La oración por la paz en Oriente Medios.

Miércoles.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 39, viernes 27 de septiembre de 2013

La vergüenza ante Dios, la oración para implorar la misericordia divina y la plena confianza en el Señor. Son estos los puntos fundamentales de la reflexión propuesta por el

Papa Francisco en la misa que, el 25 de septiembre por la mañana, celebró en la capilla de Santa Marta con los cardenales Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales, y Béchara Boutros Raï, patriarca de Antioquía de los Maronitas, junto a un grupo de obispos maronitas llegados de Líbano, Siria, Tierra Santa y otros países de cada continente. Al comentar las lecturas de la liturgia (*Esdras* 9, 5-9; *Lucas* 9, 1-6), el Santo Padre dijo que, en particular, el pasaje del libro

de Esdras le hacía pensar en los obispos maronitas y, como es habitual, resumió su pensamiento en torno a tres conceptos. Ante todo la actitud de vergüenza y confusión de Esdras ante Dios, hasta el punto de no poder levantar la mirada hacia Él. Vergüenza y confusión de todos nosotros por los pecados cometidos, que nos han llevado a la esclavitud pues hemos servido a ídolos que no son Dios.

La oración es el segundo concepto. Siguiendo el ejemplo de Esdras, que, de rodillas, alza

las manos hacia Dios implorando misericordia, así debemos hacer nosotros por nuestros innumerables pecados. Una oración que, observó el Papa, hay que elevar por la paz en Líbano, en Siria y en todo Oriente Medio. Es la oración siempre y en toda situación, precisó, el camino que debemos recorrer para afrontar los momentos difíciles, como las pruebas más dramáticas y la oscuridad que a veces nos envuelve en situaciones imprevisibles. Para hallar la vía de salida de todo

ello, como subrayó el Pontífice, hay que orar incesantemente. Finalmente, confianza absoluta en Dios que jamás nos abandona. Es el tercer concepto propuesto por el Santo Padre. Estemos seguros, dijo, de que el Señor está con nosotros y, por lo tanto, nuestro caminar debe hacerse perseverante gracias a la esperanza que infunde fortaleza. La palabra de los pastores será tranquilizadora para los fieles: el Señor no nos abandonará jamás.

Después de la comunión, el

cardenal Béchara Boutros Raï dirigió al Santo Padre un agradecimiento y un saludo muy cordial en nombre de los obispos participantes, de todos los maronitas y de todo Líbano, confirmando su fidelidad a Pedro y a su sucesor «que nos sostiene en nuestro camino frecuentemente espinoso». En particular dio las gracias al Papa por el fuerte impulso que ha dado a la búsqueda de la paz: «Su oración y exhortación por la paz en Siria y en Oriente Medio ha sembrado esperanza y consuelo».

26 de septiembre de 2013.

Para conocer a Jesús.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
39, viernes 27 de septiembre
de 2013

Para conocer verdaderamente a
Jesús hay que hablar con Él,
dialogar con Él mientras le
seguimos en el camino. El Papa
Francisco centró en el
conocimiento de Jesús la
homilía del jueves 26.

El Pontífice se remitió al pasaje del Evangelio de Lucas (9, 7-9) en el que Herodes se interroga sobre quién es ese Jesús de quien tanto se oye hablar. La persona de Jesús, recordó el Papa, suscitó a menudo preguntas del tipo: «¿Quién es éste? ¿De dónde viene?»

Pensemos en Nazaret, por ejemplo, en la sinagoga de Nazaret, cuando se marchó la primera vez: ¿pero dónde ha aprendido estas cosas?

Nosotros le conocemos bien: es el hijo del carpintero.

Pensemos en Pedro y en los

apóstoles después de aquella tempestad, ese viento que Jesús hizo callar. ¿Pero quién es éste a quien obedecen el cielo y la tierra, el viento, la lluvia, la tempestad? ¿Pero quién es?».

Preguntas, explicó el Papa, que se pueden hacer por curiosidad o para tener seguridades sobre el modo de comportarse ante Él. Persiste en cualquier caso el hecho de que cualquiera que conozca a Jesús se hace estas preguntas. Es más, «algunos — prosiguió el Santo Padre, volviendo al episodio

evangélico— empezaron a sentir temor de este hombre, porque les puede llevar a un conflicto político con los romanos»; y así que piensan en no tener más en consideración «a este hombre que crea tantos problemas». ¿Y por qué —se interrogó el Pontífice— Jesús crea problemas? «No se puede conocer a Jesús —fue su respuesta— sin tener problemas». Paradójicamente —siguió— «si quieres tener un problema, vas por el camino que te lleva a conocer a Jesús»

y entonces surgirán muchos problemas. En cualquier caso a Jesús no se le puede conocer «en primera clase» o «en la tranquilidad», menos aún «en la biblioteca». A Jesús se le conoce sólo en el camino cotidiano de la vida.

Y se le puede conocer «también en el catecismo —afirmó—. ¡Es verdad! El catecismo nos enseña muchas cosas sobre Jesús y debemos estudiarlo, debemos aprenderlo. Así aprendemos que el Hijo de Dios vino para salvarnos y comprendemos por la belleza

de la historia de la salvación el amor del Padre». En cualquier caso, incluso el conocimiento de Jesús a través del catecismo «no es suficiente»: conocerle con la mente ya es un paso adelante, pero «a Jesús es necesario conocerle en el diálogo con Él. Hablando con Él, en la oración, de rodillas. Si tú no rezas, si tu no hablas con Jesús —expresó—, no le conoces».

Hay finalmente un tercer camino para conocer a Jesús: «Es el seguimiento, andar con Él, caminar con Él, recorrer sus

vías». Y mientras se camina con Él, se conoce «a Jesús con el lenguaje de la acción. Si tú conoces a Jesús con estos tres lenguajes: de la mente, del corazón, de la acción, entonces puedes decir que conoces a Jesús». Llevar a cabo este tipo de conocimiento comporta la implicación personal. «No se puede conocer a Jesús — recalcó el Pontífice— sin involucrarse con Él, sin apostar la vida por Él». Así que, para conocerle, verdaderamente es necesario leer «lo que la Iglesia te dice de Él, hablar con Él en

la oración y andar por su camino con Él». Este es el camino y «cada uno —concluyó— debe hacer su elección».

*27 de septiembre de 2013. **Por el camino de Jesús.***

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 40, viernes 4 de octubre de 2013

La elección es «ser cristianos del bienestar» o «cristianos que siguen a Jesús». Los cristianos del bienestar son los que piensan que tienen todo si tienen la Iglesia, los sacramentos, los santos... Los

otros son los cristianos que siguen a Jesús hasta el fondo, hasta la humillación de la cruz, y soportan serenamente esta humillación. Es, en síntesis, la reflexión propuesta por el Papa Francisco en la mañana del 27 de septiembre, en la homilía de la misa celebrada en la capilla de Santa Marta.

El Santo Padre enlazó con lo que había dicho la víspera respecto a los diversos modos para conocer a Jesús: «Con la inteligencia —recordó hoy—, con el catecismo, con la oración y en el seguimiento». Y aludió

a la pregunta que está en el origen de esta búsqueda del conocer a Jesús: «¿Pero quién es éste?». En cambio hoy «es Jesús quien hace la pregunta », así como es relatado por Lucas en el pasaje del Evangelio del día (9, 18-22). La de Jesús, como observó el Pontífice, es una pregunta que de ser general —«¿Quién dice la gente que soy yo?»— se transforma en una pregunta dirigida particularmente a personas específicas, en este caso a los apóstoles: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Esta

pregunta —prosiguió— «se dirige también a nosotros en este momento en el que el Señor está entre nosotros, en esta celebración, en su Palabra, en la Eucaristía sobre el altar, en su sacrificio. Y hoy a cada uno de nosotros pregunta: ¿pero para ti quién soy yo? ¿El dueño de esta empresa? ¿Un buen profeta? ¿Un buen maestro? ¿Uno que te hace bien al corazón? ¿Uno que camina contigo en la vida, que te ayuda a ir adelante, a ser un poco bueno? Sí, es todo verdad, pero no acaba ahí», porque «ha

sido el Espíritu Santo el que toca el corazón de Pedro y le hace decir quién era Jesús: Eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo ». Quién de nosotros — siguió explicando el Pontífice— «en su oración mirando el sagrario dice al Señor: tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo», debe saber dos cosas. La primera es que «no puede decirlo solo: debe ser el Espíritu Santo quien lo diga en él». La segunda es que debe prepararse «porque Él te responderá».

El Santo Padre se detuvo

entonces a describir las diversas actitudes que un cristiano puede asumir: quien le siga hasta cierto punto, quien sin embargo le siga hasta el fondo. El peligro que se corre —advirtió— es el de ceder «a la tentación del bienestar espiritual», o sea, de pensar que tenemos todo: la Iglesia, Jesucristo, los sacramentos, la Virgen, y por lo tanto no debemos buscar ya nada. Si pensamos así «somos buenos, todos, porque al menos debemos pensar esto; si pensamos lo contrario es

pecado». Pero esto «no basta. El bienestar espiritual —apuntó el Papa— es hasta cierto punto». Lo que falta para ser cristiano de verdad es «la unción de la cruz, la unción de la humillación. Él se humilló hasta la muerte, y una muerte de cruz. Éste es el punto de comparación, la verificación de nuestra realidad cristiana. ¿Soy un cristiano de cultura del bienestar o soy un cristiano que acompaña al Señor hasta la cruz?». Para entender si somos los que acompañan a Jesús hasta la cruz la señal

adecuada «es la capacidad de soportar las humillaciones. El cristiano que no está de acuerdo con este programa del Señor es un cristiano a medio camino: un tibio. Es bueno, hace cosas buenas», pero sigue sin soportar las humillaciones y preguntándose: «¿por qué a éste sí y a mí no? La humillación yo no. ¿Y por qué sucede esto y a mí no? ¿Y por qué a éste le hacen monseñor y a mí no?».

«Pensemos en Santiago y Juan —continuó— cuando pedían al Señor el favor de las

honorificencias. No sabéis, no entendéis nada, les dice el Señor. La elección es clara: el Hijo del hombre debe sufrir mucho, ser rechazado por los ancianos, por los sumos sacerdotes y por los escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día».

«¿Y todos nosotros? Queremos que se realice el final de este párrafo. Todos queremos resucitar al tercer día. Es bueno, es bueno, debemos querer esto». Pero no todos — dijo el Papa— para alcanzar el objetivo están dispuestos a

seguir este camino, el camino de Jesús: consideran que es un escándalo si se les hace algo que piensan que es un error, y se lamentan de ello. Así que la señal para entender «si un cristiano es un cristiano de verdad» es «su capacidad de llevar con alegría y con paciencia las humillaciones». Esto es «algo que no gusta», subrayó finalmente el Papa Francisco; y, sin embargo, «hay muchos cristianos que, contemplando al Señor, piden humillaciones para asemejarse más a Él».

*28 de septiembre de 2013. **El temor a la Cruz.***

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 40, viernes 4 de octubre de 2013

La cruz da miedo. Pero seguir a Jesús significa inevitablemente aceptar la cruz que se presenta a cada cristiano. Y a la Virgen —que sabe, por haberlo vivido, cómo se está junto a la cruz— debemos pedirle la gracia de no

huir de la cruz, incluso si tenemos miedo. Es la reflexión propuesta por el Papa Francisco el sábado 28 de septiembre. Comentando el texto litúrgico de Lucas (9, 43-45), el Santo Padre recordó que en el tiempo del relato del evangelista «Jesús estaba ocupado en muchas actividades y todos estaban admirados por todas las cosas que hacía. Era el líder de ese momento. Toda Judea, Galilea y Samaría hablaba de Él. Y Jesús, tal vez en el momento en el que los discípulos se alegraban de ello,

les dijo: Fijaos bien en la mente estas palabras: el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres». En el momento del triunfo, hizo notar el Papa, Jesús anuncia en cierto modo su Pasión. Los discípulos, sin embargo, estaban tan absorbidos por el clima de fiesta «que no comprendieron estas palabras; seguían siendo para ellos tan misteriosas que no captaban el sentido». Y, prosiguió, «no pidieron explicaciones. El Evangelio dice: tenían miedo de interrogarle sobre esto».

Mejor no hablar de ello. Mejor «no comprender la verdad».

Tenían miedo a la cruz.

En verdad, también Jesús le tenía miedo; pero «Él —explicó el Pontífice— no podía engañarse. Él sabía. Y era tanto el miedo que esa tarde del jueves sudó sangre». Incluso le pidió a Dios: «Padre aleja de mí este cáliz»; pero, agregó, «que se cumpla tu voluntad. Y esta es la diferencia. La cruz nos da miedo».

Esto es también lo que sucede cuando nos comprometemos en el testimonio del Evangelio, en

el seguimiento de Jesús.
«Estamos todos contentos»,
hizo notar el Papa, pero no nos
preguntamos más, no hablamos
de la cruz. Sin embargo,
continuó, como existe la «regla
que el discípulo no es más que
el maestro» —una regla,
precisó, que se respeta— existe
también la regla por la que «no
hay redención sin
derramamiento de sangre». Y
«no hay trabajo apostólico
fecundo sin la cruz». Cada uno
de nosotros, explicó, «puede tal
vez pensar: ¿a mí qué me
sucederá? ¿Cómo será mi cruz?

No lo sabemos, pero estará y debemos pedir la gracia de no huir de la cruz cuando llegue. Ciertamente, nos da miedo, pero el seguimiento de Jesús acaba precisamente allí. Me vienen a la mente las palabras de Jesús a Pedro en aquella coronación pontificia: «¿Me amas? Apacienta.... ¿Me amas? Apacienta... ¿Me amas? Apacienta ». (cf. *Juan* 21, 15-19). Y «las últimas palabras eran las mismas: te llevarán allí donde tú no quieres ir. Era el anuncio de la cruz». Es precisamente por esto —dijo

como conclusión el Santo Padre, volviendo al pasaje evangélico de la liturgia — que «los discípulos tenían miedo a interrogarle. Muy cerca de Jesús, en la cruz, estaba su madre. Tal vez hoy, el día en el que la invocamos, será bueno pedirle la gracia de que no se nos quite el temor, porque eso debe estar presente. Pidámosle la gracia de no huir de la cruz. Ella estaba allí y sabe cómo se debe estar cerca de la cruz».

*30 de septiembre de 2013. **El aire de la Iglesia.***

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 40, viernes 4 de octubre de 2013

Paz y alegría: «éste es el aire de la Iglesia». Comentando las lecturas de la misa celebrada en la mañana del lunes 30 de septiembre, el Papa Francisco se detuvo en la atmósfera que se respira cuando la Iglesia

sabe percibir la presencia constante del Señor. Una atmósfera de paz, precisamente, donde reina la alegría del Señor.

Los episodios de referencia proceden del libro de Zacarías (8, 1-8) —con la profecía de las calles de Jerusalén que se llenarán de ancianos apoyados en el bastón, para manifestar el valor de su longevidad, junto a jóvenes que juegan felices, para mostrar la alegría del pueblo de Dios— y del pasaje del Evangelio de Lucas (9, 46-50) que narra la disputa

surgida entre los apóstoles sobre quién era el más grande entre ellos.

En los dos pasajes el Pontífice ve una especie de discusión, o mejor, un intercambio de opiniones sobre la organización de la Iglesia. Pero —recordó— «al Señor le gusta sorprender» y así «desplaza el centro de la discusión»: toma a un niño a su lado y dice: «El que acoge a este niño en mi nombre, me acoge a mí. El más pequeño de vosotros es el más importante». Y los discípulos no entendían.

«En la primera lectura — especificó el Papa— hemos oído la promesa de Dios a su pueblo: Voy a volver a Sión, habitaré en Jerusalén.

Lamarán a Jerusalén Ciudad fiel. El Señor volverá». Pero «¿cuáles son los signos de que el Señor ha vuelto? ¿Una bonita organización? ¿Un gobierno que va adelante limpio y perfecto? », se preguntó. Para responder el Santo Padre volvió a proponer la imagen de la calle de Jerusalén llena de ancianos, de niños.

Así que «los que dejamos aparte cuando pensamos en un programa de organización — comentó— serán el signo de la presencia de Dios: los ancianos y los niños. Los ancianos porque llevan consigo su sabiduría, la sabiduría de su vida, la sabiduría de la tradición, la sabiduría de la historia, la sabiduría de la ley de Dios; y los niños porque son también la fuerza, el futuro, los que llevarán adelante con su fuerza y con su vida el futuro». El futuro de un pueblo — recalcó el Papa Francisco—

«está precisamente ahí y ahí, en los ancianos y en los niños. Y un pueblo que no se ocupa de sus ancianos y de sus niños no tiene futuro, porque no tendrá memoria ni tendrá promesa. Los ancianos y los niños son el futuro de un pueblo».

Lamentablemente es una triste costumbre —añadió— dejar de lado a los niños «con un caramelo o con un juego». Igual que lo es no dejar hablar a los ancianos y «prescindir de sus consejos». Sin embargo, Jesús recomienda prestar máxima atención a los niños,

no escandalizarles; igual que recuerda que «el único mandamiento que lleva consigo una bendición es precisamente el cuarto, el de los padres, los ancianos: honrar».

Los discípulos querían naturalmente «que la Iglesia fuera adelante sin problemas. Pero esto —advirtió el Pontífice— puede convertirse en una tentación para la Iglesia: la Iglesia del funcionalismo, la Iglesia de la buena organización. Todo en su lugar». Pero no es así, porque sería una Iglesia «sin memoria y sin

promesa », y esto ciertamente «no puede funcionar».

«El profeta —prosiguió el Santo Padre — nos habla de la vitalidad de la Iglesia. No nos dice en cambio: yo estaré con vosotros y todas las semanas tendréis un documento para pensar; cada mes haremos una reunión para planificar». Todo ello, como añadió el Papa, es necesario, pero no es el signo de la presencia de Dios. Cuál es este signo, lo dice el Señor: «De nuevo se sentarán ancianos y ancianas en las calles de Jerusalén, todos con

su bastón, pues su vida será muy larga. Y sus calles estarán llenas de niños y niñas jugando».

«El juego —concluyó el Obispo de Roma— nos hace pensar en la alegría. Es la alegría del Señor. Y estos ancianos sentados con el bastón en su mano nos hacen pensar en la paz. Paz y alegría. Este es el aire de la Iglesia»

Octubre 2013

1 de octubre de 2013. **La humildad es la fuerza del Evangelio.**

3 de octubre de 2013. **La alegría de la memoria cristiana.**

7 de octubre de 2013. **En fuga de Dios.**

8 de octubre de 2013. **Quien elige la mejor parte.**

10 de octubre de 2013. **La valentía de la oración.**

11 de octubre de 2013. **Cómo se vence al demonio.**

14 de octubre de 2013. **El síndrome de Jonás.**

15 de octubre de 2013. **Amor a Dios y al prójimo para vencer los pecados de la idolatría y de la hipocresía.**

17 de octubre de 2013.

Discípulos de Cristo y no de la ideología.

18 de octubre de 2013. **El ocaso del apóstol.**

21 de octubre de 2013. **El dinero sirve pero la codicia mata.**

22 de octubre de 2013.

Inteligencia, corazón, contemplación.

24 de octubre de 2013. **La lógica del antes y del**

después.

25 de octubre de 2013.

Capaces de avergonzarse.

28 de octubre de 2013. Una

jornada particular.

29 de octubre de 2013. La

esperanza, esta

desconocida.

31 de octubre de 2013. Dos

imágenes y una pregunta.

1 de octubre de 2013. La humildad es la fuerza del Evangelio.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 40, viernes 4 de octubre de 2013

«Hoy, aquí en el Vaticano, empieza la reunión con los cardenales consultores que están concelebrando la misa: pidamos al Señor que nuestro trabajo de hoy nos haga a

todos más humildes, más mansos, más pacientes, más confiados en Dios. Para que así la Iglesia pueda dar un bello testimonio a la gente. Y viendo al pueblo de Dios, viendo a la Iglesia, sientan el deseo de venir con nosotros». Son las palabras del Papa Francisco al concluir la homilía de la misa celebrada con los miembros del Consejo de cardenales el martes 1 de octubre, por la mañana. Y en el día de la fiesta de santa Teresa del Niño Jesús, patrona de las misiones, el Papa recordó su testimonio de

fe y de humildad.

El Papa Francisco inició la homilía comentando el pasaje evangélico de Lucas (9, 51-56): «Jesús —dijo— reprocha a estos dos apóstoles», Santiago y Juan, porque «querían que bajara fuego del cielo sobre quienes no habían querido recibirle» en una aldea de samaritanos. Y «tal vez en su imagen estaba el arquetipo del fuego que bajó sobre Sodoma y Gomorra y destruyó todo». Los dos apóstoles, como explicó el Pontífice, «sentían que cerrar la puerta a Jesús era una gran

ofensa: estas personas debían ser castigadas». Pero «el Señor se giró y les reprochó: éste no es nuestro espíritu». De hecho —añadió el Papa— «el Señor va siempre adelante, nos hace conocer cómo es el camino del cristiano. No es, en este caso, un camino de venganza. El Espíritu cristiano es otra cosa, dice el Señor. Es el espíritu que Él nos hará ver en el momento más fuerte de su vida, en la pasión: espíritu de humildad, espíritu de mansedumbre». «Y hoy, en la festividad de santa Teresa del Niño Jesús —

prosiguió —, nos hará bien pensar en este espíritu de humildad, de ternura, de bondad. Este espíritu manso propio del Señor que lo quiere de todos nosotros. ¿Dónde está la fuerza que nos lleva a este espíritu? Precisamente en el amor, en la caridad, en la conciencia de que nosotros estamos en las manos del Padre. Como leíamos al inicio de la misa: el Señor nos lleva, nos hace ir adelante, está con nosotros, nos guía».

El libro del Deuteronomio — apuntó el Pontífice— «dice que

Dios nos guía como un padre guía a su niño: con ternura. Cuando se oye esto, no hay ganas de hacer que baje fuego del cielo. No; no las hay. Viene el otro espíritu»: el espíritu «de esa caridad que todo sufre, todo perdona, que no se engríe, que es humilde, que no se busca a sí misma».

El Santo Padre propuso en este punto la fuerza y la actualidad de la figura de santa Teresa del Niño Jesús: «La Iglesia sabia hizo a esta santa —humilde, pequeña, confiada en Dios, mansa— patrona de las

misiones. No se entiende esto. La fuerza del Evangelio está precisamente ahí, porque el Evangelio llega justamente al punto más alto en la humillación de Jesús. Humildad que se convierte en humillación. Y la fuerza del Evangelio está precisamente en la humildad. Humildad del niño que se deja guiar por el amor y por la ternura del Padre».

El Pontífice volvió entonces a la primera lectura de la celebración, tomada del libro de Zacarías (8, 20- 23). «En aquellos días, diez hombres de

lenguas distintas de entre las naciones se agarrarán al manto de un judío diciendo:

“Queremos ir con vosotros, pues hemos oído que Dios está con vosotros”». Y continuó: «La Iglesia, nos decía Benedicto XVI, crece por atracción, por testimonio. Y cuando la gente, los pueblos ven este testimonio de humildad, de mansedumbre, de apacibilidad, sienten la necesidad» de la que habla «el profeta Zacarías: “¡Queremos ir con vosotros!”. La gente siente esa necesidad ante el testimonio de la caridad. Es

esta caridad pública sin prepotencia, no suficiente, humilde, que adora y sirve. Es sencilla la caridad: adorar a Dios y servir a los demás. Este testimonio hace crecer a la Iglesia». Precisamente por esto —concluyó el Papa— santa Teresa del Niño Jesús, «tan humilde, pero tan confiada en Dios, fue nombrada patrona de las misiones, porque su ejemplo hace que la gente diga: queremos ir con vosotros».

3 de octubre de 2013. La alegría de la memoria cristiana.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 40, viernes 4 de octubre de 2013

Cuando el cristiano transforma la memoria de la historia de la salvación obrada por Jesús en simple recuerdo, pierde de vista el valor de uno de los principios fundamentales de la

fe cristiana: la memoria que se hace alegría. Y entonces vive la Eucaristía, o sea, la memoria que hace la Iglesia, como si fuera un evento social que aburre. Así se expresó el Papa Francisco comentando la primera lectura de la misa que celebró el 3 de octubre.

En la lectura, tomada del libro de Nehemías (8, 1-4, 5-6, 7-12), se describe el episodio del hallazgo del libro de la Ley que se había extraviado y que Esdras lee ante el pueblo de Dios. El cual —notó el Pontífice— «por esto estaba conmovido

y lloraba. Lloraba de alegría, lloraba de amor», porque aquel libro perdido se había reencontrado. Ello significa que «el pueblo de Dios tenía la memoria de la Ley», explicó el Papa. Pero «era una memoria lejana».

La lectura del libro hace que vuelva la memoria al pueblo. Y así, mientras Esdras leía y los levitas explicaban las palabras de la ley, «el pueblo decía: amén, amén». El suyo era un llanto «de alegría —precisó el Santo Padre—, no de dolor. De alegría, porque tenían la

experiencia de la cercanía de la memoria, de la memoria de salvación. Y esto es importante no solamente en los grandes momentos históricos, sino también en los momentos de nuestra vida».

Todos tenemos la memoria de la salvación, aseguró el Papa. Pero —se preguntó— «¿esta memoria es cercana a nosotros? ¿O es una memoria un poco lejana, un poco difusa, un poco arcaica, un poco de museo?». Cuando la memoria no es cercana, cuando no hacemos ya experiencia de la

memoria, poco a poco se transforma en «un simple recuerdo. Por ello Moisés decía al pueblo: cada año id al templo, cada año presentad los frutos de la tierra, pero cada año recordad de dónde habéis salido, cómo habéis sido salvados». Sentir cercana la memoria de nuestra salvación enciende en nosotros la alegría. «Y ésta es la alegría del pueblo —especificó el Obispo de Roma—. Es un principio de la vida cristiana. Los levitas calmaban a todo el pueblo que lloraba de emoción y repetían: no os

entristezcáis, no os
entristezcáis, porque la alegría,
lo que vosotros sentís ahora, es
la alegría del Señor y es
vuestra fuerza».

Cuando la memoria se acerca
—repitió el Pontífice— «hace
dos cosas: caldea el corazón y
nos da alegría». En cambio «la
memoria domesticada, que se
aleja y se convierte en un
simple recuerdo, no caldea el
corazón, no nos da alegría y no
nos da fuerza». El encuentro
con la memoria «es un evento
de salvación, un encuentro con
el amor de Dios que ha hecho

la historia con nosotros y nos ha salvado. Es tan bello ser salvado que hay que hacer fiesta». Por lo demás, «cuando Dios viene, se acerca, siempre hay fiesta», añadió.

Con todo, muchas veces «los cristianos tenemos miedo de la fiesta» y a menudo la vida nos lleva a alejarnos de nuestra memoria; «nos lleva sólo a mantener el recuerdo de la salvación, no la memoria que es viva. La Iglesia —subrayó el Papa Francisco — hace su memoria, la que realizaremos ahora, la memoria de la pasión

del Señor. El Señor mismo nos dijo: haced esto en memoria mía. Pero también a nosotros nos ocurre que alejamos esta memoria y la transformamos en un recuerdo, en un evento habitual. Cada semana vamos a la Iglesia, o si ha fallecido un conocido vamos al funeral. Y esta memoria muchas veces nos aburre, porque no es cercana. Es triste: la misa muchas veces se transforma en un evento social».

Ello significa que no somos cercanos a la memoria de la Iglesia, que es la presencia del

Señor ante nosotros.

«Imaginemos —prosiguió el Pontífice— esta bella escena del libro de Nehemías: Esdras que lleva el libro de la memoria de Israel y el pueblo que se acerca a su memoria y llora. El corazón está caldeado, está alegre, siente que la alegría del Señor es su fuerza y hace fiesta, sin miedo, sencillamente».

«Pidamos al Señor —concluyó el Santo Padre— la gracia de tener siempre su memoria cerca de nosotros. Una memoria cercana y no

domesticada por la costumbre,
por tantas cosas, y alejada
como un sencillo recuerdo».

7 de octubre de 2013. En fuga de Dios.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 41, viernes 11 de octubre de 2013

Para oír la voz de Dios en la propia vida hay que tener un corazón abierto a las sorpresas. De otro modo el riesgo es ponerse «en fuga de Dios», alegando tal vez hasta una buena excusa. Y así puede

ocurrir que precisamente los cristianos tengan la tentación de huir de Dios y las personas «lejanas» consigan en cambio escucharle. Lo dijo el Papa Francisco, quien, al celebrar la misa el lunes 7 de octubre, por la mañana, en Santa Marta, sugirió un camino seguro: dejemos escribir nuestra historia por Dios.

El Obispo de Roma, en la homilía, tomó como paradigma la historia de Jonás, comentando la primera lectura (1, 1 - 2, 1.11): él «tenía toda su vida bien organizada: servía

al Señor, tal vez oraba mucho. Era un profeta, era bueno, hacía el bien». Como «no quería que se le molestara, con el método de vida que había elegido, en el momento en que oyó la palabra de Dios empezó a huir. Y huía de Dios». Así, cuando «el Señor le envía a Nínive, él toma la nave rumbo a España. Huía del Señor». A fin de cuentas —explicó el Pontífice—, Jonás se había escrito la propia historia: «Yo quiero ser así, así, así, según los mandamientos». No quería ser molestado. He aquí la razón

de su «fuga de Dios». Una fuga que, como alertó el Papa, puede vernos como protagonistas también a nosotros hoy. «Se puede huir de Dios —afirmó— siendo cristiano, siendo católico», incluso «siendo sacerdote, obispo, Papa. Todos podemos huir de Dios. Es una tentación cotidiana: no escuchar a Dios, no escuchar su voz, no oír en el corazón su propuesta, su invitación».

Y si «se puede huir directamente» —prosiguió— «hay otras maneras de huir de

Dios un poco más educadas, un poco más sofisticadas». La referencia es al pasaje evangélico de Lucas (10, 25-37) que cuenta de «este hombre, medio muerto, arrojado en el suelo de la vía. Por casualidad un sacerdote bajaba por la misma calle. Un digno sacerdote, con sotana: bien, buenísimo. Vio y miró: Llego tarde a misa, y continuó su camino. No había oído la voz de Dios, ahí». Se trata — explicó el Papa— de «una manera distinta de huir: no como Jonás, que huía

claramente. Después pasó un levita, vio y tal vez pensó: Pero si yo lo tomo o si me acerco, tal vez está muerto, y mañana tendré que ir al juez y dar testimonio. Y siguió su camino. Huía de esta voz de Dios en aquel hombre».

En cambio es «curioso» que quien tiene «la capacidad de entender la voz de Dios» sea «sólo» un hombre «que habitualmente huía de Dios, un pecador». En efecto —precisó el Pontífice—, «quien oye la voz de Dios y se acerca» al hombre necesitado de ayuda «es un

samaritano, un pecador» lejano de Dios. Un hombre —recalcó— que «no estaba acostumbrado a las prácticas religiosas, a la vida moral». Estaba teológicamente en el error «porque los samaritanos creían que a Dios se le debía adorar en otro sitio» y no en Jerusalén.

Pero justamente esta persona «entendió que Dios le llamaba; y no huyó». Se «hizo cercano» al hombre abandonado, vendándole «las heridas y derramándole aceite y vino. Después le cargó en la

cabalgadura. Pero cuánto tiempo perdido: le llevó a una posada y se ocupó de él. Perdió toda la tarde». Entretanto — observó el Obispo de Roma— «el sacerdote llegó a tiempo para la santa misa, y todos los fieles contentos. El levita tuvo el día después una jornada tranquila, según lo que él había pensado hacer», porque no tuvo que ir al juez.

«¿Y por qué —se preguntó el Papa— Jonás huyó de Dios? ¿Por qué el sacerdote huyó de Dios? ¿Por qué el levita huyó de Dios?». Porque —respondió

— «tenían el corazón cerrado. Cuando tienes el corazón cerrado no puedes oír la voz de Dios. En cambio un samaritano, que estaba de viaje, vio» a aquel hombre herido y «tuvo compasión. Tenía el corazón abierto, era humano». Y su humanidad le permitió acercarse a él.

«Jonás —explicó— tenía un proyecto de su vida: él quería escribir su historia, bien, según Dios. Pero él la escribía, el sacerdote lo mismo, el levita lo mismo. Un proyecto de trabajo. Este otro pecador», en cambio,

«se dejó escribir la vida por Dios. Cambió todo aquella tarde», porque el Señor le puso delante «a este pobre hombre, herido, tirado en la calle».

Yo me pregunto —continuó el Pontífice— «y os pregunto también a vosotros: ¿nos dejamos escribir nuestra vida por Dios o queremos escribirla nosotros? Y esto nos habla de la docilidad: ¿somos dóciles a la Palabra de Dios? Sí, yo quiero ser dócil. ¿Pero tienes tú capacidad de escucharla, de oírla? ¿Tienes capacidad de hallar la Palabra de Dios en la

historia de cada día o tus ideas son las que te rigen y no dejas que la sorpresa del Señor te hable?».

«Estoy seguro —concluyó el Papa Francisco— de que todos nosotros hoy, en este momento, decimos: pero este Jonás se la ha buscado y estos dos, el sacerdote y el levita, son egoístas. Es verdad: el samaritano, el pecador, ¡no huyó de Dios!». De aquí el deseo de que «el Señor nos conceda oír su voz que nos dice: Ve y haz tú lo mismo».

8 de octubre de 2013. *Quien elige la mejor parte.*

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 41, viernes 11 de octubre de 2013

Orar significa abrir la puerta al Señor a fin de que pueda hacer algo para reorganizar nuestras cosas. El sacerdote que hace su deber, pero no abre la puerta al Señor, se arriesga a convertirse sólo en un

«profesional». El Papa Francisco, en la misa que celebró el martes 8 de octubre, se detuvo en el valor de la oración: no la de «papagayo», sino la que se «hace con el corazón» que lleva a «mirar al Señor, a escuchar al Señor, a pedir al Señor».

La reflexión se desarrolló a partir de las lecturas de la liturgia, tomadas del libro de Jonás (3, 1-10) y del Evangelio de Lucas (10, 38-42). En particular, haciendo referencia al pasaje evangélico, el Pontífice propuso como modelo

a seguir la actitud de María, una de las dos mujeres que habían acogido a Jesús en su casa. María, en efecto, se detiene a escuchar y a contemplar al Señor, mientras que Marta, su hermana, continúa ocupándose de los quehaceres de la casa. «La palabra del Señor — expresó el Papa— es clara: María ha elegido la mejor parte, la de la oración, la de la contemplación de Jesús. A los ojos de su hermana era perder tiempo». María se detiene a mirar al Señor como una niña

maravillada, «en lugar de trabajar como hacía ella».

La actitud de María es la justa porque —explicó el Pontífice— ella «escuchaba al Señor y oraba con su corazón». He aquí qué «quiere decirnos el Señor. La primera tarea en la vida es ésta: la oración. Pero no la oración de las palabras como los papagayos, sino la oración del corazón», a través de la cual es posible «mirar al Señor, escuchar al Señor, pedir al Señor. Y nosotros sabemos que la oración hace milagros».

Lo mismo enseña el episodio

narrado en el libro de Jonás: un «testarudo», le definió el Santo Padre, porque «no quería hacer lo que el Señor le pedía». Sólo después de que el Señor le salvó del vientre de la ballena —recordó el Pontífice— Jonás se decidió: «Señor, haré lo que dices. Y fue por las calles de Nínive» anunciando su profecía: la ciudad sería destruida por Dios si los ciudadanos no mejoraban su modo de vivir. Jonás «era un profeta “profesional” —precisó el Obispo de Roma— y decía: en cuarenta días Nínive será

destruida. Lo decía seriamente, con fuerza. Y los ciudadanos de Nínive se atemorizaron y empezaron a orar con las palabras, con el corazón, con el cuerpo. La oración hizo el milagro».

También en este relato — afirmó el Papa Francisco— «se ve lo que Jesús le dice a Marta: María ha elegido la mejor parte. La oración hace milagros, ante los problemas» que hay en el mundo. Pero existen también aquellos a quienes el Papa definió «pesimistas». Estas personas

«dicen: nada se puede cambiar, la vida es así. Me hace pensar en una canción triste de mi tierra que dice: dejémoslo. Abajo en el horno nos encontraremos todos». Ciertamente es una visión un «poco pesimista de la vida» — apuntó— que nos lleva a preguntarnos: «¿Para qué orar? Déjalo, la vida es así. Vayamos adelante. Hagamos lo que podamos». Y esta actitud tuvo Marta —aclaró el Pontífice —, quien «hacía cosas, pero no oraba». Y después está el comportamiento de los otros,

como ese «testarudo Jonás». Estos son «los justicieros». Jonás «iba y profetizaba; pero en su corazón decía: se lo merecen, se lo merecen, se lo han buscado. Él profetizaba, pero no oraba, no pedía al Señor perdón por ellos, sólo les apaleaba». Estos —subrayó el Santo Padre— «se creen justos». Pero al final, como sucedió con Jonás, se revelan unos egoístas.

Jonás, por ejemplo —siguió el Papa—, cuando Dios salvó al pueblo de Nínive, «se disgustó con el Señor: pero tú siempre

eres así, ¡siempre perdonas!». Y «también nosotros —comentó—, cuando no oramos, lo que hacemos es cerrar la puerta al Señor» de forma que «Él no puede hacer nada. En cambio la oración ante un problema, una situación difícil, una calamidad, es abrir la puerta al Señor para que venga»: Él, de hecho, sabe «reorganizar las cosas».

En conclusión el Papa Francisco exhortó a pensar en María, la hermana de Marta, que «eligió la mejor parte y nos hace ver el camino, cómo se abre la puerta al Señor», al rey de

Nínive «que no era un santo», a todo el pueblo: «Hacían cosas feas. Pero cuando oraron, ayunaron y abrieron la puerta al Señor, el Señor hizo el milagro del perdón. Y pensemos en Jonás que no oraba, huía de Dios siempre. Profetizaba, era tal vez un buen “profesional”, podemos decir hoy un buen sacerdote que hacía sus tareas, pero jamás abría la puerta al Señor con la oración. Pidamos al Señor que nos ayude a elegir siempre la mejor parte».

10 de octubre de 2013. La valentía de la oración.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 41, viernes 11 de octubre de 2013

Nuestra oración debe ser valiente, no tibia, si queremos no sólo obtener las gracias necesarias, sino sobre todo, a través de ella, conocer al Señor. Si lo pedimos, será Él mismo quien nos done su

gracia. El Papa Francisco, el 10 de octubre, volvió a hablar de la fuerza y de la valentía de la oración.

A la necesidad de la oración con insistencia si es necesario, pero siempre dejándose involucrar por ella, se remite el pasaje litúrgico del Evangelio de Lucas (11, 5-13) «con esta parábola —explicó el Papa— del amigo que invade, el amigo inoportuno», que de noche cerrada va a pedir a otro amigo pan para dar de comer a un conocido que acaba de llegar a su casa y a quien no tenía nada

que ofrecer. «Con esta petición —observó— el amigo debe levantarse del lecho y darle el pan. Y Jesús en otra ocasión nos habla de esto: en la parábola de la viuda que iba al juez corrupto, quien no la oía, no quería oírla; pero ella era tan inoportuna, molestaba tanto, que al final, para alejarla de manera que no le causara demasiadas molestias, hizo justicia, lo que ella pedía. Esto nos hace pensar en nuestra oración. ¿Cómo oramos nosotros? ¿Oramos así por costumbre, piadosamente, pero

tranquilos, o nos ponemos con valentía ante el Señor para pedir la gracia, para pedir aquello por lo que rogamos?». La actitud es importante, porque «una oración que no sea valiente —afirmó el Pontífice— no es una verdadera oración». Cuando se reza se necesita «el valor de tener confianza en que el Señor nos escucha, el valor de llamar a la puerta. El Señor lo dice, porque quien pide recibe, y quien busca encuentra, y a quien llama se le abrirá». ¿Pero nuestra oración es así?,

se preguntó el Santo Padre. ¿O bien nos limitamos a decir: «Señor, tengo necesidad, dame la gracia»? En una palabra, «¿nos dejamos involucrar en la oración? ¿Sabemos llamar al corazón de Dios?». Para responder, el Obispo de Roma volvió al pasaje evangélico, al final del cual «Jesús nos dice: ¿qué padre entre vosotros si el hijo le pide un pez le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo le dará un escorpión? Si vosotros sois padres daréis el bien a los hijos. Y luego va adelante: si vosotros que sois

malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre del cielo... Y esperamos que prosiga diciendo: os dará cosas buenas a vosotros. En cambio no, no dice eso. Dará el Espíritu Santo a quienes lo pidan. Y esto es algo grande».

Por ello «cuando oramos valerosamente, el Señor no sólo nos da la gracia, sino que se nos da también Él mismo en la gracia». Porque «el Señor —explicó el Papa con una expresión incisiva— jamás da o envía una gracia por correo: la

trae Él, es Él la gracia».

«Hoy —dijo en conclusión—, en la oración colecta, hemos dicho al Señor que nos dé aquello que incluso la oración no se atreve a pedir. ¿Y qué es aquello que nosotros no nos atrevemos a pedir? ¡Él mismo! Nosotros pedimos una gracia, pero no nos atrevemos a decir: ven tú a traérmela. Sabemos que una gracia siempre es traída por Él: es Él quien viene y nos la da. No quedemos mal tomando la gracia y no reconociendo que quien la trae, quien nos la da, es el Señor».

11 de octubre de 2013. Cómo se vence al demonio.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 42, viernes 18 de octubre de 2013

«Por favor, no hagamos tratos con el demonio» y tomemos en serio los peligros que se derivan de su presencia en el mundo. Lo recomendó el Papa Francisco el viernes 11 de octubre por la mañana, en su

homilía en la misa en Santa Marta. «La presencia del demonio —recordó— está en la primera página de la Biblia y la Biblia acaba también con la presencia del demonio, con la victoria de Dios sobre el demonio». Pero éste —advirtió— vuelve siempre con sus tentaciones. Nos corresponde a nosotros «no ser ingenuos». El Pontífice comentó el episodio en el que Lucas (11, 15-26) cuenta de Jesús que expulsa a los demonios. El evangelista refiere también los comentarios de cuantos asisten perplejos y

acusan a Jesús de magia o, como mucho, le reconocen que es sólo un sanador de personas afectadas por epilepsia.

También hoy —observó el Papa— «hay sacerdotes que cuando leen este pasaje y otros pasajes del Evangelio, dicen: Jesús curó a una persona de una enfermedad psíquica».

Ciertamente «es verdad que en aquel tiempo se podía confundir la epilepsia con la posesión del demonio —reconoció—, pero también es verdad que estaba el demonio. Y nosotros no tenemos derecho a hacer el

asunto tan sencillo»,
liquidándolo como si se tratara
de enfermos psíquicos y no de
endemoniados.

Volviendo al Evangelio, el Papa
observó que Jesús nos ofrece
algunos criterios para entender
esta presencia y reaccionar.

«¿Cómo ir por nuestro camino
cristiano cuando existen las
tentaciones? ¿Cuándo entra el
diablo para turbarnos?», se
preguntó. El primero de los
criterios sugeridos por el pasaje
evangélico «es que no se puede
obtener la victoria de Jesús
sobre el mal, sobre el diablo, a

medias». Para explicarlo, el Santo Padre citó las palabras de Jesús referidas por Lucas: «El que no está conmigo, está contra mí; el que no recoge conmigo, desparrama». Y refiriéndose a la acción de Jesús respecto a los poseídos por el diablo, dijo que se trata sólo de una pequeña parte «de lo que vino a hacer por toda la humanidad»: destruir la obra del diablo para liberarnos de su esclavitud.

No se puede seguir creyendo que sea una exageración: «O estás con Jesús o estás contra

Jesús. Y sobre este punto no hay matices. Hay una lucha, una lucha en la que está en juego la salvación eterna de todos nosotros». Y no hay alternativas, aunque a veces oigamos «algunas propuestas pastorales» que parecen más acomodadoras. «¡No! O estás con Jesús —repitió el Obispo de Roma— o estás en contra. Esto es así. Y éste es uno de los criterios».

Último criterio es el de la vigilancia. «Debemos siempre velar, velar contra el engaño, contra la seducción del

maligno», exhortó el Pontífice. Y volvió a citar el Evangelio: «Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. Y nosotros podemos hacernos la pregunta: ¿yo vigilo sobre mí? ¿Sobre mi corazón? ¿Sobre mis sentimientos? ¿Sobre mis pensamientos? ¿Custodio el tesoro de la gracia? ¿Custodio la presencia del Espíritu Santo en mí?». Si no se custodia —añadió, citando otra vez el Evangelio—, «llega otro que es más fuerte y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y

reparte su botín».

Son estos, por lo tanto, los criterios para responder a los desafíos planteados por la presencia del diablo en el mundo: la certeza de que «Jesús lucha contra el diablo»; «quien no está con Jesús está contra Jesús»; y «la vigilancia». Hay que tener presente —dijo también el Papa— que «el demonio es astuto: jamás es expulsado para siempre, sólo lo será el último día». Porque cuando «el espíritu inmundo sale del hombre —recordó, citando el

Evangelio—, da vueltas por lugares áridos, buscando un sitio para descansar, y al no encontrarlo dice: volveré a mi casa de donde salí. Al volver se la encuentra barrida y arreglada. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él y se mete a vivir allí. Y el final de aquel hombre resulta peor que el principio».

He aquí por qué es necesario velar. «Su estrategia es ésta — advirtió el Papa Francisco—: tú te has hecho cristiano, vas adelante con tu fe, y yo te dejo, te dejo tranquilo. Pero

después, cuando te has acostumbrado y no estás muy alerta y te sientes seguro, yo vuelvo. El Evangelio de hoy comienza con el demonio expulsado y acaba con el demonio que vuelve. San Pedro lo decía: es como un león feroz que ronda a nuestro alrededor». Y esto no son mentiras: «es la Palabra del Señor».

«Pidamos al Señor —fue su oración conclusiva— la gracia de tomar en serio estas cosas. Él ha venido a luchar por nuestra salvación, Él ha

vencido al demonio».

*14 de octubre de 2013. **El síndrome de Jonás.***

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 42, viernes 18 de octubre de 2013

Hay una grave enfermedad que amenaza hoy a los cristianos: el «síndrome de Jonás», aquello que hace sentirse perfectos y limpios como recién salidos de la tintorería, al contrario de aquellos a quienes

juzgamos pecadores y por lo tanto condenados a arreglárselas solos, sin nuestra ayuda. Jesús en cambio recuerda que para salvarnos es necesario seguir el «signo de Jonás», o sea, la misericordia del Señor. Es éste en sustancia el sentido de la reflexión que propuso el Papa Francisco durante la misa celebrada el lunes 14 de octubre.

Comentando las lecturas de la liturgia, tomadas de la carta de san Pablo a los Romanos (1, 1-7) y del Evangelio de Lucas (11, 29-32), el Pontífice inició

precisamente por aquella «palabra fuerte» con la que Jesús se dirige a un grupo de personas llamándolas «generación perversa». Es «una palabra —observó— que casi parece un insulto: esta generación es una generación perversa. ¡Es muy fuerte! Jesús, tan bueno, tan humilde, tan manso, pero dice esta palabra». Sin embargo, como explicó el Pontífice, Él no se refería ciertamente a la gente que le seguía; se refería más bien a los doctores de la ley, a los que buscaban ponerle a

prueba, hacerle caer en una trampa. Era toda gente que le pedía signos, pruebas. Y Jesús responde que el único signo que se les dará será «el signo de Jonás».

¿Pero cuál es el signo de Jonás?

«La semana pasada —recordó el Papa— la liturgia nos ha hecho reflexionar sobre Jonás. Y ahora Jesús promete el signo de Jonás». Antes de explicar este signo, el Papa Francisco invitó a reflexionar sobre otro detalle que se deduce de la narración evangélica: «el síndrome de Jonás», lo que el

profeta tenía en su corazón. Él «no quería ir a Nínive y huyó a España», dijo el Santo Padre. Pensaba que tenía las ideas claras: «la doctrina es ésta, se debe creer esto. Si ellos son pecadores, que se las arreglen; iyo no tengo que ver! Este es el síndrome de Jonás». Y «Jesús lo condena. Por ejemplo, en el capítulo vigésimo tercero de san Mateo los que creen en este síndrome son llamados hipócritas. No quieren la salvación de esa pobre gente. Dios dice a Jonás: pobre gente, no distinguen la

derecha de la izquierda, son ignorantes, pecadores. Pero Jonás continúa insistiendo: ¡ellos quieren justicia! Yo observo todos los mandamientos; ellos que se las arreglen».

He aquí el síndrome de Jonás, «que golpea a quienes no tienen el celo por la conversión de la gente, buscan una santidad —me permito la palabra— una santidad de tintorería, o sea, toda bella, bien hecha, pero sin el celo que nos lleva a predicar al Señor». El Papa recordó que el Señor

«ante esta generación, enferma del síndrome de Jonás, promete el signo de Jonás». Y añadió:

«En la otra versión, la de Mateo, se dice: pero Jonás estuvo en la ballena tres noches y tres días... La referencia es a Jesús en el sepulcro, a su muerte y a su resurrección. Y éste es el signo que Jesús promete: contra la hipocresía, contra esta actitud de religiosidad perfecta, contra esta actitud de un grupo de fariseos».

Para aclarar más el concepto, el Obispo de Roma se refirió a

otra parábola del Evangelio «que representa bien lo que Jesús quiere decir. Es la parábola del fariseo y del publicano que oran en el templo (*Lucas 14, 10-14*). El fariseo está tan seguro ante el altar que dice: te doy gracias Dios porque no soy como todos estos de Nínive ni siquiera como ese que está allí. Y ese que estaba allí era el publicano, que decía sólo: Señor ten piedad de mí que soy pecador». El signo que Jesús promete «es su perdón —precisó el Papa Francisco— a través de su

muerte y de su resurrección. El signo que Jesús promete es su misericordia, la que ya pedía Dios desde hace tiempo: misericordia quiero, y no sacrificios». Así que «el verdadero signo de Jonás es aquél que nos da la confianza de estar salvados por la sangre de Cristo. Hay muchos cristianos que piensan que están salvados sólo por lo que hacen, por sus obras. Las obras son necesarias, pero son una consecuencia, una respuesta a ese amor misericordioso que nos salva». Las obras solas, sin

este amor misericordioso, no son suficientes.

Por lo tanto «el síndrome de Jonás afecta a quienes tienen confianza sólo en su justicia personal, en sus obras». Y cuando Jesús dice «esta generación perversa», se refiere «a todos aquellos que tienen en sí el síndrome de Jonás». Pero hay más: «El síndrome de Jonás —afirmó el Papa— nos lleva a la hipocresía, a esa suficiencia que creemos alcanzar porque somos cristianos limpios, perfectos, porque realizamos

estas obras, observamos los mandamientos, todo. Una grave enfermedad, el síndrome de Jonás». Mientras que «el signo de Jonás» es «la misericordia de Dios en Jesucristo muerto y resucitado por nosotros, por nuestra salvación».

«Hay dos palabras en la primera lectura —añadió— que se relacionan con esto. Pablo dice de sí mismo que es apóstol, no porque haya estudiado, sino que es apóstol por llamada. Y a los cristianos dice: vosotros sois llamados por

Jesucristo. El signo de Jonás nos llama». Que la liturgia del día, concluyó el Pontífice, nos ayude a comprender y a hacer una elección: «¿Queremos seguir el síndrome de Jonás o el signo de Jonás?».

15 de octubre de 2013. Amor a Dios y al prójimo para vencer los pecados de la idolatría y de la hipocresía.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 42, viernes 18 de octubre de 2013

Hipocresía e idolatría «son pecados grandes» que tienen orígenes históricos, pero que todavía hoy se repiten con frecuencia, también entre los

cristianos. Superarlos «es muy difícil»: para hacerlo «necesitamos de la gracia de Dios». Es la reflexión sugerida por el Papa Francisco de las lecturas de la misa que celebró el 15 de octubre.

«El Señor —recordó— nos ha dicho que el primer mandamiento es adorar a Dios, amar a Dios. El segundo es amar al prójimo como a uno mismo. La liturgia hoy nos habla de dos vicios contra estos mandamientos», que en realidad es uno solo: amar a Dios y al prójimo. Y los vicios

de los que se habla efectivamente «son pecados grandes: la idolatría y la hipocresía». El apóstol Pablo — observó el Pontífice— no ahorra palabras para describir la idolatría. Es «fugoso», «fuerte» y dice: «la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad, porque la idolatría es una impiedad, es una falta de *pietas*. Es una falta de ese sentido de adorar a Dios que todos nosotros tenemos dentro. Y la ira de Dios se revela contra toda impiedad, contra los hombres que sofocan la verdad

en la injusticia». Ellos sofocan la verdad de la fe, de aquella fe «que nos es dada en Jesucristo, en la cual se revela la justicia de Dios». Es —prosiguió el Papa— como un camino de fe en fe «como decía a menudo Juan: gracia sobre gracia, de fe en fe. El camino de la fe». Pero todos nosotros «tenemos necesidad de adorar, porque tenemos la huella de Dios dentro de nosotros» y «cuando no adoramos a Dios, adoramos a las criaturas» y éste es «el paso de la fe a la idolatría». Los idólatras «no tienen ningún

motivo de excusa. Aun habiendo conocido a Dios — subrayó el Obispo de Roma— no le han glorificado, ni le han dado gracias como Dios». ¿Pero cuál es el camino de los idólatras? Lo dice muy claramente san Pablo a los romanos. Es un camino que lleva a extraviarse: «se han perdido en sus vanos razonamientos y su mente obtusa se ha entenebrecido». A esto conduce «el egoísmo del propio pensamiento, el pensamiento omnipotente» que dice que «lo que yo pienso es

verdad, yo pienso la verdad, yo hago la verdad con mi pensamiento». Y precisamente mientras se declaraban sabios, los hombres de los que habla san Pablo «se hicieron necios. Y cambiaron la gloria de Dios incorruptible con una imagen y una figura de hombre corruptible, de pájaros, de cuadrúpedos, de reptiles». Se podría pensar —advirtió el Papa— que se trata de actitudes del pasado: «hoy ninguno de nosotros va por las calles adorando estatuas». Pero no es así, porque «también hoy

—dijo— hay muchos ídolos y también hoy hay muchos idólatras. Muchos que se creen sabios, también entre nosotros, entre los cristianos». Y añadió inmediatamente: «No hablo de quienes no son cristianos; les respeto. Pero entre nosotros hablamos en familia». Muchos cristianos, de hecho, «se creen sabios, saben todo», pero al final «se hacen necios y cambian la gloria de Dios, incorruptible, con una imagen: el propio yo», con las propias ideas, con la propia comodidad. Y no es algo de otros tiempos

porque «también hoy — evidenció el Pontífice— por las calles existen ídolos».

Pero hay más —añadió—: «todos nosotros tenemos dentro algún ídolo oculto. Y podemos preguntarnos ante Dios cuál es mi ídolo oculto, el que ocupa el lugar del Señor. Un escritor francés, muy religioso, se enfadaba fácilmente. Era su defecto, se enfadaba fácilmente y a menudo. Decía: quien no reza a Dios, reza al diablo. Si tú no adoras a Dios, adoras a un ídolo, ¡siempre!».

La necesidad

del hombre de adorar a Dios, que nace del hecho de llevar impresa dentro de nosotros su «huella», es tal «que si no existe el Dios viviente, estarán estos ídolos». Y concluyendo, de modo casi provocador, el Papa pidió a todos que hicieran un examen de conciencia con la pregunta: «¿cuál es mi ídolo?». El otro pecado «contra el primer mandamiento del que habla la liturgia de hoy es la hipocresía», prosiguió el Santo Padre. El punto de partida para esta ulterior reflexión lo ofreció el relato de Lucas que habla de

«aquel hombre que invita a Jesús a comer y se escandaliza porque no se lava las manos» y piensa que Jesús es un «injusto» porque «no realiza lo que debe cumplirse». Y así «como Pablo no ahorra palabras contra los idólatras — notó el Santo Padre—, así Jesús no ahorra palabras contra los hipócritas: vosotros fariseos limpiáis el exterior del vaso y del plato, pero vuestro interior está lleno de avidez y maldad. ¡Es clarísimo! Sois ávidos y malos, necios». Usa «la misma palabra que Pablo dice de los

idólatras: se han hecho necios, necios. ¿Y qué consejo da Jesús? Dad más bien en limosna lo que está dentro del plato y he aquí que para vosotros todo será más puro». Jesús aconseja por lo tanto «no mirar las apariencias», sino ir al corazón de la verdad: «el plato es el plato, pero es más importante lo que está dentro del plato: el alimento. Pero si tú eres un vanidoso, si tú eres un carrierista, si tú eres un ambicioso, si tú eres una persona que siempre se vanagloria de sí misma o a

quien gusta jactarse, porque te crees perfecto, da un poco de limosna y ella curará tu hipocresía».

«He aquí el camino del Señor —concluyó el Papa—: adorar a Dios, amar a Dios por encima de todo, y amar al prójimo. Es muy sencillo, pero muy difícil. Se puede hacer sólo con la gracia. Pidamos la gracia».

17 de octubre de 2013.

Discípulos de Cristo y no de la ideología.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 42, viernes 18 de octubre de 2013

«Cuando un cristiano se convierte en discípulo de la ideología, ha perdido la fe y ya no es discípulo de Jesús». Y el único antídoto contra tal peligro es la oración. Este es el

mensaje que el Papa Francisco tomó de la liturgia de la Palabra de la misa celebrada el jueves 17 de octubre por la mañana en Santa Marta.

El Pontífice centró su homilía en el pasaje evangélico de Lucas (11, 47-54) que relata la advertencia de Jesús a los doctores de la ley —«Ay de vosotros, que os habéis apoderado de la llave de la ciencia; vosotros no habéis entrado y a los que intentaban entrar se lo habéis impedido»—, asociando a ello la imagen de «una iglesia

cerrada» en la que «la gente que pasa delante no puede entrar» y de donde «el Señor que está dentro no puede salir». De aquí la referencia a esos «cristianos que tienen en su mano la llave y se la llevan, no abren la puerta»; o peor, «se detienen en la puerta» y «no dejan entrar».

¿Pero cuál es la causa de todo ello? El Santo Padre la identificó en la «falta de testimonio cristiano», que se presenta aún más grave si el cristiano en cuestión «es un sacerdote, un obispo, un Papa».

Por lo demás, Jesús es muy claro cuando dice: «Id, salid hasta los confines del mundo. Enseñad lo que yo he enseñado. Bautizad, id a las encrucijadas de los caminos y traed a todos dentro, buenos y malos. Así dice Jesús. ¡Todos dentro!».

En el cristiano que asume «esta actitud de "llave en el bolsillo y puerta cerrada"» existe, según el Pontífice, «todo un proceso espiritual y mental» que lleva a que la fe pase «por un alambique» transformándola en «ideología». Pero «la ideología

—advirtió— no convoca. En las ideologías no está Jesús. Jesús es ternura, amor, mansedumbre, y las ideologías, de cualquier sentido, son siempre rígidas». Se corre el riesgo de hacer al cristiano «discípulo de esta actitud de pensamiento» antes que «discípulo de Jesús».

Por ello sigue siendo actual el reproche de Cristo: «Vosotros os habéis llevado la llave del conocimiento», pues «el conocimiento de Jesús se ha transformado en un conocimiento ideológico y

también moralista», según el mismo comportamiento de los doctores de la ley que «cerraban la puerta con tantas prescripciones». El Papa recordó al respecto otra advertencia de Cristo — contenida en el capítulo 23 del Evangelio de Mateo— contra escribas y fariseos que «lían fardos pesados y se los cargan a la gente en los hombros». Es precisamente a causa de estas actitudes que se desencadena un proceso por el que «la fe se convierte en ideología y la ideología espanta! La ideología

expulsa a la gente y aleja a la Iglesia de la gente».

El Papa Francisco definió «una enfermedad grave ésta de los cristianos ideólogos»; pero se dijo también consciente de que se trata de «una enfermedad no nueva». Ya había hablado de ello el apóstol Juan en su primera carta, describiendo a «los cristianos que pierden la fe y prefieren las ideologías»: su «actitud es hacerse rígidos, moralistas, "eticistas", pero sin bondad».

Entonces es necesario preguntarse qué provoca «en el

corazón de ese cristiano, de ese sacerdote, de ese obispo, o de ese Papa» una actitud así. Para el Papa Francisco la respuesta es sencilla: «Ese cristiano no reza. Y si no hay oración», se cierra la puerta.

Así que «la llave que abre la puerta a la fe es la oración». Porque «cuando un cristiano no ora, su testimonio es soberbio». Y él mismo es «un soberbio, es un orgulloso, es uno seguro de sí, no es humilde. Busca la propia promoción. En cambio, cuando un cristiano ora, no se aleja de

la fe: habla con Jesús».

El Santo Padre puntualizó al respecto que el verbo «orar» no significa «decir oraciones», porque también los doctores de la ley «decían muchas oraciones», pero sólo «para hacerse ver». En efecto, «una cosa es orar y otra es decir oraciones». En este último caso se abandona la fe, transformándola precisamente «en ideología moralista» y «sin Jesús».

Quienes oran como los doctores de la ley —apuntó el Pontífice— reaccionan de igual modo

«cuando un profeta o un buen cristiano les reprocha», utilizando el mismo método que se usó contra Jesús: «Al salir de allí los escribas y los fariseos empezaron a acosarlo implacablemente —dijo, repitiendo las palabras del pasaje evangélico— y a tirarle de la lengua con muchas preguntas capciosas, tendiéndole trampas para cazarle con alguna palabra de su boca». Porque —comentó— «estos ideólogos son hostiles e insidiosos. ¡No son transparentes! Y, pobrecitos,

ison gente ensuciada por la
soberbia!».

De ahí la invitación conclusiva
a pedir al Señor la gracia de no
dejar nunca «de orar para no
perder la fe» y de «permanecer
humildes» a fin de no
transformarse en personas
cerradas «que cierran el
camino al Señor».

***18 de octubre de 2013. El
ocaso del apóstol.***

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
43, viernes 25 de octubre de
2013

Una peregrinación singular es la que indicó el Papa Francisco durante la misa celebrada el viernes 18 de octubre por la mañana en Santa Marta. Es la visita a las residencias donde se hospedan sacerdotes y

religiosas ya ancianos. Se trata de auténticos «santuarios de apostolicidad y de santidad — dijo el Obispo de Roma— que tenemos en la Iglesia», por lo tanto adonde vale la pena ir como «en peregrinación». Esta indicación fue el punto de llegada de una reflexión que partió de la comparación entre las lecturas de la liturgia del día: el pasaje del Evangelio de Lucas (10, 1-9) —en el que se relata «el inicio de la vida apostólica», cuando los discípulos fueron llamados y eran «jóvenes, fuertes y

alegres»— y el pasaje de la segunda carta de san Pablo a Timoteo (4, 10-17) en el que el apóstol, ya cercano al «ocaso de su existencia», profundiza sobre el «final de la vida apostólica». De esta comparación se entiende — explicó el Papa— que todo «apóstol tiene un inicio alegre, entusiasta, con Dios dentro; pero no se le ahorra el ocaso». Y —confió— «a mí me hace bien pensar en el ocaso del apóstol».

Por lo tanto dirigió el pensamiento a «tres

imágenes»: Moisés, Juan el Bautista y Pablo. Moisés es «ese jefe del pueblo de Dios, valiente, que luchaba contra los enemigos y luchaba también con Dios para salvar al pueblo. Es fuerte, pero al final se encuentra solo en el monte Nebo mirando la tierra prometida», en la que en cambio no puede entrar. En cuanto a Juan Bautista, tampoco a él «en los últimos tiempos se le ahorran angustias». Se pregunta si se ha equivocado, si ha tomado el verdadero camino, y a sus

amigos les pide que vayan a preguntar a Jesús: «¿Eres tú o debemos esperar todavía?».

Está atormentado por la angustia; hasta el punto de que «el hombre más grande nacido de mujer», como le definió Cristo mismo, acaba «bajo el poder de un gobernante débil, ebrio y corrupto, sometido al poder de la envidia de una adúltera y del capricho de una bailarina».

Finalmente está Pablo, quien confía a Timoteo toda su amargura. Para describir su sufrimiento, el Obispo de Roma

usó la expresión: «no está en el séptimo cielo». Y propuso las palabras del apóstol: «Hijo mío, Demas me ha abandonado, enamorado de este mundo presente; Crescente se marchó a Galacia; Tito a Dalmacia; Lucas es el único que está conmigo. Toma a Marcos y tráelo contigo, pues me es útil para el ministerio. El manto que dejé, tráelo cuando vengas, y también los libros y los pergaminos. Alejandro, el herrero, se ha portado muy mal conmigo. Guárdate de él también tú, porque se opuso

vehementemente a nuestras palabras». El Papa prosiguió recordando el relato que Pablo hace del proceso: «En mi primera defensa, nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron. Mas el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas para que, a través de mí, se proclamara plenamente el mensaje». Una imagen que, según el Pontífice, contiene en sí el «ocaso» de todo apóstol: «solo, abandonado, traicionado»; asistido sólo por el Señor que «no abandona, no traiciona», porque «Él es fiel,

no puede renegar de sí mismo».

La grandeza del apóstol — subrayó el Papa— está por lo tanto en hacer con la vida lo que Juan el Bautista decía: «es necesario que Él crezca y yo disminuya». En efecto, el apóstol es aquél «que da la vida para que el Señor crezca. Y al final está el ocaso». Fue así también para Pedro — observó el Papa Francisco—, a quien Jesús predijo: «Cuando seas viejo, te llevarán adonde tú no quieres ir».

La meditación sobre las fases

finales de la vida de estos personajes sugirió así al Santo Padre «el recuerdo de esos santuarios de apostolicidad y de santidad que son las residencias de los sacerdotes y de las religiosas». Estructuras que acogen —añadió— «a buenos sacerdotes y buenas religiosas, envejecidos, con el peso de la soledad, que esperan que venga el Señor a llamar a la puerta de sus corazones». Lamentablemente —comentó el Papa— tendemos a olvidar estos santuarios: «no son sitios bellos, porque uno ve qué nos

espera». Pero al contrario, «si miramos más en lo profundo, son bellísimos», por la riqueza de humanidad que hay dentro. Visitarles, por lo tanto, significa hacer «verdaderas peregrinaciones hacia estos santuarios de santidad y de apostolicidad», en la misma medida de las peregrinaciones que se hacen a los santuarios marianos o a aquellos dedicados a los santos.

«Pero me pregunto —añadió el Papa—, ¿nosotros, cristianos, tenemos deseo de hacer una visita —ique será una

verdadera peregrinación!— a estos santuarios de santidad y de apostolicidad que son las residencias de los sacerdotes y de las religiosas? Uno de vosotros me decía, hace días, que cuando iba a un país de misión, acudía al cementerio y veía todas las tumbas de los ancianos misioneros, sacerdotes y religiosas, allí desde hace 50, 100, 200 años, desconocidos. Y me decía: “Pero todos estos pueden ser canonizados, porque al final cuenta sólo esta santidad cotidiana, esta santidad de

todos los días"».

En las residencias «estas religiosas y estos sacerdotes — dijo el Papa— esperan al Señor un poco como Pablo: un poco tristes, realmente, pero también con una cierta paz, con el rostro alegre».

Precisamente por esto hace «bien a todos pensar en esta etapa de la vida que es el ocaso del apóstol» Y, concluyendo, pidió rogar al Señor que custodie a los sacerdotes y a las religiosas que se hallan en la fase final de su existencia, a fin de que puedan repetir al

menos otra vez: «sí, Señor,
quiero seguirte».

21 de octubre de 2013. El dinero sirve pero la codicia mata.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 43, viernes 25 de octubre de 2013

El dinero sirve para realizar muchas obras buenas, para hacer progresar a la humanidad, pero cuando se transforma en la única razón de vida, destruye al hombre y

sus vínculos con el mundo exterior. Es ésta la enseñanza que el Papa Francisco sacó del pasaje litúrgico del Evangelio de Lucas (12, 13-21) durante la misa celebrada el lunes 21 de octubre.

Al inicio de su homilía el Santo Padre recordó la figura del hombre que pide a Jesús que intime a su propio hermano para que reparta con él la herencia. Para el Pontífice, de hecho, el Señor nos habla a través de este personaje «de nuestra relación con las riquezas y con el dinero». Un

tema que no es sólo de hace dos mil años, sino que se representa todavía hoy, todos los días. «Cuántas familias destruidas —comentó— hemos visto por problemas de dinero: ihermano contra hermano; padre contra hijos!». Porque la primera consecuencia del apego al dinero es la destrucción del individuo y de quien le está cerca. «Cuando una persona está apegada al dinero —explicó el Obispo de Roma— se destruye a sí misma, destruye a la familia».

Cierto, el dinero no hay que

demonizarlo en sentido absoluto. «El dinero —precisó el Papa Francisco— sirve para llevar adelante muchas cosas buenas, muchos trabajos, para desarrollar la humanidad». Lo que hay que condenar, en cambio, es su uso distorsionado. Al respecto el Pontífice repitió las mismas palabras pronunciadas por Jesús en la parábola del «hombre rico» contenida en el Evangelio: «El que atesora para sí, no es rico ante Dios». De aquí la advertencia: «Guardaos de toda clase de

codicia». Es ésta en efecto «la que hace daño en relación con el dinero»; es la tensión constante a tener cada vez más que «lleva a la idolatría» del dinero y acaba con destruir «la relación con los demás».

Porque la codicia hace enfermar al hombre, conduciéndole al interior de un círculo vicioso en el que cada pensamiento está «en función del dinero».

Por lo demás, la característica más peligrosa de la codicia es precisamente la de ser «un instrumento de idolatría;

porque va por el camino contrario» del trazado por Dios para los hombres. Y al respecto el Santo Padre citó a san Pablo, quien recuerda «que Jesucristo, que era rico, se hizo pobre para enriquecernos a nosotros». Así que hay un «camino de Dios», el «de la humildad, abajarse para servir», y un recorrido que va en la dirección opuesta, adonde conduce la codicia y la idolatría: «Tú que eres un pobre hombre, te haces dios por la vanidad».

Por este motivo —añadió el Pontífice— «Jesús dice cosas

tan duras y fuertes contra el apego al dinero»: por ejemplo, cuando recuerda «que no se puede servir a dos señores: o a Dios o al dinero»; o cuando exhorta «a no preocuparnos, porque el Señor sabe de qué tenemos necesidad»; o también cuando «nos lleva al abandono confiado hacia el Padre, que hace florecer los lirios del campo y da de comer a los pájaros del cielo».

La actitud en clara antítesis a esta confianza en la misericordia divina es precisamente la del

protagonista de la parábola evangélica, quien no conseguía pensar en otra cosa más que en la abundancia del trigo recogido en los campos y en los bienes acumulados. Interrogándose sobre qué hacer con ello — explicó el Papa Francisco—, «podía decir: daré esto a otro para ayudarlo». En cambio «la codicia le llevó a decir: construiré otros graneros y los llenaré. Cada vez más». Un comportamiento que, según el Papa, ceta la ambición de alcanzar una especie de divinidad, «casi una divinidad

idolátrica», como testimonian los pensamientos mismos del hombre: «Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente». Pero es precisamente entonces cuando Dios le reconduce a su realidad de criatura, poniéndole en guardia con la frase: «Necio, esta noche te van a reclamar el alma». Porque —observó el Obispo de Roma— «este camino contrario al camino de Dios es una necedad, lleva lejos de la vida. Destruye toda fraternidad humana». Mientras

que el Señor nos muestra el verdadero camino. Que «no es el camino de la pobreza por la pobreza»; al contrario, «es el camino de la pobreza como instrumento, para que Dios sea Dios, para que Él sea el único Señor, no el ídolo de oro». En efecto, «todos los bienes que tenemos, el Señor nos los da para hacer marchar adelante el mundo, para que vaya adelante la humanidad, para ayudar a los demás».

De ahí el deseo de que «permanezca hoy en nuestro corazón la palabra del Señor»,

con su invitación a mantenerse lejos de la codicia, porque, «aunque uno esté en la abundancia, su vida no depende de lo que posee».

22 de octubre de 2013.
***Inteligencia, corazón,
contemplación.***

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
43, viernes 25 de octubre de
2013

Dios no nos ha salvado por decreto o por ley; nos ha salvado con su vida. Este es un misterio para cuya comprensión la inteligencia sola no basta; es más, intentar explicarlo sólo

con el uso de la inteligencia significa arriesgarse a la locura. Para entenderlo —explicó el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada el 22 de octubre— se necesita otra cosa. Naturalmente se trata de algo que no es fácil aferrar ni explicar. «El pasaje de la carta a los Romanos que hemos escuchado en la primera lectura —dijo el Pontífice citando algunos versículos del capítulo 5 de la epístola (12.15.17-19.20-21)— no sé si es uno de los más difíciles. Se ve que al pobre Pablo le cuesta

proclamar esto, hacerlo entender». Con todo, él nos ayuda a acercarnos a la verdad. Y al respecto, el Santo Padre indicó tres palabras que pueden facilitar nuestra comprensión: contemplación, cercanía y abundancia.

Ante todo la contemplación. Indudablemente —observó el Papa— se trata de un misterio extraordinario, tanto que «la Iglesia, cuando quiere decirnos algo sobre este misterio, usa sólo una palabra: admirablemente. Dice: Oh Dios, tú que admirablemente has

creado el mundo y más admirablemente lo has recreado...». Pablo quiere hacernos entender precisamente esto: para comprender es necesario ponerse de rodillas, orar y contemplar. «La contemplación es inteligencia, corazón, rodilla, oración»; y poner todo esto junto —precisó el Obispo de Roma— significa entrar en el misterio. Por lo tanto, lo que san Pablo dice a propósito de la salvación y de la redención obrada por Jesús «se entiende sólo de rodillas, en la

contemplación; no únicamente con la inteligencia», porque «cuando la inteligencia quiere explicar un misterio enloquece siempre. Así ha sucedido en la historia de la Iglesia».

La segunda palabra a la que aludió el Papa es «cercanía». Un concepto —notó— que en el pasaje se repite a menudo: «Un hombre ha cometido el pecado, otro hombre nos ha salvado. Es el Dios cercano. Este misterio nos muestra a Dios cercano a nosotros, a nuestra historia; desde el primer momento, cuando eligió

a nuestro padre Abrahán, ha caminado con su pueblo, y ha enviado a su hijo a realizar esta obra».

Una obra que Jesús realiza como un artesano, como un obrero. «A mí —confió el Pontífice— la imagen que me viene a la mente es la del enfermero o la enfermera, que en un hospital cura las heridas una a una, pero con sus manos. Dios se mezcla en nuestras miserias, se acerca a nuestras heridas y las cura con sus manos; y para tener manos se hizo hombre. Es un trabajo de

Jesús, personal: un hombre cometió el pecado, un hombre viene a curarle». Porque «Dios no nos salva sólo mediante un decreto, con una ley; nos salva con ternura, nos salva con caricias, nos salva con su vida por nosotros».

La tercera palabra es «abundancia». En la carta de Pablo se repite varias veces: «Pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia». Que el pecado abunde en el mundo y dentro del corazón de cada uno, es evidente: «Cada uno de nosotros sabe sus miserias, las

conoce bien. Y abundan. Pero el desafío de Dios es vencer el pecado, curar las heridas como hizo con Jesús». Más aún:

«Hacer el regalo sobreabundante de su amor y de su gracia».

Así se entiende también la «preferencia de Jesús por los pecadores. Le acusaban de ir siempre con los publicanos, con los pecadores. Ir a comer con los publicanos era un escándalo, porque en el corazón de esta gente abundaba el pecado. Pero Él iba donde ellos con aquella

sobreabundancia de gracia y de amor». Y la gracia de Dios — explicó el Papa— «vence siempre porque es Él mismo quien se dona, quien se acerca, quien nos acaricia, quien nos cura».

Cierto —subrayó el Pontífice—, hay alguno a quien no le gusta oír decir que los pecadores son más cercanos al corazón de Jesús, que «Él va a buscarles, llama a todos: venid, venid... Y cuando le piden una explicación, Él dice: pero los que tienen buena salud no necesitan del médico; yo he

venido para curar, para salvar en abundancia».

Algunos santos —recordó el Santo Padre en conclusión— «dicen que uno de los pecados más feos es la desconfianza, desconfiar de Dios. ¿Pero cómo podemos desconfiar de un Dios tan cercano, tan bueno, que prefiere nuestro corazón pecador? Y así es este misterio: no es fácil entenderlo, no se comprende bien, no se puede entender sólo con la inteligencia. Tal vez nos ayudarán estas tres palabras: contemplación, contemplar este

misterio; cercanía, este misterio escondido en los siglos del Dios cercano, que se acerca a nosotros; y abundancia, un Dios que siempre vence con la sobreabundancia de su gracia, con su ternura, o —como hemos leído en la oración colecta— con su riqueza de misericordia».

***24 de octubre de 2013. La
lógica del antes y del
después.***

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
43, viernes 25 de octubre de
2013

Hay que entrar en la «lógica del antes y del después» para no convertirse en «cristianos tibios» o «al agua de rosas», si no incluso hipócritas. Con esta eficaz expresión el Papa

Francisco, durante la misa celebrada el jueves 24 de octubre por la mañana en la capilla de Santa Marta, relanzó la actitud con la que los cristianos deben acercarse al misterio de la salvación obrada por Jesús.

La referencia inicial fue a la carta a los Romanos (6, 19-23), en la que san Pablo «busca hacernos entender ese misterio tan grande de nuestra redención, de nuestro perdón, del perdón de nuestros pecados en Cristo Jesús». El apóstol advierte que no es fácil

entender y sentir este misterio. Para ayudarnos a comprenderlo usa la que el Pontífice definió como «la lógica del antes y del después: antes de Jesús y después de Jesús», así como se resume en el canto al Evangelio de la liturgia del día (Filipenses 3, 8): «Lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en Él». Para san Pablo, por lo tanto, cuenta sólo Cristo. Él —afirmó el Papa— «sentía muy fuerte esto: la fe que nos hace justos, nos justifica ante el Padre».

Pablo abandonó al hombre «de antes». Y se ha convertido en el hombre «de después» cuyo objetivo es «ganar a Cristo». Prosiguiendo en el comentario de la carta, el Santo Padre observó cómo el apóstol indica «un camino para vivir según esta lógica del antes y del después». Un camino descrito en las palabras: «Lo mismo que antes ofrecisteis vuestros miembros a la impureza y a la maldad, para que obrasen la maldad, ofreced ahora vuestros miembros a la justicia, para vuestra santificación».

«Lo que ha hecho Cristo en nosotros —prosiguió el Papa— es una re-creación; la sangre de Cristo nos ha re-creado; es una segunda creación. Y si antes toda nuestra vida, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestras costumbres estaban en el camino del pecado, de la iniquidad, después de esta re-creación debemos hacer el esfuerzo de caminar por el camino de la justicia, de la santificación. Pablo utiliza esta palabra: la santidad. Todos nosotros hemos sido bautizados. En aquel momento

—éramos niños— nuestros padres, en nuestro nombre, pronunciaron el acto de fe: creo en Jesucristo que nos ha perdonado los pecados». Esta fe «debemos re-asumirla nosotros —exhortó el Pontífice — y llevarla adelante con nuestro modo de vivir. Y vivir como cristiano es llevar adelante esta fe en Cristo, esta re-creación. Llevar adelante las obras que nacen de esta fe. Lo importante es la fe, pero las obras son el fruto de esta fe: llevad adelante estas obras para la santificación. Esto es: la

primera santificación que ha hecho Cristo, la primera santificación que hemos recibido en el bautismo, debe crecer, debe ir adelante». En realidad —admitió el Santo Padre— «nosotros somos débiles y muchas veces cometemos pecados». ¿Esto significa que no estamos en el camino de la santificación? «Sí y no», respondió el Papa Francisco. Y explicó: «Si tú te acostumbras a una vida un poco así y dices: "Creo en Jesucristo, pero vivo como quiero"», entonces «esto no te

santifica, no funciona, es un contrasentido». Pero «si tú dices: “Yo sí, soy pecador; yo soy débil”», y «vas siempre al Señor y dices: “Señor, tú tienes la fuerza, dame la fe; tú puedes curarme”» a través del sacramento de la reconciliación, entonces «también nuestras imperfecciones se introducen en este camino de santificación».

Por lo tanto está siempre este antes y después: «Antes, el acto de fe. Antes de la aceptación de Jesucristo que

nos ha re-creado con su sangre estábamos en el camino de la injusticia; después, estamos en el camino de la santificación, pero debemos tomarla en serio». Ello significa, especificó el Pontífice, hacer «obras de justicia». Ante todo adorar a Dios; y después «hacer lo que Jesús nos aconseja: ayudar a los demás, dar de comer a los hambrientos, dar agua a los sedientos, visitar a los enfermos, visitar a los presos. Estas obras son las obras que Jesús hizo en su vida, obras de justicia, obras de re-creación.

Cuando nosotros damos de comer a un hambriento, recreamos en él la esperanza y así con los demás. Pero si nosotros aceptamos la fe y después no la vivimos, somos cristianos sólo, pero de memoria: sí, sí, he sido bautizado, ésta es la fe del bautismo; pero vivo como puedo».

Sin esta conciencia del antes y del después, «nuestro cristianismo no sirve a nadie». Es más, se vuelve «hipocresía: me digo cristiano, pero vivo como pagano. Algunas veces

decimos: cristianos a mitad de camino», que no consideran seriamente el hecho de ser «santificados por la sangre de Cristo». Y si no se toma en serio esta santificación, se pasa a ser como los que el Papa definió «cristianos tibios: sí, sí, no, no, no... Es un poco como decían nuestras mamás, cristianos al agua de rosas: un poco así, un poco de barniz cristiano, un poco de barniz de catequesis, pero dentro no existe una verdadera conversión, no existe esta convicción de Pablo: Lo perdí

todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en Él». Esta era la «pasión de Pablo», añadió el Obispo de Roma. Y ésta debe ser «la pasión de un cristiano: dejar todo lo que nos aleja de Cristo, el Señor; dejar todo lo que nos aleja del acto de fe en Él, del acto de fe en la re-creación por medio de su sangre. Y hacer todo nuevo. Todo es novedad en Cristo. Todo es nuevo». ¿Es un objetivo posible? «Sí», respondió el Pontífice, aclarando: «Pablo lo hizo.

Muchos cristianos lo hicieron y lo hacen. No sólo los santos, los que conocemos; también los santos anónimos, los que viven su cristianismo en serio. Tal vez la pregunta que hoy podemos hacernos es: "¿yo quiero vivir mi cristianismo en serio? ¿Creo que he sido recreado por la sangre de Cristo y quiero llevar adelante esta recreación hasta el día en que se vea la ciudad nueva, la creación nueva? ¿O estoy un poco a mitad de camino?"». «Pidamos a san Pablo, que nos habla hoy con esta lógica del

antes y del después —concluyó el Papa—, que nos dé la gracia de vivir como cristianos en serio, de creer verdaderamente que hemos sido santificados por la sangre de Jesucristo».

25 de octubre de 2013.

Capaces de avergonzarse.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
44, viernes 1 de noviembre de
2013

La gracia de la vergüenza es la que experimentamos cuando confesamos a Dios nuestro pecado y lo hacemos hablando «cara a cara» con el sacerdote, «nuestro hermano». Y no pensando en dirigirnos

directamente a Dios, como si fuera «confesarse por e-mail». Es con estas eficaces expresiones que el Papa Francisco llamó la atención sobre uno de los sacramentos fundamentales de la salvación humana, la confesión. Habló de ello la mañana del viernes 25 de octubre, durante la misa celebrada en la capilla de Santa Marta.

San Pablo, después de haber experimentado la sensación de sentirse liberado por la sangre de Cristo, por lo tanto «recreado», advierte que en él

hay algo todavía que le hace esclavo. Y en el pasaje de la carta a los Romanos (7, 18-25) propuesto por la liturgia el apóstol —recordó el Pontífice— se define «desgraciado». Por lo demás «Pablo ayer hablaba, anunciaba la salvación en Jesucristo por la fe», mientras que hoy «como hermano cuenta a sus hermanos de Roma la lucha que él tiene dentro de sí: “Sé que lo bueno no habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer está a mi alcance, pero hacer lo bueno, no. Pues no hago lo

bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo. Y si lo que no deseo es precisamente lo que hago, no soy yo el que lo realiza, sino el pecado que habita en mí". Se confiesa pecador. Nos dice: "Cristo nos ha salvado, somos libres. Pero yo soy un pobre hombre, yo soy un pecador, yo soy un esclavo"».

Se trata de la que el Papa llamó «la lucha de los cristianos», nuestra lucha de todos los días. «Cuando quiero hacer el bien —explicó el Pontífice— el mal está junto a

mí. En efecto, en lo íntimo consiento a la ley de Dios; pero en mis miembros veo otra ley, que combate contra la ley de mi razón y me hace esclavo». Y nosotros «no siempre tenemos la valentía de hablar como habla Pablo sobre esta lucha. Siempre buscamos una justificación: “Pero sí, somos todos pecadores”».

Es contra esta actitud que debemos luchar. Es más, «si nosotros no reconocemos esto —advirtió el Santo Padre— no podemos tener el perdón de Dios, porque si ser pecador es

una palabra, un modo de hablar, no tenemos necesidad del perdón de Dios. Pero si es una realidad que nos hace esclavos, necesitamos esta liberación interior del Señor, de aquella fuerza». Y Pablo indica la vía de salida: «Confiesa a la comunidad su pecado, su tendencia al pecado, no la esconde. Esta es la actitud que la Iglesia nos pide a todos nosotros, que Jesús pide a todos nosotros: confesar humildemente nuestros pecados».

La Iglesia en su sabiduría indica

a los creyentes el sacramento de la reconciliación. Y nosotros, exhortó el Papa, estamos llamados a hacer esto: «Vayamos al hermano, al hermano sacerdote, y hagamos esta confesión interior nuestra: la misma que hace Pablo: “Yo quiero el bien, desearía ser mejor, pero usted sabe, a veces tengo esta lucha, a veces tengo esto, esto y esto...”». Y así como «es tan concreta la salvación que nos lleva a Jesús, tan concreto es nuestro pecado».

El Pontífice se refirió después a

cuantos rechazan el coloquio con el sacerdote y sostienen confesarse directamente con Dios. Ciertó —comentó— «es fácil, es como confesarse por e-mail... Dios está allí, lejos; yo digo las cosas y no existe un cara a cara, no existe un encuentro a solas». Pablo en cambio «confiesa su debilidad a los hermanos cara a cara». Del Papa también un llamamiento a los que ante el sacerdote «se confiesan de muchas cosas etéreas, que no tienen ninguna concreción»: confesarse así «es lo mismo

que no hacerlo», precisó. Y añadió: «Confesar nuestros pecados no es ir a una sesión psiquiátrica ni tampoco ir a una sala de tortura. Es decir al Señor: “Señor, soy pecador”. Pero decirlo a través del hermano, para que este decir sea también concreto; “y soy pecador por esto, por esto y por esto...”».

El Pontífice confió que admira el modo en que se confiesan los niños: «Hoy hemos leído en el Aleluya —observó—: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has

escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños” (*Mateo* 11, 25). Los pequeños tienen una cierta sabiduría. Cuando un niño viene a confesarse, jamás dice algo general: “Padre, he hecho esto, he hecho esto a mi tía, he hecho esto a la otra, al otro le he dicho esta palabra” y dicen la palabra. Son concretos, tienen la sencillez de la verdad. Y nosotros tenemos siempre la tendencia a esconder la realidad de nuestras miserias». En cambio, si hay algo bello es

«cuando nosotros confesamos nuestros pecados como están en la presencia de Dios.

Siempre sentimos esa gracia de la vergüenza. Avergonzarse ante Dios es una gracia. Es una gracia: “Yo me avergüenzo”.

Pensemos en lo que dijo Pedro tras el milagro de Jesús en el lago: “Pero Señor, aléjate de mí, que soy un pecador”. Se avergüenza de su pecado ante la santidad de Jesucristo».

Ir a confesarse «es ir a un encuentro con el Señor que nos perdona, nos ama. Y nuestra vergüenza es lo que nosotros le

ofrecemos a Él: “Señor, soy pecador, pero mira, no soy tan malo, soy capaz de avergonzarme”». Por ello «pidamos —concluyó el Papa— esta gracia de vivir en la verdad sin esconder nada a Dios y sin esconder nada a nosotros mismos».

28 de octubre de 2013. Una jornada particular.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 44, viernes 1 de noviembre de 2013

Es bello orar el uno por el otro. Durante la misa celebrada el 28 de octubre, el Papa Francisco se detuvo en el valor de la oración hecha por el prójimo que está atravesando un momento de dificultad.

La reflexión del Pontífice inició con un comentario del pasaje evangélico de Lucas (6, 12-19) en el que se relata la elección de los doce apóstoles llevada a cabo por Jesús. Es una jornada «un poco especial —dijo— por la elección de los apóstoles». Una elección que tiene lugar sólo después de que Jesús orara al Padre «solo». Cuando Jesús, de hecho, ora al Padre, está solo con Él. Después se encuentra junto a sus discípulos y elige a doce a quienes llama apóstoles. Luego con ellos va entre la gente que

le esperaba para ser curada. Estos son los tres momentos que caracterizan la jornada: Jesús que pasa «una noche entera orando al Padre» en el monte; Jesús entre sus apóstoles; Jesús entre la gente. Y en estos tres momentos, explicó el Papa, la oración es el punto central: Jesús ora al Padre porque con Él «tenía intimidad»; le ruega «por la gente que acudía a encontrarle»; y le ruega también «por los apóstoles». Para ayudar a comprender mejor el sentido de la oración

de Jesús, el Obispo de Roma recordó también «aquel discurso bello tras la cena del Jueves santo, cuando ruega al Padre diciendo: Yo ruego por estos, los míos; pero además ruego por todos, también por aquellos que vendrán y que creerán».

La de Jesús «es una oración universal» pero es también «una oración personal». No por casualidad —recordó el Pontífice— «la noche de aquel mismo día mira a Pedro, que se hacía el valiente, y dice: Satanás os ha reclamado para

cribaros como trigo, pues yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague». Y después le exhorta: «Ora por cada uno al Padre». Y el Obispo de Roma añadió inmediatamente: «Yo querría que hoy todos mirásemos a Jesús que ora». Pero siendo cierto que Jesús en aquel tiempo oraba, ¿hoy reza todavía? —se preguntó el Papa—. «Pues sí, lo dice la Biblia», respondió. Y explicó: «Es el intercesor, aquel que ora», y ruega al Padre «con nosotros y ante nosotros. Jesús nos ha salvado. Ha hecho esta gran

oración, el sacrificio de su vida para salvarnos. Estamos justificados gracias a Él. Ahora se ha ido. Y ora».

Por lo tanto «Jesús es una persona, es un hombre de carne como la nuestra, pero en la gloria. Jesús tiene sus llagas en las manos, en los pies, en el costado. Y cuando ora, hace ver al Padre el precio de la justificación y ora por nosotros. Es como si dijera: Padre, que no se pierda esto». Jesús — prosiguió el Papa Francisco— tiene siempre en la mente nuestra salvación. Y «por esto,

cuando oramos, decimos: Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo. Porque Él es el primero en orar, es nuestro hermano. Es hombre como nosotros. Jesús es el intercesor».

Tras haber ganado para nosotros la redención y después de habernos justificado —continuó preguntándose el Santo Padre—, «¿ahora qué hace? Intercede, ruega por nosotros», respondió. «Pienso —prosiguió— qué habrá sentido Pedro cuando, después de haberle negado, Jesús le miró y él lloró. Sintió que lo que Jesús

había dicho era verdad. Había orado por él y por esto podía llorar, podía arrepentirse». «Muchas veces —añadió— entre nosotros nos decimos: Reza por mí, ¿eh? Lo necesito, tengo muchos problemas, muchas cosas, reza por mí». Y esto, afirmó, «es algo bueno» porque «debemos rezar el uno por el otro». Y preguntó: «¿Decimos a Jesús: “Ruega por mí, tú que eres el primero de nosotros, tú ruega por mí”? Seguro que ora; pero decirle: “Ruega por mí, Señor, tú eres el intercesor” es mostrar una

gran confianza. Él ruega por mí, Él ora por todos nosotros. Y ora valientemente, porque hace ver al Padre el precio de nuestra justicia, sus llagas». «Pensemos mucho en esto — dijo en conclusión— y demos gracias al Señor; demos gracias a un hermano que ora con nosotros y ora por nosotros, intercede por nosotros. Y hablemos con Jesús. Digámosle: “Señor, tú eres el intercesor, tú me has salvado, me has justificado, pero ahora ruega por mí”. Confiémosle nuestros problemas, nuestra

vida, para que Él los lleve al Padre».

***29 de octubre de 2013. La
esperanza, esta
desconocida.***

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
44, viernes 1 de noviembre de
2013

La esperanza es la más humilde
de las tres virtudes teologales,
porque en la vida se esconde.
Sin embargo nos transforma en
profundidad, así como «una
mujer embarazada es mujer»,

pero es como si se transformara porque se convierte en mamá. De la esperanza el Papa Francisco habló el 29 de octubre en la misa celebrada en Santa Marta reflexionando sobre la actitud de los cristianos en espera de la revelación del Hijo de Dios. A esta actitud está ligada la esperanza, una virtud —dijo al inicio de la homilía— que se ha revelado más fuerte que los sufrimientos, así como escribe san Pablo en la carta a los Romanos (8, 18-25). «Pablo —notó el Pontífice— se refiere a

los sufrimientos del tiempo presente, y dice que no son comparables a la gloria futura que será revelada en nosotros». El apóstol habla de «ardiente espera», una tensión hacia la revelación que se refiere a toda la creación. «Esta tensión es la esperanza — continuó— y vivir en la esperanza es vivir en esta tensión», en la espera de la revelación del Hijo de Dios, o sea, cuando toda la creación, «y también cada uno de nosotros», será liberada de la esclavitud «para entrar en la

gloria de los hijos de Dios». «Pablo —prosiguió— nos habla de la esperanza. También en el capítulo precedente de la carta a los Romanos había hablado de la esperanza. Nos había dicho que la esperanza no desilusiona, es segura». Pero ésta no es fácil de entender; y esperar no quiere decir ser optimistas. Así que «la esperanza no es optimismo, no es esa capacidad de mirar las cosas con buen ánimo e ir adelante», y no es tampoco sencillamente una actitud positiva, como la de ciertas

«personas luminosas,
positivas». Esto, dijo el Santo
Padre, «es algo bueno, pero no
es la esperanza».

Se dice —explicó— que es «la
más humilde de las tres
virtudes, porque se esconde en
la vida. La fe se ve, se siente,
se sabe qué es; la caridad se
hace, se sabe qué es. ¿Pero qué
es la esperanza?». La respuesta
del Pontífice fue clara: «Para
acercarnos un poco podemos
decir en primer lugar que es un
riesgo. La esperanza es una
virtud arriesgada, una virtud,
como dice san Pablo, de una

ardiente espera hacia la revelación del Hijo de Dios. No es una ilusión. Es la que tenían los israelitas» quienes, cuando fueron liberados de la esclavitud, dijeron: «nos parecía soñar. Entonces nuestra boca se llenó de sonrisa y nuestra lengua de alegría».

He aquí que esto es cuanto sucederá cuando sea la revelación del Hijo de Dios, explicó. «Tener esperanza significa precisamente esto: estar en tensión hacia esta revelación, hacia esta alegría

que llenará nuestra boca de sonrisa». Y exclamó: «¡Es bella esta imagen!». Después relató que «los primeros cristianos la pintaban como un ancla. La esperanza era un ancla»; un ancla fijada en la orilla del más allá. Nuestra vida es como caminar por la cuerda hacia ese ancla. «¿Pero dónde estamos anclados nosotros?», se preguntó el Obispo de Roma. «Estamos anclados precisamente allá, en la orilla de ese océano tan lejano o estamos anclados en una laguna artificial que hemos

hecho nosotros, con nuestras reglas, nuestros comportamientos, nuestros horarios, nuestros clericalismos, nuestras actitudes eclesiales —no eclesiales, ¿eh?—. ¿Estamos anclados allí donde todo es cómodo y seguro? Esta no es la esperanza».

Pablo —añadió el Papa Francisco— «busca después otra imagen de la esperanza, la del parto. Sabemos de hecho que toda la creación, y también nosotros con la creación, “gime y sufre los dolores del parto

hasta hoy". No sólo, sino también nosotros, que poseemos las primicias del espíritu, gemimos —pensad en la mujer que da a luz—, gemimos interiormente esperando. Estamos en espera. Esto es un parto». La esperanza —añadió— se sitúa en esta dinámica de dar la vida. No es algo visible incluso para quien vive «en la primicia del Espíritu». Pero sabemos que «el Espíritu actúa. El Evangelio —precisó el Papa refiriéndose al pasaje de Lucas (13, 18-21)— dice algo sobre esto. El Espíritu

actúa en nosotros. Actúa como si fuera un grano de mostaza, pequeño, pero dentro está lleno de vida y de fuerza y va adelante hasta el árbol. El Espíritu actúa como la levadura que es capaz de leudar toda la harina. Así actúa el Espíritu». La esperanza «es una gracia que hay que pedir»; en efecto, «una cosa es vivir en la esperanza, porque en la esperanza hemos sido salvados, y otra cosa es vivir como buenos cristianos y no más; vivir en espera de la revelación o vivir bien con los

mandamientos»; estar anclados en la orilla del mundo futuro «o aparcados en la laguna artificial».

Para explicar mejor el concepto el Pontífice indicó cómo cambió la actitud de María, «una muchacha joven», cuando supo que era mamá: «Va y ayuda y canta ese cántico de alabanza». Porque —aclaró el Papa Francisco— «cuando una mujer está embarazada, es mujer», pero es como si se transformara en lo profundo porque ahora «es mamá». Y la esperanza es algo similar:

«cambia nuestra actitud». Por esto —expresó— «pidamos la gracia de ser hombres y mujeres de esperanza». En la conclusión, dirigiéndose a un grupo de sacerdotes mexicanos que celebraban el vigésimo quinto aniversario de sacerdocio, el Papa, indicando la imagen mariana que le habían llevado de obsequio, dijo: «Mirad a vuestra Madre, figura de la esperanza de América. Mirad, está pintada embarazada. Es la Virgen de América, es la Virgen de la esperanza. Pedidle a Ella la

gracia para que los años por venir sean para vosotros años de esperanza», la gracia «de vivir como sacerdotes de esperanza» que dan esperanza.

31 de octubre de 2013. Dos imágenes y una pregunta.

Celebración eucarística ante la tumba de Juan Pablo II en la capilla de san Sebastián de la basílica vaticana.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 45, viernes 8 de noviembre de 2013

*Con el Santo Padre
concelebraron más de ciento*

veinte sacerdotes, la mayor parte polacos, entre ellos el limosnero pontificio monseñor Konrad Krajewski. Comentando las lecturas del día tomadas de la carta a los Romanos (8, 31-39) y del Evangelio de san Lucas (13, 31-35) el Papa pronunció la siguiente homilía.

En estas lecturas hay dos cosas que impresionan. Primero, la seguridad de Pablo: «Nadie puede separarme del amor de Cristo». Pero tanto amaba al Señor —porque le había visto, le había encontrado, el Señor le había cambiado la vida—,

tanto le amaba que decía que nada podía alejarlo de Él. Justamente este amor del Señor era el centro, precisamente el centro de la vida de Pablo. En las persecuciones, en las enfermedades, en las traiciones, pero, todo eso que él vivió, todas estas cosas que le pasaron en su vida, nada de esto pudo alejarlo del amor de Cristo. Era el centro de su vida, la referencia: el amor de Cristo. Y sin el amor de Cristo, sin vivir de este amor, reconocerlo, nutrirnos de ese

amor, no se puede ser cristiano: el cristiano, quien se siente mirado por el Señor, con esa mirada tan bella, amado por el Señor y amado hasta el final. Siente... El cristiano siente que su vida ha sido salvada por la sangre de Cristo. Y esto hace el amor: esta relación de amor. Eso es lo primero que me ha impactado mucho. La otra cosa que me impresiona es esta tristeza de Jesús cuando contempla Jerusalén. «Pero tú, Jerusalén, que no has comprendido el amor». No comprendió la

ternura de Dios, con esa imagen tan bella, que dice Jesús. No entender el amor de Dios: lo contrario de lo que sentía Pablo. Sí, Dios me ama, Dios nos ama, pero es algo abstracto, es algo que no me toca el corazón y yo me arreglo como puedo en la vida. Allí no hay fidelidad. Y el llanto del corazón de Jesús por Jerusalén es este: «Jerusalén, tú no eres fiel; tú no te has dejado amar; y tú te has fiado de muchos ídolos que te prometían todo, te decían que te daban todo, luego te abandonaron». El

corazón de Jesús, el sufrimiento del amor de Jesús: un amor no aceptado, no acogido. Estas dos imágenes hoy: la de Pablo que permanece fiel al amor de Jesús hasta el final, allí encuentra la fuerza para seguir adelante, para soportar todo. Él se siente débil, se siente pecador, pero tiene la fuerza del amor de Dios, en ese encuentro que tuvo con Jesucristo. Por otra parte, la ciudad y el pueblo infiel, no fiel, que no acepta el amor de Jesús, o peor aún, ¿eh?, que

vive este amor pero a mitad:
un poco sí, un poco no, según
las propias conveniencias.

Miremos a Pablo con su valor
que viene de este amor, y
miremos a Jesús que llora ante
esa ciudad que no es fiel.

Miremos la fidelidad de Pablo y
la infidelidad de Jerusalén, y en
el centro contemplemos a
Jesús, su corazón, que tanto
nos ama. ¿Qué podemos hacer
por Él? La pregunta: ¿me
parezco más a Pablo o a
Jerusalén? Mi amor a Dios, ¿es
tan fuerte como el de Pablo o
mi corazón es un corazón tibio

como el de Jerusalén? Que el Señor, por intercesión del beato Juan Pablo II, nos ayude a responder a esta pregunta. Así sea.

Noviembre 2013

5 de noviembre de 2013. **La invitación a la fiesta no tiene precio.**

7 de noviembre de 2013. **A Dios no le gusta perder.**

8 de noviembre de 2013. **El pan sucio de la corrupción.**

9 de noviembre de 2013. **El agua que corre en la Iglesia.**

11 de noviembre de 2013. **Pecadores sí, corruptos no.**

12 de noviembre de 2013. **En las manos seguras de Dios.**

14 de noviembre de 2013. **El espíritu de sabiduría vence la curiosidad mundana.**

16 de noviembre de 2013. **La debilidad de Dios ante la oración de su pueblo.**

18 de noviembre de 2013. **La fidelidad a Dios no se negocia.**

19 de noviembre de 2013. **La mesita del abuelo.**

22 de noviembre de 2013. **Para qué se va al templo.**

25 de noviembre de 2013. **La valentía de las opciones**

definitivas.

26 de noviembre de 2013. **El**
dueño del tiempo.

5 de noviembre de 2013. La invitación a la fiesta no tiene precio.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 44, viernes 8 de noviembre de 2013

«La existencia cristiana es una invitación» gratuita a la fiesta; una invitación que no se puede comprar, porque viene de Dios, y a quien es necesario responder con la participación y

con el compartir. Es la reflexión sugerida por el Papa Francisco de las lecturas litúrgicas (*Rm* 12, 5-16a; *Lc* 14, 15-24) de la misa celebrada el martes 5 de noviembre, por la mañana, en Santa Marta. Lecturas —explicó— que «nos muestran cómo es el carné de identidad del cristiano; cómo es un cristiano».

El Obispo de Roma identificó las modalidades de esta invitación —se trata, dijo, de «una invitación gratuita— y el remitente: Dios. Pero la gratuidad, advirtió, implica

también consecuencias, la primera de las cuales es que si no se ha sido invitado, no se puede reaccionar sencillamente respondiendo: «Compraré la entrada para ir». En efecto, «no se puede. Para entrar — afirmó el Santo Padre— no se puede pagar: o eres invitado o no puedes entrar. Y si en nuestra conciencia no tenemos esta certeza de estar invitado, no hemos comprendido lo que es un cristiano. Somos invitados gratuitamente, por pura gracia de Dios, puro amor del Padre. Fue Jesús, con su

sangre, quien nos abrió esta posibilidad».

El Papa Francisco clarificó luego qué significa en concreto la invitación del Señor para cada cristiano: no es una invitación «a dar un paseo», sino «a una fiesta, a la alegría: a la alegría de estar salvado, a la alegría de ser redimido», de compartir la vida con Jesús. Y sugirió también qué debe entenderse con el término «fiesta»: «una reunión de personas que hablan, ríen, festejan, son felices» dijo. Pero el elemento principal es precisamente la

«reunión» de más personas.
«Yo, entre las personas mentalmente normales, nunca he visto a alguien que festeje solo: sería un poco aburrido», explicó con una broma, mencionando la triste imagen de quien trata de «abrir la botella de vino» para brindar solo.

La fiesta, por lo tanto, exige estar en compañía, «con los demás, en familia, con los amigos». La fiesta, en definitiva, «se comparte». Por ello ser cristiano implica «pertenencia. Se pertenece a

este cuerpo», formado por «gente que ha sido invitada a la fiesta»; una fiesta que «nos une a todos», una «fiesta de unidad».

El pasaje del evangelio de san Lucas ofrece, entre otras cosas, «la lista de los que fueron invitados»: los pobres, los lisiados, los ciegos y los cojos. «Quienes tienen problemas — destacó el Pontífice— y son un poco marginados por la normalidad de la ciudad, serán los primeros en esta fiesta». Pero también hay sitio para todos los demás; es más, en la

versión de Mateo el Evangelio clarifica aún mejor: «Todos, buenos y malos». Y de ese «todos» el Santo Padre expresa la consecuencia de que «la Iglesia no es sólo para las personas buenas», sino que «también los pecadores, todos nosotros pecadores hemos sido invitados», para dar vida a «una comunidad que tiene dones diversos». Una comunidad en la cual «todos tienen una cualidad, una virtud», porque la fiesta se hace poniendo en común lo que cada uno tiene.

En resumen, «en la fiesta se participa totalmente». No nos podemos limitar a decir: «Voy a la fiesta, pero me detengo en el primer saludo, porque debo estar sólo con tres o cuatro que conozco». Porque «esto no se puede hacer en la Iglesia: o entras con todos o permaneces fuera. No puedes hacer una selección».

Un ulterior aspecto analizado por el Pontífice se refiere a la misericordia de Dios, que alcanza incluso a cuantos rechazan la invitación o fingen aceptarla pero no participan

plenamente en la fiesta. La ocasión, una vez más, surgió del pasaje de Lucas, que enumera las excusas presentadas por algunos de los invitados demasiado atareados. Quienes «participan en la fiesta sólo de nombre: no aceptan la invitación, dicen sí», pero es un no. Para el Papa Francisco son los precursores de esos «cristianos que se contentan sólo con estar en la lista de los invitados. Cristianos “catalogados”». Sin embargo, estar «catalogados como cristianos», lamentablemente,

no «es suficiente. Si no entras a la fiesta, no eres cristiano; estarás en la lista, pero esto no sirve para tu salvación», advirtió el Papa.

Resumiendo, el Pontífice enumeró cinco significados relacionados con la imagen de «entrar a la iglesia» y, como consecuencia, «entrar en la Iglesia». Ante todo se trata de «una gracia, una invitación; no se puede comprar este derecho». En segundo lugar, comporta el «formar comunidad, compartir todo lo que tenemos —las virtudes, las

cualidades que el Señor nos ha dado— en el servicio de unos por otros». Además, requiere «estar disponibles para lo que el Señor nos pide». Y quiere decir también «no pedir caminos especiales o puertas especiales». Por último, significa «entrar en el pueblo de Dios que camina hacia la eternidad» y donde «nadie es protagonista», porque «tenemos Uno que hizo todo» y sólo Él puede ser «el protagonista». De aquí la exhortación del Papa Francisco a ponernos «todos detrás de Él;

y quien no está detrás de Él, es uno que se excusa».

Cierto, advirtió el Santo Padre, «el Señor es muy generoso» y «abre todas las puertas». Él «comprende incluso a quien le dice: No, Señor, no quiero ir contigo. Le comprende y le espera, porque es misericordioso». Pero no acepta las mentiras: «Al Señor — subrayó — no le gusta ese hombre que dice sí y obra un no. Que aparenta agradecer por muchas cosas hermosas, pero en realidad va por su camino; que tiene buenas

maneras, pero hace su propia voluntad, no la del Señor».

He aquí, entonces, la invitación conclusiva del Papa, que exhortó a pedir a Dios la gracia de comprender «cuán hermoso es estar invitados a la fiesta, cuán hermoso es compartir con todos las propias cualidades, cuán hermoso es estar con Él»; y, al contrario, cuán «desagradable es jugar entre el sí y el no; decir sí, pero solamente contentarse» con estar «catalogados» en la lista de los cristianos.

*7 de noviembre de 2013. **A Dios no le gusta perder.***

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 44, viernes 8 de noviembre de 2013

Dios es un padre «a quien no le gusta perder». Él busca con alegría y «con una debilidad de amor» a las personas descarriadas, suscitando a menudo «la música de la hipocresía murmuradora» de

los biempensantes. Es la clave de lectura sugerida por el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada el jueves 7 de noviembre, al comentar el pasaje evangélico de Lucas (15, 1-10).

El Pontífice inició su meditación describiendo precisamente la actitud de los escribas y fariseos que estudiaban a Jesús «para entender lo que hacía», escandalizándose por las cosas que Él hacía. Y escandalizados murmuraban en su contra: «pero este hombre es un peligro!». Escribas y fariseos,

explicó el Papa, creían que Jesús fuese un peligro. He aquí por qué el Viernes santo «pidieron la crucifixión». Y antes aún —recordó— llegaron a decir: «Es mejor que uno muera por el pueblo y que no vengan los romanos. ¡Este hombre es un peligro!». Lo que más les escandalizaba, prosiguió el Papa Francisco, era ver a Jesús «que comía y cenaba con los publicanos y los pecadores, que hablaba con ellos». De aquí la reacción: «Este hombre ofende a Dios, desacraliza el ministerio del

profeta que es un ministerio sagrado»; y lo «desacraliza para acercarse a esta gente». «La música de esta murmuración —y Jesús lo dirá— es la música de la hipocresía», afirmó el Papa, evidenciando cómo en el pasaje evangélico Jesús responde a «esta hipocresía murmuradora con una parábola». Cuatro veces —precisó— en este breve pasaje aparece «la palabra gozo y alegría: tres veces, gozo; y una, alegría». En la práctica, dijo el Obispo de Roma, es como si Jesús dijese:

«Vosotros os escandalizáis pero mi Padre se alegra». Es precisamente éste «el mensaje más profundo: la alegría de Dios». Un Dios «a quien no le gusta perder. Y por ello, para no perder, sale de sí y va, busca». Es «un Dios que busca a todos aquellos que están lejos de Él». Precisamente «como el pastor» de la parábola relatada por san Lucas, «que va a buscar a la oveja perdida» y, aunque esté oscuro, deja a las demás ovejas «en un lugar seguro y va a buscar» la que falta, «va a buscarla».

Nuestro Dios, por lo tanto, es «un Dios que busca. Su trabajo —destacó el Pontífice— es buscar: ir a buscar para volver a invitar». En esencia, Dios «no tolera perder a uno de los suyos. Esta será también la oración de Jesús el Jueves santo: Padre, que no se pierda ninguno de los que me has dado».

Es, por tanto, «un Dios que camina para buscarte — reafirmó el Papa Francisco— y tiene una cierta debilidad de amor hacia aquellos que se han alejado más, que se han

perdido. Va y les busca. Y, ¿cómo busca? Busca hasta el final. Como este pastor que va por la oscuridad buscando hasta que encuentra» a la oveja perdida; o «como la mujer cuando pierde la moneda: enciende la lámpara, barre la casa y busca delicadamente». Dios busca porque piensa: «A este hijo no lo pierdo, ¡es mío! ¡No quiero perderlo!». Él «es nuestro Padre. Nos busca siempre». Pero el «trabajo» de Dios no es sólo buscar y encontrar. Porque, afirmó el Pontífice,

«cuando nos encuentra, cuando encuentra a la oveja», no la deja a un lado ni pregunta: «¿Por qué te has perdido? ¿Por qué te has caído?». Más bien la vuelve a llevar al sitio justo. «Podemos decir forzando la palabra» —explicó— que Dios «reacomoda: acomoda otra vez» a la persona que ha buscado y encontrado; de forma que, cuando el pastor la vuelve a llevar en medio de las demás, la oveja perdida no tenga que escuchar «tú estás perdida», sino: «tú eres una de nosotras». Ella «tiene todo el

derecho», así como la moneda que encontró la mujer está «en la billetera con las demás monedas. No hay diferencia». Porque «un Dios que busca es un Dios que reacomoda a todos aquellos que ha encontrado. Y cuando hace esto es un Dios que goza. La alegría de Dios no es la muerte del pecador sino su vida: es la alegría». La parábola del Evangelio muestra, por lo tanto, «cuán lejos estaba del corazón de Dios esta gente que murmuraba contra Jesús. No lo conocían. Creían —dijo el

Pontífice— que ser religiosos, ser personas buenas», fuese «marchar siempre bien, incluso educados y muchas veces aparentar ser educados. Esta es la hipocresía de la murmuración. En cambio, la alegría del Padre Dios es la del amor. Nos ama». Incluso si decimos: «Pero yo soy un pecador, hice esto, esto y esto...». Dios nos responde: «Yo te amo igualmente y voy a buscarte y te llevo a casa», concluyó el Papa.

8 de noviembre de 2013. *El pan sucio de la corrupción.*

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 46, viernes 15 de noviembre de 2013

Los administradores corruptos «devotos del dios soborno» cometen un «pecado grave contra la dignidad» y dan de comer «pan sucio» a sus propios hijos: a esta «astucia mundana» se debe responder

con la «astucia cristiana» que es «un don del Espíritu Santo». Lo dijo el Papa Francisco en la homilía de la misa que celebró el viernes 8 de noviembre, por la mañana, en la capilla de la Casa de Santa Marta, en la que propuso una reflexión sobre la figura del administrador deshonesto descrita en el pasaje evangélico de san Lucas (16, 1-8).

«El Señor —dijo el Papa— vuelve una vez más a hablarnos del espíritu del mundo, de la mundanidad: cómo actúa esta mundanidad y

cuán peligrosa es. Y Jesús, precisamente Él, en la oración después de la cena del Jueves santo oraba al Padre para que sus discípulos no cayeran en la mundanidad», en el espíritu del mundo.

La mundanidad, recalcó el Pontífice, «es el enemigo». Y es precisamente «la atmósfera, el estilo de vida» característico de la mundanidad —o sea el «vivir según los “valores” del mundo»— lo que «tanto agrada al demonio». Por lo demás «cuando pensamos en nuestro enemigo pensamos primero en

el demonio, porque es justamente el que nos hace mal».

«Un ejemplo de mundanidad» es el administrador descrito en la página evangélica. «Alguno de vosotros —observó el Pontífice— podrá decir: pero este hombre hizo lo que hacen todos». En realidad «itodos no!»; éste es el modo de actuar de «algunos administradores, administradores de empresas, administradores públicos, algunos administradores del gobierno. Quizá no son tantos». En concreto «es un

poco la actitud del camino más breve, más cómodo para ganarse la vida». El Evangelio relata que «el amo alabó al administrador deshonesto». Y ésta —comentó el Papa— «es una alabanza al soborno. El hábito de los sobornos es un hábito mundano y fuertemente pecador». Ciertamente es una actitud que no tiene nada que ver con Dios.

En efecto, prosiguió el Papa, «Dios nos ha mandado: llevar el pan a casa con nuestro trabajo honesto». En cambio, «este administrador daba de

comer a sus hijos pan sucio. Y sus hijos, tal vez educados en colegios costosos, tal vez crecidos en ambientes cultos, lo habían recibido de su papá como comida sucia. Porque su papá llevando pan sucio a casa había perdido la dignidad. Y esto es un pecado grave». Quizás, especificó el Papa, «se comienza con un pequeño soborno, pero es como la droga». Incluso si el primer soborno es «pequeño, después viene el otro y el otro: y se termina con la enfermedad de la adicción a los sobornos».

Estamos ante «un pecado muy grave —afirmó el Papa— porque va contra la dignidad. Esa dignidad con la que somos ungidos con el trabajo. No con el soborno, no con esta adicción a la astucia mundana. Cuando leemos en los periódicos o vemos en el televisor a uno que escribe o habla de la corrupción, tal vez pensamos que la corrupción es una palabra. Corrupción es esto: es no ganar el pan con dignidad». Existe, sin embargo, otro camino, el de la «astucia cristiana» —«entre comillas»,

dijo el Papa— que permite «hacer las cosas un poco ágiles pero no con el espíritu del mundo. Jesús mismo nos lo dijo: astutos como serpientes, puros como palomas». Poner «juntas estas dos» realidades es «una gracia» y «un don del Espíritu Santo». Por esto debemos pedir al Señor la capacidad de practicar «la honestidad en la vida, la honestidad que nos hace trabajar como se debe trabajar, sin entrar en estas cosas». El Papa Francisco reafirmó: «Esta “astucia cristiana” —la astucia

de la serpiente y la pureza de la paloma— es un don, es una gracia que el Señor nos da.

Pero debemos pedirla».

El pensamiento del Papa Francisco se dirigió también a las familias de los

administradores deshonestos.

«Quizás hoy —dijo— nos hará bien a todos rezar por tantos niños y jóvenes que reciben de sus padres el pan sucio.

También éstos están

hambrientos. Están

hambrientos de dignidad».

De aquí la invitación a «orar para que el Señor cambie el corazón

de estos devotos del dios soborno», para que comprendan «que la dignidad viene del trabajo digno, del trabajo honesto, del trabajo de cada día, y no de estos caminos más fáciles que al final arrebatan todo». También porque, concluyó, existe el riesgo de terminar como la persona de la que habla el Evangelio «que tenía muchos graneros, muchos silos, todos llenos y no sabía qué hacer. “Esta noche morirás”, dijo el Señor. Esta pobre gente que ha perdido la dignidad cometiendo

sobornos, lleva consigo no el dinero que ha ganado, sino sólo la falta de dignidad. Oremos por ellos».

9 de noviembre de 2013. El agua que corre en la Iglesia.

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 46, viernes 15 de noviembre de 2013

Es necesario rezar para que la Iglesia pueda siempre hacer correr el agua de la gracia, esté siempre fundada en Cristo y le sea fiel, y sus miembros se dejen convertir cada día por Jesús. Lo recomendó el Papa

Francisco a los fieles que participaron en la misa celebrada el sábado 9 de noviembre. El Pontífice hizo referencia al significado de la celebración litúrgica de la dedicación de la basílica lateranense, catedral de Roma, que tiene el título de «madre de todas las iglesias de la urbe y del orbe»: se trata —dijo— de la fiesta de la ciudad de Roma, de la Iglesia de Roma, de la Iglesia universal. Luego tomó de las lecturas tres imágenes que hablan de la Iglesia. De la primera lectura (*Ezequiel, 47,*

1-2.8-9.12) y del Salmo 45, la imagen del río que brota del Templo y que alegra a la ciudad de Dios, figura de la gracia que sostiene y alimenta la vida de la Iglesia. De la segunda lectura (i *Corintios*, 3, 9-11.16-17), la imagen de la piedra, que es Jesucristo, fundamento sobre quien está construida la Iglesia. Del Evangelio de la purificación del Templo (*Juan*, 2, 13-22), la imagen de la reforma de la Iglesia: *Ecclesia semper reformanda*, la Iglesia siempre tiene necesidad de renovarse porque sus

miembros son pecadores y
tienen necesidad de
conversión.

11 de noviembre de 2013.

Pecadores sí, corruptos no.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
46, viernes 15 de noviembre de
2013

«Pecadores sí, corruptos no».
El Papa Francisco, durante la
misa celebrada el lunes 11 de
noviembre volvió a hablar de la
corrupción, mejor de los
corruptos, cuya «doble vida»
les hace semejantes «a una

podredumbre barnizada».

La reflexión del Pontífice partió de la lectura de un pasaje del evangelio de san Lucas (17, 1-6): «Si tu hermano te ofende, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo. Si te ofende siete veces en un día, y siete veces vuelve a decirte: “me arrepiento”, lo perdonarás».

«Cuando leo este pasaje — confesó— veo siempre un retrato de Jesús. Lo hemos escuchado muchas veces: Él no se cansa de perdonar. Y nos aconseja hacer lo mismo». El Obispo de Roma se centró

luego en la figura del pecador que pide perdón, pero estando incluso verdaderamente arrepentido cae una vez más y cae más veces en el pecado. Él, explicó el Papa, «se arrepiente pero no puede salir de esto; es débil. Es la debilidad del pecado original». Está la buena voluntad, pero está también la debilidad y «el Señor perdona». La única condición es «ir a Él — agregó— y decir: “He pecado, perdóname. Quisiera no hacerlo más, pero soy débil”. Éste es el pecador». Y la actitud de Jesús es siempre la del

perdón.

En el pasaje del Evangelio hay otro episodio en el cual, destacó el Obispo de Roma, Jesús dice: «¡Ay de quien provoca escándalos!». Jesús, explicó, «no habla del pecado sino del escándalo», y dice: «Al que escandaliza a uno de estos pequeños, más le valdría que le ataran al cuello una piedra de molino y lo arrojasen al mar. Tened cuidado». El Pontífice se preguntó: «¿Pero qué diferencia hay entre pecar y escandalizar? ¿Qué diferencia hay entre pecar y hacer algo

que provoca escándalo y hace mal, mucho mal?»». La diferencia, dijo, es que «quien peca y se arrepiente pide perdón, se siente débil, se siente hijo de Dios, se humilla y pide la salvación de Jesús. Pero quien provoca escándalo no se arrepiente y sigue pecando fingiendo ser cristiano». Es como si condujera «una doble vida» y, agregó, «la doble vida de un cristiano hace mucho mal». Al respecto, el Pontífice recordó como ejemplo a quien mete la mano en el bolsillo y hace ver

que ayuda a la Iglesia mientras que con la otra roba «al Estado, a los pobres». Este «es un injusto» para quien hubiera sido mejor —«y no lo digo yo sino Jesús», subrayó el Papa— que le pusieran una piedra de molino y lo tirasen al mar. No se habla aquí de perdón, «porque esta persona engaña», dijo el Papa haciendo luego referencia a la primera lectura, tomada del libro de la Sabiduría (1, 1-7), donde se lee: «El espíritu educador y santo huye del engaño, se aleja de los pensamientos necios y es

ahuyentado cuando llega la injusticia» (v. 5).

«Donde hay engaño —comentó el Papa Francisco— no está el Espíritu de Dios. Ésta es la diferencia entre pecador y corrupto. Quien hace una doble vida es un corrupto. Quien peca, en cambio, quisiera no pecar, pero es débil y se encuentra en una condición en la que no puede encontrar una solución, pero va al Señor y pide perdón. A éste el Señor le quiere, le acompaña, está con él. Y nosotros debemos decir, todos nosotros que estamos

aquí: pecadores sí, corruptos no». Los corruptos, explicó una vez más el Papa, no saben lo que es la humildad. Jesús los compara con los sepulcros blanqueados: bellos por fuera pero por dentro están llenos de huesos putrescentes. «Y un cristiano que presume de ser cristiano pero no vive como cristiano —destacó— es un corrupto».

Todos conocemos a alguien que «está en esta situación y todos sabemos —agregó— cuánto mal hacen a la Iglesia los cristianos corruptos, los sacerdotes

corruptos. ¡Cuánto mal hacen a la Iglesia! No viven en el espíritu del Evangelio, sino en el espíritu de la mundanidad. Y san Pablo lo dice claramente a los romanos: No os amoldéis a este mundo (cf. Rm 12, 2).

Pero en el texto original es aún más fuerte: no entrar en los esquemas de este mundo, en los parámetros de este mundo, porque son precisamente éstos, esta mundanidad, que llevan a la doble vida».

Concluyendo, el Santo Padre dijo: «Una podredumbre barnizada: ésta es la vida del

corrupto. Y Jesús a éstos no les llamaba sencillamente pecadores. Sino que les decía hipócritas». Jesús, recordó una vez más, perdona siempre, no se cansa de perdonar. La única condición que pide es que no se quiera seguir esta doble vida: «Pidamos hoy al Señor huir de todo engaño, de reconocernos pecadores. Pecadores sí, corruptos no».

12 de noviembre de 2013. En las manos seguras de Dios.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 46, viernes 15 de noviembre de 2013

En las manos de Dios. Allí está nuestra seguridad: son manos llagadas por amor, que nos guían por el camino de la vida y no por los de la muerte, donde, en cambio, nos conduce la envidia. Es éste el sentido de

la reflexión que propuso el Papa Francisco el martes 12 de noviembre.

La primera lectura, observó el Santo Padre introduciendo la homilía, recuerda que Dios «creó al hombre para la incorruptibilidad» (cf. *Sab* 2, 23-3,9). Él «nos creó y Él es nuestro Padre. Nos hizo bellos como Él, más bellos que los ángeles; más grandes que los ángeles. Pero por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo».

La envidia: una palabra muy clara —destacó el Pontífice—,

que nos hace comprender la lucha que tuvo lugar entre «este ángel», el diablo y el hombre. El primero «no podía, en efecto, soportar que el hombre fuese superior a él; que precisamente en el hombre y en la mujer estuviese la imagen y semejanza de Dios. Por esto hizo la guerra» y emprendió un camino «que lleva a la muerte. Así entró la muerte en el mundo».

En realidad, prosiguió el Obispo de Roma, «todos hacemos experiencia de la muerte».

¿Cómo se explica? «El Señor —

respondió— no abandona su obra», como explica el texto del libro sapiencial: «Las almas de los justos, en cambio, están en las manos de Dios». Todos «debemos pasar por la muerte. Pero una cosa es pasar esta experiencia a través de la pertenencia a las manos del diablo y otra cosa es pasar por las manos de Dios».

«A mí —confesó— me gusta escuchar estas palabras: estamos en las manos de Dios. Pero desde el inicio. La Biblia nos explica la creación usando una hermosa imagen: Dios que

con sus manos nos forma del barro, de la arcilla, a su imagen y semejanza. Fueron las manos de Dios las que nos crearon: el Dios artesano».

Dios, por lo tanto, no nos ha abandonado. Y precisamente en la Biblia se lee lo que Él dice a su pueblo: «Yo he caminado contigo». Dios se comporta — destacó el Papa— como «un papá con el hijo que le lleva de la mano. Son precisamente las manos de Dios las que nos acompañan en el camino». El Padre nos enseña a caminar, a ir «por el camino de la vida y

de la salvación». Y más: «Son las manos de Dios que nos acarician en el momento del dolor, que nos consuelan. Es nuestro Padre quien nos acaricia, quien tanto nos quiere. Y también en estas caricias muchas veces está el perdón».

Una cosa «que a mí me hace bien —dijo una vez más el Pontífice— es pensar: Jesús, Dios trajo consigo sus llagas. Las muestra al Padre. Éste es el precio: las manos de Dios son manos llagadas por amor. Y esto nos consuela mucho.

Muchas veces hemos escuchado decir: no sé a quién confiarme, todas las puertas están cerradas, me confío a las manos de Dios. Y esto es hermoso porque allí estamos seguros», custodiados por las manos de un Padre que nos quiere.

Las manos de Dios, continuó el Santo Padre, «nos curan incluso de nuestros males espirituales. Pensemos en las manos de Jesús cuando tocaba a los enfermos y les curaba. Son las manos de Dios. Nos cura. Yo no logro imaginar a

Dios que nos da una bofetada. No me lo imagino: nos regaña sí, porque lo hace; pero nunca nos lastima, nunca. Nos acaricia. Incluso cuando debe regañarnos lo hace con una caricia, porque es Padre».

«Las almas de los justos están en las manos de Dios», repitió el Pontífice concluyendo:

«Pensemos en las manos de Dios que nos creó como un artesano. Nos dio la salud eterna. Son manos llagadas. Nos acompañan en el camino de la vida. Confiémonos a las manos de Dios como un niño se

entrega en las manos de su papá». Son manos seguras.

14 de noviembre de 2013. El espíritu de sabiduría vence la curiosidad mundana.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 47, viernes 22 de noviembre de 2013

Del espíritu de la «curiosidad mundana» y de la ansiedad por conocer el futuro buscando adueñarse incluso de los proyectos de Dios alertó el Papa Francisco en la misa del

jueves 14 de noviembre, por la mañana, en la capilla de la Casa de Santa Marta.

La meditación del Pontífice se inspiró en la primera lectura de la liturgia, tomada del libro de la Sabiduría (7, 22-8,1). El pasaje bíblico, explicó el Papa, «nos hace una descripción del estado del alma del hombre y de la mujer espirituales», casi un carné de identidad espiritual del cristiano y de la cristiana auténticos que viven «en la sabiduría del Espíritu Santo». Una sabiduría fundada en un «espíritu inteligente, santo,

único, múltiple, sutil». La actitud justa es precisamente la de «seguir adelante, dicen los santos, con buen espíritu». El cristiano, por lo tanto, está llamado a «caminar en la vida con este espíritu: el espíritu de Dios que nos ayuda a juzgar, a tomar decisiones según el corazón de Dios. Y este espíritu nos da paz, siempre. Es el espíritu de paz, el espíritu de amor, el espíritu de fraternidad».

«La santidad —puntualizó el Papa— es precisamente esto». Es lo «que Dios pide a

Abrahán: camina en mi presencia y sé irrepreensible. Es esto, es esta paz». Se trata, por lo tanto, de «andar bajo la moción del espíritu de Dios y de esta sabiduría. Y ese hombre y esa mujer que caminan así, se puede decir que son un hombre y una mujer sabios. Un hombre sabio y una mujer sabia, porque se mueven bajo la moción de la paciencia de Dios».

Pero en el pasaje evangélico de san Lucas (17, 20-25), prosiguió el Pontífice, «nos encontramos ante otro espíritu,

contrario a éste de la sabiduría de Dios: el espíritu de curiosidad. Es cuando queremos adueñarnos de los proyectos de Dios, del futuro, de las cosas, conocer todo, tener todo entre las manos». En el pasaje de Lucas se lee que los fariseos preguntaron a Jesús: «¿Cuándo vendrá el reino de Dios?». Y el Papa comentó: «¡Curiosos! Querían saber la fecha, el día...». Precisamente este «espíritu de curiosidad —explicó— nos aleja del espíritu de sabiduría», porque nos impulsa a mirar

sólo «los detalles, las noticias, las pequeñas noticias de cada día: ¿cómo se hará esto? Es el cómo, es el espíritu del cómo». Según el Papa «el espíritu de curiosidad no es un buen espíritu: es el espíritu de dispersión, de alejarse de Dios, el espíritu de hablar demasiado».

Al respecto Jesús nos dice «una cosa interesante: este espíritu de curiosidad, que es mundano, nos lleva a la confusión». El Santo Padre lo explicó remitiéndose a las palabras de Jesús del pasaje evangélico:

«Vendrán días en que desearéis ver un solo día del Hijo del hombre, y no lo veréis.

Entonces se os dirá: “Está aquí”, o: “Está allí”». En estos casos —destacó— es «la curiosidad» la que nos impulsa a «sentir estas cosas. Nos dicen: El Señor está aquí, está allí, está allí. Yo conozco un vidente, a una vidente que recibe cartas de la Virgen, mensajes de la Virgen». Y el Pontífice comentó: «La Virgen es Madre, y nos ama a todos. Pero no es un jefe de oficina de Correos para enviar mensajes

todos los días». En realidad, «estas novedades alejan del Evangelio, alejan del Espíritu Santo, alejan de la paz y de la sabiduría, de la gloria de Dios, de la belleza de Dios».

El Papa Francisco ratificó la enseñanza de Jesús: el Reino de Dios «no viene de modo que llame la atención» sino que viene en la sabiduría; «el Reino de Dios está en medio de vosotros». Y «el Reino de Dios no viene en la confusión. Como Dios no habló al profeta Elías en el viento, en la tormenta, en el tifón. Habló en la brisa

suave, la brisa que era sabiduría».

Así, el Pontífice propuso un pensamiento de Teresa del Niño Jesús, especialmente querida por él. «Santa Teresita» —recordó— «decía que ella debía detenerse siempre ante el espíritu de curiosidad. Cuando hablaba con otra religiosa y ésta le contaba una historia, algo de la familia, de la gente, y algunas veces pasaba a otro tema, ella tenía ganas de conocer el final de esa historia. Pero sentía que ese no era el espíritu de Dios, porque

es un espíritu de dispersión, de curiosidad».

«El reino de Dios está en medio de nosotros», dijo el Papa repitiendo las palabras del Evangelio. E invitó a «no buscar cosas extrañas, no buscar novedad con esta curiosidad mundana. Dejemos que el espíritu nos lleve adelante con la sabiduría que es una brisa suave. Éste es el espíritu del Reino de Dios del que habla Jesús».

16 de noviembre de 2013. La debilidad de Dios ante la oración de su pueblo.

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 47, viernes 22 de noviembre de 2013

Dios es débil sólo ante la oración de su pueblo. Por lo tanto, la oración es la verdadera fuerza del hombre: nunca debemos cansarnos de llamar a la puerta del corazón

de Dios, de pedir ayuda, porque cuando a Dios se le llama para defender a su pueblo es implacable.

Lo recordó el Papa Francisco durante la misa que celebró el sábado 16, a la que asistieron los canónigos de la basílica vaticana.

Comentando las lecturas del día, el Pontífice quiso, ante todo, destacar la protección que el Señor ofrece a sus hijos cuando ellos se dirigen a Él: «Dios hace, hará justicia a sus elegidos que gritan a Él día y noche. Así lo hizo: cuando

llama a Moisés y le dice he oído el llanto y el lamento de mi pueblo. El Señor escucha» (cf. *Lc 18, 1-8*).

«En la primera lectura —dijo el Papa— hemos escuchado lo que hizo el Señor: la palabra omnipotente del cielo viene como un guerrero implacable. Cuando el Señor defiende a su pueblo es así: es un guerrero implacable y salva a su pueblo. Salva, renueva todo: toda la creación fue modelada de nuevo, en su misma naturaleza como antes». Y es así que, dijo el Santo Padre citando una vez

más el Libro de la Sabiduría (18, 14-16; 19, 6-9), «el Mar Rojo convertido en un camino practicable y el oleaje impetuoso en una verde llanura, por donde pasaron en masa los protegidos de tu mano, contemplando prodigios admirables» (vv. 7-8). Así «es el poder del Señor —destacó— cuando quiere salvar a su pueblo: fuerte. Él es el Señor. Porque escuchó la oración de su pueblo; porque escuchó en su corazón que sus elegidos sufrían».

Pero si ésta es la fuerza de

Dios, «¿cuál es la fuerza del hombre?», se preguntó el Pontífice. Es la misma que testimonió la viuda de la que habla el Evangelio, explicó, quien llama continuamente a la puerta del juez. «Llamar — repitió—, pedir, lamentarse por tantos problemas, tantos dolores, y pedir al Señor la liberación de estos dolores, de estos pecados, de estos problemas». Ésta es la fuerza del hombre, la oración, «también la oración del hombre humilde», precisó, porque si en Dios hubiese una debilidad,

explicó una vez más, ésta se manifiesta precisamente respecto a la oración de su Pueblo, «es la debilidad de Dios. El Señor es débil sólo en esto».

Las lecturas, subrayó el Obispo de Roma, hacen meditar oportunamente acerca de «ese poder de Dios, tan claro y tan fuerte», del cual la Iglesia habla sobre todo en el tiempo de Navidad, porque «el culmen de la fuerza de Dios, de la salvación de Dios, ha sido precisamente en la Encarnación del Verbo».

Hoy —confió el Papa Francisco — «me gusta escuchar estas lecturas ante los canónigos de San Pedro. Vuestro trabajo es precisamente llamar al corazón de Dios», rezar. «Rezar al Señor por el pueblo de Dios. Y vosotros, en San Pedro, precisamente en la basílica más cercana al Papa, donde se congregan todas las peticiones del mundo, recogéis estas peticiones y las presentáis al Señor con vuestra oración». «El Señor —prosiguió el Santo Padre— escucha la oración de su pueblo. Vosotros sois

representantes privilegiados del pueblo de Dios en este papel de rezar al Señor por tantas necesidades de la Iglesia, de la humanidad, de todos». Y dijo: «Os doy las gracias por este trabajo. Recordemos siempre que Dios tiene una fuerza — cuando Él quiere— que cambia todo, “todo fue modelado de nuevo, Él es capaz de modelar todo de nuevo; pero tiene también una debilidad, nuestra oración, vuestra oración universal, cerca del Papa en San Pedro. Gracias por este servicio vuestro y seguid

adelante así por el bien de la Iglesia».

18 de noviembre de 2013. La fidelidad a Dios no se negocia.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 47, viernes 22 de noviembre de 2013

Existe una insidia que recorre el mundo. Es la «globalización de la uniformidad hegemónica» caracterizada por el «pensamiento único», a través del cual, en nombre de un

«progresismo adolescencial», no se duda en negar las propias tradiciones y la propia identidad. Lo que nos debe consolar es que, sin embargo, ante nosotros está siempre el Señor fiel a su promesa, que nos espera, nos ama y nos protege. En sus manos iremos seguros en todo camino. Es ésta es la reflexión propuesta por el Papa Francisco el lunes 18 de noviembre. Concelebró con él el arzobispo Pietro Parolin, secretario de Estado, que ese día iniciaba su servicio en el Vaticano.

El Pontífice comenzó su reflexión comentando la lectura tomada del primer libro de los Macabeos (1, 10-15; 41-43; 54-57; 62-64), «una de las páginas más tristes de la Biblia», dijo, donde se habla de «una buena parte del pueblo de Dios que prefiere alejarse del Señor ante una propuesta de mundanidad». Se trata, indicó el Papa, de una actitud típica de la «mundanidad espiritual que Jesús no quería para nosotros. En tal medida que había orado al Padre a fin de que nos salvase del espíritu del

mundo».

Esta mundanidad nace de una raíz perversa, «de hombres malvados capaces de una persuasión inteligente:

“Vayamos y pactemos con las naciones vecinas. No podemos estar aislados” ni anclados en las viejas tradiciones.

“Pactemos con las naciones vecinas, pues desde que nos hemos aislado de ellas nos han venido muchas desgracias”».

Este modo de razonar, recordó el Papa, se consideró tan bueno que algunos «tomaron la iniciativa y acudieron al rey, a

tratar con el rey, a negociar». Esos, añadió, «estaban entusiasmados, creían que con esto la nación, el pueblo de Israel se convertiría en un gran pueblo». Ciertamente, destacó el Pontífice, no se plantearon el problema si sería más o menos justo asumir esta actitud progresista, entendida como un ir adelante a toda costa. Es más, decían: «No nos cerramos. Somos progresistas». Es un poco como sucede hoy, indicó el Obispo de Roma, con la afirmación de lo que definió como «el espíritu del

progresismo adolescente» según el cual, ante cualquier opción, se piensa que sea justo en cualquier caso ir adelante más bien que permanecer fieles a las propias tradiciones. «Esta gente —prosiguió el Papa volviendo al relato bíblico— trató con el rey, negoció. Pero no negoció costumbres... negoció la fidelidad al Dios siempre fiel. Y esto se llama apostasía. Los profetas, en referencia a la fidelidad, la llaman adulterio, un pueblo adúltero. Jesús lo dice: “generación adúltera y

malvada" que negocia una cosa esencial al propio ser, la fidelidad al Señor». Tal vez no negocian algunos valores, a los cuales no renuncian; pero se trata de valores, indicó el Pontífice, que al final están tan vacíos de sentido que quedan sólo como «valores nominales, no reales».

Pero de todo esto luego se pagan las consecuencias.

Refiriéndose al relato bíblico el Pontífice recordó que se acomodaron «a las costumbres de los gentiles» y aceptaron la orden del rey que «prescribe

que en su reino todos formen un solo pueblo y que cada uno abandone las propias costumbres». Ciertamente no se trataba, dijo el Papa, de la «hermosa globalización» expresada «en la unidad de todas las naciones» que, sin embargo, conservan las propias costumbres. Aquella de la que se habla en el relato es, en cambio, la «globalización de la uniformidad hegemónica». El «pensamiento único fruto de la mundanidad».

Tras recordar las consecuencias para esa parte del pueblo de

Israel que había aceptado el «pensamiento único» y se había dejado llevar por gestos sacrílegos, el Pontífice destacó que actitudes similares se registran aún «porque el espíritu de la mundanidad también hoy nos lleva a este querer ser progresistas, al pensamiento único».

Negociar la propia fidelidad a Dios es como negociar la propia identidad. Al respecto el Papa recordó el libro «Señor del mundo» de Robert Hugh Benson, hijo del arzobispo de Canterbury Edward White

Benson, que habla del espíritu del mundo y «casi como si fuese una profecía, imagina lo que sucederá. Este hombre, se llamaba Benson, se convirtió luego al catolicismo e hizo mucho bien. Vio precisamente el espíritu de la mundanidad que nos lleva a la apostasía». También a nosotros nos hará bien, sugirió el Papa, pensar en lo relatado por el libro de los Macabeos, en lo que sucedió, paso a paso, si decidimos seguir ese «progresismo adolescente» y hacer lo que hacen todos.

Lo que nos debe consolar, concluyó el Pontífice, es que «ante el camino marcado por el espíritu del mundo, por el príncipe de este mundo», un camino de infidelidad, «siempre permanece el Señor que no puede negarse a sí mismo, el fiel. Él siempre nos espera» y está dispuesto a perdonarnos, incluso si hacemos algún pequeño paso por este camino, y a tomarnos de la mano así como hizo con su pueblo dilecto para llevarlo fuera del desierto.

*19 de noviembre de 2013. **La mesita del abuelo.***

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 47, viernes 22 de noviembre de 2013

El Papa Francisco volvió a exaltar el valioso papel de los ancianos en la Iglesia y en la sociedad. Habló de ello en la misa del martes 19.

Su homilía comenzó con una pregunta: «¿Qué dejamos como

herencia a nuestros jóvenes?»». Para responder hizo referencia al relato del segundo libro de los Macabeos (6, 18-31) donde se narra el episodio del sabio anciano Eleazar, uno de los escribas más estimados, quien, antes que comer carne prohibida para complacer al rey, se dirigió voluntariamente al martirio. De nada sirvieron los consejos de sus amigos, que le exhortaban a fingir que comía ese alimento para salvarse. Él prefirió morir entre los sufrimientos antes que dar un mal ejemplo a los demás,

sobre todo a los jóvenes. «Un anciano coherente hasta el final», lo definió el Santo Padre.

«Este hombre —explicó— ante la elección entre apostasía y fidelidad, no duda. Tenía muchos amigos. Querían llevarle a una componenda: “Finge, así podrás seguir viviendo...”. Esa actitud de fingir, de fingir piedad, de fingir religiosidad, es la que condena Jesús con una palabra muy fuerte en el capítulo 23 de san Mateo: la hipocresía. En cambio «este hombre bueno, de

noventa años, correcto y muy estimado por su pueblo, no piensa en sí mismo. Piensa sólo en Dios, en no ofenderle con el pecado de la hipocresía y de la apostasía. Piensa también en la herencia» que debe dejar. Por lo tanto, piensa en los jóvenes. Eleazar, por lo tanto, pensaba en lo que habría dejado en herencia a los jóvenes con su elección. Y se preguntaba: «¿Una componenda, es decir, mitad y mitad, una hipocresía o la verdad, la que busqué seguir durante toda la vida?». He aquí «la coherencia de este hombre,

la coherencia de su fe — comentó el Obispo de Roma— pero también la responsabilidad de dejar una herencia noble, auténtica».

«Nosotros vivimos en un tiempo en el cual los ancianos no cuentan. Es feo decirlo — repitió el Santo Padre— pero se descartan porque molestan».

Sin embargo «los ancianos son quienes nos traen la historia, la doctrina, la fe y nos lo dejan como herencia. Son como el buen vino añejo, es decir, tienen dentro la fuerza para darnos esa herencia noble».

Con este fin, el Papa se refirió al testimonio de otro gran anciano, Policarpo. Condenado a la hoguera, «cuando el fuego comenzó a quemarle» — recordó— se percibió a su alrededor el perfume del pan recién horneado.

Aquí el Pontífice volvió con la memoria a su infancia:

«Recuerdo —dijo— que cuando éramos niños nos contaban esta historia. Había una familia, un papá, una mamá y muchos niños. Y estaba también un abuelo que vivía con ellos. Pero había envejecido y en la mesa,

cuando tomaba la sopa, se ensuciaba todo: la boca, la servilleta... no daba una buena imagen. Un día el papá dijo que, visto lo que sucedía al abuelo, desde el día siguiente tendría que comer solo. Y compró una mesita, la puso en la cocina; así el abuelo comía solo en la cocina y la familia en el comedor. Después de algunos días el papá volvió a casa y encontró a uno de sus hijos jugando con la madera. Le preguntó: "¿Qué haces?". "Estoy jugando a ser carpintero", respondió el niño.

“¿Y qué construyes?”. “Una mesita para ti papá, para cuando seas anciano como el abuelo”. Esta historia me hizo mucho bien para toda la vida. Los abuelos son un tesoro». Volviendo a la enseñanza de las Escrituras respecto a los ancianos, el Papa Francisco hizo referencia a la Carta a los Hebreos (13, 7), donde «se lee: “Acordaos de vuestros guías, que os anunciaron la palabra de Dios; fijaos en el desenlace de su vida e imitad su fe”. La memoria de nuestros antepasados nos conduce a la

imitación de la fe. Es verdad, a veces la vejez es un poco fea por las enfermedades que comporta. Pero la sabiduría que tienen nuestros abuelos es la herencia que debemos recibir. Un pueblo que no custodia a los abuelos, que no respeta a los abuelos no tiene futuro porque ha perdido la memoria».

«Nos hará bien pensar en tantos ancianos y ancianas, en quienes están en las residencias y también en los muchos que —es fea la palabra pero digámosla— están abandonados por sus seres

queridos», agregó luego el Santo Padre, recordando que «ellos son el tesoro de nuestra sociedad. Recemos por ellos para que sean coherentes hasta el final. Éste es el papel de los ancianos, éste es el tesoro. Recemos por nuestros abuelos y por nuestras abuelas que muchas veces desempeñaron un papel heroico en la transmisión de la fe en tiempos de persecuciones». Sobre todo en los tiempos pasados, cuando los papás y las mamás a menudo no estaban en casa o tenían ideas extrañas, confusas

por las ideologías en boga de esos tiempos, «fueron precisamente las abuelas las que transmitieron la fe».

22 de noviembre de 2013.
Para qué se va al templo.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
48, viernes 29 de noviembre de
2013

El templo existe «para adorar a Dios». Y precisamente por esto es «punto de referencia de la comunidad», compuesta por personas que son ellas mismas «un templo espiritual donde habita el Espíritu Santo». Una

meditación sobre el «verdadero sentido del templo» propuesta por el Papa Francisco en la homilía de la misa que celebró el viernes 22 de noviembre, por la mañana, en la capilla de la Casa de Santa Marta.

Como de costumbre la reflexión del Pontífice se inspiró en la liturgia de la Palabra, en particular, en el pasaje tomado del primer libro de los Macabeos (4, 36-37. 52-59) — que habla de la nueva consagración del templo realizada por Judas— y del pasaje evangélico de Lucas que

relata la expulsión de los vendedores del templo (19, 45-48).

La de Judas Macabeo —explicó— no fue la primera consagración y purificación del templo, que, en las vicisitudes de la historia, fue también «destruido» durante las guerras, tal es así que «recordamos cuando Nehemías reconstruye el templo». Y así Judas Macabeo, después de la victoria, piensa en el templo: «Nuestros enemigos están vencidos; subamos, pues, a purificar el santuario y a

restaurarlo». Una purificación y una nueva consagración necesarias «porque los paganos habían utilizado el santuario para su culto». Por lo tanto «se debía purificar y volver a consagrar».

Para el Papa Francisco el mensaje de fondo «es muy importante: el templo como un lugar de referencia de la comunidad, lugar de referencia del pueblo de Dios». Y en esta perspectiva el Pontífice hizo también revivir «el itinerario del templo en la historia», que «comienza con el arca; luego

Salomón realiza su construcción; después llega a ser templo vivo: Jesucristo el templo. Y terminará en la gloria, en la Jerusalén celestial».

«Consagrar de nuevo el templo para que se le dé gloria a Dios» es por consiguiente el sentido esencial del gesto de Judas Macabeo, precisamente porque «el templo es el lugar donde la comunidad va a orar, a alabar al Señor, a dar gracias, pero sobre todo a adorar». En efecto, «en el templo se adora al Señor. Este es el punto más

importante» ratificó el Papa. Y esta verdad es válida para todo templo y para toda ceremonia litúrgica, donde lo que «es más importante es la adoración» y no «los cantos y los ritos», por bellos que sean. «Toda la comunidad reunida —explicó— mira al altar donde se celebra el sacrificio y adora. Pero creo, humildemente lo digo, que nosotros los cristianos tal vez hemos perdido un poco el sentido de la adoración. Y pensamos: vamos al templo, nos reunimos como hermanos, y es bueno, es bello. Pero el

centro está allí donde está Dios. Y nosotros adoramos a Dios».

El Papa Francisco invitó, por eso, a aprovechar la ocasión para repensar en la actitud que hay que tener: «Nuestros templos —preguntó— ¿son lugares de adoración?

¿Favorecen la adoración?

Nuestras celebraciones, ¿favorecen la adoración?».

Judas Macabeo y el pueblo «tenían el celo por el templo de Dios porque es la casa de Dios, la morada de Dios. E iban en comunidad a encontrar a Dios

allí, a adorar».

Como relata el evangelista Lucas, «también Jesús purifica el templo». Pero lo hace con el «látigo en la mano». Se pone a expulsar «las actitudes paganas, en este caso de los mercaderes que vendían y habían transformado el templo en pequeños negocios para vender, para cambiar las monedas, las divisas». Jesús purifica el templo reprendiendo: «Está escrito: mi casa será casa de oración» y «no de otra cosa. El templo es un lugar sagrado. Y nosotros

debemos entrar allí, en la sacralidad que nos lleva a la adoración. No hay otra cosa». Además, prosiguió el Pontífice, «san Pablo nos dice que somos templos del Espíritu Santo: yo soy un templo, el Espíritu de Dios está en mí. Y también nos dice: no entristezcáis al espíritu del Señor que está dentro de vosotros». En este caso, precisó, podemos hablar de «una especie de adoración, que es el corazón que busca al Espíritu del Señor dentro de sí. Y sabe que Dios está dentro de sí, que el Espíritu Santo está

dentro de sí y escucha y le sigue. También nosotros — afirmó— debemos purificarnos continuamente porque somos pecadores: purificarnos con la oración, con la penitencia, con el sacramento de la reconciliación, con la Eucaristía».

Y así, explicó el Santo Padre, «en estos dos templos —el templo material lugar de adoración y el templo espiritual dentro de mí, donde mora el Espíritu Santo— nuestra actitud debe de ser la piedad que adora y escucha; que ora y pide

perdón; que alaba al Señor». Y «cuando se habla de la alegría del templo, se habla de esto: toda la comunidad en adoración, en oración, en acción de gracias, en alabanza. En oración con el Señor que está dentro de mí, porque soy templo; en escucha; en disponibilidad».

El Papa concluyó la homilía invitando a orar para que «el Señor nos conceda este sentido auténtico del templo para poder ir adelante en nuestra vida de adoración y de escucha de la Palabra de Dios».

25 de noviembre de 2013. La valentía de las opciones definitivas.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 48, viernes 29 de noviembre de 2013

Cuántas veces los cristianos — los que son «perseguidos hoy» o incluso sólo «madres y padres de familia» — se encuentran en «situaciones límites». Y, obligados a hacer opciones

definitivas, eligen sea como sea al Señor. Se lo planteó el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada el lunes 25 de noviembre, destacando que se trata, de cualquier modo, de una elección difícil, para la cual debemos pedir a Dios la «gracia de la valentía».

El Pontífice se refirió ante todo al pasaje litúrgico tomado del libro del profeta Daniel (1, 1-6; 8-20), en el que se narra de algunos jóvenes que encontraron el valor de rechazar el alimento contaminado impuesto por el

rey y lograron obtener ser alimentados sólo con agua y verdura. El Señor recompensa su fidelidad ayudándoles a desarrollar un físico y una mente más ágiles que la de todos los demás, en tal medida que son elegidos por el rey mismo. Esos jóvenes, destacó el Santo Padre, se encontraban «al límite porque eran esclavos, y cuando en ese tiempo —pero también en éste— se caía en la esclavitud, ya nada era seguro, ni siquiera la vida. Estamos al límite».

El Obispo de Roma se refirió,

por lo tanto, al episodio del Evangelio de Lucas (21, 1-4) donde se habla de la limosna de la viuda, quien no tiene ni siquiera para comer, sin embargo ofrece todo lo que posee. «Jesús —destacó el Papa — dice que estaba en la miseria. En ese tiempo las viudas no tenían la pensión del marido, estaban en la miseria. Estaban al límite». Por lo tanto, esos jóvenes y la viuda se encontraban al límite cuando tuvieron que tomar una decisión.

«La viuda —destacó el Pontífice

— fue al templo a adorar a Dios, a decir al Señor que está sobre todo y que ella le ama». Siente que debe realizar un gesto por el Señor y «da todo lo que tenía para vivir». Y este gesto suyo «es algo más que generosidad, es otra cosa». Elige bien: sólo el Señor. Porque «se olvida de sí misma. Podía decir: pero, Señor, tú lo sabes, necesito de esto para el pan de hoy... Y esa moneda volvía al bolsillo. En cambio, eligió adorar al Señor hasta el final». También los jóvenes tenían la

posibilidad de encontrar «una salida de emergencia, digamos así, de su situación», añadió el Obispo de Roma. De hecho, hubiesen podido decir: «Pero somos esclavos. La ley aquí no se puede cumplir, debemos custodiar la vida, no adelgazar, no contraer enfermedades... ¡comamos!». En cambio «dijeron que no. Hicieron una opción: el Señor». Y fueron muy inteligentes al encontrar una vía para permanecer fieles, incluso en un contexto difícil. Jóvenes y viuda, destacó el Santo Padre, «corrieron el

riesgo. En su riesgo eligieron al Señor». Lo hicieron con el corazón, sin intereses personales y sin mezquindad. Se confiaron al Señor. Y no lo hicieron por fanatismo —destacó el Papa Francisco—, «sino porque sabían que el Señor es fiel. Se confiaron a esa fidelidad que está siempre». Porque «el Señor es siempre fiel», ya que «no puede negarse a sí mismo». Confiarse a la fidelidad del Señor: es una opción —dijo el Papa— «que también nosotros tenemos la oportunidad de

hacer en nuestra vida cristiana». A veces se trata de «una opción grande, difícil». En la historia de la Iglesia, y también en nuestro tiempo, hay hombres, mujeres, ancianos y jóvenes que hacen esta elección. Y nos damos cuenta «cuando conocemos la vida de los mártires, cuando leemos en los periódicos las persecuciones de los cristianos, hoy. Pensemos en estos hermanos y hermanas que se encuentran en situaciones al límite y que hacen esta elección. Ellos viven en este

tiempo. Son un ejemplo para nosotros. Nos alientan a dejar en el tesoro de la Iglesia todo lo que tenemos para vivir». Volviendo a los jóvenes del libro del profeta Daniel, el Santo Padre hizo notar que el Señor «les ayuda y les hace salir de la dificultad; son victoriosos y llegan a buen fin». El Señor ayuda también a la viuda del Evangelio de Lucas, «porque tras la alabanza de Jesús, Dios le alaba: en verdad os digo, esta viuda... Es una victoria. Nos hará bien pensar en estos hermanos y hermanas

que en toda la historia, incluso hoy, hacen elecciones definitivas». El Pontífice invitó a pensar, en especial, en «tantas madres y en tantos padres de familia que cada día hacen opciones definitivas para seguir adelante con su familia, con sus hijos. Y esto es un tesoro en la Iglesia. Ellos nos dan testimonio». Ante ellos, concluyó, «pidamos la gracia de la valentía. Del valor de seguir adelante en nuestra vida cristiana, en las cosas de cada día y en las situaciones límites».

26 de noviembre de 2013. El dueño del tiempo.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 48, viernes 29 de noviembre de 2013

Cuidado con ilusionarse en ser dueños de nuestro tiempo. Se puede ser dueños del momento que estamos viviendo, pero el tiempo pertenece a Dios y Él nos dona la esperanza para vivirlo. Hay mucha confusión

hoy en determinar a quién efectivamente pertenezca el tiempo, pero —advirtió el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada el 26 de noviembre, por la mañana, en la capilla de Santa Marta— no debemos dejarnos engañar. Y explicó el por qué y el cómo deteniéndose a reflexionar sobre las lecturas de este último período del año litúrgico, durante el cual «la Iglesia nos hace reflexionar sobre el final». San Pablo, destacó el Papa, «muchas veces vuelve sobre esto y lo dice muy claramente:

«La fachada de este mundo desaparecerá». Pero esto es otra cosa. Las lecturas hablan a menudo de destrucción, de final, de calamidad». El camino hacia el final es un sendero que debe recorrer cada uno de nosotros, cada hombre, toda la humanidad. Pero mientras lo recorremos «el Señor nos aconseja dos cosas —especificó el Pontífice—. Dos cosas que son distintas según cómo vivimos. Porque es diferente vivir en el momento y vivir en el tiempo». Y subrayó que «el cristiano es, hombre o mujer,

aquél que sabe vivir en el momento y sabe vivir en el tiempo».

El momento, añadió el Obispo de Roma, es lo que tenemos en la mano en el instante en el que vivimos. Pero no se debe confundir con el tiempo porque el momento pasa. «Tal vez nosotros —precisó— podemos sentirnos dueños del momento». Pero, añadió, «el engaño es creernos dueños del tiempo. El tiempo no es nuestro. El tiempo es de Dios». Ciertamente el momento está en nuestras manos y tenemos

también la libertad de tomarlo como más nos guste, explicó una vez más el Papa. Es más, «podemos llegar a ser soberanos del momento. Pero del tiempo existe sólo un soberano: Jesucristo. Por ello el Señor nos aconseja: No os dejéis engañar. Muchos, en efecto, vendrán en mi nombre diciendo: Soy yo, y el tiempo está cerca. No vayáis detrás de ellos. No os dejéis engañar en la confusión».

¿Cómo es posible superar estos engaños? El cristiano, explicó el Santo Padre, para vivir el

momento sin dejarse engañar debe orientarse con la oración y el discernimiento. «Jesús reprendía a los que no sabían discernir el momento», añadió el Papa que luego hizo referencia a la parábola de la higuera (cf. *Marcos* 13, 28-29), donde Cristo reprende a quienes son capaces de intuir la llegada del verano al ver florecer la higuera y no saben, en cambio, reconocer los signos de este «momento, parte del tiempo de Dios».

He aquí para qué sirve el discernimiento, explicó: «para

conocer los signos auténticos, para conocer el camino que debemos seguir en este momento». La oración, prosiguió el Pontífice, es necesaria para vivir bien este momento.

En cambio, en lo que respecta al tiempo, «del cual sólo el Señor es dueño», nosotros — reafirmó el Pontífice— no podemos hacer nada. No existe, en efecto, una virtud humana que pueda servir para ejercitar algún poder sobre el tiempo. La única virtud posible para contemplar el tiempo «la debe

regalar el Señor: es la esperanza».

Oración y discernimiento para el momento; esperanza para el tiempo: «de esta manera, el cristiano se mueve por este camino del momento, con la oración y el discernimiento. Pero deja el tiempo a la esperanza. El cristiano sabe esperar al Señor en cada momento; pero espera en el Señor al final de los tiempos. Hombre y mujer de momentos y de tiempo, de oración y discernimiento y de esperanza».

La invocación final del Papa ha sido: «Que el Señor nos dé la gracia de caminar con sabiduría. También ésta es un don: la sabiduría que en el momento nos conduce a orar y a discernir; y en el tiempo, que es mensajero de Dios, nos hace vivir con esperanza».

28 de noviembre de 2013. La fe no es nunca cuestión privada.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 49, viernes 6 de diciembre de 2013

La prohibición de adorar a Dios es el signo de una «apostasía general», es la gran tentación que busca convencer a los cristianos a seguir «un camino más razonable, más tranquilo»,

obedeciendo «a las órdenes de los poderes mundanos» que pretenden reducir «la religión a una cuestión privada». Y, sobre todo, no quieren que Dios sea adorado «con confianza y fidelidad». Es precisamente de esta tentación que el Papa alertó en la misa celebrada el jueves 28 de noviembre, en Santa Marta.

Como es costumbre, el Pontífice se inspiró en la liturgia de la Palabra que, destacó, «nos hace pensar en los últimos días, en el tiempo final, el fin del mundo, el tiempo de la

venida final de Nuestro Señor Jesucristo». En efecto, explicó, «en nuestra vida, la vida de cada uno de nosotros, tenemos tentaciones. Muchas. El demonio nos impulsa a no ser fieles al Señor. Algunas veces con fuerza». Como esa ocasión en la que Jesús habló a Pedro: «el demonio quería cribarlo como trigo. Muchas veces hemos tenido esa tentación y, pecadores, hemos caído». Pero hoy en la liturgia, dijo el Papa, «se habla de la tentación universal, de la prueba universal, del momento en el

que todo lo creado, toda la creación del Señor se encontrará ante esta tentación entre Dios y el mal, entre Dios y el príncipe de este mundo». Por lo demás, prosiguió, «con Jesús el demonio empezó a hacer esta prueba al inicio de su vida, en el desierto. Y trató de convencerle que siguiera otro camino, más razonable, más tranquilo, menos peligroso. Al final mostró su intención: todo esto te daré si me adoras. Buscaba ser el dios de Jesús». Y Jesús mismo, afirmó el Papa, tuvo «después

muchas pruebas en su vida pública: insultos, calumnias» o cuando se presentaron ante Él de modo hipócrita «para ponerle a prueba». También «al final de su vida el príncipe de este mundo le puso a prueba en la cruz: “Si tú eres el Hijo de Dios baja y todos nosotros crearemos”». He aquí, prosiguió el Pontífice, que Jesús se encontró ante sí «otra vez con la prueba de elegir otra vía de salvación». Pero al final la resurrección de Jesús tuvo lugar a través del camino «que el Padre quería y no el que

quería el príncipe de este mundo».

En la liturgia, dijo el Papa, hoy «la Iglesia nos hace pensar en el fin de este mundo, porque éste acabará. La fachada de este mundo desaparecerá».

Hay una palabra en el Evangelio «que nos impresiona bastante: todas estas cosas sucederán». ¿Pero hasta cuándo hay que esperar? La respuesta que nos da el Evangelio de Lucas (21, 20-28) es «hasta que alcancen su plenitud los tiempos de los gentiles». En efecto, dijo el

Papa, «también los paganos tienen un tiempo de plenitud»: el *kairòs* de los paganos. «Ellos —repitió— tienen un *kairòs* que será esto, el triunfo final: Jerusalén pisoteada» y, se lee en el Evangelio, «habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, perplejas por el estruendo del mar y el oleaje, desfalleciendo los hombres por el miedo y la ansiedad ante lo que se viene encima al mundo, pues las potencias del cielo serán sacudidas».

En la práctica «es la calamidad» precisó el Papa. «Pero cuando Jesús habla de esta calamidad en otro pasaje, nos dice que será una profanación del templo, una profanación de la fe, del pueblo. Será la abominación. Será la abominación de la desolación (cf. *Daniel 9, 27*). ¿Qué significa? Será como el triunfo del príncipe de este mundo, la derrota de Dios. Parece que Él, en ese momento final de calamidad, se adueñará de este mundo» convirtiéndose así en el «dueño del mundo».

El Papa explicó luego cómo se puede hallar en la primera lectura, tomada del libro del profeta Daniel (6, 12-28), «el centro de este camino, de esta lucha entre el Dios vivo y el príncipe de este mundo». En esencia, «Daniel es condenado sólo por adoración, por adorar a Dios. Y la abominación de la desolación se llama prohibición de adoración».

En ese tiempo, explicó el Pontífice, «no se podía hablar de religión: era una cuestión privada», los signos religiosos se quitaban y era necesario

obedecer las órdenes que venían de los «poderes mundanos». Se podían «hacer muchas cosas, cosas hermosas, pero adorar a Dios» estaba prohibido. Éste era el centro, «el kairòs de esta actitud pagana». Pero precisamente «cuando se realiza este tiempo, entonces sí, vendrá Él». Como se lee en el pasaje evangélico «verán al Hijo del hombre venir en una nube con gran poder y gloria».

La Palabra de Dios nos recuerda, prosiguió el Papa, cómo «los cristianos que sufren

tiempos de persecuciones, tiempos de prohibición de la adoración, son una profecía de lo que sucederá a todos». Pero precisamente en los momentos como esos, es decir, cuando los tiempos de los paganos se cumplen, «levantaos, alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación». En efecto, explicó el Obispo de Roma «el triunfo, la victoria de Jesucristo es llevar la creación al Padre en el final de los tiempos».

Pero no debemos tener miedo. El Papa repitió la promesa de Dios, quien «nos pide fidelidad

y paciencia. Fidelidad como Daniel, que fue fiel a su Dios y le adoró hasta el final. Y paciencia, porque los cabellos de nuestra cabeza no caerán, así lo prometió el Señor». Y concluyó invitando a reflexionar, especialmente en esta semana, sobre «esta apostasía general que se llama prohibición de adoración». Y a plantearse a sí mismos una pregunta: «¿Adoro al Señor? ¿Adoro a Jesucristo, el Señor? ¿O un poco mitad y mitad y juego con el príncipe de este mundo? Adorar hasta el final

con confianza y fidelidad es la gracia que debemos pedir».

29 de noviembre de 2013.

Pensamiento libre.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
49, viernes 6 de diciembre de
2013

Una invitación a «pensar en cristiano», porque «un cristiano no piensa sólo con la cabeza, piensa también con el corazón y con el espíritu que tiene dentro», dirigió el Papa Francisco el viernes 29 de

noviembre. Una invitación especialmente actual en un contexto social donde —destacó el Pontífice— se insinúa cada vez más «un pensamiento débil, un pensamiento uniforme, un pensamiento pret-à-porter».

El Papa centró su reflexión en el pasaje evangélico de Lucas (21, 29-33) propuesto durante la liturgia, donde el Señor «con ejemplos sencillos enseña a los discípulos a comprender lo que sucede». En este caso, Jesús invita a observar «la planta de higo y todos los árboles»,

porque cuando brotan se comprende que el verano está cerca. En otros contextos el Señor usa ejemplos análogos para reprender a los fariseos que no quieren comprender «los signos de los tiempos»; quienes no ven «el paso de Dios en la historia», en la historia del pueblo de Israel, en la historia del corazón del hombre, «en la historia de la humanidad».

La enseñanza, según el Santo Padre, es que «Jesús con palabras sencillas alienta a pensar para comprender». Y es

una invitación a pensar «no sólo con la cabeza», sino también «con el corazón, con el espíritu», con todo nosotros mismos. Es esto, precisamente, “pensar en cristiano”, para poder «comprender los signos de los tiempos». Y a quienes no comprenden, como sucede en el caso de los discípulos de Emaús, Cristo les define «necios y tardos de corazón». Porque —explicó— quien «no comprende las cosas de Dios es una persona así», necia y dura de entendimiento, mientras que «el Señor quiere que

comprendamos lo que sucede en nuestro corazón, en nuestra vida, en el mundo, en la historia»; y entendamos «el significado de lo que sucede ahora». En efecto, en las respuestas a estas preguntas es donde podemos individuar «los signos de los tiempos». Sin embargo, no siempre las cosas suceden así. Hay un enemigo al acecho. Es «el espíritu del mundo», que — recordó el Papa— «nos hace otras propuestas». Porque «no nos quiere como pueblo, nos quiere masa. Sin pensamiento

y sin libertad». El espíritu del mundo, en esencia, nos empuja a lo largo de «un camino de uniformidad, pero sin ese espíritu que forma el cuerpo de un pueblo», tratándonos «como si no tuviésemos la capacidad de pensar, como personas sin libertad». Al respecto el Papa Francisco clarificó expresamente los mecanismos de persuasión oculta: existe un determinado modo de pensar que debe ser impuesto, «se hace publicidad de este pensamiento» y «se debe pensar» de ese modo. Es «el

pensamiento uniforme, el pensamiento homogéneo, el pensamiento débil»; lamentablemente, un pensamiento «muy difundido», comentó el Obispo de Roma. En la práctica «el espíritu del mundo no quiere que nos preguntemos delante de Dios: ¿por qué sucede esto?». Y para distraernos de las preguntas esenciales, «nos propone un pensamiento pret-à-porter, según nuestros gustos: yo pienso como me gusta». Este modo de pensar «es correcto» para el espíritu del mundo;

mientras que lo que él «no quiere es lo que nos pide Jesús: el pensamiento libre, el pensamiento de un hombre y de una mujer que son parte del pueblo de Dios». Por lo demás, «la salvación ha sido precisamente ésta: hacernos pueblo, pueblo de Dios. Tener libertad». Porque «Jesús nos pide que pensemos libremente, pensar para comprender lo que sucede».

Cierto, advirtió el Papa Francisco, «solos no podemos» hacer todo: «necesitamos la ayuda del Señor, necesitamos

al Espíritu Santo para comprender los signos de los tiempos». En efecto, es precisamente el Espíritu quien nos dona «la inteligencia para comprender». Se trata de un regalo personal realizado a cada hombre, gracias al cual «yo debo comprender por qué me sucede esto a mí» y «cuál es el camino que el Señor quiere» para mi vida. De aquí la exhortación conclusiva a «pedir al Señor Jesús la gracia que nos envíe su espíritu de inteligencia», para que «no tengamos un pensamiento

débil, un pensamiento uniforme, un pensamiento según nuestros gustos», para tener, en cambio, «sólo un pensamiento según Dios». Y «con este pensamiento —de mente, de corazón y de alma— que es don del Espíritu», buscar comprender «qué significan las cosas, comprender bien los signos de los tiempos».

Diciembre 2013.

2 de diciembre de 2013. **Con la guardia baja al encuentro de Jesús.**

3 de diciembre de 2013. **Esa paz rumorosa.**

5 de diciembre de 2013.

Palabras enloquecidas.

6 de diciembre de 2013. **El grito que molesta.**

9 de diciembre de 2013.

Homilía con motivo del gesto público de la ecclesiastica communitio concedida al Patriarca copto católico.

10 de diciembre de 2013.

Quando Dios nos recrea.

12 de diciembre de 2013.

Quando el silencio es música.

13 de diciembre de 2013. **Sin miedo a la libertad.**

16 de diciembre de 2013. **El hombre de ojo penetrante.**

17 de diciembre de 2013. **El apellido de Dios.**

19 de diciembre de 2013. **Si el hombre intenta salvarse por sí mismo.**

20 de diciembre de 2013. **El misterio no busca publicidad.**

23 de diciembre de 2013.

Como en espera de un parto.

2 de diciembre de 2013. Con la guardia baja al encuentro de Jesús.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 49, viernes 6 de diciembre de 2013

Dejémonos encontrar por Jesús «con la guardia baja, abiertos», para que Él pueda renovarnos desde lo profundo de nuestra alma. Es la invitación del Papa Francisco al inicio del tiempo de

Adviento, durante la misa celebrada el lunes 2 de diciembre.

El camino que comenzamos en estos días, exhortó, es «un nuevo camino de Iglesia, un camino del pueblo de Dios, hacia la Navidad. Y caminamos al encuentro del Señor». La Navidad es, en efecto, un encuentro: no sólo «una celebración temporal o bien — indicó el Pontífice— un recuerdo de algo bonito. La Navidad es algo más. Nosotros vamos por este camino para encontrar al Señor». Por lo

tanto, en el período de Adviento «caminamos para encontrarlo. Encontrarlo con el corazón, con la vida; encontrarlo vivo, como Él es; encontrarlo con fe».

En verdad, no es «fácil vivir con fe», destacó el Obispo de Roma. Y recordó el episodio del centurión que, según el relato del Evangelio de Mateo (8, 5-11), se prostra ante Jesús para pedirle que cure a su siervo. «El Señor, en la palabra que hemos escuchado —explicó el Papa—, se maravilló de este centurión. Se maravilló de la fe

que tenía. Había hecho un camino para encontrar al Señor. Pero lo había hecho con fe. Por ello no sólo encontró al Señor, sino que sintió la alegría de haber sido encontrado por el Señor. Y éste es precisamente el encuentro que nosotros queremos, el encuentro de la fe. Encontrar al Señor, pero dejarnos encontrar por Él. ¡Es muy importante!».

Cuando sólo nos limitamos a encontrar al Señor, subrayó, «somos nosotros —pero esto digámoslo entre comillas— los “dueños” de este encuentro».

Cuando, en cambio, «nos dejamos encontrar por Él, es Él quien entra dentro de nosotros» y nos renueva completamente. «Esto — reafirmó el Papa— es lo que significa que venga Cristo: rehacer todo de nuevo, rehacer el corazón, el alma, la vida, la esperanza, el camino».

En este período del año litúrgico, por lo tanto, estamos en camino para encontrar al Señor, pero también y sobre todo «para dejarnos encontrar por Él». Y debemos hacerlo con corazón abierto, «para que Él

me encuentre, me diga lo que quiere decirme, que no es siempre lo que quiero que Él me diga». No olvidemos entonces que «Él es el Señor y me dirá lo que tiene para mí», para cada uno de nosotros, porque «el Señor —indicó el Pontífice— no nos mira en conjunto, como a una masa: no, no! Él nos mira uno por uno, a la cara, a los ojos, porque el amor no es un amor abstracto, sino un amor concreto. Persona por persona. El Señor, persona, me mira a mí, persona». He aquí por qué

dejarnos encontrar por el Señor significa, en definitiva, «dejarse amar por el Señor». «En la oración al inicio de la misa —recordó el Pontífice— hemos pedido la gracia de hacer este camino con algunas actitudes que nos ayuden. La perseverancia en la oración: rezar más. La laboriosidad en la caridad fraterna: acercarnos un poco más a quienes tienen necesidad. Y la alegría en la alabanza al Señor». Por lo tanto, «comenzamos este camino con la oración, la caridad y la alabanza, a

corazón abierto, para que el Señor nos encuentre». Pero, pidió el Papa como conclusión, «por favor, que nos encuentre con la guardia baja, abiertos».

3 de diciembre de 2013. Esa paz rumorosa.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 49, viernes 6 de diciembre de 2013

No se puede pensar en una Iglesia sin alegría, porque Jesús, su esposo, estaba lleno de alegría. Por lo tanto, todos los cristianos deben vivir con la misma alegría en el corazón y comunicarla hasta los extremos

confines del mundo. Es esto, en síntesis, el sentido de la reflexión del Papa el martes 3 de diciembre en la homilía de la misa celebrada en Santa Marta, en la memoria del gran evangelizador san Francisco Javier.

«La Palabra de Dios —exhortó— nos habla hoy de paz y de alegría. Isaías en su profecía (11, 1-10) nos dice cómo serán los días del Mesías. Serán días de paz». Porque, explicó, Jesús traerá la paz entre nosotros y Dios, y la paz entre nosotros. Por lo tanto, la paz que todos

deseamos es la que trae el Mesías.

El Evangelio de Lucas (10, 21-24) proclamado durante la liturgia ayuda a comprender algo más sobre Jesús.

«Podemos entrever —especificó el Pontífice— un poco el alma de Jesús, el corazón de Jesús. Un corazón gozoso». En efecto, estamos acostumbrados a pensar en Jesús mientras predica, mientras cura, mientras va por la calle hablando a la gente, o cuando sube a la cruz. Pero «no estamos muy acostumbrados —

dijo el Obispo de Roma— a pensar en Jesús sonriente, alegre. Jesús estaba lleno de alegría». Una alegría que derivaba de la intimidad con el Padre. Es precisamente de esta relación con el Padre en el Espíritu Santo de donde nace la alegría interior de Jesús. Esa alegría, añadió el Santo Padre, que «Él nos da. Y esta alegría es la verdadera paz. No es una paz estática, quieta, tranquila: la paz cristiana es una paz gozosa», porque gozoso es Jesús, gozoso es Dios. «En la oración al inicio de la

misa —prosiguió— hemos pedido la gracia del fervor misionero para que la Iglesia se alegre con nuevos hijos». No se puede pensar en «una Iglesia sin alegría», porque «Jesús quiso que su esposa, la Iglesia, fuera alegre». Y «la alegría de la Iglesia es precisamente anunciar el nombre de Jesús» para poder decir: «Mi esposo es el Señor, es Dios» quien «nos salva» y «nos acompaña». En este gozo de esposa, la Iglesia «se convierte en madre. Pablo VI —afirmó el Papa Francisco recordando la

enseñanza de su predecesor— decía: la alegría de la Iglesia es precisamente evangelizar» y transmitir esta alegría «a sus hijos».

Comprendemos así que la paz de la que «nos habla Isaías — prosiguió— es una paz de gozo, una paz de alabanza, una paz, digamos, rumorosa en la alabanza. Una paz fecunda en la maternidad de nuevos hijos, una paz que viene precisamente de la alegría de la alabanza a la Trinidad y de la evangelización, es decir, de ir a decir a los pueblos quién es

Jesús».

Paz y alegría, por lo tanto. «La alegría, siempre, porque — explicó el Santo Padre— deriva de una declaración dogmática de Jesús que dice: tú has decidido así, revelarte no a los sabios sino a los pequeños. También en las cosas muy serias, como esta, Jesús es alegre». Así también la Iglesia deber ser alegre. Siempre, incluso «en el período de su viudez», añadió, ella «es gozosa en la esperanza». «Oremos para que el Señor — concluyó— nos dé a todos

nosotros esta alegría».

5 de diciembre de 2013.
Palabras enloquecidas.

Jueves

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
50, viernes 13 de diciembre de
2013

Las «palabras cristianas» vacías
de la presencia de Cristo son
como palabras enloquecidas,
sin sentido y engañosas que
desembocan en el orgullo y en
el «poder por el poder». Es una
invitación a un «examen de

conciencia» sobre la coherencia entre el decir y el hacer la propuesta por el Papa Francisco en la misa celebrada el jueves 5 de diciembre, por la mañana, en la capilla de la Casa de Santa Marta.

Partiendo de la liturgia del día, el Pontífice recordó que «muchas veces el Señor habló de esta actitud», la de conocer la Palabra sin ponerla en práctica. Como dice el Evangelio, Jesús «reprendía también a los fariseos» por «conocer todo, pero no hacerlo». Y así, «decía a la

gente: haced lo que dicen, pero no lo que hacen, porque no hacen lo que dicen». Es la cuestión de las «palabras separadas de la práctica», palabras que, en cambio, se han de vivir. Sin embargo, «estas palabras son buenas» advirtió el Papa, «son hermosas palabras». Por ejemplo, «también los Mandamientos y las bienaventuranzas» se cuentan entre estas «palabras buenas», así como también «tantas cosas que dijo Jesús. Podemos repetirlas, pero si no nos llevan a la vida no sólo no

sirven, sino que hacen mal, nos engañan, nos hacen creer que tenemos una hermosa casa, pero sin cimientos».

En el pasaje evangélico de Mateo (7, 21.24-27), prosiguió el Papa, el Señor dice que precisamente quien «escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca». Al fin de cuentas se trata, explicó, de «una ecuación matemática: conozco la Palabra, la pongo en práctica, estoy construido sobre roca». La cuestión esencial, sin

embargo, precisó el Santo Padre, es «¿cómo la llevo a la práctica?». Y destacó que precisamente «aquí está el mensaje de Jesús: ponerla en práctica como se construye una casa sobre roca». Y «esta figura de la roca se refiere al Señor». Al respecto, el Papa Francisco hizo referencia al profeta Isaías que, en la primera lectura (26, 1-6), dice: «Confiad siempre en el Señor, porque el Señor es la Roca perpetua» (v. 4). Por lo tanto, explicó el Pontífice, «la roca es Jesucristo, la roca es el Señor. Una palabra es fuerte,

da vida, puede seguir adelante, puede tolerar todos los ataques si esta palabra tiene sus raíces en Jesucristo». En cambio, «una palabra cristiana que no tiene sus raíces vitales, en la vida de una persona, en Jesucristo, es una palabra cristiana sin Cristo. Y las palabras cristianas sin Cristo engañan, hacen mal».

El Papa recordó luego al escritor inglés Gilbert Keith Chesterton (1874-1936) que «hablando de las herejías» dijo «que una herejía es una verdad, una palabra, una

verdad que se ha vuelto loca». Es un hecho, destacó el Pontífice, que «cuando las palabras cristianas no tienen a Cristo comienzan a ir por el camino de la locura». Isaías, continuó, «es claro y nos indica cuál es esta locura». En efecto, se lee en el pasaje bíblico: «el Señor es la roca perpetua, porque Él doblegó a los habitantes de la altura, abatió la ciudad elevada» (cf. vv. 4-5). Sí, «a los habitantes de la altura. Una palabra cristiana sin Cristo —añadió el Pontífice— te conduce a la vanidad, a la

seguridad de ti mismo, al orgullo, al poder por el poder. El Señor abate a estas personas».

Esta verdad, explicó, «es una constante en la historia de la salvación. Lo dice Ana, la mamá de Samuel; lo dice María en el Magníficat: el Señor derriba la vanidad, el orgullo de las personas que se creen ser roca». Son «personas que van sólo detrás de una palabra, sin Jesucristo». Hacen propia una palabra que es cristiana «pero sin Jesucristo: sin la relación con Jesucristo, sin la oración

con Jesucristo, sin el servicio a Jesucristo, sin el amor a Jesucristo».

Para el Papa Francisco «lo que el Señor nos dice hoy» es una invitación a «construir nuestra vida sobre esta roca. Y la roca es Él. Lo dice explícitamente Pablo —precisó— cuando se refiere a ese momento en el cual Moisés golpeó la roca con el bastón. Y dijo: la roca era Cristo. Cristo es la roca». Esta meditación comporta, sugirió el Pontífice, «un examen de conciencia» que «nos hará bien». Un «examen de

conciencia» que se puede hacer respondiendo a una serie de preguntas esenciales. El Papa mismo las explicitó: «¿Cómo son nuestras palabras? ¿Son palabras suficientes en sí mismas? ¿Son palabras que creen ser poderosas? ¿Son palabras que creen también darnos la salvación? ¿Son palabras con Jesucristo? ¿Está siempre Jesucristo cuando decimos una palabra cristiana?». El Pontífice quiso nuevamente referirse expresamente «a las palabras cristianas. Porque cuando no

está Jesucristo —dijo— también esto nos divide entre nosotros y crea división en la Iglesia». El Papa Francisco concluyó la homilía pidiendo «al Señor la gracia de ayudarnos en esta humildad que debemos tener: decir siempre palabras cristianas en Jesucristo, no sin Jesucristo». Y pidió al Señor que nos ayude también «en esta humildad de ser discípulos, salvados, de ir adelante no con palabras que, para creernos poderosos, acaban en la locura de la vanidad y en la locura del orgullo». Que «el Señor nos

alcance esta gracia de la
humildad de decir palabras con
Jesucristo. Fundadas en
Jesucristo», concluyó.

*6 de diciembre de 2013. **El grito que molesta.***

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 50, viernes 13 de diciembre de 2013

La oración es «un grito» que no teme «molestar a Dios», «hacer ruido», como cuando se «llama a una puerta» con insistencia. He aquí, según el Papa Francisco, el significado de la oración dirigida al Señor

con espíritu de verdad y con la seguridad de que Él puede escucharla de verdad.

El Pontífice habló de ello en la homilía de la misa celebrada el viernes 6 de diciembre.

Refiriéndose al pasaje del capítulo 9 de Mateo (27-31), el Papa centró la atención ante todo en una palabra contenida en el pasaje del Evangelio «que nos hace pensar: el grito». Los ciegos, que seguían al Señor, gritaban para ser curados.

«También el ciego a la entrada de Jericó gritaba y los amigos del Señor querían hacerle

callar», recordó el Santo Padre. Pero ese hombre «pidió una gracia al Señor y la pidió gritando», como diciendo a Jesús: «¡Hazlo! ¡Yo tengo derecho a que tú hagas esto!». «El grito —explicó el Pontífice— es aquí un signo de la oración. Jesús mismo, cuando enseñaba a rezar, decía que se hiciera como un amigo inoportuno que, a medianoche, iba a pedir un trozo de pan y un poco de pasta para los huéspedes». O bien «hacerlo como la viuda con el juez corrupto». En esencia, prosiguió el Papa,

«hacerlo —diría yo— molestando. No lo sé, tal vez esto suena mal, pero rezar es un poco como molestar a Dios para que nos escuche». Y precisó que es el Señor mismo quien lo dice, sugiriendo rezar «como el amigo a medianoche, como la viuda al juez». Por lo tanto, rezar «es atraer los ojos, atraer el corazón de Dios hacia nosotros». Y eso es precisamente lo que hicieron también los leprosos del Evangelio, que se acercaron a Jesús para decirle: «Si tú quieres, puedes curarnos». Y

«lo hicieron con una cierta seguridad».

«Así, Jesús —afirmó el Pontífice — nos enseña a rezar».

Nosotros, habitualmente presentamos al Señor nuestra petición «una, dos o tres veces, pero no con mucha fuerza: y luego me canso de pedirlo y me olvido de pedirlo». En cambio, los ciegos de los que habla Mateo en el pasaje evangélico «gritaban y no se cansaban de gritar». En efecto, dijo además el Papa, «Jesús nos dice: ¡llamad! Pero también nos dice: ¡llamad a la puerta! Y quien

llama a la puerta hace ruido, incomoda, molesta».

Precisamente «éestas son las palabras que Jesús usa para decirnos cómo debemos rezar».

Pero éste es también «el modo de oración de los necesitados que vemos en el Evangelio».

Así, los ciegos «se sienten seguros de pedir al Señor la salud», de tal manera que el Señor pregunta: «¿Creéis que yo puedo hacer esto?». Y le responden: «Sí, Señor.

¡Creemos! ¡Estamos seguros!».

He aquí, prosiguió el Santo Padre, las «dos actitudes» de la

oración: «es expresión de una necesidad y es segura». La oración «es necesaria siempre. La oración, cuando pedimos algo, es expresión de una necesidad: necesito esto, escúchame Señor». Además, «cuando es auténtica, es segura: escúchame, creo que tú puedes hacerlo, porque tú lo has prometido». En efecto, explicó el Pontífice, «la auténtica oración cristiana está cimentada en la promesa de Dios. Él lo ha prometido». El Pontífice hizo luego referencia a la primera lectura

(*Isaías 29, 17-21*) de la liturgia del día, que contiene la promesa de salvación de Dios a su pueblo: «Oirán los sordos las palabras del libro; sin tinieblas ni oscuridad verán los ojos de los ciegos». Este pasaje, afirmó el Papa, «es una promesa. Todo esto es una promesa, la promesa de la salvación: yo estaré contigo, yo te daré la salvación». Y es «con esta seguridad» que «nosotros decimos al Señor nuestras necesidades. Pero seguros de que Él puede hacerlo». Por lo demás, cuando rezamos,

es el Señor mismo quien nos pregunta: «¿Tú crees que yo pueda hacer esto?». Un interrogante del que brota la pregunta que cada uno debe hacerse a sí mismo: «¿Estoy seguro de que Él puede hacerlo? ¿O rezo un poco pero no sé si Él lo puede hacer?». La respuesta es que «Él puede hacerlo», incluso «el cuándo y el cómo lo hará no lo sabemos». Precisamente «ésta es la seguridad de la oración». Por lo que se refiere luego a la «necesidad» específica que motiva nuestra oración, es

necesario presentarla «con verdad al Señor: soy ciego, Señor, tengo esta necesidad, esta enfermedad, este pecado, este dolor». Así Él «escucha la necesidad, pero escucha que nosotros pedimos su intervención con seguridad». El Papa Francisco reafirmó, como conclusión, la importancia de pensar siempre «si nuestra oración es expresión de una necesidad y es segura»: es «expresión de una necesidad porque nos decimos la verdad a nosotros mismos», y es «segura porque creemos que el

Señor puede hacer lo que pedimos».

9 de diciembre de 2013.

Homilía con motivo del gesto público de la eclesiástica *communio* concedida al Patriarca copto católico.

Santa Misa concelebrada por el papa francisco con el patriarca de Alejandría de los coptos católicos, s.b. Ibrahim Isaac Sidrak.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n.

50, viernes 13 de diciembre de 2013

Beatitud, eminencia, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas:

Por primera vez tengo la alegría de acoger como Obispo de Roma a un nuevo Patriarca que viene para realizar un significativo gesto de comunión con el Sucesor de Pedro.

Aceptando la elección canónica, Vuestra Beatitud ha pedido inmediatamente la *ecclesiastica communio* con la «Iglesia que

preside en la caridad universal». Mi venerado predecesor la concedió de buen grado, grato por el vínculo con el Sucesor de Pedro que la Iglesia de Alejandría de los coptos mantuvo siempre a lo largo de su historia. Sois expresión de la predicación de san Marcos evangelista: y es precisamente ésta la herencia que él os ha dejado como buen intérprete del apóstol Pedro. En la primera lectura, el profeta Isaías (cf. 35, 1-10) ha despertado en nuestro corazón la espera del retorno glorioso

del Señor. El aliento «a los extraviados de corazón» lo sentimos dirigido a quienes en vuestra amada tierra egipcia experimentan inseguridad y violencia, algunas veces con motivo de la fe cristiana.

«¡Ánimo: no temáis!»: he aquí las consoladoras palabras que encuentran confirmación en la fraterna solidaridad. Doy gracias a Dios por este encuentro que me da ocasión para reforzar vuestra y nuestra esperanza, porque es la misma: «...la tierra quemada...y el suelo sediento —en efecto— se

convertirá en manantial» y se abrirá finalmente la «vía sacra», el camino de la alegría y de la felicidad, «y huirán la pena y la aflicción». Ésta es nuestra esperanza, la esperanza común de nuestras dos Iglesias.

El Evangelio (cf. *Lc* 5, 17-26) nos presenta a Cristo que vence las parálisis de la humanidad. Describe el poder de la misericordia divina que perdona y cancela todo pecado cuando encuentra una fe auténtica. Las parálisis de las conciencias son contagiosas.

Con la complicidad de las
pobrezas de la historia, y de
nuestro pecado, pueden
extenderse y entrar en las
estructuras sociales y en las
comunidades, hasta asediar a
pueblos enteros. Pero el
mandato de Cristo puede dar
un vuelco a la situación:
«¡Levántate, camina!». Oremos
con confianza para que en
Tierra Santa y en todo el
Oriente Medio la paz pueda
volver a levantarse siempre de
las treguas demasiado
reiteradas y algunas veces
dramáticas. Que se detengan

para siempre, en cambio, la enemistad y las divisiones. Que se retomen con rapidez los acuerdos de paz a menudo paralizados por intereses opuestos y oscuros. Que se den finalmente garantías reales de libertad religiosa a todos, junto con el derecho para los cristianos de vivir con serenidad allí donde han nacido, en la patria que aman como ciudadanos desde hace dos mil años, para contribuir como siempre al bien de todos. Que el Señor Jesús, que experimentó el exilio con la

Sagrada Familia y fue acogido en vuestra tierra generosa, vele por los egipcios que por los caminos del mundo buscan dignidad y seguridad. Y sigamos siempre adelante, buscando al Señor, buscando nuevos caminos, nuevas sendas para acercarnos al Señor. Y si fuese necesario abrir un agujero en el techo para acercarnos todos al Señor, que nuestra imaginación creativa de la caridad nos conduzca a esto: a encontrar y abrir caminos de encuentro, sendas de fraternidad, sendas de paz.

Por nuestra parte deseamos «glorificar a Dios»,
sustituyendo el temor por el asombro: incluso hoy podemos ver «cosas prodigiosas». El prodigio de la Encarnación del Verbo y, por ello, de la absoluta cercanía de Dios a la humanidad, en el que siempre nos sitúa el misterio del Adviento. Que vuestro gran padre Atanasio, ubicado tan cerca de la Cátedra de Pedro en la basílica vaticana, interceda por nosotros, con san Marcos y san Pedro, y sobre todo con la Inmaculada y toda santa Madre

de Dios, nos alcancen del Señor
la alegría del Evangelio, donada
en abundancia a los discípulos
y a los testigos. Así sea.

10 de diciembre de 2013.
Cuando Dios nos recrea.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
50, viernes 13 de diciembre de
2013

El cristiano que pierde la
esperanza pierde el sentido
mismo de su existencia y es
como si viviese ante un muro.
Abrir las puertas al encuentro
con el Señor significa recibir de
Él ese consuelo que nos

restituye, con ternura, la esperanza. La homilía del Papa Francisco en la misa celebrada el martes 10, por la mañana, en la capilla de Santa Marta, se centró precisamente en ese consuelo de la ternura con el cual el Señor recrea la esperanza en el cristiano. Citando el libro del profeta Isaías (40,1-11), llamado «el libro de la consolación de Israel», el Pontífice se centró, en efecto, en la consolación que Dios invoca para su pueblo. Es el Señor mismo quien «se acerca para consolarlo, para

darle paz». Y así «realiza un gran trabajo», porque Él «hace nuevas todas las cosas, las recrea». Esta «re-creación», añadió, es aún más bella que la creación. Por lo tanto, el Señor visita a su pueblo «recreando». En realidad, el pueblo de Dios esperaba esta visita, sabía que el Señor la realizaría.

«Recordemos —destacó al respecto el Santo Padre— las últimas palabras de José a sus hermanos: cuando el Señor os visite, llevad con vosotros mis huesos». Así, añadió, «el Señor visitará a su pueblo. Es la

esperanza de Israel. Y lo visitará con esta consolación: rehacer todo. No una vez, sino muchas veces».

De este «rehacer» del Señor, el Obispo de Roma indicó algunas líneas maestras. Ante todo, «cuando el Señor se acerca nos da esperanza. Por lo tanto — aclaró— rehace con la esperanza. Abre siempre una puerta». Cuando el Señor se acerca a nosotros, no cierra puertas sino que las abre; y luego cuando viene, «viene con las puertas abiertas».

En la vida cristiana, esta

esperanza «es una verdadera fortaleza, es una gracia, es un don». En efecto, cuando «el cristiano pierde la esperanza, su vida ya no tiene sentido. Es como si su vida estuviese ante un muro, ante la nada. Pero el Señor nos consuela y nos rehace con la esperanza, para seguir adelante». Lo hace también con una cercanía especial a cada uno de nosotros. Para explicarlo, el Pontífice citó el versículo conclusivo del pasaje de Isaías propuesto por la liturgia: «Como un pastor que apacienta

el rebaño, reúne con su brazo los corderos y los lleva sobre el pecho; cuida él mismo a las ovejas que crían». Y comentó: «es la imagen de la ternura. El Señor nos consuela con ternura. El Señor, el gran Dios, no tiene miedo de la ternura. Él se hace ternura, se hace niño, se hace pequeño». Por lo demás, «en el Evangelio Jesús mismo lo dice: no es voluntad de vuestro Padre que está en el cielo que se pierda ni uno de estos pequeños» (*Mateo 18,12-14*). Porque, explicó el Pontífice, «cada uno de

nosotros es muy, muy importante» para el Señor, quien nos hace «caminar adelante de todos dándonos la esperanza».

Este «fue el gran trabajo de Jesús» en los cuarenta días que van de la Resurrección a la Ascensión: «Consolar a los discípulos, acercarse a dar consuelo, acercarse a dar esperanza, acercarse con ternura. Pensemos —dijo el Papa— en la ternura que tuvo con los apóstoles, con la Magdalena, con los de Emaús». Y es siempre así. También con

nosotros. Sin embargo, debemos pedir la gracia al Señor «de no tener miedo a la consolación del Señor —afirmó concluyendo—, de estar abiertos, pedirla, buscarla porque es un consuelo que nos dará esperanza y nos hará sentir la ternura de Dios Padre».

12 de diciembre de 2013.

Quando el silencio es música.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 51, viernes 20 de diciembre de 2013

La Navidad es una fiesta en la que se hace mucho ruido. En cambio, mientras vivimos este tiempo de espera, sería importante redescubrir el silencio como momento ideal

para percibir la musicalidad del lenguaje con el que nos habla el Señor. Un lenguaje —dijo el Papa Francisco durante la misa celebrada el jueves 12 de diciembre por la mañana en la capilla de Santa Marta— muy semejante al de un padre o una madre: tranquilizador, lleno de amor y ternura.

Como de costumbre, el Pontífice se inspiró en un pasaje propuesto por la liturgia, tomado del libro del profeta Isaías (41, 13-20), que hace unos días había definido «el libro del consuelo de Israel»,

como él mismo recordó. El Papa Francisco comentó que había reflexionado «no tanto en lo que el Señor dice» sino en «cómo lo dice», es decir, explicó con una semejanza, «no tanto en la letra cuanto en la música».

¿Cómo nos habla el Señor? Quizá pueda parecer extraño — afirmó el Santo Padre— oír a un Dios grande decir: «Yo soy el Señor, tu Dios, y te tengo asido por la diestra, como el papá a su hijo. Y te digo: ¡no temas! Yo acudo en tu ayuda». Es precisamente como el padre

que corre hacia su hijo cuando, de noche, tiene una pesadilla, y le dice: «¡No temas! Yo estoy a tu lado».

Jesús nos habla del mismo modo. «Se acerca» a nosotros. «Cuando miramos a un papá o a una mamá que se acercan a su hijo —explicó el Obispo de Roma—, vemos que se hacen pequeños, hablan con voz de niño y hacen gestos de niños». Quienes los ven desde fuera, pueden pensar que son ridículos. Pero «el amor del papá y de la mamá tiene necesidad de acercarse», de

«abajarse al mundo del niño». Y aunque el papá y la mamá hablaran normalmente, el hijo les comprendería; «pero ellos quieren imitar el modo de hablar del hijo. Se acercan. Se hacen niños. Y así hace el Señor».

El Papa Francisco recordó a «los teólogos griegos» que, «hablando de esto, decían una palabra muy difícil: "sincatábasis", la "condescendencia" de Dios que acepta convertirse en uno de nosotros». El Señor habla de este modo. E, incluso, hace

como los padres, que a sus hijos «dicen cosas algo ridículas —¡mi juguete!—, y cosas por el estilo». En efecto, «también el Señor dice: gusano de Jacob, tú eres como un gusano para mí, una cosa pequeñísima..., pero te quiero mucho». Este «es el lenguaje del Señor, un lenguaje de amor, de padre, de madre».

Ciertamente, prosiguió el Pontífice, debemos escuchar la palabra del Señor, lo que nos dice; pero también debemos escuchar «cómo lo dice». Y debemos hacer como Él, o sea,

«hacer lo que dice, pero hacerlo como lo dice: con amor, con ternura, con “condescendencia” hacia los hermanos».

«Siempre me ha impresionado —afirmó el Papa— el encuentro del Señor con Elías, cuando el Señor habló con Elías». Estaba en el monte, y cuando lo vio pasar «el Señor no estaba en el granizo, en la lluvia, en la tormenta, en el viento... El Señor estaba en una brisa suave» (cf. 1 *Re* 19, 11-13). «En el original —especificó el Obispo de Roma— se usa una

palabra bellísima, que no se puede traducir con precisión: estaba en un hilo sonoro de silencio. Un hilo sonoro de silencio: así se acerca el Señor, con la sonoridad del silencio que es propia del amor». Y dice a cada hombre: «Tú eres pequeño, débil pecador, pero yo te digo que te he convertido en trillo nuevo, de dientes dobles. Triturarás los montes y los desmenuzarás, y los cerros convertirás en tamo. Los beldarás, y el viento se los llevará, y una ráfaga los dispersará». Así, él «se hace

pequeño para hacerme fuerte. Va a la muerte, en señal de esa "condescendencia", para que yo pueda vivir».

El Papa Francisco dijo que «ésta es la música del lenguaje del Señor. Nosotros, preparándonos para la Navidad, tenemos que escucharla. Nos hará bien, mucho bien». Por lo general, la Navidad es «una fiesta con mucho ruido. Nos hará bien un poco de silencio», para «oír estas palabras de amor, de tanta cercanía, estas palabras de ternura». Y concluyó: «Debemos hacer

silencio en este tiempo porque, como dice el prefacio, estamos en vigilante espera».

13 de diciembre de 2013. **Sin miedo a la libertad.**

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 51, viernes 20 de diciembre de 2013

Hay cristianos que tienen «cierta alergia a los predicadores de la Palabra»: aceptan «la verdad de la Revelación», pero no «al predicador», prefiriendo «una vida encerrada». Sucedió en

tiempos de Jesús y, por desgracia, sigue sucediendo aún hoy a quienes viven encerrados en sí mismos, porque tienen miedo a la libertad que viene del Espíritu Santo.

Es ésta la enseñanza, según el Papa Francisco, que se desprende de las lecturas de la liturgia celebrada el viernes 13 de diciembre, por la mañana, en la capilla de Santa Marta. El Pontífice reflexionó, sobre todo, en el pasaje del evangelio de Mateo (11, 16-19), en el que Jesús paragona a la generación

de sus contemporáneos con «los chiquillos que, sentados en las plazas, se gritan unos a otros diciendo: “Os hemos tocado la flauta, y no habéis bailado, os hemos cantado lamentaciones, y no habéis llorado”».

A este propósito, el Obispo de Roma recordó que en los evangelios Cristo «habla siempre bien de los niños», presentándolos como «modelo de la vida cristiana» e invitando a «ser como ellos para entrar en el Reino de los cielos». En cambio —destacó—,

en el pasaje en cuestión «es la única vez que no habla tan bien de ellos». Para el Papa se trata de una imagen de niños «algo especiales: maleducados, descontentos e, incluso, insolentes»; niños que no saben ser felices mientras juegan y «rechazan siempre la invitación de los demás: nada les gusta». En particular, Jesús usa esta imagen para describir a «los jefes de su pueblo», definidos por el Pontífice «gente que no estaba abierta a la Palabra de Dios».

Para el Santo Padre hay un

aspecto interesante en esta actitud: precisamente su rechazo «no es del mensaje, sino del mensajero». Basta proseguir la lectura del pasaje evangélico para confirmarlo. «Vino Juan —destacó el Papa—, que ni comía ni bebía, y dicen: "Demonio tiene". Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores"». En la práctica, desde siempre los hombres encuentran un motivo para desacreditar al predicador. Es suficiente pensar en la gente

de aquel tiempo, que prefería «refugiarse en una religión algo elaborada: en los preceptos morales, como los fariseos; en el compromiso político, como los saduceos; en la revolución social, como los zelotes; y en la espiritualidad gnóstica, como los esenios». Y añadió: todos con su sistema bien limpio, bien construido», pero que no acepta «al predicador». He aquí por qué Jesús les refresca la memoria, recordándoles a los profetas, que fueron perseguidos y asesinados.

Aceptar «la verdad de la Revelación» y no «al predicador» muestra, según el Pontífice, una mentalidad fruto de «una vida encerrada en preceptos, compromisos, proyectos revolucionarios y espiritualidad sin carne». El Papa Francisco hizo referencia, en particular, a los cristianos «que no bailan cuando el predicador te da una hermosa y alegre noticia, y no lloran cuando el predicador les da una noticia triste», es decir, a esos cristianos «que están encerrados, prisioneros, que no

son libres». Y el motivo es el «miedo a la libertad del Espíritu Santo, que viene a través de la predicación».

Por lo demás, «es el escándalo de la predicación, del que hablaba san Pablo; el escándalo de la predicación que termina en el escándalo de la cruz». En efecto, «escandaliza que Dios nos hable a través de hombres limitados, hombres pecadores; y escandaliza aún más que Dios nos hable y nos salve a través de un hombre que dice ser el Hijo de Dios, pero acaba como un criminal». Así, para el Papa

Francisco se termina cubriendo «la libertad que viene del Espíritu Santo» porque, en resumidas cuentas, «esos cristianos tristes no creen en el Espíritu Santo; no creen en la libertad que viene de la predicación, que te amonesta, te enseña e incluso te abofetea, pero es precisamente la libertad que hace crecer a la Iglesia».

Así pues, la imagen del Evangelio con «los niños que tienen miedo de bailar, de llorar», que tienen «miedo a todo, que piden seguridad en

todo», lleva a pensar «en esos cristianos tristes que critican siempre a los predicadores de la verdad porque tienen miedo de abrirle la puerta al Espíritu Santo». De ahí la exhortación del Pontífice a rezar por ellos y a rezar también por nosotros mismos, para que «no seamos cristianos tristes», de esos que quitan «al Espíritu Santo la libertad de venir a nosotros a través del escándalo de la predicación».

16 de diciembre de 2013. **El hombre de ojo penetrante.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 51, viernes 20 de diciembre de 2013

Cuando falta la profecía, el clericalismo ocupa su sitio, el rígido esquema de la legalidad que cierra la puerta en la cara al hombre. Por ello la oración para que, en la perspectiva de la Navidad, el espíritu de la

profecía se haga sentir en el pueblo.

El Papa Francisco, en la misa celebrada el lunes 16 de diciembre, por la mañana, en la capilla de Santa Marta, quiso recordar que ser profetas es una vocación de todos los bautizados. Y lo hizo, como de costumbre, partiendo de la Palabra de Dios de la liturgia del día. El Pontífice repitió las palabras del libro de los Números (24, 2-7.15-17b) que describen la figura del profeta, «oráculo de Balaán, hijo de Beor, oráculo del hombre de

ojos penetrantes; oráculo del que escucha palabras de Dios». He aquí, explicó, «éste es el profeta»: un hombre «que tiene los ojos penetrantes y que escucha y dice las palabras de Dios; que sabe ver en el momento e ir hacia el futuro. Pero antes ha escuchado, ha oído, la Palabra de Dios». Y, en efecto, «el profeta tiene dentro de sí estos tres momentos». Ante todo «el pasado: el profeta —dijo el Santo Padre— es consciente de la promesa y tiene en su corazón la promesa de Dios, la

promesa está viva, la recuerda, la repite». Pero «luego mira al presente, mira a su pueblo y siente la fuerza del espíritu para decir una palabra que le ayude a levantarse, a seguir el camino hacia el futuro».

Por lo tanto, prosiguió el Papa, «el profeta es un hombre de tres tiempos: promesa del pasado, contemplación del presente, valentía para indicar el camino hacia el futuro». Y, recordó, «el Señor siempre cuidó a su pueblo con los profetas en los momentos difíciles, en los momentos que

el pueblo estaba desalentado o destruido; cuando el templo ya no estaba; cuando Jerusalén se encontraba bajo el poder de los enemigos; cuando el pueblo se interrogaba: pero Señor, tú nos has prometido esto, ¿y ahora qué sucede?». Al respecto agregó: «Lo mismo tal vez sucedió en el corazón de la Virgen, cuando estaba al pie de la cruz: Señor, tú me dijiste que Él sería el liberador de Israel, el jefe, quien nos daría la redención. ¿Y ahora?». «En ese momento del pueblo de Israel —continuó el Pontífice

— era necesaria la intervención del profeta. Y no siempre el profeta es bien recibido.

Muchas veces se le rechaza.

Jesús mismo dice a los fariseos que sus padres mataron a los profetas porque decían cosas incómodas, decían la verdad, recordaban la promesa». Pero, afirmó el Papa, «cuando falta la profecía en el pueblo de Dios, falta algo: falta la vida del Señor».

Un ejemplo es la historia del joven Samuel que, «mientras dormía, había oído la llamada del Señor pero no sabía de qué

se trataba. Y la Biblia lo dice: en aquellos tiempos “era rara la palabra del Señor y no eran frecuentes las visiones”» (1 Libro di Samuel 3, 1). Era un tiempo en el que «Israel no tenía profetas». Pero, hizo notar el Obispo de Roma, «lo mismo sucede cuando viene un profeta y el pueblo no le recibe», como se lee en el pasaje del Evangelio de Mateo (21, 23-27). «Cuando no hay profecía —comentó— se pone el acento en la legalidad. Y estos sacerdotes fueron a Jesús a pedirle la certificación de

legalidad: ¿Con qué autoridad haces estas cosas?». Es como si hubiesen dicho: «Nosotros somos los dueños del templo; ¿con qué autoridad haces estas cosas?». En realidad «no comprendían las profecías, habían olvidado la promesa. No sabían leer los signos del momento, no tenían ni ojos penetrantes ni oído para la Palabra de Dios. Sólo tenían la autoridad».

Así «en el tiempo de Samuel, cuando la Palabra del Señor era rara y las visiones no eran frecuentes, era lo mismo. La

legalidad y la autoridad». Y sucedía esto porque «cuando en el pueblo de Dios no hay profecía, el vacío que deja lo ocupa el clericalismo. Es precisamente este clericalismo que pregunta a Jesús: ¿con qué autoridad haces estas cosas, con qué legalidad?». Así, «la memoria de la promesa y la esperanza de seguir adelante se reducen sólo al presente: ni pasado ni futuro y esperanza». Es como si para seguir adelante valiese sólo lo que es «presente», lo que es «legal». Ciertamente, explicó el Papa, «tal vez

el pueblo de Dios que creía,
que iba a rezar al templo,
lloraba en su corazón porque
no encontraba al Señor.

Faltaba la profecía. Lloraba en
su corazón como lloraba Ana, la
mamá de Samuel, pidiendo la
fecundidad del pueblo».

Esa fecundidad, indicó el
Pontífice, «que viene de la
fuerza de Dios, cuando Él
despierta en nosotros la
memoria de su promesa y nos
impulsa hacia el futuro con la
esperanza. Éste es el profeta.
Éste es el hombre de ojo
penetrante y que escucha las

palabras de Dios».

El Papa Francisco concluyó su homilía proponiendo «una oración en estos días que nos preparamos para el Nacimiento del Señor». Una oración al Señor para que —invocó— «no falten profetas en tu pueblo. Todos nosotros, bautizados, somos profetas. Señor, que no olvidemos tu promesa; que no nos cansemos de seguir adelante; que no nos cerremos en las legalidades que cierran las puertas. Señor, libera a tu pueblo del espíritu del clericalismo y ayúdale con el

espíritu de profecía».

17 de diciembre de 2013. **El apellido de Dios.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 51, viernes 20 de diciembre de 2013

El hombre es el apellido de Dios: El Señor, en efecto, toma el nombre de cada uno de nosotros —seamos santos o pecadores— para convertirlo en el propio apellido. Porque encarnándose, el Señor hizo

historia con la humanidad: su alegría fue compartir su vida con nosotros, «y esto hace llorar: tanto amor, tanta ternura».

Con el pensamiento puesto en la Navidad ya cercana, el Papa Francisco comentó, el martes 17 de diciembre, las dos lecturas propuestas por la liturgia de la Palabra, tomadas respectivamente del libro del Génesis (49, 2.8-10) y del Evangelio de san Mateo (1, 1-17). En el día de su septuagésimo séptimo cumpleaños, el Santo Padre

presidió como de costumbre la misa matutina en la capilla de Santa Marta. Concelebró, entre otros, el cardenal decano Angelo Sodano, quien le expresó la felicitación de todo el Colegio cardenalicio.

En la homilía, centrada en la presencia de Dios en la historia de la humanidad, el Obispo de Roma señaló en dos términos —herencia y genealogía— la clave para interpretar respectivamente la primera lectura (referida a la profecía de Jacob que reúne a sus hijos y anuncia una descendencia

gloriosa para Judá) y el pasaje evangélico que presenta la genealogía de Jesús.

Centrándose en especial en esta última, destacó que no se trata de «una lista telefónica», sino de «un tema importante: es historia», porque «Dios envió a su Hijo» en medio de los hombres. Y, añadió, «Jesús es consustancial al Padre, Dios; pero también consustancial a la madre, una mujer. Y es ésta la consustancialidad de la madre: Dios se hizo historia, Dios quiso hacerse historia. Está con nosotros. Ha hecho camino con

nosotros».

Un camino —continuó el Obispo de Roma— iniciado hace tiempo, en el Paraíso, inmediatamente después del pecado original. Desde ese momento, en efecto, el Señor «tuvo esta idea: hacer camino con nosotros». Por ello «llamó a Abrahán, el primero que se nombra en esta lista, en este elenco, y le invitó a caminar. Y Abrahán comenzó ese camino: generó a Isaac, e Isaac a Jacob, y Jacob a Judá». Y así sucesivamente, adelante en la historia de la humanidad. Por lo

tanto, «Dios camina con su pueblo» porque «no quiso venir a salvarnos sin historia; Él quiso hacer historia con nosotros».

Una historia, afirmó el Pontífice, hecha de santidad y de pecado, porque en la lista de la genealogía de Jesús hay santos y pecadores. Entre los primeros, el Papa recordó a «nuestro padre Abrahán» y «David, que tras el pecado se convirtió». Entre los indicados en segundo lugar, «pecadores de alto nivel, que cometieron pecados grandes», pero con

quienes Dios igualmente «hizo historia». Pecadores que no supieron responder al proyecto que Dios había imaginado para ellos: como «Salomón, tan grande e inteligente, que acabó como un pobrecillo que no sabía ni siquiera cómo se llamaba». Sin embargo, constató el Papa Francisco, Dios estaba también con él. «Y esto es hermoso: Dios hace historia con nosotros. Es más, cuando Dios quiere decir quién es, dice: yo soy el Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob». He aquí por qué ante la

pregunta «¿cuál es el apellido de Dios?», según el Papa Francisco es posible responder: «Somos nosotros, cada uno de nosotros. Él toma de nosotros el nombre para hacer de ello su apellido». Y en el ejemplo presentado por el Pontífice no están sólo los padres de nuestra fe, sino también gente común. «Yo soy el Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob, de Pedro, de Marietta, de Armony, de Marisa, de Simone, de todos. De nosotros toma el apellido. El apellido de Dios somos cada uno de nosotros»,

explicó.

De aquí la constatación que, tomando «el apellido de nuestro nombre, Dios hizo historia con nosotros»; es más, aún más: «dejó que la historia la escribiésemos nosotros». Y nosotros aún hoy seguimos escribiendo «esta historia», que está hecha «de gracia y de pecado», mientras que el Señor no se cansa de venir a nuestro encuentro: «ésta es la humildad de Dios, la paciencia de Dios, el amor de Dios». Por lo demás, también «el libro de la Sabiduría dice que la alegría

del Señor está en los hijos del hombre, con nosotros».

He aquí, entonces, que «acercándose la Navidad» al Papa Francisco —como él mismo confesó al concluir su reflexión— se le ocurrió naturalmente pensar: «Si Él hizo su historia con nosotros, si Él tomó de nosotros su apellido, si Él dejó que nosotros escribiésemos su historia», nosotros, por nuestra parte, deberíamos dejar que Dios escriba la nuestra. Porque, aclaró, «la santidad» es precisamente «permitir que el

Señor escriba nuestra historia». Y éste es el deseo de Navidad que el Pontífice quiso expresar «a todos nosotros». Un deseo que es una invitación a abrir el corazón: «Haz que el Señor escriba tu historia y tú permite que Él la escriba».

19 de diciembre de 2013. Si el hombre intenta salvarse por sí mismo.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 1, viernes 3 de enero de 2014

El hombre no se salva por sí mismo, y quien ha tenido la soberbia de intentarlo, incluso entre los cristianos, ha fracasado. Porque sólo Dios puede dar vida y salvación. Esta es la meditación, en la

perspectiva del Adviento, que el Papa Francisco propuso durante la misa celebrada el jueves 19 de diciembre de 2013 por la mañana en la capilla de la Casa Santa Marta. Como de costumbre, inspirándose en la liturgia del día, el Pontífice quiso recordar que la «vida, la capacidad de dar vida y salvación, vienen solamente del Señor» y no del hombre, que no tiene «la humildad» de reconocerle y pedirle ayuda. «Muchas veces» en la Escritura se habla «de la mujer estéril, de la esterilidad,

de la incapacidad de concebir y dar vida». Pero también muchas veces sucede «el milagro del Señor, que hace que estas mujeres estériles puedan tener un hijo».

El Papa Francisco hizo referencia, ante todo, a la mamá de Sansón, cuya historia propuso esta mañana el pasaje del libro de los *Jueces* (13, 2-7. 24-25a). Y después recordó también lo que le «sucedió a la mujer de nuestro padre Abraham: no podía creer» que tendría un hijo a causa de su edad avanzada, «y se reía

detrás de la ventana, desde la que espiaba a su marido para oír de qué estaba hablando. Y se reía porque no podía creerlo. Pero tuvo un hijo». El Evangelio de hoy (*Lucas 5-25*), prosiguió el Papa, recuerda también lo que le «sucedió a Isabel». Todas estas historias bíblicas de mujeres, explicó el Pontífice, muestran cómo «de la imposibilidad de dar vida, viene la vida». Y también le sucedió a otras mujeres no estériles, pero que ya no tenían ninguna esperanza para su vida. «Pensemos en Noemí —

especificó el Obispo de Roma—, que, al final, tuvo un nieto». En síntesis, «el Señor interviene en la vida de estas mujeres para decirnos: yo soy capaz de dar vida».

El Papa Francisco destacó que en las palabras de los «profetas está la imagen del desierto: la tierra desierta, incapaz de hacer crecer un árbol, un fruto, de hacer brotar algo». Y, sin embargo, «el desierto será como una selva. Los profetas dicen: será grande, florecerá». Así pues, «el desierto puede florecer» y «la mujer estéril

puede dar vida» solamente en la perspectiva de la «promesa del Señor: yo puedo. De vuestra sequedad puedo hacer surgir la vida, la salvación. De la aridez pueden crecer frutos». La salvación «es la intervención de Dios que nos hace fecundos, que nos da la capacidad de dar vida», que «nos ayuda en el camino de la santidad».

De algo estamos seguros: «no podemos salvarnos a nosotros mismos». Muchos lo han intentado, «incluso algunos cristianos», recordó el Santo Padre citando a los pelagianos.

Pero sólo la intervención de Dios nos trae la salvación. De ahí la pregunta del Pontífice: «pero, por nuestra parte, ¿qué debemos hacer?». Ante todo, respondió el Papa, «reconocer nuestra sequedad, nuestra incapacidad de dar vida». Después, «pedir». Y la petición que se convierte en oración la formuló así: «Señor, quiero ser fecundo; quiero que mi vida dé vida, que mi fe sea fecunda, vaya adelante y pueda darla a los demás. Señor, soy estéril; yo no puedo, tú puedes. Soy un desierto, yo no puedo;

tú puedes». Y que «ésta sea — fue su deseo— la oración de estos días antes de la Navidad».

Nos hace pensar, prosiguió el Papa, en «cómo los soberbios, los que creen que pueden hacer todo por sí mismos, son golpeados». Y se refirió, en particular, «a esa mujer que no era estéril, pero era soberbia y no entendía qué significaba alabar a Dios: Mikal, la hija de Saúl. Se reía de la alabanza. Y fue castigada con la esterilidad». La humildad es una virtud necesaria para ser

fecundos. «Cuántas personas — observó el Papa— creen ser justas como ella, y al final son pobres».

En cambio, es importante la «humildad, decir “Señor, soy estéril, soy un desierto”». Cuán importante es repetir en estos días «aquellas hermosas antífonas que la Iglesia nos propone rezar: “oh Hijo de David, oh Adonai, oh Sabiduría —hoy—, oh Raíz de Jesé, oh Emanuel, ven a darnos vida, ven a salvarnos, porque tú sólo puedes, yo por mí mismo no puedo”».

Así, concluyó el Pontífice, «con esta humildad, humildad del desierto, humildad del alma estéril», debemos «recibir la gracia: la gracia de florecer, de dar fruto y dar vida».

20 de diciembre de 2013. El misterio no busca publicidad.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 1, viernes 3 de enero de 2014

El misterio de la relación entre Dios y el hombre no busca la publicidad, porque no lo haría verdadero. Requiere más bien el estilo del silencio.

Corresponde luego a cada uno de nosotros descubrir,

precisamente en el silencio, las características del misterio de Dios en la vida personal. A pocos días de la Navidad, el Papa Francisco propuso una fuerte reflexión sobre el valor del silencio. E invitó a amarlo y buscarlo así como lo hizo María, cuyo testimonio evocó en la misa celebrada el viernes 20 de diciembre, por la mañana, en la capilla de la Casa de Santa Marta.

Una reflexión basada en el pasaje del Evangelio de san Lucas propuesto por la liturgia del día (1, 26-38), que inicia

con «esa frase» que «nos dice mucho» dirigida por el ángel a la Virgen: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra», y que remite también al pasaje del libro de Isaías (7, 10-14), proclamado en la primera lectura de la celebración.

«Es la sombra de Dios —explicó el Pontífice— que en la historia de la salvación custodia siempre el misterio». Es «la sombra de Dios que acompañó al pueblo en el desierto». Toda la historia de la salvación

muestra que «el Señor cuidó siempre el misterio. Y cubrió el misterio. No hizo publicidad del misterio». En efecto, «el misterio que hace publicidad de sí mismo no es cristiano, no es misterio de Dios. Es un fingimiento de misterio».

Precisamente el pasaje evangélico de hoy lo confirma, prosiguió el Papa. Cuando la Virgen recibe del ángel el anuncio del Hijo, «el misterio de su maternidad personal» permanece oculto.

Y ésta es una verdad que se refiere también a todos

nosotros. «Esta sombra de Dios en nosotros, en nuestra vida», afirmó el Pontífice, nos ayuda a «descubrir nuestro misterio: nuestro misterio del encuentro con el Señor, nuestro misterio del camino de la vida con el Señor». En efecto, «cada uno de nosotros —explicó el Papa— sabe cómo obra misteriosamente el Señor en su corazón, en su alma. Y cuál es la nube, el poder, cómo es el estilo del Espíritu Santo para cubrir nuestro misterio. Esta nube en nosotros, en nuestra vida, se llama silencio. El

silencio es precisamente la nube que cubre el misterio de nuestra relación con el Señor, de nuestra santidad y nuestros pecados».

Es un «misterio» que, continuó, «no podemos explicar. Pero cuando no hay silencio en nuestra vida el misterio se pierde, se va». He aquí, entonces, la importancia de «custodiar el misterio con el silencio: es la nube, el poder de Dios para nosotros, la fuerza del Espíritu Santo».

El Papa Francisco propuso una vez más el testimonio de la

Virgen que vivió hasta el final «este silencio» en toda su vida. «Pienso —dijo el Pontífice— cuántas veces calló, cuántas veces no dijo lo que sentía para custodiar el misterio de la relación con su Hijo». Y recordó que «Pablo VI en 1964, en Nazaret, nos decía que tenemos la necesidad de renovar y reforzar, de robustecer el silencio», precisamente porque «el silencio custodia el misterio». El Papa dejó lugar luego «al silencio de la Virgen al pie de la cruz», a lo que pasaba por su

mente —recordó— como hizo también Juan Pablo II.

En realidad, precisó, el Evangelio, no refiere palabra alguna de la Virgen: María «era silenciosa, pero dentro de su corazón cuántas cosas decía al Señor» en ese momento crucial de la historia. Probablemente María habrá reflexionado en las palabras del ángel que «hemos leído» en el Evangelio respecto a su Hijo: «Aquel día me dijiste que sería grande. Tú me dijiste que le darías el trono de David su padre y que reinaría para siempre. Pero ahora lo veo

allí», en la cruz. María «con el silencio cubrió el misterio que no comprendía. Y con el silencio dejó que el misterio pudiera crecer y florecer» llevando a todos una gran «esperanza».

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra»: las palabras del ángel a María, dijo una vez más el Pontífice, nos aseguran que «el Señor cubre su misterio». Porque «el misterio de nuestra relación con Dios, de nuestro camino, de nuestra salvación no se

puede poner al aire, hacer con él publicidad. El silencio lo custodia». El Papa Francisco concluyó su homilía con la oración de que «el Señor nos dé a todos la gracia de amar el silencio, buscarlo, tener un corazón protegido por la nube del silencio. Y así el misterio que crece en nosotros dará muchos frutos».

23 de diciembre de 2013.

Como en espera de un parto.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*,
ed. sem. en lengua española, n.
1, viernes 3 de enero de 2014

En Navidad se viven las
«percepciones interiores en
femenino» propias de la
«espera de un parto». Una
actitud espiritual que prevé un
estilo de «apertura»: por ello
no se debe colocar nunca en la
puerta de nuestra alma «un

educado cartel» con la inscripción: «Se ruega no molestar».

Es una fuerte llamada al significado más auténtico de la Navidad la propuesta del Papa Francisco durante la misa celebrada el lunes 23 de diciembre en la capilla de Santa Marta. «En ésta última semana» que precede a la Navidad —recordó el Pontífice— «la Iglesia repite la oración: ¡Ven, Señor!». Y haciendo así, «llama al Señor con tantos nombres distintos, llenos de un mensaje sobre el Señor»

mismo: «Oh sabiduría, oh Dios poderoso, oh raíz de Jesé, oh sol, oh rey de las naciones, oh Emanuel».

La Iglesia hace esto, explicó el Santo Padre, porque «está en espera de un parto». En efecto «también la Iglesia, esta semana, es como María: en espera del parto». En su corazón la Virgen «sentía lo que sienten todas las mujeres en ese momento» tan especial: esas «percepciones interiores en su cuerpo y en su alma» de las cuales comprende que el hijo ya está por nacer. Y «en su

corazón decía seguramente» al niño que llevaba en su seno: «Ven, quiero mirarte a la cara porque me han dicho que serás grande».

Es una experiencia espiritual que vivimos también «nosotros como Iglesia», porque «acompañamos a la Virgen en este camino de espera». Y «queremos apresurar este nacimiento del Señor». Éste es el motivo de la oración: «Ven, oh llave de David, oh sol, oh sabiduría, oh Emanuel. ¡Ven!». Una invocación evocada también en los últimos

versículos de la Biblia cuando, al final del libro del Apocalipsis, la Iglesia repite: «Ven, Señor Jesús». Y lo hace con «esa palabra aramea —maranathà— que puede significar un deseo o también una seguridad: el Señor viene».

En realidad, «el Señor viene dos veces». La primera, explicó el Obispo de Roma, es «la que conmemoramos ahora, el nacimiento físico». Luego «vendrá al final, a cerrar la historia». Pero, añadió, «san Bernardo nos dice que hay una tercera venida del Señor: la de

cada día». En efecto «el Señor cada día visita a su Iglesia. Nos visita a cada uno de nosotros. Y también nuestra alma entra en esta semejanza: nuestra alma se asemeja a la Iglesia; nuestra alma se asemeja a María». En esta perspectiva el Papa Francisco recordó que «los padres del desierto dicen que María, la Iglesia y nuestra alma son femeninas». Así «lo que se dice de una, análogamente se puede decir de la otra». Por lo tanto «nuestra alma está en espera, en espera por la venida del Señor. Un alma

abierta que llama: ¡ven, Señor!». Precisamente en estos días, dijo el Pontífice, el Espíritu Santo mueve el corazón de cada uno a «hacer esta oración: ¡ven, ven!». Por lo demás, «todos los días de Adviento —recordó— hemos dicho en el prefacio que nosotros, la Iglesia, como María, estamos «vigilantes en espera»». Y «la vigilancia es la virtud, es la actitud de los peregrinos. Somos peregrinos». Una condición que sugirió al Papa una pregunta: «¿Estamos en espera o estamos cerrados?»

¿Estamos vigilantes o estamos seguros en un albergue en el camino y ya no queremos ir más adelante? ¿Somos peregrinos o somos errantes?». He aquí por qué la Iglesia nos invita a rezar con este «¡Ven!». Se trata, en definitiva, de «abrir nuestra alma» para que en estos días esté «vigilante en la espera». Es una invitación a comprender «qué sucede» a nuestro alrededor: «si viene el Señor o si no viene; si hay sitio para el Señor o hay sitio para las fiestas, para hacer compras, hacer ruido». Una reflexión

que, según el Pontífice, lleva a otra pregunta dirigida a nosotros mismos: «¿Nuestra alma está abierta, como está abierta la santa madre Iglesia y como estaba abierta la Virgen? ¿O nuestra alma está cerrada y hemos colgado en la puerta un cartel, muy educado, que dice: se ruega no molestar?». «El mundo no acaba con nosotros», afirmó el Papa, y «nosotros no somos más importantes que el mundo». Así, continuó, «con la Virgen y con la madre Iglesia nos hará bien repetir hoy en oración

estas invocaciones: oh sabiduría, oh llave de David, oh rey de las naciones, ven, ven». Y será un bien, insistió, «repetir muchas veces: ¡ven!». Una oración que se convierte en examen de conciencia, para verificar «cómo es nuestra alma» y hacer que «no sea un alma que diga» a los demás que no le molesten, sino más bien «un alma abierta, un alma grande para recibir al Señor en estos días». Un alma, concluyó el Santo Padre, «que comienza a sentir lo que mañana en la antífona nos dirá la Iglesia:

Hoy sabréis que vendrá el Señor, y mañana veréis su gloria».